

Presentación

Este volumen de la colección *Lectio divina para la vida diaria* pretende proporcionar agua viva para la espiritualidad conyugal y familiar presentando de una forma meditada y extensa la Palabra que se proclama en la celebración litúrgica del sacramento del matrimonio.

¿A quién se dirige?

A las parejas de novios que desean no sólo preparar su propia ceremonia nupcial de una manera personal y significativa, sino también alimentar tanto su propia fe como su propio amor con las palabras de la Escritura que les interpelan de más cerca en cuanto pareja.

A las parejas de esposos que desean redescubrir en su vida ordinaria de pareja y de familia su propia vocación matrimonial.

A los grupos de esposos que se reúnen en las parroquias o en el ámbito privado de sus casas para reavivar su fe, conscientes de que no están construyendo la Iglesia simplemente como laicos, sino como parejas de esposos.

A todas aquellas personas consagradas que, llenas de espíritu profético, han comprendido el don que representa una pareja cristiana para la edificación del pueblo de Dios y desean prepararse para *bendecir*; esto es, «decir bien», a estos hermanos que caminan y quieren apoyarles en su ser pareja.

En el desarrollo de la obra nos hemos sentido confirmados por la indicación de los obispos italianos, que, en la presentación del nuevo *Ritual del matrimonio*, el 16 de mayo de 2004, dicen lo siguiente: «Si bien el matrimonio constituye un momento propicio para redescubrir y desarrollar la vocación bautismal, no por ello debemos pensar que se agota con la celebración, sino que penetra toda la existencia de los esposos, que están llamados a acoger y valorar, día tras día, la gracia que brota del sacramento, expresando así a través de los gestos y de las palabras de la vida cotidiana aquello en que ellos se han convertido en virtud de la intervención del Espíritu» (RM 9).

Este libro lee, en particular, a la luz de la espiritualidad conyugal y familiar los pasajes bíblicos aquí propuestos para la celebración del rito del matrimonio; ahora bien, mientras que, en el ritual, las lecturas están insertadas en la celebración y van acompañadas de salmos responsoriales, oraciones colectas y oraciones de los fieles..., aquí las hemos dirigido a una *ruminatio* que conduzca a una espiritualidad bíblica, capaz de iluminar la vida cristiana de nuestros días.

En consecuencia, no hemos comentado los salmos responsoriales y hemos presentado las perícopas propuestas en un orden bíblico (sin subdividir las en *lecturas* y *evangelios*), aunque con la selección de los versículos requerida por el ritual. A fin de que se pueda volver fácilmente a la forma originaria con que estaban insertadas en la celebración, presentamos también al final del libro un *cuadro de conexión*.

Aunque hemos trabajado en equipo, de la introducción y las lecturas (la *lectio* propiamente) se ha encargado Patricio Rota Scalabrini; la selección de los textos para la *contemplatio* ha corrido a cargo de las clarisas del Monasterio de S. Chiara de Cortona y de Mariateresa Zattoni y Gilberto Gillini; de las otras partes se han ocupado Mariateresa Zattoni y Gilberto Gillini.

Introducción

En el jardín de las Escrituras

Cuando un novio y una novia se disponen a hojear la Sagrada Escritura o, eventualmente, un leccionario con lecturas bíblicas donde elegir los textos para el rito de su matrimonio, con frecuencia se encuentran perdidos, sin comprender exactamente qué es lo que buscan y por qué. Su desorientación es comprensible, pero no se debe sólo a la falta de conocimiento de las Escrituras –cuya ignorancia aflige todavía a una gran parte de los fieles católicos–, sino también a una cierta confusión sobre las preguntas de fondo que se deben plantear al texto bíblico y sobre la actitud requerida al que se acerca a él. De este modo, si nos acercáramos a él como si nos acercáramos a un museo, no recibiríamos respuestas satisfactorias y, a lo sumo, podríamos incrementar algunas informaciones por su sabor vagamente arqueológico. Ciertamente, no será de gran ayuda para el crecimiento de los dos jóvenes el hecho de ponerles al tanto de los usos y costumbres matrimoniales del mundo bíblico. Otras veces, sin embargo, la petición que guía la búsqueda y la lectura de los textos bíblicos es más correcta, porque se les pide una luz para comprender el propio amor, su densidad humana, el esplendor del proyecto de crear una familia propia. Entonces el texto bíblico se convierte en una especie de maestro de humanidad y los dos jóvenes advierten que, en el trabajo que supone elegir entre las varias páginas propuestas, está

el fruto sabroso que supone encontrar aspectos nuevos y profundos de su historia de amor, encontrándose así más maduros y conscientes.

Cuando, más adelante, el hecho de hojear las páginas de la Biblia no está movido sólo por la curiosidad o por un deseo serio de conocer mejor la realidad humana de la pareja y de la familia, sino por el anhelo sincero de escuchar la Palabra de Dios, de conocer su proyecto sobre sus vidas y sobre su historia de amor, entonces la Biblia revela toda su propia fuerza de «libro de la fe» entregado a los creyentes para que se alimenten de él, se fortifiquen y encuentren en él los recursos necesarios para hacer frente a la vida con valor. De este modo, la pareja descubrirá en él el sentido de su decisión de construir una familia cimentada en la roca firme de la fe.

Cuando nos acercamos a la Biblia como a una verdadera maestra de humanidad y guía para el camino de fe, ella responde a las elevadas y exigentes expectativas que se le presuponen. Se revela entonces como una Palabra que brinda un conocimiento no sólo sobre la profundidad de lo humano, sino también del sueño de Dios sobre la pareja; se manifiesta como una Palabra que es fuego que inflama, del que la historia de ambos aparece como una llama. Se ofrece como una Palabra capaz de abrir un camino, de dar esperanza, de suscitar un renovado entusiasmo, de cicatrizar las heridas, de consolar en los momentos de prueba. Por último, se propone como guía y como lenguaje para la oración, para que el cielo, que vela sobre la historia, esté abierto, sea infinito y asuma un rostro: el de Dios, que «*a imagen de Dios los creó; varón y hembra los creó*».

Sucede entonces que, gracias al encuentro con las páginas bíblicas, ambos novios o ambos esposos –poco importa el tiempo que lleven unidos– advierten que no están solos, sino que un compañero de viaje, misterioso y respetuoso, se ha unido a ellos en el camino, les ha

sostenido en los momentos difíciles y dolorosos, les ha animado cuando sentían flaquear sus fuerzas y, sobre todo, se ha alegrado con sus alegrías y ha participado en su esperanza. Esto supone descubrir que el Dios de la alianza, que se hizo carne por nosotros, quiere enlazar su proyecto eterno de salvar a la humanidad con el camino recorrido por la pareja en el tiempo, y desea comunicar su Palabra en el acontecer de las familias humanas, no idealizadas, acogidas con sus riquezas y su pobreza, con sus luces y sus sombras concretas.

Se experimenta entonces la exaltante certeza de que Dios quiere escribir una página de amor en el acontecer de todas las personas y, sobre todo, en la aventura de cada pareja que se toma en serio su propia realidad y comprende que ésta es la llamada que han recibido.

Leer el texto bíblico requiere, a buen seguro, ciertas actitudes, a fin de que el encuentro sea auténtico y fructuoso. En primer lugar, será preciso que nos acerquemos a él con disponibilidad para escuchar y no simplemente para buscar la confirmación de lo que querríamos encontrar. Una escucha realmente disponible es la que se deja interpelar, corregir, aunque todo ello pueda ser fatigoso, casi doloroso. No debemos olvidar que la corrección del Señor es para la vida, no para la tristeza y para la muerte.

A esta disponibilidad le es connatural también la actitud de no proyectar sobre las páginas bíblicas una serie de expectativas no legítimas, como, por ejemplo, las de quienes piden a la Escritura una respuesta prefabricada para todas las situaciones. La apertura a la escucha significa asimismo leer la Escritura con inteligencia, sabiendo valorar los aspectos del condicionamiento histórico que ésta, en cuanto Palabra encarnada, no puede dejar de tener. Leer con inteligencia significa también insertarse en la red de las lecturas que la Sagrada Escritura ha tenido a lo largo de la historia del pueblo de

Dios, puesto que es precisamente esta larga tradición la que nos permite acoger y ahondar en el tesoro inestimable que en ella se custodia. La pareja puede leer en su intimidad la Palabra de Dios atestiguada en la Biblia, pero eso debe ser siempre y de todos modos un acto eclesial, un encuentro con un Libro que es para la comunidad y para construir la comunidad –la Iglesia– cuyo primer núcleo es la familia, la pequeña Iglesia doméstica.

El encuentro inteligente, disponible, atento y obediente con la palabra de la Escritura no puede dejar de desembocar en la oración, en un diálogo con Aquel que hizo de la pareja un elemento básico de su designio de salvación para el mundo. Por esa razón, este libro pretende ofrecer un itinerario de oración. Así, tras haber intentado aclarar el sentido del texto en sí mismo (*lectio*), ofrece algunos puntos de arranque para una personalización, a fin de poder comprender mejor lo que está diciendo la Palabra de Dios a los novios o a los esposos (*meditatio*). A continuación, se dan algunas sugerencias para convertir en palabra humana dirigida a Dios –es decir, en oración– lo que han escuchado en el encuentro con el texto bíblico, leído y meditado (*oratio*).

En este punto, la pareja de novios o de casados puede detenerse en el misterio del amor divino que visita y fecunda su historia, así como contemplar su belleza, dejándose invadir por la admiración y la gratitud, siguiendo algunos itinerarios trazados en la secular tradición espiritual de la Iglesia (*contemplatio*). Sigue después un breve punto de arranque para el compromiso personal y de pareja (o de la familia) que puedan asumir ambos (*actio*).

Por último, ofrecemos elementos para una «lectura espiritual» que prolongue el encuentro con la Palabra de Dios a través de algunos testimonios escritos que la teología, el magisterio y la vida eclesial han hecho florecer, en tiempos recientes, en torno al texto bíblico.

Es posible que el encuentro con la Biblia y la Palabra de Dios que ésta ofrece a los novios y a los esposos, llevado siguiendo el método de la *lectio divina*, pueda parecer laborioso, artificioso. En realidad, es muy sencillo, porque aborda la Biblia siguiendo una convergencia de actitudes: ¿qué puede decir el texto en sí mismo, qué puede decirnos a nosotros como pareja, qué le decimos nosotros al Señor con esta Palabra suya, qué aspecto de su Rostro amoroso nos revela?

Yendo al leccionario que hoy está en vigor y comparándolo con el que se usó con anterioridad para las lecturas del rito del matrimonio, puede decirse que se presenta más rico y más atento a las diferentes situaciones y, en particular, también más utilizable por parejas de esposos durante su camino para la profundización en la dimensión teológico-espiritual de la realidad sponsal. Más rico no sólo porque las lecturas son más numerosas, sino porque reserva un espacio mayor al testimonio del Antiguo Testamento, particularmente precioso, y hasta indispensable, para un discurso de fe sobre el matrimonio y para el tesoro de reflexión sapiencial sobre la realidad de la pareja y de la familia. Más rico también respecto a los textos del Nuevo Testamento, elegidos no sólo en referencia estricta a los temas de la sponsalidad, sino atendiendo al mensaje que fundamenta el Evangelio sobre la pareja y a las indicaciones para una vida plasmada concretamente por la adhesión de fe a Cristo el Señor. Esta orientación es la que motiva el abundante recurso no sólo a fragmentos evangélicos, sino también a perícopas tomadas de otros textos neotestamentarios, especialmente de las cartas apostólicas y del Apocalipsis.

En consecuencia, el leccionario trasciende las necesidades ligadas a las lecturas para el rito del matrimonio, y puede ofrecer pistas para una meditación menos esporádica y ocasional sobre la realidad de la familia y de la pareja, a la luz de la Palabra de Dios.

Tanto los novios como los casados podrán pasear ampliamente por el «jardín» de la Escritura y encontrar en él a Alguien que ha venido a encontrarse con ellos, que les espera desde siempre para entablar un diálogo con ellos en un clima de amistad. Los novios y los esposos, a través del encuentro con las Escrituras, podrán descubrir también cuán verdadera es esta afirmación de san Ambrosio: «Cuando leo la divina Escritura, Dios vuelve a pasear por el paraíso terrenal».

Patrizio Rota Scalabrini

El leccionario del matrimonio

Y creó Dios al hombre a su imagen;
a imagen de Dios lo creó,
hombre y mujer los creó

(Gn 1,26-28.31a)

²⁶ Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los animales domésticos, los reptiles de la tierra. ²⁷ Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó». ²⁹ Y los bendijo Dios y les dijo: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra». ³¹ Y vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno.

LECTIO

Nos encontramos en el sexto día de la creación. Dios está a punto de llamar a la existencia algo especial; por eso comunica a la corte celestial su decisión real (v. 26: «*Hagamos...*»). Quiere crear un ser que sea a su imagen y semejanza. La imagen (*selem*), en el lenguaje bíblico, es la efigie colocada en los confines de un reino o en lugares estratégicos para señalar quién era su señor. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios (v. 27), constituyen, por consiguiente, la visibilidad de su realeza frente al mundo, hasta el punto de que esta realeza suya se expresa a través de las relaciones constitutivas de la familia humana y de la toma de responsabilidades respecto a ellas.

Una primera relación es la que se da entre el hombre y la mujer, que se convierte, después, en una llamada a la fecundidad, a la generación. Sin embargo, también la relación con el mundo debe estar marcada por esta responsabilidad, como expresa adecuadamente el verbo «dominar» (v. 28), que forma parte de la ideología real e indica el gobierno de una comunidad, de un reino.

La otra relación constitutiva es la que mantiene la criatura humana con su Creador. En este caso, la responsabilidad consiste en la escucha; en efecto, lo primero que Dios hace, después de haber creado a la pareja humana, es hablarles. Está claro que la otra parte debe estar a la escucha de esta palabra, que es, al mismo tiempo, *bendición* y *mandato*.

Las indicaciones sobre la dieta (vv. 29s, omitidas en la lectura litúrgica), una dieta que, al menos de momento, debe seguir siendo vegetariana –es decir, exenta de violencia y de derramamiento de sangre–, esas indicaciones, decíamos, vienen a aclarar así que este dominio es, en realidad, un «cuidar».

Por último, encontramos una palabra estupenda sobre la criatura humana y sobre la pareja: «*Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno*» (v. 31). No se trata aquí sólo de una apreciación ética, sino de una mirada complacida de contemplación por parte de Dios del misterio que él mismo ha puesto en el hombre y en la mujer.

MEDITATIO

En medio de su furor, la joven hija escribió una carta a sus padres con unas acusaciones amargas y rechazos vibrantes concluidos con un «me hacéis vomitar». Su padre, con la escritura insegura de un carpintero de manos rudas, le respondió, haciendo acopio de toda su dig-

nidad: «Tu madre y yo te hemos amado a ti y a tus hermanos como hemos podido. ¡No te permitimos que nos insultes así! Sentémonos más bien en torno a una mesa y razonemos». Ésta no es la réplica de un padre-patrón, sino la respuesta de un padre que «domina» el pequeño universo que es su familia: no renuncia a un poder bueno que incluye el respeto a su persona, a su mujer y a su hija. No se sustrae a la hipótesis de posibles carencias, pero sabe que ningún error de los padres autoriza a su hija a faltarles el respeto. Más aún, frente a la injusta sentencia emitida por su hija, él, habitualmente tan dócil y amante de la paz, «levanta la voz» en defensa de su dignidad paterna y, *por consiguiente*, también de su hija.

A contraluz, saboreamos también la belleza de este hablar en *nosotros*: el padre y la madre están unidos en los límites («Tu madre y yo te hemos amado a ti y a tus hermanos como hemos podido») y en el honor («¡No te permitimos que nos insultes así!»).

Hoy nos olvidamos con frecuencia de que, si les permitimos a nuestros hijos atacarnos de una manera desconsiderada, disminuimos la categoría paternal que nos ha sido entregada por el Señor de la vida. En el «llenad la tierra y sometedla» (v. 28) se encuentra una relación preciosa: ¡ojo!, no se trata, a buen seguro, de dominar a los hijos, obligándoles a aceptar nuestros proyectos: o faltándoles al respeto, sino de la relación de dominio sobre sus arrogancias, sobre sus miedos, sobre sus pretensiones imperiosas, sobre sus urgencias consumistas, puesto que el hecho de traer hijos al mundo significa asumir la responsabilidad de continuar engendrándolos por *mandato* del Dios que nos hizo a su imagen y semejanza (cf. v. 26). La fecundidad de la pareja está bendecida para que llenen la tierra (v. 28): no en su propio nombre, no por delirios de autosuficiencia, no por apego al poder, sino para celebrar al Señor en cuyas manos están nuestros hijos.

ORATIO

Oh Señor, hoy como ayer y como mañana, confía a nuestra pareja el poder de dominar la tierra, el cielo y el mar: la fuerza para poner un límite a las potencias oscuras del mar que embaucan a nuestros hijos; el servicio de discernir los deseos de libertad que suscitan en ellos los «pajarillos del cielo», la preocupación de que sus corazones de tierra no se carguen con cosas vanas.

Ayúdanos a creer, Señor, que nos ha confiado precisamente a nosotros la preocupación por su bienestar más profundo y la atención para hacerles llegar tu herencia.

CONTEMPLATIO

Señor, Dios nuestro y creador nuestro, que cuando fueren cohibidas del amor del siglo aquellas afecciones con las cuales moriríamos viviendo mal, y comenzare a ser *alma viviente* viviendo bien, y fuere cumplida tu palabra, que dijiste por tu apóstol: *No queráis conformaros con este siglo*, se seguirá también aquello otro que añadiste al punto y dijiste: *Mas reformaos en la novedad de vuestra mente*, no ya según su género, como imitando al prójimo que nos precede, ni viviendo según la autoridad de un hombre mejor. Porque no dijiste: «Sea hecho el hombre según su género», sino: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*, para que nosotros probemos cuál sea tu voluntad. Pues a este fin, aquel tu dispensador, engendrando hijos por el Evangelio y no queriendo tener siempre de párvulos a estos que él nutriera con leche y fomentara como una nodriza, dijo: *Reformaos en la novedad de vuestra mente* a fin de conocer la

voluntad de Dios y qué sea lo bueno, acepto y perfecto. Y por eso no dices: Sea hecho el hombre, sino: Hagámoste; ni dices según su género, sino a imagen y semejanza nuestra. Porque, renovado en la mente y contemplando tu verdad inteligible, no necesita de hombre que se la muestre para que imite a su género, sino que, teniéndote por guía, él mismo conoce cuál sea tu voluntad y qué es lo bueno, acepto y perfecto; y ya capaz, tú le enseñes a ver la Trinidad de su Unidad o la Unidad de su Trinidad. Y por eso habiendo dicho en plural: Hagamos al hombre, añadió en singular: e hizo Dios al hombre; y a lo dicho en plural: a imagen nuestra, repuso en singular: a imagen de Dios. Así es como el hombre se renueva en el conocimiento de Dios según la imagen de aquel que le ha creado.

¡Gracias te sean dadas, Señor! Vemos el cielo y la tierra, ya la parte corporal superior e inferior, ya la creación espiritual y corporal; y en el adorno de estas dos partes de que consta, ya la mole entera del mundo, ya la creación universal sin excepción, vemos la luz creada y dividida de las tinieblas. Vemos el firmamento del cielo, sea el que está entre las aguas espirituales superiores y las corporales inferiores, cuerpo primario del mundo; sea este espacio de aire –porque también esto se llama cielo– por el que vagan las aves del cielo entre las aguas que van sobre ellas en forma de vapor y caen en las noches serenas en forma de rocío, y estas aguas que corren graves sobre la tierra. Vemos en los vastos espacios del mar la belleza de las aguas reunidas, y la tierra seca, ya desnuda, ya formada de modo que fuere visible y compuesta y madre de hierbas y de árboles. Vemos de lo alto resplandecer los luminares: el sol, que se basta para el día, y la luna y las estrellas, que alegran la noche, y con todos los cuales se notan y significan los tiempos. Vemos toda la naturaleza húmeda, fecundada de peces y de monstruos y de aves, porque la grosura del aire que soporta el vuelo de las aves se forma con las emanacio-

nes de las aguas. Vemos que la superficie de la tierra se hermosea con animales terrestres y que el hombre, hecho a tu imagen y semejanza, por esta misma imagen y semejanza, esto es, en virtud de la razón y de la inteligencia, es antepuesto a todos los animales irracionales; mas al modo que en su alma una cosa es lo que domina consultando y otra lo que se somete obedeciendo, así fue hecha aún corporalmente para el hombre la mujer, la cual, aunque fuera igual en naturaleza racional a éste, fuera, sin embargo, en cuanto al sexo del cuerpo, sujeta al sexo masculino, del mismo modo que se somete el apetito de la acción para concebir de la razón de la mente la facilidad de obrar rectamente. Vemos estas cosas, cada una por sí buena y todas juntas muy buenas (Agustín de Hipona, *Las confesiones*, XIII, 22 y 32).

ACTIO

¿Qué podría sugeriros concretamente en esta estación de vuestra vida conyugal la bendición que Dios os da: «*Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo, los vivientes que se mueven sobre la tierra*» (Gn 1,28).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios, con la creación del hombre y de la mujer a su imagen y semejanza, corona y lleva a perfección la obra de sus manos; los llama a una especial participación en su amor y al mismo tiempo en su poder de Creador y Padre, mediante su cooperación libre y responsable en la transmisión del don de la vida humana: «Y bendíjolos Dios y les dijo: "Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla"» (Gn 1,28).

Así el cometido fundamental de la familia es el servicio a la vida, el realizar a lo largo de la historia la bendición original del

Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre (Gn 5,1ss).

La fecundidad es el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio vivo de la entrega plena y recíproca de los esposos: «El cultivo auténtico del amor conyugal y toda la estructura de la vida familiar que de él deriva, sin dejar de lado los demás fines del matrimonio, tienden a capacitar a los esposos para cooperar con fortaleza de espíritu con el amor del Creador y del Salvador, quien por medio de ellos aumenta y enriquece diariamente su propia familia» (*Gaudium et spes*, 50)

La fecundidad del amor conyugal no se reduce, sin embargo, a la sola procreación de los hijos, aunque sea entendida en su dimensión específicamente humana: se amplía y se enriquece con todos los frutos de vida moral, espiritual y sobrenatural que el padre y la madre están llamados a dar a los hijos y, por medio de ellos, a la Iglesia y al mundo (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, del 22 de noviembre de 1981, n. 28).

Ambos serán una sola carne (Gn 2,18-24)

¹⁸ El señor Dios se dijo: «No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude». ¹⁹ Entonces el Señor Dios modeló de arcilla todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo y se los presentó para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que el hombre le pusiera. ²⁰ Así el hombre puso nombre a todos los animales domésticos, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo, pero no se encontraba ninguno como él que le ayudase. ²¹ Entonces el Señor Dios dejó caer sobre Adán un letargo y el hombre se durmió. Le sacó una costilla y le cerró el sitio con carne. ²² Y el Señor Dios trabajó la costilla que le había sacado al hombre haciendo una mujer. Y se la presentó al hombre. ²³ Y el hombre dijo: «¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Su nombre será mujer, porque ha nacido del hombre». ²⁴ Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne.

LECTIO

La repetición del tema de la creación del hombre y de la mujer en Gn 2 refleja la sensibilidad y la teología de un autor bíblico que ve en la relación hombre-mujer no el simple resultado de acuerdos comerciales, de conveniencias de clan o de otro tipo, sino *el misterio de la alianza*. Esta idea encuentra ya un eco en las palabras con las que Dios comunica su decisión de amor sobre la

humanidad: «No está bien que el hombre esté solo; voy a hacerle alguien como él que le ayude» (v. 18). El hombre y la mujer deberán estar en una relación de reciprocidad, como indicaría una traducción más próxima al texto hebreo: «una ayuda de frente». Esta reciprocidad deberá expresarse como apoyo del uno al otro, como don recíproco de estima, presencia y compañía del uno al otro.

Es éste un misterio de amor que sólo puede ser reconocido entrando en aquel «letargo» (en hebreo, *tarde-má*), o mejor aún en aquel «éxtasis», que toma a la persona (*adán* entendido no como macho, sino como persona humana) y le hace salir del repliegue sobre sí mismo para descubrir al otro(a) como portador(a) de misterio y de sentido. Cuando los dos son uno ante el otro, el hombre eleva su himno nupcial, en el que reconoce a la mujer como su aliada (como está implícito en la fórmula de la estipulación del pacto: «Ésta sí que es»: v. 23) y depositaria como él del misterio del ser persona («hueso de mis huesos»), solidaria en la experiencia del tiempo, así como de la fragilidad y belleza de la existencia concreta («la carne»).

Es grandioso el final del fragmento en donde el autor, en contra de la mentalidad y los usos de la época –en la que prevalecía el clan sobre la pareja–, afirma que la nueva realidad que brota del encuentro entre el hombre y la mujer es incluso más grande que la estabilidad de los vínculos de sangre. Se trata del tema del nuevo parentesco nacido de la elección y que brota de la alianza conyugal.

MEDITATIO

La ayuda (la compañera) que es *semejante* al hombre es la mujer, y la ayuda (el compañero) que es *semejante* a la mujer es el hombre: «semejante» no significa idén-

tico, clon, copia conforme. Por eso, no le está permitido a ningún marido pedir a su mujer que se configure con él, que sea como él la quiere, y por eso tampoco le está permitido a ninguna mujer pedir a su marido que sea como ella necesita que sea, que responda a sus deseos. De una manera más sutil, a ninguno de los dos se le pide que le eche en cara al otro cómo hubiera debido ser o cómo había «imaginado» que fuera. Dicho con otras palabras, a ninguno de los dos le es lícito impedir el desarrollo, el cambio del otro: como si la fidelidad fuera una especie de estaticidad semejante a una foto de carné.

¿Por qué? Porque el proyecto originario del Señor dio a los cónyuges mucho, mucho más: ser cada uno *carne de la carne* del otro y *hueso de los huesos* del otro (v. 23). Y aquí descubrimos que lo que está en el origen no lo tenemos a la espalda, sino que *es nuestro futuro*. ¿Cómo llegar a ser, en efecto, «hueso de mis huesos» el uno para el otro? En la modalidad del parentesco y de la intimidad.

El parentesco entre este hombre y esta mujer que se encuentran y se aman constituye un *salto cualitativo*, un milagro: no proceden de la misma sangre o de la misma estirpe; sin embargo, se relacionarán *como parientes íntimos*, en nombre de un pacto de alianza que está escrito a partir de Dios; mejor aún, que lleva el ADN del Amor que le ha puesto en el ser.

Y así surge la modalidad de la intimidad: ahí, en el secreto de la pareja, de *esta* pareja específica que muchos creen conocer de memoria (hasta ellos mismos, en ocasiones), pero que a nadie se le ha concedido conocer y agotar hasta el fondo. La intimidad constituye, en efecto, un horizonte amplísimo, donde ambos descubren compañía (ayuda), cooperación, solidaridad «puesta» en el otro(a) a fondo perdido, sin recriminaciones.

ORATIO

Antes fue la mirada la que atraía y era atraída por la admiración del otro, y *después* en el calor de la relación emerge un *tú* para contemplar.

Antes fue la cercanía cada vez más próxima de los cuerpos, y *después* el vínculo puro del *yo/tú* que se convierte en *nosotros*.

Antes fueron nuestras manos las que acogieron al hijo de la bendición, y *después* la palma de tu mano la que ya le había unido a tu pueblo.

Cuando el *antes* se muda en *después*, ayúdanos, Señor, reavivando tu presencia en el nosotros de la pareja, a fin de que no nos perdamos en los laberintos de nuestra nada.

CONTEMPLATIO

El Padre [...], tomando una porción de la tierra, creada recientemente, fijó con sus manos inmortales mi imagen. A ésta le asignó después una parte de su vida: puso en ella, en efecto, el espíritu, que es la efusión de la divinidad incorpórea. Así, del barro y del espíritu fue creado el hombre, imagen de Aquel que es inmortal; en efecto, la naturaleza de la mente es soberana sobre ambas partes. Por eso amo esta vida, a causa de la tierra de la que estoy compuesto, y en el corazón alimento amor también por la otra, a causa de la parte divina de mí mismo.

Más tarde, cuando apareció la figura divina y terrena sobre la tierra, en los valles del verdeante paraíso, y no tenía aún nadie que le asemejara, para que le ayudara en su vida, precisamente entonces tuvo lugar este grandísimo prodigio del *Logos* sabio: con su poderosa mano vivificadora dividió en dos al hombre que había creado

como espectador de su universo, raíz y semilla de la multiplicidad del género humano, tomó una sola costilla de su costado, dando después forma a la mujer, y, mezclando el amor en sus corazones, les concedió a ambos sentirse atraídos el uno por el otro.

Sin embargo, no lo concedió a todos ni concedió una atracción dirigida a todos, sino que impuso un límite, llamado matrimonio, a los deseos, freno para la materia sin medida, a fin de que ésta, ardiendo y enfureciendo irresistiblemente, no lacerara con un amor no vinculado la sagrada naturaleza de los hombres, de suerte que éstos, sin contención, se allegaran en tropel los unos a los otros, y a fin de que no se levantara en todos guerras y enemistades en caso de que se hubiera convertido en una pasión ardiente presa de desconsideraciones desenfrenadas (Gregorio Nacianceno, *Poesie / 1*, Roma 1994, 74s).

ACTIO

Repetid en vuestro corazón estas palabra, mirándoos:
«... [nombre] eres carne de mi carne...; [nombre] eres hueso de mis huesos».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La escena de María y Juan a los pies de la cruz de Jesús ejemplifica, de una manera eminente, cómo la paternidad de Dios se extiende por la historia a través de la creación de un nuevo parentesco entre los hombres. «Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Después dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya» (Jn 19,26s).

Jesús, en la hora suprema de su misión, la hora de la entrega total de su libertad humana al Padre, consume su obra ins-

taurando una *relación de parentesco* nueva entre los hombres. Sin renegar de las relaciones naturales, este nuevo parentesco —cuya *forma* (figura) es la maternidad de la Iglesia— constituye el signo (sacramento) de la paternidad de Dios. La escena del evangelio de Juan lleva a plenitud todos los factores implicados en el misterio nupcial (diferencia sexual, amor, fecundidad) y, en particular, identifica con precisión la naturaleza de la relación de paternidad-maternidad y filiación (A. Scola, «*Paternità nella cultura attuale*», en R. Bonetti (ed.), *Padri e madri per crescere a immagine di Dio*, Roma 1999, 28s).

3

Isaac introdujo a Rebeca en la tienda de su madre, Sara, la tomó por mujer y la amó tanto que se consoló de la muerte de su madre

(Gn 24,48-51.58-67)

En aquellos días, el criado de Abrahán dijo a Labán: «Bendigo al Señor, Dios de mi amo Abrahán, que me ha puesto en el buen camino para tomar a la hija del hermano de mi amo para su hijo. Ahora, decidme si estáis dispuestos a usar de favor y lealtad para con mi amo, y si no, decídmelo también, para que yo tire por la derecha o por la izquierda». Labán y Betuel respondieron: «Del Señor ha salido este asunto. Nosotros no podemos decirte está mal o está bien. Ahí delante tienes a Rebeca. Tómala y vete, y sea ella mujer del hijo de tu amo, como lo ha dicho el Señor Dios». Llamaron a Rebeca y le dijeron: «¿Te vas con este hombre?». Ella respondió: «Me voy». Entonces despidieron a su hermana Rebeca con su nodriza, y al criado de Abrahán con sus hombres. Y bendijeron a Rebeca diciendo: «¡Oh hermana nuestra, que llegues a convertirte en millares de miríadas y que tu descendencia conquiste las puertas de tus enemigos!». Se levantó Rebeca con sus doncellas y montadas en los camellos siguieron al hombre. El criado tomó a Rebeca y se fue. Entretanto, Isaac había venido al desierto del pozo de Lajay-Roí, pues habitaba en el país del Négueb. Una tarde había salido Isaac de paseo por el campo y, al alzar la mirada, vio que venían unos camellos. Rebeca, a su vez, alzó los ojos y, viendo a Isaac, se apeó del camello y dijo al criado: «¿Quién es aquel hombre que viene por el campo a nuestro encuentro?». El criado respondió: «Es mi señor». Entonces ella tomó el velo y se cubrió. El criado contó a Isaac todo lo que había hecho. Isaac introdujo a Rebeca en la tienda de su madre. Sara, la tomó por mujer y la amó tanto que se consoló de la muerte de su madre.

LECTIO

El relato de las nupcias de Isaac con Rebeca, en su redacción actual, parece que se debe a la voluntad de contribuir a la legislación de Esdras y Nehemías contra los matrimonios «mixtos», sentidos como un peligro para la identidad religiosa del pueblo de Israel (cf. Esd 9-10). El ejemplo de Abrahán, que envía a su criado a Aram Najaraín a buscar una mujer de su parentela para dársela a su hijo Isaac como esposa, debería incitar al lector judío a desarrollar proyectos matrimoniales con mujeres de su propio pueblo y no con extranjeras que no compartían la fe yahvista.

Con todo, el intento exhortativo no sofoca la belleza de un relato que celebra el amor que florece entre dos jóvenes hasta unir sus vidas en el matrimonio.

La presente perícopa muestra, en primer lugar, al siervo de Abrahán, que da una interpretación teológica del acontecimiento que le ha acaecido –a saber: el éxito de su viaje en busca de una joven adecuada para Isaac–, acontecimiento en el que reconoce que el Señor guía de una manera eficaz la historia de los hombres, a fin de que se cumpla su promesa (vv. 49-51).

A continuación, surge un problema ligado al hecho de que el siervo pide poder volver inmediatamente a Abrahán, contraviniendo, no obstante, de este modo las leyes de la hospitalidad (cf. los vv. 54-57, omitidos en la lectura litúrgica). La dificultad queda resuelta por el «sí» decidido de Rebeca, que quiere apresurar los tiempos a fin de encontrar pronto al joven que le ha sido destinado como esposo (v. 58).

Empieza así el viaje de vuelta y la deliciosa escena del encuentro entre los dos jóvenes (vv. 59-67), mientras que Abrahán parece casi desaparecido. Primero se produce un cruce de miradas en la suave luz de la puesta del sol (vv. 63-65), unas miradas en las que los dos ad-

vierten ya la fascinación y la atracción recíproca; posteriormente, cuando Rebeca llega a saber lo que su corazón ya ha intuido, es decir, que ése es el hombre con quien se casará, se cubre el rostro con el velo como signo de pudor, siguiendo una costumbre bien conocida en la cultura oriental (vv. 64s). Por último, se consuma, en la tienda que fue la de Sara, el primer encuentro amoroso entre Isaac y Rebeca (v. 67).

El detalle de la tienda de Sara como alcoba de amor para los dos esposos –a saber, exactamente el lugar donde fue concebido y parido Isaac (según los usos del tiempo)– indica que el amor no es un fin en sí mismo: precisamente en el *existir* del engendrador/engendradora y del hijo/hija se atestigua la fecundidad del amor.

MEDITATIO

Acontece aquí algo que en nuestra lectura «moderna» y progresista parece inconcebible: Rebeca fue elegida por otros para Isaac, e Isaac fue elegido por otros para Rebeca. Más tarde, los dos realizan un dulcísimo encuentro amoroso a partir del ansia, del deseo, de los interrogantes (¿será precisamente él?, ¿será precisamente ella?), hasta la consumación de las bodas en la tienda-casa que perteneció a la madre de Isaac o a la suegra de Rebeca. Nosotros acostumbramos a dar no sólo prioridad, sino hasta preponderancia absoluta a la recíproca elección de los dos. Y, naturalmente, se trata de algo legítimo.

Sin embargo, la experiencia nos enseña que, cuando los dos se han elegido –con todo el deseo y la alegría, pero también con la incertidumbre y la fatiga del caso–, en el fondo querrían una certeza más; a saber, que su encuentro haya sido «pensado» *en otra parte*, que su encuentro proceda de un *designio* que les supera. La pare-

ja madura no busca esta «certificación» por medio de una seguridad mágica (si Dios nos ha pensado como esposos y ha querido que nos encontráramos, tenemos la garantía de *no* equivocarnos) para calmar las dudas del corazón (que avanzan, por lo general, cuanto más se vive juntos), sino por medio de una razón más elevada. Esta razón superior –como nos sugiere el exégeta– podría ser la de Rebeca e Isaac: *nuestro matrimonio está al «servicio» de una causa más amplia*, de un horizonte mucho más dilatado que nuestro (aparentemente) estar recíprocamente enamorados. Digámoslo con un lenguaje moderno: nuestra libre y recíproca elección, sin presiones ni hipotecas, responde a un designio más amplio que nosotros, puesto que el Dios de la vida, es decir, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, asume nuestro «sí» recíproco en su designio de amor se convierte en testigo y mandante del mismo.

Y esto añade un motivo más a nuestra alegría, como ocurrió con esta estupenda pareja patriarcal, aunque mediante un proceso inverso.

Pero hay más, y es el subrayado de la tienda de Sara, lugar donde –en la línea paterna– nació Isaac. Esto nos hace sospechar que los dos esposos no han sido colocados en una isla feliz, en donde pueden aislarse de toda su parentela, en donde puedan tener el sueño *inútil* de poder empezar el mundo desde el principio (pero esto se desarrollará mejor en el texto 4).

ORATIO

Queremos estar solos, Señor, y ser libres de encontrarnos, elegirnos, amarnos. Y en esto estamos plenamente de acuerdo. Con todo, Señor, no queremos que nos dejes solos. No queremos sentirte simplemente «al lado» de nuestras nupcias o incluso indiferente a nues-

tro nombre y a nuestra historia personal, antes de encontrarnos. Queremos sentirnos asumidos en tu designio, Señor, a partir del momento en que nos tejiste en el seno de nuestra madre y nos sonreíste. Sí, Señor, queremos formar parte de tu designio de amor por nosotros mismos, por nuestras familias, por nuestras comunidades y por el propio mundo. Lo deseamos, Señor, y tú ya nos has escuchado.

CONTEMPLATIO

Alabanzas del Dios Altísimo

Tú eres santo, Señor Dios único, que haces maravillas.

Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres altísimo, tú eres rey omnipotente, tú, Padre santo, rey del cielo y de la tierra.

Tú eres trino y uno, Señor Dios de dioses, tú eres el bien, todo el bien, el sumo bien, Señor Dios, vivo y verdadero.

Tú eres amor, caridad; tú eres sabiduría, tú eres humildad, tú eres paciencia, tú eres belleza, tú eres mansedumbre, tú eres seguridad, tú eres quietud, tú eres gozo, tú eres nuestra esperanza y alegría, tú eres justicia, tú eres templanza, tú eres toda nuestra riqueza a satisfacción.

Tú eres belleza, tú eres mansedumbre, tú eres protector, tú eres custodio y defensor nuestro, tú eres fortaleza, tú eres refrigerio.

Tú eres esperanza nuestra, tú eres fe nuestra, tú eres caridad nuestra, tú eres toda dulzura nuestra, tú eres vida eterna nuestra: gran y admirable Señor, Dios omnipotente, misericordioso salvador.

(*Fonti francescane*, Editio Minor, Asís 1986, 134s).

ACTIO

Hoy, en cualquier momento del día, cogeos de la mano y que cada uno diga al otro: «Yo te he elegido en mi libertad, pero esto no es fruto de la casualidad, porque juntos pertenecemos a su designio de Amor».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Para una familia cristiana, lo primero de todo es, naturalmente, la relación con Dios, porque es en esa relación donde la familia cristiana hunde sus raíces. Dios no es soledad, sino relación, y cuando decidió crear al hombre a su imagen (Gn 1,26s), los creó varón y hembra para colocar en el interior mismo de su naturaleza –en sus cromosomas, podríamos decir– la exigencia imprescindible y la capacidad de realizarse en la relación. La pareja sponsal se convierte por ello en presencia sacramental de este Dios-Trinidad, que es en sí mismo «familia».

La calidad de las relaciones se determina en la vida de casa, y lo que se exporta hacia el exterior es lo que ya se vive en el interior. Se exporta hacia el exterior para hacer familia de una manera más amplia en la Iglesia y en la sociedad civil. Así, en el fondo, la casa no es sólo un solar donde se construye la santidad de los esposos y de todos los que forman parte de la familia, sino también un solar donde se construye la Iglesia.

Si hoy preguntáramos a nuestros hijos: «¿Dónde habita Dios?», me parece que la respuesta sería la misma que nos han enseñado durante tantos siglos: la iglesia como «casa de Dios». Sigue siendo verdad, por otra parte, que en la iglesia encontramos un signo particular de la presencia de Dios en el pan de la eucaristía. Así, si preguntáramos hoy a los adultos: «¿Dónde se aprende la fe?», me parece que la mayor parte diría que se aprende en la parroquia, en el oratorio, en los grupos de catequesis, etc.

El testimonio de la Escritura es muy diferente. El templo es el lugar de la oración pública de Israel, pero la Escritura atestigua que cuando Dios ha querido manifestar algo nuevo para expre-

sar su proximidad, revelándose como el Dios que salva y que libera, ha elegido casi siempre las moradas de los hombres (S. Nicolli, «Introduzione», en *id.*, *La casa cantiere di santità*, Roma 2004, 10s).

Jacob sirvió siete años por Raquel, y estaba tan enamorado que los años le parecieron unos días

(Gn 29,9-20)

⁹ Jacob estaba todavía hablando con ellos [con los pastores], cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues las guardaba ella. ¹⁰ En cuanto Jacob vio a Raquel, hija de su tío Labán, con las ovejas de éste, se acercó, rodó la piedra de la boca del pozo y abrevó las ovejas de su tío Labán. ¹¹ Después Jacob besó a Raquel y rompió a llorar. ¹² Jacob explicó a Raquel que él era hijo de Rebeca, y ella corrió a contárselo a su padre. ¹³ Cuando Labán oyó lo que le contaba de su sobrino Jacob, corrió a su encuentro, lo abrazó, lo besó y lo llevó a su casa. Jacob contó a Labán todo lo sucedido. ¹⁴ Y Labán le dijo:

–Eres de mi carne y de mi sangre.

Y Jacob se quedó con él un mes.

¹⁵ Labán dijo a Jacob:

–No por ser mi sobrino vas a servirme de balde. Dime qué salario quieres.

¹⁶ Tenía Labán dos hijas. La mayor se llamaba Lía y la menor Raquel. ¹⁷ Lía tenía los ojos apagados, mientras que Raquel era bonita y de hermoso semblante. ¹⁸ Jacob se había enamorado de Raquel, y dijo:

–Te serviré siete años a cambio de Raquel, tu hija menor.

¹⁹ Labán respondió:

–Prefiero dártela a ti antes que a un extraño, así que quédate conmigo.

²⁰ Jacob sirvió siete años por Raquel, y estaba tan enamorado que los años le parecieron unos días.

LECTIO

El relato del encuentro entre Jacob, el fugitivo, y Raquel, su futura esposa predilecta, se inserta en una trama compleja de acontecimientos que tienen la finalidad de mostrar que Jacob era portador de una promesa que no desaparecerá. Los acontecimientos se desarrollan de un modo más bien tortuoso, entre astucias, engaños, amores, desilusiones y éxitos, en los que Jacob es, al mismo tiempo, protagonista y víctima.

Ha huido a casa de Labán para sustraerse a la ira de su hermano Esaú, al que ha estafado. Al comienzo de nuestra perícopa aparece una escena de concordia y de cálidos afectos familiares, que dejarán más adelante su puesto a otras experiencias más amargas, cuando Jacob descubra que detrás de tanto calor hay también una trampa y la búsqueda de su propio interés por parte de su pariente Labán (cf. Gn 29,25ss; 30,25ss). Sin embargo, precisamente por eso, el lector debe extraer un mensaje preciso: Dios escribe también su proyecto de salvación en la historia de familias que no son, a buen seguro, ni perfectas ni ejemplares.

La historia del amor que brota entre Jacob y Raquel tiene como escenario el pozo, que constituye uno de los símbolos más entrañables en la Sagrada Escritura, porque su agua brota limpia del misterio de la tierra, calma la sed, da vida y distribuye fertilidad.

El pozo no es como las cisternas, donde las aguas se estancan y pueden volverse malolientes; el pozo es fuente de agua viva, que no cesa de brotar y se renueva continuamente. Encontrar un pozo en el desierto es vivir, excavar pozos es hacer vivir, sentarse junto al pozo es buscar y escuchar la fuente de la vida. Por eso se encuentra a la mujer de la propia vida «junto al pozo» y por eso ella misma es pozo de agua viva (cf. Cant 4,15).

El impulsivo Jacob casi usurpa el derecho matrimonial, besando de inmediato a Raquel, antes de que se estipulen los pactos nupciales con la familia de ella. Esto es signo de un amor que ha cautivado el corazón del joven y que hará ligeros los largos años de servicio para pagar la dote de la esposa a su padre, Labán: «*Jacob sirvió siete años por Raquel, y estaba tan enamorado, que los años le parecieron un solo día*» (v. 20). Siete años eran un precio elevado, el máximo permitido por la ley de Dt 15,12ss para un trabajo confinado en las dependencias de otro; pues bien, el valor del amor es tal que no conoce precio. Es lo que afirma asimismo el Cantar de los cantares cuando dice: «*Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa sería despreciable*» (Cant 8,7).

MEDITATIO

Labán es un suegro difícil de soportar; incluso en el marco de los derechos matrimoniales de la época, según los cuales era justo y legítimo «pagarle» la esposa al padre, con un tácito –y tal vez inconsciente– desprecio hacia la mujer, que pasaba de ser propiedad del padre a ser propiedad del marido. Tal como nos ha dicho el exégeta, el suegro eleva el precio: siete años de trabajo para «ganarse» la esposa; sin embargo –como sabemos–, Jacob fue engañado y sólo obtuvo a la bella Raquel al cabo de otros siete años de trabajo gratuito (Gn 29,26s). Labán aparece, por consiguiente, como un hombre odioso e indigno de confianza, aunque al comienzo se había mostrado acogedor y lleno de interés por los asuntos de su futuro yerno. Sin embargo, en el texto no aparece la menor huella de falta de respeto o de desprecio por parte del joven Jacob con el calculador Labán.

Es cierto, el mismo Jacob había perpetrado engaños en perjuicio de su hermano Esaú, había arrebatado la

bendición a su anciano padre Isaac, razón por la cual era ahora un fugitivo, absolutamente pobre y obligado a pedir hospitalidad; pero sabemos cómo actuamos a menudo los humanos: cerramos los ojos sobre nuestros errores y los abrimos de par en par sobre los de los otros, señalando con el dedo con tanto más rigor cuanto más se nos... asemejan los otros.

Jacob, sin embargo, no desprecia al padre de la mujer a la que ama. Y eso que parece un tipo pasional, de ideas claras y extraordinariamente fuerte: rueda solo la piedra del pozo para abreviar las ovejas de Raquel y, contra toda norma de prudencia, la besa y llora con ella sus desgracias; Jacob no es, por consiguiente, alguien pasivo, débil, cobarde.

¿Qué podemos tomar de esta lectura para nuestra vida de pareja? La literatura científica observa hoy que, cuando dos se ponen a vivir juntos, detrás de ellos se encuentran «dos estirpes», dos historias, dos modos de pensar y de entender el mundo, aunque –supongamos– ambos sean del mismo país e incluso las dos familias se conozcan desde que eran niños. Y es precisamente esta «diversidad» de estilos familiares lo que con frecuencia hace lanzar acusaciones en perjuicio del otro(a), como bien sabemos cuando gritamos: «¡Los tuyos!», enumerando sus defectos, como si ese «¡los tuyos!» fuera un grito de guerra. Y el otro(a) se encuentra inculpa-do(a) por lo que hacen «los suyos», como si los comportamientos de sus padres, que son los suegros del otro, fueran una especie de pecado para descontar y de errores para remediar. Y tal vez haya errores y engaños (como en el caso de Labán). De aquí podemos deducir dos enseñanzas éticas: no faltar nunca al respeto a los padres de él(ella) (a pesar de lo que hayan hecho) y, sobre todo, no echar nunca la culpa al cónyuge de lo que sus familiares hayan hecho o hagan.

ORATIO

Señor, tú lo sabes, nos resulta muy fácil acusar, y tanto más fácil cuanto más nos parece que nos acompaña la razón. Y así arruinamos nuestra relación de pareja, porque el otro(a) se siente arrastrado(a) a defender a «los suyos», aumentando de este modo el odio del cónyuge.

Señor, te pedimos que nunca esas palabras candentes, «los tuyos», «los míos», circulen entre nosotros como acusaciones insanas. Enséñanos, Señor, a «honrar» a ese padre y a esa madre que son el suegro y la suegra; enséñanos también a compadecerles, pero nunca a lanzarlos como hipotecas sobre la cabeza del cónyuge.

Permítenos, Señor, que aprendamos *otra* lengua en nuestros momentos de intimidad, llamando «los nuestros» a los cuatro padres de los que procedemos, incluso cargándolos *juntos* sobre nuestros hombros para llevar juntos su peso.

CONTEMPLATIO

Un hermano preguntó al padre Poimen: «¿Por qué no consigo ser libre al comunicar mis pensamientos a los ancianos?». Le respondió el anciano: «El padre Juan el Enano dijo: “De nadie se alegra tanto el Enemigo como de quien no revela sus propios pensamientos”» (Los Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 32).

ACTIO

Pronuncia una frase de respeto relacionada con tus suegros en presencia de tu cónyuge: será una bocanada de oxígeno para vuestra pareja.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Ahora bien, ningún hijo conoce del todo a sus propios padres. Si accede al matrimonio con semejante convicción, probablemente se le quedará pegada; el conocimiento «adulto» de los propios padres, en cambio, es una condición para el «dejará a su padre y a su madre» (Gn 2,24).

Cuando el hijo se hace adulto, se da cuenta de que sus padres no se centran en él, que tienen su vida tanto de pareja como individualmente, que no se los sabe de memoria; a saber, se pone en la actitud de re-conocerlos, conocerlos de nuevo como personas con su misterio. Éste es propiamente el ramal, la salida, que le hace adulto: ya no tiene necesidad de su aprobación total, ni tiene necesidad de oponerse a ellos. Es precisamente este *conocerlos de nuevo* lo que le ayuda a tomar una distancia buena; se permite decepcionarlos, no ser precisamente según la imagen que ellos se han hecho de él; en ciertos aspectos, se permite encontrar su propio camino, pagando sus costes y aceptando sus riesgos, sin pretender que ellos sean siempre el paraguas bajo el que refugiarse y renunciando a sus propias expectativas infantiles de que ellos estén siempre dispuestos a apoyarle, a proveer a sus carencias, a pagar sus deudas.

Este conocerlos de una manera nueva es un «re-conocerlos»: un proceso que les conduce desde el nuevo conocimiento al *re-conocimiento*, es decir, a la gratitud por cómo, a pesar de sus fatigas y sus límites, han caminado por la vida. Los restituye a su «fatiga de vivir», les perdona por lo que no han sido y acepta, sin sentirse aplastado por ello, las deudas de gratitud: ¡han hecho lo que han podido! Y esto le llena de respeto, incluso en presencia de heridas y hasta de injusticias, porque descubre en ellos una huella del amor del Padre. Está dispuesto para comprender el auténtico sentido del «*honra a tu padre y a tu madre*» (R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zattoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini di autoformazione*, Cinisello Balsamo 2003, 86s).

5

Escribe en las jambas
de tu casa y en tus puertas:
«El Señor es nuestro Dios»

(Dt 6,4-9)

⁴ Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno.
⁵ Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. ⁶ Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te digo. ⁷ Incúlcalas a tus hijos y háblales de ellas estando en casa o yendo de viaje, acostado o levantado; ⁸ átalas a tu mano como signo, ponlas en tu frente como señal; ⁹ escríbelas en las jambas de tu casa y en tus puertas.

LECTIO

Ésta es la oración que el judío piadoso repite tres veces al día: el *shema'*, el *Escucha, Israel*, una oración citada por el mismo Jesús en los evangelios (cf. Mt 22,37s; Mc 12,28-31; Lc 10,25-28).

La escucha es la actitud primera y radical que el creyente debe tener con Dios o, mejor aún, con el Dios que se reveló a Israel en su historia. Por lo demás, el mismo nombre «Israel» evoca el misterio de la elección (cf. Gn 32,29). Al recitar el «*Escucha, Israel*», el pueblo de Dios confirma la llamada que lo engendró, reconoce la llamada que Dios le dirige como a un hijo y afirma de una manera implícita que se le ha exhortado a obedecer al mismo Dios como a un Padre.

«*Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno*» (v. 4). Traducida de este modo, la frase suena como

la afirmación de un decidido monoteísmo teórico, pero tal vez se podría traducir mejor así: «Escucha, Israel: el Señor, tu Dios; el Señor, sólo él», dado que la cópula –expresada con el «verbo»– no aparece en el texto hebreo.

La cuestión planteada aquí no es, por consiguiente, la de la existencia de otros dioses, negada ya además en Dt 4,35-39, sino la de qué significa ponerse ante el Señor como Único al que debemos amar. Se trata, en concreto, de acoger las exigencias de la alianza, porque sólo de este modo es como YHWH es, efectivamente, el Único al que debemos amar. La frase siguiente comienza, de hecho, en el texto hebreo con una partícula que puede tener un valor explicativo: «A saber: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón...» (v. 5).

La escucha y el amor constituyen dos aspectos de la misma realidad. La exégesis rabínica comenta de este modo el texto deuteronomico: «Cuando se dice “con todo tu corazón”, ¿qué motivo hay para añadir inmediatamente después “con toda tu alma” y “con todas tus fuerzas”? La respuesta es ésta: la precisión “con toda tu alma” significa “aunque te la arranquen”, o sea, hasta el martirio; el añadido “con todas tus fuerzas” significa “con todos tus bienes”».

La Palabra de Dios ha de ser objeto no sólo de una observancia exterior, sino también de una adhesión interior y de un diálogo íntimo con Dios: «Guarda en tu corazón estas palabras que hoy te digo» (v. 6). Ha de ser conservada celosamente contra todo olvido (v. 7). Nuestro texto parece recomendar después algunas estrategias para garantizarse una serie de recordatorios, algo que la práctica judía entendió también en un sentido literal (vv. 8s). Sin embargo, el sentido del texto va mucho más allá de estas prácticas piadosas: significa que todo el espacio del hombre debe estar ocupado por la Palabra; ésta no debe limitarse a la vida cotidiana, doméstica, sino impregnar la vida civil, las grandes decisiones,

incluso las políticas. Y, junto al espacio invadido por la Palabra de Dios, también el tiempo del hombre debe ser completamente recorrido en obediencia por las distintas generaciones; esto inspira una incesante catequesis o formación religiosa de la generación adulta dirigida a sus niños.

Esa Palabra debe ser la fuerza de la acción (*brazo*), el principio inspirador del obrar y, sobre todo, el criterio de lectura de los acontecimientos, la luz a la que se manifiesta el sentido de la existencia (*ojos*).

MEDITATIO

«En esta casa intentamos amar a Dios», dice la pareja que fundamenta su vínculo *en su Palabra*. E inmediatamente esa casa se abre de par en par al universo de Dios, a su plenitud y, por consiguiente, al sentido de la vida, a los significados «últimos» que nos mantienen en pie, que rigen también las dificultades y nos mantienen alejados del abismo de la angustia anonadante. Un psicoterapeuta laico, E. Erikson, afirma que para el desarrollo psicológico sano de un niño es necesario que sus padres crean en «algo», es decir, que hundan sus raíces en una fe –para Erikson, ateo, es indiferente de qué fe se trate– que dé sentido a la vida, que cree un espacio y un tiempo en el que «valga la pena» permanecer en el mundo. Este «algo» es para el cristiano el asombroso mandamiento de amar a Dios, puesto que –como dice el exégeta– Él se sitúa como el Único al que debemos amar. Debemos decir a renglón seguido que la unicidad de Dios no es un criterio excluyente, como cuando le decimos a una persona: «Ámame sólo a mí». No, la unicidad de Dios es el criterio salvífico, la razón última por la que amamos; en esto la unicidad de Dios excluye todo afecto contrastivo; ahora bien, precisamente porque Él es el criterio, el Único, cualquier otro amor legítimo

nuestro adquiere sentido y se enraíza en él. Las parejas lo sabemos cuando descubrimos que, en última instancia, es en el amor de Dios y a Dios donde nuestro frágil y tal vez inconstante amor toma su oxígeno, su fundamento y su sentido.

Ahora bien, ¿cómo amarle, es decir, escucharle, o sea, obedecer su mandamiento radical? Mis preceptos «*escribelos en las jambas de tu casa y en tus puertas*» (v. 9). Pero hay casas en las que se multiplican los pequeños altares, las imágenes sagradas, y muchas veces, por desgracia, en una razón inversamente proporcional a la fe, un signo religioso sobrio, central, en cambio, puede servirnos de recordatorio, *mostrar sin pudores quién es el verdadero Señor de la casa*. Pero eso todavía no basta: es preciso recordar que acostar al niño haciendo sobre él la señal de la cruz, sonreír al cónyuge que parece distraído y olvidadizo en ese momento, elegir un lugar en la casa para una cita *diaria* de oración, alegrar la mesa, perdonar de corazón, etc., son mil gestos con los que proclamamos que *hemos elegido* amar al Único. Sin sustraerle nada.

ORATIO

Señor, que nos mandas amarte –y no a medias–, que quieres liberar incondicionalmente todas nuestras fuerzas para amar, que no te conformas con una adhesión a tiempo parcial, haznos conscientes de que tenemos corazón, alma y fuerzas para ponerlos a disposición de amarte. Haz que confiemos en estas capacidades de amar que tenemos y en las que tanto confías, aunque sabes que somos pecadores, vulnerables e infieles.

Haz que no caigamos en la tentación de no ser capaces de amarte, porque tú, el Único, todavía *hoy* y de nuevo sabes que podemos –sin que te importe nuestra enor-

me torpeza– querer amarte con todo lo que somos (*el corazón*), con nuestros deseos de ti (*el alma*) y con todo lo que tenemos (*las fuerzas*).

CONTEMPLATIO

Dios nos impulsa, con el don de su Palabra, a buscar un conocimiento cada vez más rico y un don cada vez más maravilloso. No quiere ninguna falsa satisfacción. Cuanto más recibamos, tanto más deberemos buscarlo, y cuanto más busquemos, tanto más recibiremos de él. «*A quien tiene se le dará*» (Mt 13,12). Dios quiere ser glorificado y hacerse manifiesto con toda su riqueza en nosotros. Naturalmente, no podemos buscar a Dios más que en su Palabra, pero esta Palabra es viva e inagotable, porque en ella vive Dios. Una vez que la Palabra de Dios ha llegado a nosotros, podemos decir: «*Te busco con todo el corazón*». Con poco entusiasmo buscaremos, en efecto, un ídolo, pero nunca al mismo Dios. Sólo Dios tiene necesidad de todo el corazón. Él no quiere nada (no quiere ninguna cosa) de nosotros, sino que nos quiere precisamente a nosotros y nos quiere enteramente. Esto es lo que nos ha dicho su Palabra. Por eso le buscamos con todo el corazón (D. Bonhoeffer, *Risposta alle nostre domande. Pensieri sulla Bibbia*, Brescia 2003, 87s).

ACTIO

Cogeos de la mano y pronunciad en voz alta ante el signo religioso más importante de vuestra casa: «Escucha, pareja y familia, el Señor es tu Dios, sólo él. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Espíritu Santo, no permitas que nuestros corazones se turben,
danos confianza en nuestras oscuridades,
concédenos la alegría
y, en el silencio y la paz,
esperaremos que amanezca en nosotros una luz de Evangelio.

Jesús, el Cristo,
en nuestras profundidades disciernes una espera contemplativa:
una sed llena nuestra alma,
abandonarnos en ti.

Jesús, nuestra esperanza,
con lo poco que comprendemos del Evangelio,
tú nos concedes descubrir lo que esperamos de nosotros.

Jesús, el Cristo,
a nuestras pobres palabras les cuesta
expresar en la oración nuestro deseo de una comunión contigo,
pero tú nos acoges.

(Hermano Roger de Taizé, *Carta de Taizé*, 2000).

6

Que el Señor os una y lleve a cabo
en vosotros su bendición

(*Tob 7,6-14*)

⁶ Ragüel se levantó de un salto, lo besó y se echó a llorar, diciéndole:

–Bendito seas, hijo mío, tienes un padre bueno y honrado. ¡Qué pena que un hombre tan honrado y tan caritativo se haya quedado ciego!

Y abrazando a su pariente Tobías, rompió a llorar. ⁷ Edna, su mujer, también se emocionó y lloraba junto con Sara, su hija.

⁸ Mataron un cordero y los hospedaron con toda cordialidad. ⁹ Cuando se lavaron y se bañaron, se sentaron a la mesa para cenar. Tobías dijo a Rafael:

–Hermano Azarías, dile a Ragüel que me dé por esposa a Sara, mi pariente.

¹⁰ Ragüel oyó lo que decía y le dijo al muchacho:

–Come y bebe y pasa agradablemente esta noche, ya que nadie tiene más derecho que tú, hermano mío, a casarse con Sara, mi hija. Yo no puedo dársela a otro hombre fuera de ti, pues eres mi pariente más cercano. Pero tengo que decirte la verdad. ¹¹ Se la he dado a siete hombres de nuestra familia y todos murieron la noche de bodas. Ahora, hijo, come y bebe, que Dios cuidará de vosotros.

¹² Pero Tobías insistió:

–No comeré ni beberé hasta que no hayas decidido este asunto.

Ragüel le dijo:

–Bien; te la doy por esposa según lo prescrito en la Ley de Moisés, pues Dios mismo manda que te sea dada. Hazte cargo

de ella. Desde hoy mismo seréis marido y mujer. Que el Señor del cielo os asista esta noche, hijo, y os conceda amor y paz.

¹³ Ragüel llamó a su hija Sara, la tomó de la mano y se la entregó a Tobías, diciendo:

–Hazte cargo de ella según lo prescrito en la Ley de Moisés, que manda que te sea entregada por esposa. Tómala y llévala con salud a casa de tu padre. Que el Dios del cielo os llene de paz.

¹⁴ Llamó a la madre y le pidió un pliego en el que escribió el contrato matrimonial, según el cual se la entregaba a Tobías como esposa de acuerdo a lo mandado en la Ley de Moisés. Lo sellaron y después se pusieron a comer y a beber.

LECTIO

Esta lectura está tomada del libro de Tobías. Se trata de un escrito sapiencial dirigido a los judíos que vivían en la diáspora y que, por consiguiente, no podían contar con el apoyo material y, sobre todo, con el apoyo espiritual de otros hermanos en la fe para distinguirse de los otros pueblos. Esta posición separatista que el libro de Tobías comparte con otros escritos bíblicos, como Esdras o Nehemías y el mismo libro del Génesis (cf. el capítulo 24), no es aceptada, sin embargo, de una manera unánime por la Escritura; bástenos con pensar en el libro de Rut, donde la protagonista femenina, aun siendo una moabita, es modelo de fe y antepasada de David. Por otra parte, la preocupación por conservar la propia identidad en un contexto social fuertemente minoritario permite comprender que, para las familias que vivían en la diáspora, fuera particularmente importante que sus hijos se casaran con mujeres judías: tanto porque la pertenencia al pueblo la asegura la mujer (sólo es judío el hijo de madre judía) como para preservar más fácilmente los valores morales y de fe de la propia experiencia religiosa. En esto concuerdan las palabras del ángel Azarías y del futuro suegro.

Nuestro fragmento presenta a Tobías, que, acompañado por Azarías (el ángel Rafael, no reconocido todavía como tal), llega a la casa de su pariente Ragüel. Aquí se prepara un espléndido banquete ofrecido en señal de hospitalidad para con los dos viajeros. En su desarrollo, Tobías expresa su decisión de tomar como mujer a la joven Sara, como muchacha que corresponde a los criterios de su proyecto matrimonial.

La atención del texto se dirige, en particular, al hecho de que todo se realiza con una estricta observancia de la Ley de Moisés en lo que respecta al matrimonio (vv. 12.14). Otro aspecto que aflora en el texto es la importancia de la oración (aquí una oración de bendición), con la que el creyente –y tanto más la pareja creyente– experimenta la misericordia y la paz del Señor. El rostro de Dios que emerge del texto es el de un Dios cercano, fiel a sus propias promesas, dispuesto a socorrer a quien confía sinceramente en él. Precisamente en esta fidelidad puede encontrar la pareja fuerza para las dificultades de su camino.

MEDITATIO

En nuestros oídos suena verdaderamente un poco extraña esta «petición de matrimonio»: Tobías pide a Sara como esposa a su futuro suegro no sólo conjurándole, sino casi chantajeándole: «*No comeré ni beberé hasta que no hayas decidido este asunto*» (v. 12), o sea, no te permitiré cumplir con tus deberes de hospitalidad con un pariente lejano que acaba de hacer un largo viaje. Suena extraño, decíamos, porque a nuestros oídos «laicos» y posmodernos cada uno se pertenece únicamente a sí mismo y, en consecuencia, Tobías hubiera debido contar sólo con el «sí» de Sara. Sin embargo, en el fondo nos equivocamos no solamente porque los usos y costumbres del contexto del

libro de Tobías son patriarcales y muy diferentes de los nuestros, sino que nos equivocamos también por otro motivo, un motivo, por así decirlo, antropológico y psicológico: nadie puede presumir de pertenecerse sólo a sí mismo. Tal vez el ángel tenga algo que decirnos también a nosotros: en el encuentro entre un hombre (Tobías) y una mujer (Sara) se encuentran dos historias y dos expectativas.

Dos historias: aunque las familias de las que proceden los dos contrayentes fueran del mismo país y vecinas de la misma calle, las dos personas que se unen en matrimonio representan lo que la literatura psicológica llama hoy *dos stirpes*. Pertenecen a dos generaciones familiares, a dos modos de ver el mundo, a dos costumbres, a dos significados codificados y que, con frecuencia, se dan por descontado (para hacer un buen *risotto* es absolutamente necesario bañarlo al principio con vino blanco, o bien al revés).

En el fondo, Ragüel tiene razón, «*pues Dios mismo manda que te sea dada*» (v. 12). Hay un designio en el encuentro de estas dos historias, hay un proyecto en el encuentro de estas dos diferentes generaciones. No en el sentido trivial y mecanicista de que Dios *les* haya hecho encontrarse, sino en el sentido de que sus respectivas expectativas, a lo largo de los caminos y de las etapas de su amor, han sido bordadas por Dios con los hilos de sus decisiones. Cuando dos llegan a decirse sí, experimentan que «ellos no lo han hecho todo», sino que les ha guiado un bordado de amor.

En esto, como dice el padre-suegro Ragüel, Dios lleva a cabo su bendición. Sólo el amor eterno y, sin embargo, cercanísimo (el Dios de Abrahán... de nuestros padres más próximos en la fe) puede hacer un bordado como éste que realiza y da concreción a los sueños de dos vidas.

ORATIO

Oh Señor de la vida, realiza en nosotros tu bendición. Tú que nos has visto crecer en el seno de una mujer; tú que has estado a nuestro lado en nuestras fatigas de hijos que crecen; tú que nos has sostenido en la decisión de dejar a nuestro padre y nuestra madre para unirnos a la mujer / al hombre de nuestra juventud; tú que haces fecundo nuestro amor siguiendo caminos que hoy no conocemos todavía, bendícenos y asume en tus bodas con la Iglesia nuestras bodas, y que el mundo pueda ver en nuestro amor una chispa de tu Amor.

CONTEMPLATIO

La mujer joven que ha vivido retirada todo el tiempo, sin haber visto nunca al esposo, le desea desde el primer día y le ama como a su propio cuerpo; [...] el hombre, sin haberla visto nunca, sin haber conversado nunca con ella, también la prefiere desde el primer día a todas las demás: a los amigos, a la familia y a sus mismos padres. Éstos, a su vez, [...] al ver que a su hija se la llevan de casa, no recuerdan la convivencia familiar, no sufren, ni se sienten afligidos, sino que incluso están agradecidos: consideran como algo muy deseable ver que se llevan a su hija de casa y con ella muchas riquezas [...]. La nueva condición adquiere un vínculo de cohesión mayor que la del tiempo transcurrido con la familia; Pablo, al levantar acta de que esto no es obra del hombre, sino que es Dios quien ha sembrado tales amores y ha dispuesto que tanto los que conceden como aquellos que son dados en matrimonio lo hicieran con alegría, exclama: «*Gran misterio éste*» (Ef 5,32). Y algo que acontece a los niños: así como el recién nacido reconoce inmediatamente a sus padres antes de hablar, así también el esposo a la esposa; sin que nadie les haya impulsado,

exhortado o aconsejado a la unión, a la primera mirada se unen el uno al otro [...]. Se trata de un hecho verdaderamente grande y también humano, pero cuando me doy cuenta de que lo mismo sucede con Cristo y la Iglesia, entonces me quedo maravillado. Por eso, después de haber dicho: «*Gran misterio éste*», añadió [el apóstol]: «*Pero lo digo refiriéndolo a Cristo y a la Iglesia*» (ibíd.). Por consiguiente, una vez que has conocido el gran misterio que es el matrimonio y que es figura de algo tan grande, no hay que decidirlo ni a la ligera ni de una manera precipitada, ni tampoco has de buscar, cuando vayas a casarte, riquezas abundantes: el matrimonio no debe ser considerado como una compraventa, sino como una comunión de vida (Juan Crisóstomo, «Elogio di Massimo», en id., *L'umanità delle nozze*, Roma 1984, 100s).

ACTIO

Llevad con vosotros en lo ordinario de la vida cotidiana la conciencia de que el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob está con vuestra pareja; él os une y os bendice incluso cuando respiráis, camináis y actuáis por separado en el mundo.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La paternidad y maternidad humanas, aun siendo *biológicamente parecidas* a las de otros seres de la naturaleza, tienen en sí mismas, de manera esencial y exclusiva, una «*semejanza*» con Dios, sobre la que se funda la familia, entendida como comunidad de vida humana, como comunidad de personas unidas en el amor (*communio personarum*).

A la luz del Nuevo Testamento es posible descubrir que el *modelo originario de la familia hay que buscarlo en Dios mismo*, en el misterio trinitario de su vida. El «Nosotros» divino consti-

tuye el modelo eterno del «nosotros» humano; ante todo, de aquel «nosotros» que está formado por el hombre y la mujer, creados a imagen y semejanza divina. Las palabras del libro del Génesis contienen aquella verdad sobre el hombre que concuerda con la experiencia misma de la humanidad. El hombre es creado desde «el principio» como varón y mujer: la vida de la colectividad humana —tanto de las pequeñas comunidades como de la sociedad entera— lleva la señal de esta dualidad originaria. De ella derivan la «masculinidad» y la «feminidad» de cada individuo, y de ella cada comunidad asume su propia riqueza característica en el complemento recíproco de las personas. A esto parece referirse el fragmento del libro del Génesis: «Varón y mujer los creó» (Gn 1,27). Ésta es también la primera afirmación de que el hombre y la mujer tienen la misma dignidad: ambos son igualmente personas. Esta constitución suya, de la que deriva su dignidad específica, muestra desde «el principio» las características del bien común de la humanidad en todas sus dimensiones y ámbitos de vida. El hombre y la mujer aportan su propia contribución, gracias a la cual se encuentran, en la raíz misma de la convivencia humana, el carácter de comunión y de complementariedad (Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 2 de febrero de 1994, n. 6).

Oremos y supliquemos a nuestro
Señor para que tenga misericordia de
nosotros y nos salve

(Tob 8,5-10)

La noche de su boda, ⁴ se levantó Tobías de la cama y dijo a Sara:

–Levántate, mujer. Oremos y supliquemos a nuestro Señor para que tenga misericordia de nosotros y nos salve.

⁵ Ella se levantó, y comenzaron a rezar pidiendo al Señor que los salvara.

Ésta fue su oración:

Bendito eres, Dios de nuestros padres,
y bendito tu nombre por siempre.

Que los cielos y la creación entera
te bendigan por siempre.

⁶ Tú hiciste a Adán
y le diste como ayuda y apoyo
a Eva, su mujer.

De ambos nació la estirpe humana.

Tú dijiste:

«No es bueno que el hombre esté solo.
Hagámosle una ayuda semejante a él».

⁷ Señor, yo no me caso
con esta pariente mía
arrastrado por la pasión,
sino con una recta intención.

Ten misericordia de los dos
y danos una larga vida.

⁸ Y ambos exclamaron:

–Amén, amén.

LECTIO

El texto que presentamos difiere un tanto del que presenta la versión un tanto «sexófoba» de san Jerónimo, que acentuaba algunos rasgos problemáticos en la visión del matrimonio como motivado únicamente por el bien de la prole («*No por pasión, sino sólo por el deseo de tener descendencia...*»). Siguiendo, en cambio, el texto griego, la presente traducción presenta un mensaje sensiblemente distinto: «*Yo no me caso con esta parienta mía arrastrado por la pasión, sino con una recta intención*» (v. 7). En esta rectitud de intención entra también, a buen seguro, la apertura al bien de la descendencia, pero no se la convierte en la finalidad *exclusiva* de la relación matrimonial. Esta finalidad es, en primer lugar, la adhesión al designio amoroso de Dios sobre la pareja.

Más allá de estos aspectos, el fragmento sugiere algunos puntos preciosos: primero, que la *oración* es necesaria para el camino de la pareja, a fin de que ésta pueda hacer frente también a las pruebas severas, tal como lo fue la noche de bodas de Tobías y Sara. A Sara se le morían todos los maridos, quizá porque el vínculo entre ella y su padre era tal que ninguno de ellos quería perder al otro (recordemos que durante la noche de bodas el padre ya está preparando la tumba para el esposo). En la oración que ambos esposos, Tobías y Sara, elevan al Señor aparece una referencia a la enseñanza bíblica sobre la creación del hombre y de la mujer y al precioso texto de Gn 2,18 sobre el matrimonio como alianza, como ayuda recíproca y, sobre todo, como voluntad buena de Dios sobre la criatura humana.

Por último, tras haber confirmado su voluntad de configurarse con el designio de Dios, los dos nuevos esposos se confían a la misericordia de Dios como el recurso más verdadero que la pareja descubre en su camino por la existencia. Los dos jóvenes, que, por una

razón u otra, han sido heridos por la vida, muestran ahora que han descubierto la reconciliación con su existencia, hasta augurar llegar juntos a la vejez.

MEDITATIO

Ella se asomaba al matrimonio con la antigua herida de no haber sido nunca comprendida, amada, apoyada; él, con el énfasis del amor, le había dicho: *yo te salvaré, yo curaré tus heridas, yo te comprenderé y te protegeré hasta de los tuyos*. Después pasaron días, meses y años de desilusión: a él le parecía que a ella nunca le bastaba con lo que le hacía; a ella le parecía que el compromiso que él había asumido de comprenderla y protegerla había desaparecido casi por completo. Ahora bien, nadie puede convertirse en la muleta terapéutica del otro(a). Nadie, ni siquiera en los más espléndidos deseos del amor, puede decirle al otro(a): «Yo te salvaré». Sin embargo, ambos cónyuges sí pueden hacer como Tobías y Sara: *arrodillarse*, de los mil modos que la vida pueda enseñarles, con humildad y confianza. No deben decir: «Yo te salvaré», sino: «Nuestro amor, gracias a Él, nos salvará».

«*Comenzaron a rezar pidiendo al Señor que los salvara*» (v. 5). Hay momentos en la vida de la pareja en los que se experimenta la necesidad de ser salvados, en los que se advierte el peligro más grande; a saber, que sucumba la relación amorosa bajo el peso de la desilusión y de las pretensiones. En esos momentos la «salvación» no es una expresión exagerada, puesto que ambos perciben que, si se hunde la relación amorosa, *se hunden las columnas que sustentan* la familia, el terreno del nosotros, tan esencial también en la vida de los hijos.

Pero ¿a quién le piden Tobías y Sara la salvación? No a un patrón al que arrancan una gracia, sino a un alia-

do; más aún, al Aliado por excelencia de su amor, es decir, al Señor del universo, que ha *querido*, plasmado y firmado el ser hombre y el ser mujer como ayuda recíproca, o sea, como seres capaces de amar. Es precisamente este Señor el que se alía a la relación esponsal de *este* hombre y de *esta* mujer y no es indiferente a su amor, sino que está interesado en que se amen, superen sus zonas de sombra y, en su nombre, lancen un reto a los lazos de su amor recíproco.

ORATIO

Señor, enséñanos a orar. Así como te asociaste a las dificultades de tus discípulos, que, aun advirtiendo la necesidad de la salvación, no sabían cómo orar, asóciate también a la necesidad más profunda de nuestra pareja, a la que tampoco sabemos dar un nombre preciso.

Señor, enséñanos a orar. Orar juntos es más difícil que entregarnos nuestros cuerpos, más difícil que confiarnos nuestros proyectos, más difícil que entregarnos nuestros sentimientos, más difícil que confiarnos nuestros miedos: es preciso que te dejemos entrar para que animes nuestra relación de amor, para que la preserves incluso de nosotros mismos.

Señor, enséñanos a orar.

CONTEMPLATIO

Dirás [a la mujer]: Nada vale la vida presente, y suplico y ruego y actúo de manera que seamos considerados dignos de vivir la vida presente de manera que podamos estar también allí, en el siglo futuro, juntos el uno con el otro con una gran seguridad. En efecto, este tiempo es breve y caduco, pero si hemos sido conside-

rados dignos de agradar a Dios a lo largo de esta vida, estaremos siempre con Cristo y el uno con el otro con mayor alegría.

Que sean comunes las oraciones entre vosotros. Que cada uno vaya a la iglesia y que, de lo que allí se ha dicho y leído, el marido dé cuenta a la mujer y la mujer al marido [...]. Enseñadles que nada deben temer de las cosas de la vida, excepto ofender a Dios (Juan Crisóstomo, «Omelia XX sulla lettera agli Efesini», en *Vanità. Educazione dei figli. Matrimonio*, Roma 1997, 102s).

ACTIO

Cada vez que se empañe vuestra relación, llamad en su defensa al Defensor del vínculo, a Aquel a quien le importa vuestra relación más aún que a vosotros: «*Señor, enséñanos a orar*» (Lc 11,1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La historia del «amor hermoso» comienza en la anunciación, con aquellas admirables palabras que el ángel dirigió a María, llamada a ser la Madre del Hijo de Dios. De este modo, Aquel que es «Dios de Dios y Luz de Luz» se convierte en Hijo del hombre; María es su Madre, sin dejar de ser la Virgen que «no conoce varón» (cf. Lc 1,34). Como Madre-Virgen, María se convierte en *Madre del amor hermoso*. Esta verdad está ya revelada en las palabras del arcángel Gabriel, pero su pleno significado será confirmado y profundizado a medida que María siga al Hijo en la peregrinación de la fe [...].

Se puede decir también que la historia del «amor hermoso» comenzó, en cierto modo, con la *primera pareja humana*, Adán y Eva. La tentación en la que cayeron y el consiguiente pecado original no les privaron completamente de la capacidad del «amor hermoso». Esto se comprende leyendo, por ejemplo, en el libro

de Tobías, que los esposos Tobías y Sara, al explicar el significado de su unión, se refieren a los primeros padres Adán y Eva (cf. Tob 8,6). En la nueva alianza, lo atestigua también san Pablo hablando de Cristo como nuevo Adán (cf. 1 Cor 15,45): Cristo no viene a condenar al primer Adán y a la primera Eva, sino a redimirlos; viene a renovar lo que es don de Dios en el hombre, cuanto hay en él de eternamente bueno y bello, y que constituye el sustrato del amor hermoso. La *historia del «amor hermoso»* es, en cierto sentido, la *historia de la salvación del hombre*.

El «amor hermoso» comienza siempre con la automanifestación de la persona. En la creación, Eva se manifiesta a Adán; a lo largo de la historia las esposas se manifiestan a sus esposos, las nuevas parejas humanas se dicen recíprocamente: «Caminaremos juntos en la vida». Así comienza la familia como unión de los dos y, en virtud del sacramento, como nueva comunidad en Cristo. El amor, para que sea realmente hermoso, debe ser don de Dios, derramado por el Espíritu Santo en los corazones humanos y alimentado continuamente en ellos (cf. Rom 5,5). Bien consciente de esto, la Iglesia pide en el sacramento del matrimonio al Espíritu Santo que visite los corazones humanos. Para que el «amor hermoso» sea verdaderamente así, es decir, don de la persona a la persona, debe provenir de Aquel que es don y fuente de todo don (Juan Pablo II, *Carta a las familias*, 2 de febrero de 1994, n. 20).

8

La mujer que teme a Dios es digna de alabanza

(Prov 31,10-13.19-20.30s)

¹⁰ Una mujer de valía, ¿quién la encontrará?
Es más preciosa que las perlas.

¹¹ Su marido confía en ella
y no le faltarán ganancias.

¹² Le trae beneficio y no perjuicio
todos los días de su vida.

¹³ Busca lana y lino,
y trabaja con mano solícita.

¹⁹ Aplica sus manos a la rueca
y sus dedos sostienen el huso.

²⁰ Tiende su brazo al desvalido,
alarga sus manos al indigente.

³⁰ Engañosa es la gracia, vana la hermosura;
la mujer que teme al Señor merece alabanza.

³¹ Ensalzadla por el éxito de su trabajo,
que sus obras la alaben en la plaza.

LECTIO

Los versículos de la presente lectura están tomados de una perícopa particularmente estimada en Israel, la del himno a la mujer ideal como figura de la Sabiduría con que concluye el libro de los Proverbios (cf. Prov. 31,10-31).

El autor, al presentar este retrato de la mujer perfecta, dedicada de una manera incondicional al trabajo, a la casa, a la familia, ve en ella un modelo de compromiso y de discreción que debe caracterizar no sólo a la esposa, sino a todo creyente que se adhiera al proyecto de vida de la Sabiduría.

El plano simbólico no quita significado al primer nivel del poema, esto es, el de la exaltación entusiasta de las cualidades de esta mujer, capaz de ser el centro de la casa, de cuidar de su familia, de traducir de manera concreta el «temor» de Dios —es decir, la fe— en lo ordinario de sus tareas. Se refleja en su retrato una antropología precisa que caracteriza al pensamiento bíblico. La ausencia del dualismo alma-cuerpo conduce a superar la contraposición entre trabajo y contemplación, entre tarea manual e intelectual.

El trabajo no está considerado como una tarea de esclavos —como sucedía, en cambio, en la culta Grecia—, sino como obediencia al mandamiento de Dios para todos los seres humanos. En consecuencia, es una cosa buena intentar vivir del trabajo de las propias manos, así como la voluntad de desvelarse por una familia serena y bendita, sin olvidarse, no obstante, de los más desfavorecidos, del miserable. La mujer del libro de los Proverbios, en efecto, no se preocupa sólo de enriquecer su propia casa, sino que practica también la caridad con el necesitado (v. 20).

El final del pequeño poema (vv. 30s) no pretende despreciar la belleza física, apreciada por la Escritura como signo de la gloria de Dios, sino que hace referencia a valores todavía más auténticos y duraderos: la belleza interior de una vida vivida según el temor de Dios. Esta belleza no conoce ni arrugas ni decadencia; más aún, se acrecienta con la gloria de Dios y suscita la alabanza en todos los que la encuentran.

MEDITATIO

Es siempre erróneo juzgar una reflexión bíblica —como ésta de los Proverbios— con las categorías del presente, olvidando evaluar el contexto en el que nació: se corre el riesgo de tergiversar el sentido y tomar luciérnagas por lámparas. A pesar de todo, por más que se intente alejar ese erróneo procedimiento, se sedimenta un cierto sabor con esta lectura. Aparece, a buen seguro, que la visión de la mujer que aquí se expresa y celebra es obra de... un hombre que no ve más que ventajas en el hecho de que la mujer se quede «en casa»; de ella se desprende —hoy— una cierta incomodidad para la parte femenina, que no querría ser, precisamente, la «mujer perfecta» aquí descrita. Nuestro exégeta nos ha hecho observar que este «modelo de compromiso y de discreción [...] debe caracterizar no sólo a la esposa, sino a todo creyente». Con todo, continúa el sabor amargo en la boca.

¿Hasta cuándo? Hasta que no se penetra más en la profundidad del texto. Hemos conocido a una artesana que, junto con sus dos hijos, fabrica cinturones; ha tomado la iniciativa de trabajar «por su propia cuenta» usando el sótano de la casa. Busca los materiales adecuados, da forma a los cinturones, trata con los clientes. Recientemente, su marido se ha jubilado del trabajo y colabora con su mujer para que el negocio vaya adelante. Entretanto, esta artesana también lleva adelante su casa, ayuda a sus hijos a crecer, y ahora ellos le ayudan de buena gana cuando no tienen que preparar exámenes universitarios. ¿Podría ser esta artesana la «mujer perfecta» de la que habla nuestro fragmento («*busca lana y lino*», dice el texto, «*y trabaja con mano solícita*»)?

Sólo con una condición: que este trabajo —tanto en la familia como en cuanto solícita artesana— se haga con mesura y sabiduría, con las manos abiertas para los otros («*Tiende su brazo al desvalido, alarga sus manos al*

indigente»), es decir, para realizar el «proyecto de vida de la Sabiduría», como dice el exégeta. Ahora salta a los ojos una lectura nueva de este modelo de mujer: capaz de llevar la casa, de cuidar de sus hijos, de contribuir al *ménage* familiar incluso desde el punto de vista estrictamente económico, de manera autónoma y sabia. Podemos creer que «*su marido confía en ella*». Mujeres así, generosas y sagaces, también las hay hoy. Y muchas. Tal vez debamos aprender a mirarlas con gratitud.

ORATIO

Señor, tenemos necesidad de mujeres no sólo competentes, sino también capaces de amar; no simplemente para «hacer que descansen» unos maridos cada vez más inactivos y que delegan más, sino precisamente para despertar la conyugalidad y la paternidad de cada uno. Hemos capaces de apreciar «este *otro* modo de amar, el femenino, del que no entendemos cómo podríamos prescindir», según decía la madre Teresa. Y ayúdanos a distanciarnos tanto de un obtuso machismo como de un feminismo hostil, que no conducen a la paz y a la unidad.

CONTEMPLATIO

La santa sabiduría confunde a Satanás y todas sus astucias. La pura y santa simplicidad confunde toda la sabiduría de este mundo y la sabiduría del propio yo. La santa pobreza confunde a la codicia, la avaricia y los cuidados de este mundo. La santa humildad confunde a la soberbia y a todos los hombres que están en el mundo, e igualmente a todas las cosas del mundo. La santa caridad confunde a todas las tentaciones de la carne y todos los temores carnales (*Fonti francescane*, Editio Minor, Asís 1986, 131s).

ACTIO

Cada día puede ser el Día Internacional de la Mujer Trabajadora (8 de marzo): mirad a vuestro alrededor y dirigid una mirada de gratitud por algún gesto femenino.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Entre los valores fundamentales que están vinculados a la vida concreta de la mujer se halla lo que se ha dado en llamar la «capacidad de acogida del otro». Aunque cierto discurso feminista reivindique las exigencias «para sí misma», la mujer conserva la profunda intuición de que lo mejor de su vida está hecho de actividades orientadas al *despertar del otro*, a su crecimiento y a su protección.

Esta intuición está unida a su capacidad física de dar la vida. Sea o no puesta en acto, esta capacidad es una realidad que estructura profundamente la personalidad femenina. Le permite adquirir muy pronto madurez, sentido de la gravedad de la vida y de las responsabilidades que ésta implica. Desarrolla en ella el sentido y el respeto por lo concreto, que se opone a abstracciones a menudo letales para la existencia de los individuos y la sociedad. En fin, es ella la que, aun en las situaciones más desesperadas —y la historia pasada y presente es testigo de ello—, posee una capacidad única de resistir en las adversidades, de hacer la vida todavía posible incluso en situaciones extremas, de conservar un tenaz sentido del futuro y, por último, de recordar con las lágrimas el precio de cada vida humana.

Aunque la maternidad es un elemento clave de la identidad femenina, ello no autoriza en absoluto a considerar a la mujer exclusivamente bajo el aspecto de la procreación biológica. En este sentido, pueden existir graves exageraciones que exaltan la fecundidad biológica en términos vitalistas, y que a menudo van acompañadas de un peligroso desprecio por la mujer. La vocación cristiana a la virginidad —audaz con relación a la tradición veterotestamentaria y a las exigencias de muchas sociedades humanas— tiene al respecto gran importancia. Y contradice radicalmente toda pretensión de encerrar a las mujeres en un des-

tino que sería sencillamente biológico. Así como la maternidad física le recuerda a la virginidad que no existe vocación cristiana fuera de la donación concreta de sí al otro, igualmente la virginidad le recuerda a la maternidad física su dimensión fundamentalmente espiritual: no es conformándose con dar la vida física como se genera realmente al otro. Esto significa que la maternidad también puede encontrar formas de plena realización allí donde no hay generación física (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo*, 31 de mayo de 2004, n. 13).

9

El amor es fuerte como la muerte (Cant 2,8-10.14.16a; 86-7a)

²⁸ La voz de mi Amado.

Mirad: ya viene,
saltando por los montes,
brincando por las colinas;
⁹ mi Amado es una gacela,
es como un cervatillo.

Mirad: se ha parado detrás de una tapia;
atisba por las ventanas,
observa por las rejas.

¹⁰ Mi Amado me habla así:
«Levántate, Amada mía,
hermosa mía, ven a mí.

¹⁴ Paloma mía,
que anidas en los huecos de la peña,
en las grietas del barranco,
déjame con tu figura».

¹⁶ Mi amado es para mí y yo para él.

⁸⁶ Me dice:
«Ponme como sello sobre tu corazón,
como un sello en tu brazo.
Porque el amor es fuerte como la muerte;
el celo, obstinado como el infierno.
Sus saetas son saetas de fuego.

⁷ Las grandes aguas no pueden apagar el amor,
ni los ríos arrastrarlo».

LECTIO

El Cantar de los cantares es la obra maestra de la poesía amorosa bíblica. El poder de sus imágenes y la fuerza con que se canta el amor entre el hombre y la mujer constituyen la razón profunda por la que se ha convertido también en parábola del amor del Señor, esposo, a Israel, considerado como la esposa, y, en el mundo cristiano, como símbolo del amor de Cristo por la Iglesia. No es cuestión de oponer una lectura literal a una lectura alegórica, sino de captar el alcance simbólico del amor. El símbolo hace visible algo invisible, hace presente y concreto algo que lo abarca y, al mismo tiempo, lo trasciende.

Si en Gn 2,23 se oía la voz del esposo, que acogía a la mujer con el *canto nupcial*, ahora, en este texto del Cantar, nos hace oír la voz de la amada: es ella la que refiere la voz del esposo y es ella la que responde a esta voz. Emerge así de modo claro un primer rasgo de la espontaneidad como alianza (2,16); a saber, el diálogo que debe sustanciar el encuentro entre dos.

El Cantar alcanza su cima en 8,6s, dos versículos que giran en torno a algunas imágenes inolvidables. En primer lugar, la del sello (8,6). El sello era en la antigüedad una piedra dura, a menudo una piedra preciosa, trabajada de tal modo que era capaz de imprimir un dibujo sobre arcilla o sobre otro material. El matrimonio no puede permanecer secreto, como un asunto privado entre dos, sino que pretende expandirse y ser reconocido.

La segunda imagen es la de la comparación con la muerte. En la vida se dan dos absolutos: el amor y la muerte. Ahora bien, el autor proclama una guerra eterna entre los dos, en espera de que Alguien proclame la victoria definitiva del amor sobre la muerte (cf. Rom 8,38s). Ese amor no puede ser, a buen seguro, más que el de Dios.

Veamos ahora la tercera imagen, quizá la más poderosa: el amor entre el hombre y la mujer participa del gran fuego del amor de Dios; dicho con otras palabras –y usando un lenguaje catequético–, es *sacramento*. Y la imagen se desarrolla a continuación: el agua y el fuego se hacen la guerra, y la primera parece prevalecer, pero el autor tiene guardada una alegre noticia; a saber, que las grandes aguas –figura del caos, del diluvio– no podrán prevalecer. El amor entre el hombre y la mujer constituye siempre el punto de partida para reconstruir un mundo más verdadero y más justo.

MEDITATIO

Es verdad que, en nuestros días, una mujer se puede regalar a sí misma todos los anillos que quiera, incluidas las alianzas, y llenarse todos los dedos con ellos. Sin embargo, cuando en el altar él le pone la alianza en el dedo anular izquierdo (y ella a él), descubre que éste no es uno de tantos anillos: es una *alianza*, es decir, un sello. En ocasiones, las palabras quedan desteñidas por su consumo; sin embargo, conviene rescatarlas de su consumición: una alianza indica confianza en que el otro(a) me llevará en el dedo como prenda, como vínculo, como memoria, como signo de que estoy definitivamente en su corazón. Como sello.

La Sulamita dice: ponme como sello, es decir, pon *a-mí-que-te-amo*, como si dijera: (mi) amor es el que puede ser tu marca. La inversión es siempre posible, y se encuentra al alcance de la mano. Puedo pretender que lleves el anillo en el dedo (el sello) porque eres mío(a), porque me perteneces, porque te pongo la marca de exclusiva (y en última instancia te vuelves mercancía) o –a la inversa– te pido que me pongas en tu corazón (o en el dedo anular) como don: tú puedes llevar mi amor entregado como honor, tu gloria, tu diadema. No soy yo

el que te posee y te privatiza, sino que soy yo el que me entrego a ti.

Entre los dos modos del «*ponme como sello*» media un abismo, y sólo en el segundo caso, que no tiene nada que ver con el primero, el sello es signo de una «saeta de fuego» del Señor. Es decir, que lleva el ADN del amor divino, se convierte en índice *público* de la vida de Dios, en signo de cómo es Dios en sí mismo, aunque siga permaneciendo inaccesible.

Dios *no* es en sí mismo un amor que fagocita y marca, y *tampoco* alguien que exige el cordero para él a fin de preservar al rebaño, sino *amor que se entrega* sin pretensiones, amor que se deja incluso usar, ignorar, herir.

Éste es el amor que es más fuerte que la muerte, como intuyó, poco antes de morir, una muchacha que había sido toxicómana: «Puedo encender con un gran fuego a otros mil, sin que por ello disminuya de intensidad el mío... pero sé que no puedo ni debo esperar que sean siempre los otros los que lo enciendan, los que nos avienten... (M. Zattoni, *Ritorno a casa. La nascita de una coscienza*, Brescia 1998, 126).

ORATIO

Señor, el amor que nos has dado y que da calor a nuestro corazón es como un niño pequeño que necesita cuidados, que está expuesto a muchos peligros para su vida. Pero será fuerte e invencible si tu llevas a cabo en nosotros la obra de tu creación y tu Espíritu resplandece sobre su rostro.

Refuerza en nosotros la fe, para que creamos cada vez más que la obra de tu poder y de tu fantasía sea custodia en la fragilidad de nuestro amor.

CONTEMPLATIO

«*Mi amado es para mí y yo para él*» (Cant 2,16). Lo que no se puede poner en duda en este pasaje es el ardentísimo y recíproco amor entre ambos; pero en este amor aparece de manera evidente la suprema felicidad de la una y la admirable benevolencia del otro.

En efecto, esta unión tan estrecha y tan íntima no se realiza entre dos personas iguales. Además, ¿quién podría presumir de conocer, en este tipo de amor privilegiado, lo que la esposa se jacta de recibir como don y lo que a su vez da a cambio, sino aquel que, por su absoluta pureza de mente y santidad de cuerpo, haya merecido experimentar en sí mismo algo análogo? En efecto, aquí se trata de afecto, y no se llega a captarlo más que por una conformidad de afectos, no con la razón. Para reducir a una forma en cierto modo comprensible lo que estamos leyendo, es preciso proponer una consideración tanto más accesible a todos por ser de uso común, que dé coherencia al discurso y permita comprender a los pequeños. Y me parece suficiente con que al decir: *Mi amado es para mí*, entendamos «se dirige», de modo que el sentido sea: *Mi amado se dirige a mí y yo a él*. ¿Y qué es la esposa, sino la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Esposo? En efecto, él no puede dirigirse a ella sin que también ella se dirija a él. Por eso ella expresa esta recíproca atención, diciendo: «*Él para mí y yo para él*». Él para mí, porque es benigno y misericordioso (cf. Jl 2,13); yo para él, porque no soy una ingrata. Él me da la gracia por gracia, yo le doy gracias por la gracia; él obra para mi liberación, yo por su honor (Bernardo de Claraval, *Sermoni sul Cantico dei cantici*, Casale Monferrato 1999, 192-200, *passim*; edición española: *Sermones sobre El cantar de los cantares*, Alpuerto, Madrid 2000).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras:
«*Ponme como sello sobre tu corazón*» (Cant 8,6).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Este amor
tan violento,
tan frágil,
tan tierno,
tan desesperado.

Este amor
bello como el día
y malo como el tiempo
cuando hace mal tiempo.

Este amor tan verdadero.
Este amor tan hermoso.
tan feliz.
tan alegre.
y tan irrisorio,
temblando de miedo como un niño en la oscuridad
y tan seguro de sí mismo
como un hombre tranquilo en medio de la noche.

Este amor que daba miedo a los otros,
que les hacía hablar,
que les hacía palidecer.

Este amor acechado
porque lo acechábamos;
acosado, herido, pisoteado, rematado, negado, olvidado,
porque lo acosamos, herimos, pisoteamos, rematamos,
negamos, olvidamos.

Este amor íntegro,
tan vivo aún
y soleado,
es el tuyo
es el mío.

Ese que ha sido
ese algo siempre nuevo
y que no ha cambiado.
Tan verdadero como una planta,
tan tembloroso como un pájaro,
tan cálido y tan vivo como el verano.

Juntos podemos los dos
ir y venir.

Podemos olvidar
y después volvernos a dormir.
Despertarnos, envejecer, sufrir.
Volvernos a dormir,
soñar con la muerte,
despertarnos, sonreír y reír
y rejuvenecer.

Nuestro amor sigue allí,
empecinado como un borricho,
vivo como el deseo,
cruel como la memoria,
ridículo como los arrepentimientos,
tierno como los recuerdos,
frío como el mármol,
hermoso como el día,
frágil como un niño.

Nuestro amor nos mira sonriendo,
nos habla sin decir nada,
y yo lo escucho tembloroso.

Y grito.
Grito por ti,
grito por mí.

Te suplico
por ti, por mí, por todos los que se aman
y los que se han amado.

Le grito
por ti, por mí y por todos los demás
que no conozco:
Quédate donde estás,
donde estabas antes.

Quédate,
no te muevas,
no te vayas.

Nosotros, los que somos amados,
te hemos olvidado,
pero tú no nos olvides.

Sólo te teníamos a ti sobre la tierra.
No dejes que nos volvamos fríos,
aunque sea cada vez desde más lejos.

Y desde donde sea,
danos señales de vida
mucho más tarde desde el rincón de un bosque,
en la selva de la memoria,
surgiendo de repente,
tiéndenos la mano
y sálvanos.

(J. Prévert, *Palabras*, Lumen, Barcelona 2001).

10

La mujer bella, en su casa bien arreglada

(*Eclo 26,1-4.13-16*)

¹ Dichoso el marido de una mujer buena:
se doblarán los años de su vida.

² La mujer hacendosa hace prosperar al marido,
él cumplirá sus días en paz.

¹³ Mujer buena es buen partido
que recibe el que teme al Señor:
⁴ sea rico o pobre, estará contento
y tendrá cara alegre en toda sazón.

¹³ Mujer hermosa deleita al marido;
mujer prudente lo robustece;

¹⁴ mujer discreta es don del Señor;
no se paga un ánimo instruido;

¹⁵ mujer modesta duplica su encanto:
no hay belleza que pague un ánimo casto.

¹⁶ El sol brilla en el cielo del Señor;
la mujer bella, en su casa bien arreglada.

LECTIO

El Sirácida o Eclesiástico es un libro deuterocanónico, es decir, que forma parte de la Biblia católica, pero no de la hebrea, que hace valer el criterio de la lengua y, por eso, excluye este texto que nos ha llegado en griego. Refleja la sensibilidad y la teología del judaísmo precedente a la era cristiana. El autor del Eclesiástico da muestras de ser conservador y también un tanto misó-

gino en temas de mujeres y de amor. Con todo, el discurso que aparece en este texto tiene su lógica. Debemos recordar que, en aquella época, era el hombre quien solía elegir a la mujer, y pagaba la dote a la familia de origen de la esposa. Ahora bien, el autor pretende sugerir un criterio de elección: no debe prevalecer la consideración de la atracción física o del prestigio de la familia de origen, sino el criterio moral, que traslada la elección al terreno de los valores, en los que se muestra rica la mujer.

En el fondo se encuentra una crítica a los matrimonios por interés, y el Sirácida recuerda que lo importante no es ser ricos, sino amar de verdad a la propia mujer, tanto más si es, como se decía antes, rica en valores.

Con todo, el autor bíblico no es un puritano y no tiene miedo de la belleza siempre que ésta se encuentre iluminada por la virtud. Por eso afirma: «*Mujer hermosa deleita al marido; mujer prudente lo robustece*» (v. 13). Aún más bella es la comparación de la gracia de una mujer virtuosa con el mismo sol (v. 16). Sin embargo, el autor alterna consideraciones repletas de buen sentido con apreciaciones procedentes de algunos tópicos que sueñan un tanto misóginos a nuestros oídos modernos, como, por ejemplo, la afirmación del v. 14: «*Mujer discreta es don del Señor*».

MEDITATIO

La elección de un aspirante a marido respecto a su propia mujer y, viceversa, de una aspirante a esposa respecto a su propio hombre ya no la dictan los «criterios de interés», y mucho menos las elecciones previas de las familias. De boquilla. Es más, este texto, a pesar de algunas expresiones un poco de la época, nos sigue interpelando todavía hoy y estaría en condiciones de deshacer muchos «planes» de algunos, así considerados, buenos pa-

dres que se preocupan del bien de su hijo o de su hija en nombre de criterios en absoluto evangélicos. El «interés» por empujar a un hijo o una hija hacia un determinado matrimonio se revela hoy mucho más sutil, pero tal vez en condiciones de manipular todavía más las decisiones de los futuros esposos. Un ejemplo: una joven unida en una especie de noviazgo con un médico veinte años mayor que ella, conoció durante un verano a un muchacho de su misma edad que la entusiasmaba, pero que vivía en Sudamérica, donde se ocupaba de la hacienda de su padre. «¿A quién debo elegir?», le preguntó la joven, presa de atroces dudas que no era capaz de resolver por sí misma, a su madre. «Cásate con el médico», le dijo la madre: «Si tú, que eres mi única hija, te vas lejos, ¿qué final tendré yo...? El médico es también una buena persona...». Terribles intereses que ponen una venda en los ojos.

«*Mujer prudente lo robustece* [a su marido]», dice el texto (v. 13), dando a entender que la prudencia de ella (asombroso reconocimiento de una sabiduría femenina en aquel contexto cultural) da firmeza a su marido, hace de perno en la intimidad de la casa. Con todo, nosotros queremos añadir otra lectura: la prudencia de ella lo robustece a él y viceversa. Hay un conocimiento recíproco que no puede ser agotado por los juegos familiares, por los intereses más o menos explícitos del parentesco: la prudencia proporciona un conocimiento de ella y de él que ambos se deben recíprocamente como exploración y respeto, y que no se agotará nunca: por eso representa una fuerza que robustece los huesos y la intimidad de un camino.

ORATIO

Ayúdanos, Señor, a cultivar un proyecto de vida que sea conforme a tus caminos; ayúdanos a santificarnos hasta en lo íntimo de nuestros sueños, donde hunde su

raíz nuestra mirada y donde nos fabricamos las lentes a través de las cuales miramos a los otros.

¿Qué es lo que ha atraído nuestra mirada sobre el hombre o sobre la mujer de nuestra vida? ¿Qué ha hecho que nos enamoráramos? ¿Qué es lo que ha hablado a nuestro corazón? Dichosos nosotros si la virtud del otro se ha elevado tan alta como el sol en el cielo de nuestra vida, dichosos nosotros si el rosario de sus virtudes ha coronado el rostro del otro(a) transfigurándolo. Pero dichosos nosotros, sobre todo, cuando sepamos vislumbrar las virtudes que la vida le viene enseñando.

CONTEMPLATIO

Con la unión conyugal nos volvemos el uno para el otro manos, oídos y pies. El matrimonio hace doblemente fuerte al que era débil y procura gran alegría a los amigos y dolor a los enemigos. Las solicitudes afrontadas juntos aligeran las aflicciones, y las alegrías vividas juntos son más dulces para los dos cónyuges. La riqueza es más agradable para los que son concordes, pero más agradable aún que la riqueza es la concordia para los que se encuentran en necesidad. La unión conyugal es para ambos esposos la clave de la templanza y del deseo amoroso, y sello de la necesaria atracción. Única es la gacela amable que serena el ánimo con sus saltos. Única es el agua sabrosa en la fuente doméstica: ésta, en efecto, al no discurrir fuera, ni llamar a nadie de fuera, no la gustan los extraños. Los esposos, unidos en los cuerpos y concordes en los sentimientos, afinan recíprocamente en sí mismos, con el amor, un idéntico estímulo por la piedad religiosa.

En efecto, el matrimonio no aleja de Dios, sino que acerca a él, porque Dios lo estimula [...]. El que defiende a su amada esposa, sus posesiones y sus hijos y atravie-

sa el vasto mar de la vida, cuando, más tarde, se encuentra en la necesidad, tanto más profundamente ama a Dios. Esas preocupaciones presenta el matrimonio, pero una vida sin amor está mutilada, es dura, oscura, sin hogar, moradora de los montes. No hay en ella defensa para las enfermedades, no hay padres que vuelvan a ser jóvenes en sus hijos, procurándose así remedio a la débil vejez. Carece de la firmeza de una vida que está llena de dulzura (Gregorio Nacianceno, *Poesie / I*, Roma 1994, 80s).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal esta consideración: si he pensado siempre que mi marido es, por ejemplo, avaro o insensible o prepotente o... intentaré convencerme *esta vez* de que no lo es; si he pensado siempre que mi mujer es una manirrota, hipercomplicada y arrogante... intentaré convencerme *esta vez* de que no lo es.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Se plantea así a toda la Iglesia el deber de una reflexión y de un compromiso profundos para que la nueva cultura que está emergiendo sea íntimamente evangelizada, se reconozcan los verdaderos valores, se defiendan los derechos del hombre y de la mujer y se promueva la justicia en las estructuras mismas de la sociedad. De este modo, el «nuevo humanismo» no apartará a los hombres de su relación con Dios, sino que los conducirá a ella de manera más plena.

En la construcción de este humanismo, la ciencia y sus aplicaciones técnicas ofrecen nuevas e inmensas posibilidades. Sin embargo, la ciencia, como consecuencia de las opciones políticas que deciden su dirección de investigación y sus aplicaciones, se usa a menudo contra su significado original, la promoción de

la persona humana. Se hace, pues, necesario recuperar por parte de todos la conciencia de la primacía de los valores morales, que son los valores de la persona humana en cuanto tal. Volver a comprender el sentido último de la vida y de sus valores fundamentales es el gran e importante cometido que se impone hoy día para la renovación de la sociedad. Sólo la conciencia de la primacía de éstos permite el buen uso de las inmensas posibilidades puestas en manos del hombre por la ciencia; un uso verdaderamente orientado hacia la promoción de la persona humana en toda su verdad, en su libertad y dignidad. La ciencia está llamada a ser aliada de la sabiduría.

Por tanto, se pueden aplicar también a los problemas de la familia las palabras del Concilio Vaticano II: «Nuestra época, más que ninguna otra, tiene necesidad de esta sabiduría para humanizar todos los nuevos descubrimientos de la humanidad. El destino futuro del mundo corre peligro si no se forman hombres más instruidos en esta sabiduría» (GS 15).

La educación de la conciencia moral que hace a todo hombre capaz de juzgar y de discernir los modos adecuados para realizarse según su verdad original, se convierte así en una exigencia prioritaria e irrenunciable.

Es la alianza con la Sabiduría divina la que debe ser más profundamente reconstituida en la cultura actual. De tal Sabiduría todo hombre ha sido hecho partícipe por el mismo gesto creador de Dios. Y es únicamente en la fidelidad a esta alianza como las familias de hoy estarán en condiciones de influir positivamente en la construcción de un mundo más justo y fraterno (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 8).

11

Aunque los montes cambien de lugar,
no cambiará mi amor por ti

(Is 54,5-10)

⁵ Tu esposo es tu Creador,
su nombre es el Señor todopoderoso;
tu libertador es el Santo de Israel
—se llama Dios de toda la tierra—.

⁶ El Señor te vuelve a llamar
como a mujer abandonada y abatida.
¿Podrá ser repudiada
la esposa de juventud?

Esto dice tu Dios:

⁷ Por un breve instante te abandoné,
pero ahora te acojo con inmenso cariño.

⁸ En un arrebato de ira
te oculté mi rostro por un momento,
pero mi amor por ti es eterno,
—dice el Señor, tu libertador—.

⁹ Me sucede como en tiempos de Noé,
cuando juré que las aguas del diluvio
no volverían a anegar la tierra;
ahora juro no volver a airarme contra ti,
ni amenazarte nunca más.

¹⁰ Aunque los montes cambien de lugar
y se desmoronen las colinas,
no cambiará mi amor por ti,
ni se desmoronará mi alianza de paz,
dice el Señor, que está enamorado de ti.

LECTIO

Los capítulos 40-55 de Isaías constituyen un escrito que atestigua la predicación de un profeta durante el exilio de Babilonia, una predicación encaminada a suscitar la fe en el grupo de los deportados, desconfiados y desanimados. El profeta anuncia a un Dios que puede y quiere salvar.

En el oráculo propuesto por esta lectura se presenta a Sión, es decir, a la comunidad de los fieles engendrada por la muerte fecunda del Siervo de YHWH (cf. Is 53), que experimenta la renovación de la alianza como el refloreamiento de un amor conyugal después de una crisis y la reanudación de una íntima y amorosa relación que une al Señor con su pueblo redimido.

El profeta revisa ahora la historia de Israel sirviéndose del simbolismo del amor esponsal entre YHWH y Sión. Así, compara el exilio con la viudedad o el repudio (cf. v. 6), y presenta la tragedia que había envuelto a los habitantes de Jerusalén como la triste condición de la esterilidad de una mujer deseosa de tener muchos hijos (cf. v. 1). Sin embargo, el Señor le da la vuelta a la suerte de su pueblo y Jerusalén puede experimentar sensiblemente, con el retorno de los exiliados y la repoblación de la ciudad, la vitalidad de un amor que parecía irremediamente acabado.

La nueva y milagrosa fecundidad será un signo de la bendición del Esposo divino, que, en realidad, nunca rechazó a su propia esposa: ni siquiera los momentos dolorosos y sombríos afrontados por el pueblo llevaron a Sión a considerarse olvidada o castigada por el propio Dios. Del mismo modo que Dios, tras el diluvio, se comprometió con Noé en una alianza eterna (cf. Gn 9,9ss), ahora hace al pueblo de los exiliados la promesa de una alianza incondicionada, eterna, porque ya no está amenazada por la infidelidad de Sión, sino que se basa en su

amor indefectible (vv. 9s). La alianza (*b'erith*) es aquí la promesa de que en la relación esponsal entre Dios e Israel se podrá gozar del don de la salvación, con todos los bienes asociados a ella, como el bienestar, la libertad, la alegría, la seguridad.

Como podemos ver, se da una circularidad simbólica entre la realidad de la esponsalidad humana y la de la alianza divina con el pueblo. Si la esponsalidad sugiere la fuerza y la ternura de un amor, la *b'erith* divina hace resplandecer sobre el amor conyugal la belleza de una fidelidad que no conoce hundimientos o retractaciones.

MEDITATIO

A veces se producen en la vida de una familia, de una pareja, momentos —que parecen eternos— en los que se sienten insignificantes, abandonados, desmotivados, perdidos. Probablemente hayan luchado con todas sus fuerzas para perseguir un bien material, para tener lo que todos tienen, para no estar por debajo de los otros; es probable que se hayan construido la casita de campo tras años y años de enormes sacrificios, sin reparar en las horas de trabajo, sin que los niños, que veían a sus padres encadenados «en el exilio» del perseguir algo considerado como vital, se criaran en medio de sonrisas abundantes. «¿Por qué trabajáis tanto?», preguntaba un niño a sus padres. «Para hacerte una casa», le respondían, y no se daban cuenta de la soledad del niño, abandonado tardes enteras a sí mismo. Ahora bien, más tarde —una vez acabada la casa, una vez alcanzado el punto de la carrera deseado ardientemente, etc.—, ¿dónde está la felicidad prometida? ¿Dónde estaba aquel Dios puesto aparte sólo para las fiestas de precepto?

Sin embargo, precisamente en la desmotivación (¿qué hemos hecho con tantos sacrificios?), tal vez en el fracaso

so (su hijo se ha vuelto inasequible con la arrogancia de su círculo de amistades, en el que se encuentra de todo, incluidos el alcohol y las pastillas), aquel que se define como el Esposo está esperando para relanzar su alianza (pues «*tu esposo es tu Creador*»: v. 5), para ser reconocido como el Dios de la vida, no de los haberes y de las posesiones. Es estupendo este planteamiento de Dios como Esposo dispuesto a reemprender, a *recomenzar desde el principio* con su esposa, a *dejarse encontrar* allí donde afloran las preguntas a causa de las derrotas; allí donde, quizá, nos sentimos abandonados, inútiles o absurdos. A buen seguro, el Esposo está más que dispuesto a lanzar su alianza incluso en los momentos en los que estamos saciados, pero somos nosotros quienes no levantamos los ojos hacia él, quienes creemos que no nos hace falta. Es asombroso que este texto profético se valga de la imagen de la sponsalidad para expresar el enamoramiento, el cuidado, la estabilidad y la seguridad de la relación con la esposa –a saber, nosotros como parejas, nosotros como familias a las que él llama de continuo-. Podemos estar seguros: *la ternura de su vínculo con nosotros*, parejas y familias, va mucho más allá de las migajas de amor que nosotros podamos darnos el uno al otro y podamos darle a él (véase también el texto 14).

ORATIO

Cuando te pidamos que no nos abandones, Señor, en los momentos oscuros, en las fatigas y fracasos, incluso y sobre todo cuando nos avergoncemos un poco de llegar a ti impulsados «por el hambre» o porque fracasan nuestros proyectos; cuando te pidamos, pues, que no nos abandones, en el fondo nos estamos equivocando contigo, porque tú no nos has dejado nunca, ni siquiera cuando no pensábamos en ti, cuando creíamos que nuestros proyectos familiares bastaban para llenar nuestra vida.

Si te pedimos, casi de una manera pueril, que no nos abandones, ten paciencia con nosotros, Señor; porque tenemos necesidad de que tú nos asegures de nuevo, como cuando nos preguntamos entre nosotros mismos: «¿Me quieres?», y tenemos necesidad de oírlo.

CONTEMPLATIO

Atanasio dijo: «Al que te reprocha o te deshonra a causa de tus caídas y de tus errores, ámale como a ti mismo y considérale como un amigo. Se ha dicho, en efecto: “El que desprecia al que le enseña la salvación de su alma, desprecia al Señor; porque él mismo ha querido para él el bien, ha establecido para él un premio y le ha dado la vida”» (Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 29).

ACTIO

Digamos hoy gracias, porque hoy el Esposo puede volver a empezar con nosotros.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Una noche tuve un sueño... Soñé que estaba caminando por la playa con el Señor y que, a través del cielo, pasaban escenas de mi vida.

Por cada escena que pasaba, percibí que quedaban dos pares de pisadas en la arena: unas eran las mías y las otras las del Señor.

Cuando la última escena pasó delante de nosotros, miré hacia atrás, hacia las pisadas en la arena, y noté que muchas veces en el camino de mi vida quedaban sólo un par de pisadas en la arena.

Noté también que eso sucedía en los momentos más difíciles de mi vida. Eso realmente me perturbó, y pregunté entonces al Señor: «Señor, tú me dijiste, cuando resolví seguirte, que andarías conmigo a lo largo del camino, pero en los peores momentos de mi vida había en la arena sólo un par de pisadas. No comprendo por qué me dejaste en las horas en que yo más te necesitaba».

Entonces él, clavando en mí su mirada infinita, me contestó: «Mi querido hijo. Yo te he amado y jamás te abandonaré en los momentos más difíciles. Cuando viste en la arena sólo un par de pisadas, fue justamente allí donde te cargué en mis brazos».

(Anónimo brasileño).

12

Como goza el esposo con la esposa,
así gozará contigo tu Dios

(Is 62, 1-5)

¹ Por amor a Sión no callaré,
por amor a Jerusalén no descansaré
hasta que su liberación
brille como luz
y su salvación llamee como antorcha.

² Los pueblos verán tu liberación
y los reyes tu gloria;
te pondrán un nombre nuevo
pronunciado por la boca del Señor.

³ Serás corona espléndida
en manos del Señor;
corona real en la palma de tu Dios.

⁴ Ya no te llamarán «Abandonada»,
ni a tu tierra «Desolada»,
sino que te llamarán «Mi preferida»,
y a tu tierra, «Desposada»,
porque el Señor te prefiere a ti,
y tu tierra tendrá un esposo.

⁵ Como un joven se casa con su novia,
así se casará contigo tu constructor;
como goza el esposo con la esposa,
así gozará contigo tu Dios.

LECTIO

Nos encontramos ante uno de los fragmentos más festivos del libro de Isaías. Se trata de una promesa de

salvación en la que se confirma que el tiempo del silencio de Dios se ha acabado; de este modo anuncia su amor por la ciudad, cuyo sufrimiento y desolación ya han pasado. Detrás de nuestro fragmento viene la metáfora de los centinelas que siempre vigilan, figura de los creyentes que no deben darse reposo, a fin de que su súplica por Jerusalén suba incesantemente a Dios y él realice cuanto acaba de prometer (cf. Is 62,6s).

La atmósfera que domina en el oráculo es la de la exultación, porque Dios puede y quiere salvar a su pueblo. En el centro de este anuncio se encuentra precisamente la imagen de la ciudad de Jerusalén, figura de todo Israel, presentado como esposa, mientras que Dios es el Salvador-Esposo de su pueblo. ¿Qué sentido tiene esta metáfora? En primer lugar, sugiere la idea de intimidad, de pertenencia recíproca, de comunión vital. Dios salvará a su pueblo no simplemente arrancándolo de una condición de desolación, de desesperación, sino entregándose a sí mismo a este pueblo de afligidos, entrando en una comunión íntima con él.

En el poema se funden varias imágenes: la del sol y la del rey vencedor en el día de sus bodas. El profeta ve surgir sobre la ciudad amada la aurora luminosa, que hace brillar los muros y las almenas, haciéndolos semejantes a una corona que brilla sobre el monte (v. 3), magnífica a los ojos y visible desde lejos.

La segunda imagen muestra al Señor, que quiere unirse a su pueblo con la fuerza de un amor capaz de una novedad inagotable y de un rejuvenecimiento constante. Los esponsales entre Dios y Jerusalén no se presentan aquí como una reconciliación tras una separación, tras una ruptura, sino como un amor que brota de un manantial naciente, casi primaveral: «*Como un joven se casa con su novia, así se casará contigo tu constructor*» (v. 5). Sin embargo, esta palabra profética dice todavía más: no sólo podemos exultar por Dios y ale-

grarnos de él, sino que él se alegra con nosotros como un esposo es feliz con su esposa, o el enamorado con su amada.

MEDITATIO

Probemos a alegrarnos también nosotros con esta alegría del Esposo-Dios por su esposa-comunidad. Este anuncio de un Dios Esposo que «con un amor manantial» goza con su esposa es uno de esos anuncios que deberían romper las frías y rígidas empalizadas de nuestros miedos y nuestras desconfianzas, así como de nuestra conmiseración. Si Dios goza contigo, algo bueno deberás tener y también a ti te debe llegar algún rayo de belleza.

Ahora bien, hay más, mucho más, en el «*como goza el esposo con la esposa*» (v. 5): no se trata de una simple comparación puesta por casualidad. Dios es alguien que conoce la alegría conyugal; es «de la casa» en el intercambio de la alegría que los dos se entregan, está implicado en lo hondo de su relación. E imaginemos que en esta «alegría del esposo» se mencionan filamentos de alegría como perlas: la alegría de haberla conquistado, amado; la alegría de un buen plato de comida, de una casa segura, de un pecho sobre el que reposar, de un diálogo tierno y muy privado, de hacer el amor, de gozar, de sentirse amado, seguro, etc. Es asombroso cómo el «*constructor*» (v. 5), el que nos ha hecho, estalla de alegría por la alegría de sus criaturas.

Pero demos un paso más, en una dimensión esponsal en la que ya nada es extraño a nuestro Constructor, en la que nada se le sustrae porque es capaz de algo impensable: gozar con nosotros. Este paso es la convicción explosiva de que *nuestra* alegría es, por así decirlo, el *tejido* con el que él adorna a su esposa. Los esposos

pueden decir: No gozamos ya sólo por nosotros; *si nos damos alegría el uno al otro, le damos a él motivo para gozar*. Más aún, cuanto más alegría nos damos, menos metafórica es la metáfora de un Dios que goza con la esposa, puesto que se trata de carne, de vida. Dios necesita la alegría que nos intercambiamos; Dios necesita hasta esas pequeñas y fugaces alegrías que el cónyuge encuentra en su cónyuge, y, gracias a ellas (¿podemos decirlo?), se siente más Esposo, más enamorado de su criatura-esposa.

ORATIO

Ser avaros de alegría, Señor, no es sólo un modo de hacernos difícil, fatigosa y, en ocasiones, imposible la vida: es un hurto a tu ser Esposo, un arrebatarle algo a tu alegría. Los ojos de los niños que no ven nunca a sus padres intercambiarse alguna alegría son ojos apagados, Señor, y también por ellos te vuelves mendigo de nuestra alegría. Y nosotros queremos dártela, Señor: deseamos que continúes gozando de tu esposa como tú deseas que nos intercambiamos la alegría.

CONTEMPLATIO

Dijo el padre Macario: «Que esta palabra mía permanezca en vuestros corazones: temed decir cualquier cosa mala contra vuestro hermano, a fin de que no provoquéis la ira del Señor, que habita dentro de él; en efecto, todo lo que un hombre hace a su prójimo, lo hace también al mismo tiempo al Señor; según sus santas palabras: *“Lo que hayáis hecho a uno de ellos, me lo habéis hecho a mí”*» (Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 127).

ACTIO

No puedes esperar la alegría del otro como un derecho que te corresponde: sólo puedes darla, para que se multiplique en la sonrisa del Esposo. Realiza hoy un gesto para hacer sonreír a tu esposo o a tu esposa.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Precisamente en el deber de la fidelidad, el que ama descubre la diferencia radical que existe entre sumisión y libertad. Si eres fiel al tú contingente en sus caprichos y en sus arbitrariedades, debes decirle, en los mil camuflajes del amor, «soy tu esclavo», me someto, te hago creer que el hecho de dejarme amar es dejarte hacer de patrón. Como si dijéramos: en nuestra nave hay un solo capitán, que eres tú, y yo soy un simple marinero tuyo; creo que para mantener tu capitania necesitas que yo sea subalterno, alguien que no te niega nada, alguien que no es libre. He llegado a concebir esta rareza: que tú tienes necesidad de mi libertad, te he reducido a un monstruoso patrón que se alimenta de mi carne.

Todo el que ha tenido la experiencia de una relación de amor sabe que no es así: el hecho de venderse como esclavo no ha hecho nunca sentirse amado a nadie. Y es que el otro no sabrá nunca si mi «sí» procede de mi sentirme esclavo, es decir, incapaz de libertad, o de mi propia elección.

Naturalmente, se puede invertir la relación: soy yo el que se siente el único capitán y exijo que tú me muestres tu amor plégandote a mis condiciones. Entonces sucede que precisamente el que se proclama esclavo en la fase del enamoramiento («Haré todo lo que quieras y anularé mi propio yo»), desea ponerse después la ropa del patrón («¿Por qué tengo que decir siempre “sí” a lo que tú quieres?»).

Ahora bien, repitémoslo, el «sí» que viene de la esclavitud carece de valor: un «sí» que procede de la constricción no es un «sí», sino un acto de sometimiento. Y entonces hacemos el descubrimiento más grande: que la libertad es algo de lo que nun-

ca se puede prescindir, que no puede ser arrebatada, echada, ni siquiera en nombre del amor. El amante no quiere nada que sea menos que el «sí» libre, autónomo y alegre del otro. Incluso después de años y años de matrimonio, los derechos (al sexo, por ejemplo) que se convierten en obligaciones-esclavitud del otro hacen desaparecer el amor. El «si quieres» es el único código admitido, el «¿puedo?» es el único lenguaje del amante. El Amor lo sabe desde siempre (R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zattoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini i autoformazione*, Cinisello Balsamo 2003, 105s).

13

Haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva

(*Jr 31,31-32a.33-34a*)

³¹ Mirad que llegan días –oráculo del Señor– en que haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva. ³² No como la alianza que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto, ³³ sino que así será mi alianza que haré con ellos, después de aquellos días –oráculo del Señor–: meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. ³⁴ Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: Reconoce al Señor, porque todos me conocerán, desde el pequeño al grande.

LECTIO

Este fragmento no habla propiamente del matrimonio, pero puede ilustrar de una manera adecuada la lógica simbólica que subyace en muchos textos proféticos. Por una parte, el amor esponsal, con sus vicisitudes alternas –y a veces en claro contraste–, se convierte en símbolo de la zarandeada historia de la alianza entre Israel y su Dios. Por otra, esta historia de la alianza –y sobre todo el amor divino por Israel– ilumina el misterio profundo del que es portadora la realidad de la pareja cuando la consideramos a la luz del designio de Dios.

La comparación entre las dos historias de amor (la de la pareja y la de Dios con Israel) manifiesta una analo-

gía estructural y precisamente *la relación de alianza*. En el fragmento del profeta Jeremías aparece la esperanza de que la misericordia y la fidelidad de Dios superen el pecado de Israel hasta crear una realidad nueva, hasta estipular un nuevo pacto.

La novedad de esta alianza tiene que ver con varios aspectos. En primer lugar, se caracterizará por ser una ley escrita en el corazón (v. 33); no aparecerá, por consiguiente, como una imposición externa, sino como una exigencia que dimana de la relación de amor, de la alianza. En segundo lugar, aparece una experiencia de intimidad, de reciprocidad, que el pecado había ocultado. Al final, el pueblo vuelve a descubrir su pertenencia a Dios y, al mismo tiempo, que Dios le pertenece. El lenguaje paradójico consigue expresar, aunque sólo sea de una manera parcial, la profundidad del encuentro.

Por último, Jeremías habla de un conocimiento casi espontáneo del Señor por parte del pueblo (v. 34). No se trata de un desprecio por el estudio o por la educación, sino de la afirmación de una realidad profunda: a Dios se le conoce, sobre todo, por «connaturalidad», esto es, practicando una vida verdadera y justa.

MEDITATIO

«Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en sus corazones» (v. 33): no es más que la ley del amor que se expresa en la alianza; sin embargo, esta promesa divina se puede interpretar (y transmitir) en nuestro lenguaje posmoderno de pareja.

Nos parece natural leerla bajo el paraguas de la espontaneidad, que –en nuestra cultura– es sinónimo de autenticidad. Si ambos tienen la ley del amor en su corazón, no les será trabajoso comprenderse, estar de acuerdo, dialogar. Y si llega a resultarles trabajoso, eso significará que

«han dejado de amarse» y que las distintas *telenovelas* que tejen nuestra historia están dispuestas a hablar la lengua funeraria del «ya no queda nada que hacer».

Sin embargo, ¿cómo nos provoca nuestro texto? «Meteré mi Ley en su pecho, la escribiré en sus corazones». El corazón, en sentido bíblico, no es el lugar de la espontaneidad, sino el lugar que lleva la marca de la autenticidad de la *elección*, de la decisión de amar, una decisión que la pareja está llamada a renovar precisamente cuando el lenguaje espontáneo del enamoramiento parece no mantenerse.

Ahora bien, ¿qué ley se mete en el corazón? No se trata de la ley de cada uno o, mejor aún, de esa por la que tú deberías ser como yo necesito que seas, sino de la *mía* –dice el Señor–. Dios reivindica para sí la lógica, el sentido, el fundamento del amor. Es como decir: la alianza (el amor) es *de la* pareja, pero no es *obra* de la misma. Ninguno de los dos, por mucho que se esfuercen, encuentra en sí mismo la razón exclusiva de su amor. No se han entregado el uno al otro *sin un garante*, alguien para el que su mismo amor es un bien para custodiar y un cristal en el que reflejarse; si los dos se entregaran a la autorreferencialidad, ninguno podría impedirle al otro que le devorara. Éste es el «conocimiento del Señor» prometido como don y signo de alianza: puesto que cada uno vive una relación de amor no a su propia medida, cada uno «conoce» al Señor, conoce la ley que le hace decir: «Si tu voluntad no fuera mi delicia, ya habría perecido en mi desgracia» (cf. Sal 118).

ORATIO

Gracias, Señor, porque tu ley es lámpara que ilumina nuestro itinerario de pareja. Y tu misericordia –que, como dice el salmista, incluye también tu cayado de pastor que

conduce el rebaño a las aguas tranquilas (cf. Sal 22) cuando el camino es incierto y tortuoso— supera la ceguera de nuestro pecado. Y aunque por nosotros mismos no veamos el próximo paso, tú nos guías hacia una meta ulterior en la que el íntimo deseo de alianza entona una nueva canción de amor.

Y si tu ley está en mi corazón, ¿no podría pensar que está en el corazón del otro? Ayúdame, Señor, a acoger este proyecto tuyo empezando por mí.

CONTEMPLATIO

El Verbo habla a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén (Jr 11,2). Ésta es la Iglesia, puesto que la Iglesia es la ciudad de Dios (Ap 3,12), la visión de paz; en ella está la paz que él nos ha traído (Jn 13,27) y, si verdaderamente somos hijos de la paz (Lc 10,6), ésta crece y se hace visible [...] ¿Quiénes son los mejores oyentes de las palabras de la alianza que Dios prescribió a los padres? [...] Para los que escuchan, si hacen lo que se les ha mandado, hay una promesa de Dios que dice: «Y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Jr 11,4) [...]. Si sólo hemos vuelto a Dios de una manera parcial, se nos acusará de no haber vuelto con todo el corazón. Por eso dice: No ha vuelto a mí la rebelde Judá con todo su corazón, sino que ha vuelto falsamente. El verdadero retorno es leer las cosas antiguas (Cant 7,13 y Jn 2,7), conocer a los que han sido justificados, imitarles; leer las vicisitudes, conocer a los reprobados, abstenerse de caer en los mismos motivos de censura, leer los libros del Nuevo Testamento, las palabras de los apóstoles. Tras la lectura, escribir todas estas cosas en el corazón, vivir de una manera que esté de acuerdo con ellas, para que no se nos dé también a nosotros el libelo de repudio, sino que podamos llegar a la herencia santa (1 Pe 1,4) y, una vez salvada la plenitud

de la gente, entonces pueda entrar Israel, pues cuando entre la plenitud de la gente, entonces será salvado todo Israel (Rom 11,25s) y habrá un solo rebaño y un solo pastor que enseñe a glorificar al Dios omnipotente en él, en Cristo Jesús, al que sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (1 Pe 4,11) (Orígenes, *Omelie su Geremia*, Roma 1995, 116s y 66s [edición española: *Homilias sobre Jeremías*, Ciudad Nueva, Madrid 2007]).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «Yo sé que vendrán los días de la nueva alianza».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La comunión de amor entre Dios y los hombres, contenido fundamental de la revelación y de la experiencia de fe de Israel, encuentra una significativa expresión en la alianza esponsal que se establece entre el hombre y la mujer.

Por esta razón, la palabra central de la revelación, «Dios ama a su pueblo», es pronunciada a través de las palabras vivas y concretas con las que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal.

Su vínculo de amor se convierte en imagen y símbolo de la alianza que une a Dios con su pueblo (cf. por ejemplo Os 2,21; Jr 3,6-13; Is 54). El mismo pecado que puede atentar contra el pacto conyugal se convierte en imagen de la infidelidad del pueblo a su Dios: la idolatría es prostitución (cf. Ez 16,25), la infidelidad es adulterio, la desobediencia a la Ley es abandono del amor esponsal del Señor. Pero la infidelidad de Israel no destruye la fidelidad eterna del Señor y, por tanto, el amor siempre fiel de Dios se pone como ejemplo de las relaciones de amor fiel que deben existir entre los esposos (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 12).

Pasé junto a ti. Te vi y te amé

(Ez 16,3-14)

³ Esto dice el Señor a Jerusalén: Por tu origen y nacimiento eres cananea; tu padre fue un amorreo, y tu madre, una hitita. ⁴ El día en que naciste no te cortaron el cordón, no te lavaron con agua, no te hicieron las fricciones de sal ni te envolvieron en pañales. ⁵ Nadie se apiadó de ti ni hizo por compasión nada de esto, sino que te arrojaron al campo como un ser despreciable el día que naciste. ⁶ Yo pasé junto a ti, te vi revolviéndote en tu sangre y te dije: Sigue viviendo ⁷ y crece como la hierba de los campos. Y tú creciste, te hiciste mayor y llegaste a la flor de tu juventud; se formaron tus senos y te brotó el vello, pero seguías desnuda. ⁸ Yo pasé junto a ti y te vi; estabas ya en la edad del amor; extendí mi manto sobre ti y cubrí tu desnudez; me uní a ti con juramento, hice alianza contigo, oráculo del Señor, y fuiste mía. ⁹ Te lavé con agua, te limpié la sangre y te ungué con aceite; ¹⁰ te vestí con bordados, te puse zapatos de cuero fino, te ceñí de lino y te cubrí de seda; ¹¹ te adorné con joyas, coloqué pulseras en tus brazos, un collar en tu cuello, ¹² un anillo en tu nariz, pendientes en tus orejas y una magnífica corona en tu cabeza. ¹³ Estabas adornada de oro y plata, vestida de lino fino, de seda y bordado; comías flor de harina, miel y aceite. Te hiciste cada vez más hermosa y llegaste a ser como una reina. ¹⁴ La fama de tu belleza se difundió entre las naciones paganas porque era perfecta la hermosura que yo te había dado. Oráculo del Señor.

LECTIO

Ezequiel traza un amplio cuadro histórico de Jerusalén sirviéndose de la metáfora matrimonial, como ya

habían hecho tiempo atrás los profetas Oseas y Jeremías. La razón del uso de este simbolismo es la experiencia de la realidad inconmensurable, trascendente, de un amor divino a menudo ignorado por Israel, no correspondido, mal pagado.

Hay una especie de pasión casi furibunda en el Dios que reprocha a Israel su incapacidad para reconocer el amor del que vive; de ahí que el profeta Ezequiel no se limite a volver al tiempo del noviazgo, sino que también se refiera a los orígenes, regresando al tiempo del nacimiento del pueblo. Lo compara con una recién nacida abandonada, que no fue cuidada, lavada, fajada. Los detalles del relato son extremadamente realistas (vv. 5s), casi brutales, y sirven para poner de manifiesto el paso de Dios por esta soledad, un paso que lleva consigo afecto, calor, protección y salvación, permitiendo vivir y crecer a la pequeña criatura.

Se llega así, casi de improviso, a la adolescencia de la joven, que es reconocida por el Dios que pasa y que la elige, comprometiéndose y casándose con ella. Extender el manto es un gesto que indica la decisión de comprometerse con una mujer y de tomarla como esposa, un gesto que hará Booz para su compromiso con Rut (cf. Rut 3,9; Dt 23,1). De este modo, la pobre muchacha, sola y desheredada, fue tomada como esposa predilecta.

Todo el texto subraya que la acción es de Dios y desemboca en la fórmula de alianza: «*Fuiste mía*» (v. 8). Fue agraciada con dones preciosos que la hacen digna de semejante esposo. Los vestidos ricamente bordados, las joyas preciosas, los alimentos exquisitos... hablan del esmero del esposo con su amada y de cómo la rodea de un afecto gratuito, impagable. En esto se vislumbra la metáfora de todos los dones que el Señor ha otorgado a su pueblo, pero se ponen también de manifiesto la generosidad y gratuidad que hacen preciosa la relación nupcial.

En los últimos versículos se advierte una especie de nostalgia del Señor por el fulgor de su esposa, del pueblo que ahora se encuentra en el exilio, desolado y desmotivado, al que se dirige Ezequiel para que se convierta y vuelva de este modo al Dios que sólo desea poder revestirlo con los dones de su amor.

MEDITATIO

Dos reflexiones nos apremian. La primera: «*Te arrojaron al campo como un ser despreciable el día que naciste*» (v. 5), es la percepción del abandono descrita aquí de una manera realista, tal vez brutal para nuestros oídos refinados. Pero es aquí donde debemos detenernos para hospedar el dolor de cada hijo –también en embrión– tirado. El texto nos sugiere que lo que se abandona de una manera tan cruel no es un puro amasijo de células, un trozo de carne que chilla, sino... una «esposa». Dios nos sorprende de nuevo con este amor impotente y determinado: cada ser humano es un ser sobre el que quiere poner su hermosura (cf. v. 14), y nadie está excluido, pues en cada pequeño indefenso Dios ve a su esposa, a la que ama y por la que está dispuesto (como nos revelará el Nuevo Testamento) a dar la vida.

La segunda reflexión es ésta: hay «salvadores –preponderantemente mujeres– dispuestos a cambiar la relación de amor por una relación de «salvamento», de cuidados unilaterales, de tipo «enfermerístico», podríamos decir. «Mi amor te salvará», le decía una muchacha al casarse con un drogodependiente centrado todavía por completo en la épica del «hacerse». «Yo te cuidaré, curaré todas tus heridas, te cambiaré», decía otra al casarse con uno que no estaba en condiciones de conservar un trabajo y había hecho de la violencia –incluso contra sí mismo– una lógica de vida. Por desgracia, son muchos –incluidos los sacerdotes– los que cambian es-

tos delirios de salvación por relaciones de amor que pueden encubrir una necesidad compulsiva de ser indispensables, de obtener gratitud (que después no llega), de acumular créditos: si hago todo esto por él(ella), seré amado(a).

No es eso lo que dice nuestro texto. Nadie puede erigirse en un dios «omnipotente» para otro. La psicoterapeuta americana R. Norwwod ha documentado en su libro *Las mujeres que aman demasiado* las devastaciones que producen semejantes salvamentos.

El mensaje que aparece aquí es otro: tú, pareja, tanto cuando te sientes revestida de vestidos preciosos como cuando te sientes abandonada y desalentada, levanta los ojos y contempla todo lo que el Esposo ha hecho por ti. *Recorre tu historia* y encuentra al menos un gesto del cuidado que Dios te ha dispensado. El «Dios que pasa», como dice nuestro fragmento, *es el Dios que se inclina sobre ti*, te reviste de dones y pone en ti su hermosura (véase también el texto 11).

ORATIO

Creemos, Señor, que «nos hemos hecho nosotros mismos», y nos hacemos la ilusión de que nos bastamos para limpiar, cicatrizar y sanar todas las llagas con los que cada uno de nosotros ha llegado hasta aquí. No nos dejes enamorarnos, Señor, de los créditos que cada uno cree haber contraído con otro; déjanos enamorarnos, más bien, de los gestos inauditos, sorprendentes e inmerecidos con los que tú nos haces objeto de tus atenciones.

CONTEMPLATIO

Porque también entonces descansarás en nosotros, del mismo modo que ahora obras en nosotros, y así será

aquel descanso tuyo por nosotros, como ahora son estas obras tuyas por nosotros. Tú, Señor, siempre obras y siempre estás quieto; ni ves en el tiempo, ni te mueves en el tiempo, ni descansas en el tiempo; sin embargo, tú eres el que haces la visión temporal y el tiempo mismo y el descanso del tiempo (Agustín de Hipona, *Las confesiones*, XIII, 37, 52).

ACTIO

Revisad juntos algún momento de vuestra vida en el que el Esposo haya tenido un gesto de atención con vosotros, os haya hecho algún don, os haya sacado de alguna situación de abandono. Sólo así podréis descubrir con admiración que sois un don el uno para el otro.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La categoría esponsal se emplea ampliamente en la Escritura para expresar la relación entre Dios y su pueblo. Con todo, es oportuno precisar cómo considera la Escritura el lenguaje alegórico y el modo como los maestros de Israel emplean el mismo, dado que el desarrollo del pensamiento occidental, sobre todo desde el año 1000 de nuestra era, ha variado notablemente su significado al subrayar la diferencia entre «figura» y «realidad».

Desde el punto de vista bíblico, el amor humano vivido en su auténtica dimensión es «sagrado» y «santo» por haber sido originado por la acción creadora de Dios, y en virtud de ello puede expresar de una manera significativa la relación entre YHWH y su pueblo. Las posibles lecturas alegóricas del Cantar de los cantares son verdaderas, porque el amor humano auténtico es realmente signo del amor divino. Los dos planos de lectura, el literal y el alegórico, aparecen así complementarios e interdependientes: el uno es verdadero porque lo es el otro, no hay entre ambos una relación de «figura» y «realidad», sino que se trata de realidades que se iluminan recíprocamente.

Nos encontramos, por consiguiente, frente a una analogía que debe ser comprendida en el horizonte de la alegoría bíblica, es decir, de la relación entre el modelo explicativo y lo que está representado, que, para ser válido, implica, en primer lugar, que ambos términos de la comparación compartan la misma naturaleza. Dicho con otras palabras: el amor humano puede ser «signo» sólo si es una realidad positiva creada por Él y sólo si los hombres lo acogen y lo viven de una manera auténtica, es decir, como Él mismo lo ha revelado (E. Bartolini, «Comunione nella tradizione ebraico-cristiana», en I. Beltramo – E. Beltramo [eds.], *La Chiesa sposa*, Effatá Editrice, Cantalupa 2003, 60s).

15

Infundiré mi espíritu en vosotros

(Ez 36,24-28)

²⁴ Os tomaré de entre las naciones donde estáis, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. ²⁵ Os rociaré con agua pura y os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías. ²⁶ Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. ²⁷ Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos, observando y guardando mis leyes. ²⁸ Viviréis en la tierra que di a vuestros antepasados; vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios.

LECTIO

Ezequiel se erige en portador de una promesa grandiosa, afirmada para un futuro próximo, casi inminente. Anuncia al pueblo de los exiliados, un pueblo que ha experimentado la fuerza devastadora del pecado y de la traición de la alianza, una acción poderosa de salvación por parte de Dios. El oráculo presenta, de entrada, una *purificación* de los pecados del pueblo. Esta purificación, obra de Dios, se presenta con la metáfora del derramamiento de agua pura, a semejanza de los ritos lustrales (cf. Nm 19,7ss; Sal 51,9). Sin embargo, va mucho más allá de los simples gestos rituales, porque va asociada a una transformación radical de la libertad humana, restituida, por fin, a la capacidad de responder a la invitación divina.

Ezequiel anuncia una extraordinaria *efusión del Espíritu*, mediante la cual el Señor infunde en el corazón del pueblo un sentimiento de sincero arrepentimiento de sus propias culpas (v. 25) y de búsqueda apasionada de la voluntad divina. La cima del fragmento se encuentra en los vv. 26s, donde se promete la infusión de «*un espíritu nuevo*», como principio interior de actividad, y de «*un corazón nuevo*», es decir, una nueva actitud de la libertad humana. El oráculo presenta, por consiguiente, una renovación antropológica profunda, por la que Israel experimentará una estima y un respeto incondicionados por las realidades divinas y una adhesión integral a la voluntad del Señor; que se hace manifiesta en sus leyes. La transformación no procede de una iniciativa del pueblo, sino de la decisión divina de hacerlo capaz – a través de la infusión de este espíritu nuevo – de observar todos los mandamientos del Señor y de restablecer el pacto que hizo con sus padres en el Sinaí. La situación de los exiliados atestiguaba el fracaso del pacto a causa de la infidelidad de Israel; ahora, en nombre de la fidelidad divina, Israel experimentará la nueva posibilidad de adherirse al pacto con todo su ser, encontrando en él la realización de sus deseos, sintetizados en la promesa del don de la tierra.

Vuelve a florecer, por consiguiente, la relación entre el pueblo y el Señor; e Israel experimenta la belleza de la comunión íntima con Dios, que es la realidad profunda de la alianza: «*Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*» (v. 28).

MEDITATIO

Si por un absurdo una persona pudiera decir a otra : «Te daré un corazón nuevo», ¿qué entendería? ¿Qué comprendería el receptor del corazón nuevo? Un hermoso río de sentimientos positivos, un amarse espontáneo,

inmediato, sin esfuerzo. «¡Dímelo de corazón!», «con el corazón en la mano», «¿qué te dice el corazón?», «haz lo que te diga tu corazón»..., todas estas expresiones celebran un sentimentalismo de revista. Y no hay nada que haga más esclavos a dos enamorados. El «sentimiento espontáneo», en efecto, es peor que un golpe de viento que viene y va; es la lógica de gozar el sentimiento mientras exista, porque, cuando desaparezca, ya no se puede hacer nada. «Yo te amo» parece la celebración de este culto a la espontaneidad.

No es esto lo que dice nuestro texto cuando nos promete «*un corazón nuevo*», «*un corazón de carne*» (v. 26): el Esposo, que entiende de amor, puesto que es su Inventor y su Mandante, hace una extraordinaria apuesta por nuestras capacidades de amar, o sea, por el hecho de que *nos dejaremos quitar el «corazón de piedra»*. A decir verdad, mantenemos nuestro corazón de piedra cuando «hablamos mal» de nosotros mismos: soy así, no hay nada que hacer; me sale espontáneo practicar el sexo, utilizar las relaciones con los otros para mi uso y consumo; no puedo hacer nada porque tengo este carácter, estoy hecho así.

He aquí el corazón de piedra, endurecido a fuerza de hacer el mal, y no sólo el mal en general, sino ese mal que me sale espontáneo, que me viene bien hacerlo, que me parece un bien: como a quien empieza a fumar dos o tres cigarrillos al día después le sale «espontáneamente» fumarse un paquete, ¡no puede hacer nada!

He aquí el corazón según la Biblia: el centro del yo, el motor de la libertad humana, el polo de la toma de decisiones. Cuanto más nos «aliviamos» el mal, más se nos endurece el corazón, es decir, me parece que no podré hacer otra cosa. Sin embargo, el Aliado por excelencia nos pide que le dejemos cambiárnoslo, o sea, *permitir que nos determine* a no obstinarnos en el mal: *el resto lo hace él*, según su promesa. Un corazón de carne

es un corazón verdaderamente humano, no esclavo del pecado, como él lo había pensado en el origen, orientado a él, gracias a la acción del Espíritu.

ORATIO

¡Cómo amamos, Señor, nuestro corazón de piedra! ¡Cómo nos apresuramos a liquidar la esperanza en nosotros mismos, esa esperanza que tú no pierdes nunca! Nos metemos por caminos equivocados y, día tras día, vamos añadiendo una china a nuestro corazón, de suerte que le resulta más fácil hacer el mal que el bien. Y después nos gastamos la broma de creer que el bien es demasiado difícil, demasiado distante, demasiado fatigoso. Ten piedad de nosotros, oh divino Aliado, y contentate con nuestro deseo de que nuestro amor no se endurezca con el mal.

CONTEMPLATIO

El abad Juan, que había sido condenado al exilio por Marciano, contaba que un día acudieron de Siria para ver al abad Pastor y consultarle acerca de la dureza del corazón. El anciano no sabía griego, ni encontramos intérprete. Pero al ver nuestra pena, empezó a hablar en griego y nos dijo: «El agua por naturaleza es blanda y la piedra dura. Sin embargo, si se coloca encima de la piedra un recipiente de agua para que caiga gota a gota sobre la piedra, la piedra será perforada. También la palabra divina es suave y nuestro corazón duro. Pero si el hombre escucha a menudo esta palabra, su corazón se abrirá al temor de Dios» (Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 21).

ACTIO

Prueba hoy a suspender una de tus costumbres que consideres «más fuerte» que tú. Descubrirás que el Esposo hará el resto.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La familia toma del seno de su propio ser sacramental su propia identidad y, de acuerdo con ella, su propia misión. La familia se alimenta del tejido eucarístico que brota de la Iglesia. Los esposos, al participar en la eucaristía, anuncian la muerte de Cristo y proclaman su resurrección, haciendo presente así el misterio pascual en la gracia de su propia vida sacramental. En cuanto misterio eucarístico, vivido en la profundidad de la relación sponsal de la pareja y de la familia, ésta no se puede encerrar en sí misma, ni considerarse como un fragmento aislado de paraíso, sino que está llamada a asumir la responsabilidad del mundo en unión con el sacrificio de Cristo. La familia es un amor nupcial que existe como expansión participativa del amor nupcial de Cristo, y participa de todas sus actitudes y de todas sus energías. Vivir esto es una misión grande y fecunda para el mundo y para todas las parejas [...].

La misión de la familia, que dimana del sacramento del matrimonio, tiene, en efecto, una dimensión eucarística. Es amor libre, total, indisoluble y fecundo, que hace suyo el amor de Cristo entregado eucarísticamente, en el que participa de una manera íntima. Es amor que constituye a la Iglesia, engendrada por Cristo desde la cruz y regenerada continuamente en la eucaristía, y se sitúa en el seno de la Iglesia como lugar sacramental de testimonio de la verdad del amor humilde, total, indisoluble y fecundo de Cristo Esposo. Por eso, es lugar de misión para el mundo, en cuyo tejido se sitúa como célula originaria, capaz de dar razón, con la vida y con la palabra, de su propio contenido de amor y de reciprocidad, en el que se encierra la identidad más profunda del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios. Es, por consiguiente, lugar eucarístico en cuanto nupcial y nupcial en cuanto eucarístico. Es lugar de fecundidad para el

mundo, donde el amor se expresa en su plenitud humana como amor a la vida, a toda vida, a toda la vida, esparciendo por todas partes la semilla fecunda de la gratuidad divina, entregada por Cristo desde la cruz a todos. La familia es, en consecuencia, el lugar de la bendición escatológica, que, en virtud de la pascua de Cristo, hace viva en la historia y hacia la cual camina con toda la Iglesia. En ella canta la palabra tan íntimamente familiar del salmo: «*Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos [...] Porque allí manda el Señor la bendición: la vida para siempre*» (Sal 132) (F. Piloni, «*Per voi e per tutti*». Eucaristia e matrimonio: una spiritualità per la missione», en R. Bonetti [ed.], *Eucaristia e matrimonio, unico mistero nuziale*, Roma 2000, 189-191).

16

En el amor y la ternura conocerás al Señor

(Os 2,16.17b-22)

Así dice el Señor:

¹⁶ Yo voy a seducirla;
la llevaré al desierto
y le hablaré al corazón,
¹⁷ y ella me responderá allí
como en los días de su juventud,
como el día en que salió de Egipto.

¹⁸ Ese día, oráculo del Señor,
me llamarás «mi marido»
y no me llamarás «mi baal».

¹⁹ Yo quitaré de su boca
los nombres de los baales
y no los volverá a recordar.

²⁰ Ese día haré en favor de mi pueblo
una alianza con los animales del campo,
con las aves del cielo
y con los reptiles de la tierra;
quebraré en esta tierra el arco,
la espada y la guerra,
y descansarán confiados.

²¹ Te desposaré conmigo para siempre,
te desposaré en justicia y en derecho,
en amor y en ternura;

²² te desposaré en fidelidad
y tú conocerás al Señor.

LECTIO

La perícopa de Oseas forma parte de un fragmento más amplio en forma de díptico, cuya primera parte es un litigio judicial por una causa matrimonial de divorcio de la esposa infiel (vv. 4-15), y la segunda (vv. 18-25) preanuncia la sorprendente recomposición de la unión rota. Los vv. 16s representan el giro decisivo entre los dos momentos y constituyen, en cierto sentido, el fulcro del mensaje.

Oseas percibe, en su dolorosa vicisitud matrimonial, el símbolo de la atormentada relación de alianza entre el Señor y su pueblo, marcada por la infidelidad de este último y por el obstinadamente fiel amor divino. El Señor es el Esposo que, aun sintiéndose herido por la traición de Israel, quiere recuperar a la esposa infiel y restituírle una nueva dignidad. Se entrelazan, por consiguiente, dos voces, la de Oseas y la de Dios, hasta que esta última prevalece y ocupa toda la escena.

El cambio de la situación no procede de una decisión del pueblo-esposa, sino del amor del Esposo, que emprende un nuevo cortejo para reconquistar a la esposa. Así, el desierto (v. 16) representa el tiempo ejemplar de las relaciones entre el Señor e Israel, y volver a llevar a la esposa al desierto es como volver a llevarla a los tiempos de la luna de miel, a los tiempos del éxodo. Gracias al renovado cortejo vuelve a florecer el amor, expresado aquí con oráculos de salvación que proclaman la recuperación de la relación sponsal (vv. 18-20) y los nuevos dones traídos por el Esposo a la esposa (vv. 21s).

En el centro del anuncio se encuentra, por tanto, el refloreCIMIENTO de la relación de amor entre Oseas y Gomer, de una relación de amor que parecía irrecuperable desde el punto de vista humano. A través de esto entrevé el profeta la novedad radical que el amor del Señor, el Esposo de Israel, introduce en la relación de

alianza. Esa novedad viene sugerida por más elementos. En primer lugar, por el nuevo consentimiento matrimonial, marcado por un olvido total de los amantes-idolos que antes habían seducido el corazón de la esposa; en segundo lugar, por los nuevos regalos de boda, marcados por la interioridad y resumidos en el bien supremo de la fidelidad (v. 22).

Por último, debemos señalar la expresión, repetida tres veces en el texto hebreo, «*te desposaré*». Esta expresión está reservada, en el lenguaje bíblico, a las primeras nupcias de un joven con una virgen. La vicisitud de Gomer es parábola de cuanto le sucede a Israel, que ha sido curado radicalmente del pecado y experimenta el bien de la fidelidad y del conocimiento del Esposo-Señor, o sea, de una intimidad exclusiva con su Dios.

MEDITATIO

Le había traicionado. Hasta tenía la sospecha (que después se reveló infundada) de que el niño que llevaba en su seno era de otro, al que había dejado después. Le había llevado mucho tiempo decir que, en el fondo, estaba justificado: su marido, distraído, siempre fuera por motivos de trabajo; el amante –un compañero de trabajo–, en cambio, siempre estaba cerca y se mostraba acogedor, apremiante. Sin embargo, cuando nació el niño –clavado a su marido, hasta en la arruga entre los ojos–, ella empezó a deponer sus razones, a sentirse «extraña» por lo que había hecho, y casi no se reconocía: ¿cómo no había sido capaz de apreciar la seguridad y la fidelidad que él le brindaba?

«¿Qué puedo hacer para remediarlo?», le preguntó a su consejero espiritual. De nada sirve llorar por lo que ya no tiene remedio, relamerse en la propia culpa. Se pone remedio llevando *nuevos regalos de bodas*, repa-

rando con toda el alma los golpes infligidos a nuestro matrimonio, renovando las ternuras del noviazgo. De este modo, la pareja *renace*, con el descubrimiento recíproco de una fidelidad nueva; se trata otra vez del mismo maravilloso milagro (véase, más arriba, el texto 12): esta renovación del matrimonio no es sólo un bien para la pareja, sino también para los hijos y para la comunidad cristiana. Se trata de un don ofrecido: hay muchos modos de ofrecer el grano triturado y partido que después se convertirá en el pan materia de su carne, y uno de esos modos puede ser precisamente esta superación de la traición, esta lógica de medida XL, que no sirve para calcular el cuánto de la infidelidad, sino la alegría de haber *abandonado* los amantes-ídolos que nos habían seducido.

En esta «recomposición de la unión rota», como ha dicho nuestro exégeta, sin recriminaciones, exasperaciones ni hipercontroles, se contempla a menudo el Esposo, *goza*, exulta. Es capaz de verter en ella sus nuevos dones, de convertirlos en *material y simbólico* para expresar en nuestro lenguaje lo que más le importa: su amor indefectible, dispuesto siempre a un nuevo comienzo.

ORATIO

Ponemos a tus pies, Señor, todas las infidelidades (pequeñas o grandes) a nuestra relación de pareja. Tú sabes que, cuando nos atrevemos a llamarlas por su nombre, nos disgustan, nos apenan y queremos repararlas.

Ayúdanos, Señor, a creer que tú eres el Esposo que nos renueva, que nos recuperas siempre desde el principio y sólo quieres que renunciemos a nuestros amantes-ídolos para llenarnos de nuevo con tus estupendos regalos de boda.

CONTEMPLATIO

Un hermano de Libia vino al padre Silvano, en el monte Panefo, y le dijo: «Padre, tengo un enemigo que me hace daño; cuando estaba en el mundo me robó el campo, a menudo me tendía insidias e incluso pagó a gente para envenenarme. Quiero entregarlo al juez».

El anciano le dijo: «Haz lo que te dé la paz, hijo».

Y el hermano le dijo: «Padre, ¿sacaré provecho su alma si recibe el castigo?».

El anciano le dijo: «Haz lo que te parezca, hijo».

El hermano dijo al anciano: «Levántate, padre, oremos y después iré al juez».

El anciano se levantó y recitaron el padrenuestro.

Cuando llegaron a las palabras «*perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores*», el anciano dijo: «No nos perdones nuestras deudas, como tampoco nosotros las perdonamos a nuestros deudores».

El hermano le dijo: «No es así, padre».

«Pues sí, hijo –dijo el anciano–. Si verdaderamente quieres ir al juez para vengarte, Silvano no reza otra oración por ti».

Y el hermano hizo una metanoia [una profunda inclinación en señal de respeto] y perdonó a su enemigo

(Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 223).

ACTIO

Vuelve a pensar en la soledad de tu conciencia en un acto de infidelidad (pequeño o grande) a tu matrimonio y deja que Dios te sugiera en la oración un pequeño y gozoso acto de reparación.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Nos cuesta un enorme trabajo, incluso entre los cristianos, perdonarnos en serio, hasta el fondo. Sin embargo, el verdadero amor cristiano es precisamente el que permite a cualquier otro, por muy depravado o arruinado que esté, poder recomenzar a ser verdaderamente nuevo desde el principio.

Cristo nos lava los pies porque quiere volver a levantarnos desde la raíz de nuestro ser; éste es el servicio más grande que debemos prestarnos entre los cristianos: volver a poner al otro en pie desde la raíz de su ser, mediante el perdón que Dios le ha dado (G. Mazzanti, «L'Eucaristia, radice e centro della comunione ecclesiale», en I. Beltramo – E. Beltramo [eds.], *La Chiesa sposa*, Effatá Editrice, Cantalupa 2003, 28s).

17

«Estad alegres y contentos,
porque vuestra recompensa
será grande en el cielo»

(Mt 5,1-12a)

En aquel tiempo, ¹ al ver Jesús al gentío, subió a la montaña, se sentó, y se acercaron sus discípulos, ² y él se puso a hablar enseñándoles: ³ Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. ⁴ Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. ⁵ Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. ⁶ Dichosos los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos quedarán saciados. ⁷ Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. ⁸ Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. ⁹ Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los hijos de Dios. ¹⁰ Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. ¹¹ Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. ¹² Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo.

LECTIO

Jesús proclama las bienaventuranzas no para dibujar un modelo de vida inalcanzable, para ofrecer una promesa de felicidad reservada únicamente a unos cuantos elegidos, sino al gentío que se aprieta para ser curado y liberado. Jesús sube al monte no para alejarse de la gente, sino para proveerles, casi abrazándoles a todos desde lo alto. Debemos señalar, a continuación, que no existe una frontera rígida entre los discípulos y el gentío: para

hacerse discípulos basta, en efecto, con acercarse a él y escuchar su «boca» (el v. 2 dice al pie de la letra: «*Él, abriendo la boca, les enseñaba*»), que habla desde la plenitud del corazón. Estando junto al corazón de Jesús se capta la verdad de las bienaventuranzas, porque él fue el primero que las encarnó. Es verdaderamente el modelo que, en el mismo momento en que es imitado, comunica la fuerza de cuanto se está viviendo con él.

El texto de las bienaventuranzas es como un díptico en el que cada tabla se cierra con el recuerdo de la justicia; así ocurre con la cuarta y la octava bienaventuranzas. «Justicia» es, en el evangelio de Mateo, lo que debe caracterizar la vida del creyente en cuanto coincide con la búsqueda de la voluntad de Dios, con el deseo de lo que él promete, con amar lo que él manda.

La felicidad prometida en las bienaventuranzas (nótese que en la lengua de Jesús no existe el adjetivo «dichosos», sino sólo la expresión «felicidad de...») no se refiere sólo al futuro, a la vida eterna, sino al presente, a la experiencia actual; por eso las bienaventuranzas alternan promesas para el futuro (vv. 4-9) y promesas para el presente (vv. 3 y 10).

Por último, es preciso observar que las promesas de felicidad y las perspectivas de persecución y sufrimiento coexisten paradójicamente. De este modo se recuerda que la vida cristiana es gracia, pero es gracia de un precio caro, de modo que las bienaventuranzas son, al mismo tiempo, promesa y compromiso.

MEDITATIO

Es verdad, como dice el exégeta, que las bienaventuranzas no son un modelo abstracto al que adecuarse, sino el *alivio de amor* inventado por Jesús cuando mira nuestra fatiga para vivir. En su mirada están incluidas,

a buen seguro, las parejas y las familias. ¿Queremos traducir, pues, las bienaventuranzas en la especificidad inventada para ellas?

¡Qué felicidad cuando ambos seáis pobres de espíritu, es decir, cuando os confiéis el uno al otro sin defensas y sin protervia, pues ya desde ahora estáis realizando el Reino!

¡Qué felicidad cuando venga a llamar a vuestra puerta alguna herida, algún obstáculo, algún dolor, porque en Su nombre seréis consolados!

¡Qué felicidad cuando os acojáis con mansedumbre y hagáis de la misericordia el lugar donde podáis permanecer, porque la tierra será entonces vuestra, tal como os garantiza mi promesa!

¡Qué felicidad cuando no os contentéis con comer vuestro pan, sino que abráis vuestras puertas al hambre de los otros, pues Dios mismo se encargará de saciaros, puesto que habéis calmado su hambre en los pequeños y en los pobres!

¡Qué felicidad cuando, aun concediéndoo la corrección fraterna, os miréis con ojos de misericordia, pues con esto sembraréis y encontraréis perdón!

¡Qué felicidad cuando no entreguéis vuestro amor a los ídolos del mundo, sino que os améis con pureza de corazón, porque en vuestro amor encontraréis una huella del amor de Dios!

¡Qué felicidad cuando hagáis la paz no sólo deponiendo el litigio, sino obrando para guardarla y para construirla, pues verdaderamente reconocerán en vosotros a los hijos de Dios, cuyo nombre es paz!

¡Qué felicidad cuando el mundo no os comprenda, cuando se ría de vuestra fidelidad, cuando los «listos» se burlen de vosotros como si fuerais tontos o estuvierais «fuera del mundo», porque ya es vuestro ahora el Reino de los Cielos confiado a vuestras manos, ya sembráis ahora las semillas de eternidad para vosotros y para el mundo!

ORATIO

Jesús, atraénos hacia ti en la montaña, para que saboreemos tu Palabra y nos nutramos de tu alimento. Ayúdanos a convertir nuestro deseo de ser curados y liberados en el motor de nuestra ascensión a ti, que acoges a nuestra pareja con tu mirada de misericordia, con tu pan de vida, con el suave perfume de tu sacrificio por nosotros.

Si tu atraernos y nuestro deseo se entrelazan, entonces te llevaremos a otras familias de nuestra comunidad eclesial; además, formaremos con ellos comunidad, entrelazando las guirnaldas de tu amor.

CONTEMPLATIO

Si el Reino de los Cielos es una propiedad de los pobres, y no lo es de los ricos, una mujer rica encontrará una riqueza mucho mayor casándose con un hombre pobre: de este modo se hará con una dote mucho mayor que la suya, participando de los bienes de él, que es rico de la riqueza de Dios. Así pues, que ella procure hacerse, al menos en la tierra, rica con él, porque en el cielo tal vez ella no pueda ser tal. Así las cosas, ¿es justo dejar que las dudas se apoderen de nosotros, ponernos a buscar y, al mismo tiempo, a deliberar si un marido es idóneo en vistas a la dote, cuando es Dios mismo el que le ha concedido sus bienes? (Tertuliano, *Alla consorte. L'unicità delle noze*, Roma 1996, 106).

ACTIO

Anotad durante un mes en vuestra agenda todos los gestos de vuestro cónyuge que os hacen felices y, si lo

conseguís, hacédle encontrar después vuestra lista (la colección y el mensaje sirven sobre todo en los períodos negros).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dichosos vosotros, cónyuges, pobres de espíritu de todo lo que no satisface vuestra sed de verdad, porque el Señor os mira con amor de predilección. Caminando juntos, bajo la mirada de Dios, ya no estaréis solos y podréis saborear cada día la felicidad de su Reino.

También seréis *dichosos* cuando os aflijan mil problemas y fatigas y os comunicéis en la unidad las dudas y las depositéis juntos a los pies del Señor, porque él mismo se hará cargo de vuestros problemas, comprometiéndose a darles la mejor solución y a consolaros. Nada ni nadie podrá conseguir sofocar la alegría interior que os procura el amor recíproco y la bendición del Señor.

Dichosos vosotros cuando hayáis abandonado el lenguaje prepotente de la ofensa, de la reivindicación de méritos, del juicio o del frío reparto de las tareas, para poneros las vestiduras de la mansedumbre, de la ternura, de la espera humilde, del consenso.

Dichosos vosotros cada vez que dais la espalda a la superficialidad, a los chismorreos, a los chismes, a la búsqueda espasmódica del dinero y de la carrera, y sentís nacer en vosotros, poderosa, el hambre y la sed de las realidades esenciales y justas, porque es el mismo Señor, el Justo, el que ha puesto en vosotros esa hambre y el que viene a vosotros para saciaros abundantemente. Recibiréis el céntuplo ya en esta tierra y el cielo como herencia.

Dichosos vosotros, que habéis aprendido de Él el arte de la misericordia, porque habéis encontrado el secreto de la felicidad y de la frescura de vuestro amor.

Dichosos vosotros si os amáis con un respecto mutuo, si derrotáis día tras día el egoísmo, haciéndoos cada vez más transparentes; si sois el uno para el otro como niños, capaces de ju-

gar y de abrazaros con ternura y abandono; si como tales os entregáis a Dios, si glorificáis en vosotros el templo del Espíritu, porque nada ni nadie podrá impedirlos entrar en contacto con Dios.

Dichosos vosotros todas las veces que seáis capaces de llevar la paz a vuestra familia, entre los parientes, a vuestros lugares de trabajo. Podréis hacerlo si, gracias a vuestro matrimonio y en el camino del aprendizaje de las vías del amor, os convertís en expertos en el arte de la reconciliación. Se hará a todos manifiesto que sois hijos de Dios y vuestros pasos serán sagrados.

Dichosos vosotros cuando os persigan a causa de la justicia, porque yo estaré con vosotros para infundiros serenidad y fuerza, para haceros pregonar la dulzura del Reino.

Dichosos vosotros si os insultan y, mintiendo, hablan mal de vosotros porque vais contracorriente, porque habéis encontrado vuestra piedra preciosa y no queréis malvenderla, porque dais importancia a lo que vale y no corréis detrás de espejismos. No os dejéis abatir ni desanimar, porque ése es mi camino, marcado, ciertamente, por la cruz, pero también por la gloria de la resurrección.

Alegraos, porque es el signo de que habéis conseguido dejar marca, de que habéis sido «sal» para los que ahora os combaten, porque estáis hechos de la misma pasta que mis profetas, que brillan como estrellas en la estela de luz de la historia (G. P. Di Nicola – A. Danese, «Eucaristia celebrata ed Eucaristia vissuta», en R. Bonetti [ed.], *Eucaristia e matrimonio, unico mistero nuziale*, Roma 2000, 333-335).

18 Vosotros sois la luz del mundo (Mt 5,13-16)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

¹³ «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

¹⁴ Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte.

¹⁵ Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celémín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa.

¹⁶ Alumbré así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre, que está en el cielo».

LECTIO

Jesús recuerda a los discípulos, a los que acaba de proclamar las bienaventuranzas, que éstas no son para un individuo solitario que pretende perseguir una meta moral elitista, sino el manifiesto de una nueva comunidad, de la familia de Dios reunida para el tiempo de la salvación. Las palabras que dirige a sus discípulos son, como las bienaventuranzas, promesa y compromiso al mismo tiempo.

La comunidad de los discípulos se convierte, en virtud de la presencia de Dios, en *luz* de la tierra, en

ciudad puesta en lo alto de un monte (es decir, en lugar seguro). Más difícil es comprender la imagen de la *sal*. Es menester saber que había tres cosas que no podían falta en una casa: un poco de harina, una tinaja de aceite y sal para salar los alimentos y, así, conservarlos. Quedarse sin sal era como quedarse sin esperanza.

La comunidad de los discípulos se mantiene en la esperanza por la gracia de Dios y no por los méritos de los individuos. De este *ser* comunidad nace también un *deber ser*, la tarea misionera de la Iglesia. Los discípulos deberán ser, con su modo de vivir y de actuar, como la transparencia de la presencia de Dios en la comunidad. Esta luz no debe iluminarles sólo a ellos, sino que está destinada a todo el mundo, del mismo modo que la sal no sirve para sí misma, sino para conservar los alimentos y para darles sabor.

La frase final (v. 16) es particularmente sugestiva, porque no habla propiamente de buenas obras, sino de «*obras bellas*». La comunidad deberá ser como un icono a través de cuya contemplación las personas no descubran tanto la destreza de sus componentes como la paternidad de Dios y así se sientan también ellas personas amadas.

MEDITATIO

Cuántas lámparas ponemos bajo el celemín, es decir, sobre cuántas ocasiones de alabanza ponemos el silenciador, como si fuera más discreto, más elegante, mantener para uno mismo lo bueno que se encuentra en la relación. En este sentido, el *Magnificat* (Lc 1,46-55: texto 27 de este libro) es mucho menos elegante y más desvergonzado de lo que podamos pensar, desde un punto de vista mundano.

A las parejas nos cuesta siempre contar cómo nos hemos comprendido, cómo hemos superado las tempestades, cómo nos hemos perdonado y cómo nos hemos amado, y así despojamos a las nuevas generaciones de la sal –el sabor, el gusto– que deberíamos transmitir. La vida conyugal cristiana, con sus «*obras bellas*», es sal de la tierra y luz sobre el candelero. ¿Por qué? Porque así como la sal no sirve para sí misma, así el sacramento del matrimonio ha sido dado para el servicio del pueblo de Dios, del mismo modo que el orden sacerdotal se da para el ministerio.

Nos encontramos aquí frente a una actitud que contesta radicalmente la mentalidad mundana: el sacramento del matrimonio no se ha dado para la consolación del individuo, para su autorrealización. Se ha dado a la pareja y a esta familia para que «*que alumbré a todos los de casa*» (v. 15): la luz que atestigua la presencia del Amor, la posibilidad «ordinaria» de la entrega de nosotros mismos, todos los días. El sacramento del amor consagra, en efecto, el mundo, lo expone a la única luz que está en condiciones de vencer a las tinieblas. Deberíamos estar siempre alerta para encontrar las huellas de este amor que está dentro de la pareja y al mismo tiempo la supera, a fin de poder narrarlas.

El carácter ministerial de la pareja, sin embargo, no es sólo para la casa, en el sentido de Iglesia doméstica, sino para la casa que es la parroquia. El hecho de que dos se aman es algo que interesa a la Iglesia como un recurso del que no puede prescindir. Dos que se aman ponen un capital precioso al servicio de la comunidad cristiana; en efecto, exportan, por así decirlo, un estilo de dialogar, de comprensión recíproca, de comunión. Lo exportan no porque se pongan a dar lecciones, sino porque el amor se expande por sí mismo, como la luz que no queda ocultada bajo el celemín de nuestras reticencias o de nuestras envidias.

ORATIO

Señor, tú no nos necesitas para suscitar y conocer el Amor, porque tú eres el Amor, pero tienes necesidad de nosotros para que te prestemos nuestros ojos para ver el amor; nuestros oídos para oír las palabras de amor que nos dirigen; nuestra nariz para oler el perfume del amor; nuestro paladar para saborear las alegrías del amor que nos hacen hermanos; nuestras manos para hacer gestos de amor como tú nos has enseñado.

CONTEMPLATIO

Vosotros sois la sal de la tierra. Es como si les dijera: «El mensaje que se os comunica no va destinado a vosotros solos, sino que habéis de transmitirlo a todo el mundo. Porque no os envió a dos ciudades, ni a diez, ni a veinte; ni tan siquiera os envió a toda una nación, como en otro tiempo a los profetas, sino a la tierra, al mar y a todo el mundo, y a un mundo por cierto muy mal dispuesto». Porque al decir «*vosotros sois la sal de la tierra*» enseña que todos los hombres han perdido su sabor y están corrompidos por el pecado. Por ello, exige sobre todo de sus discípulos esas virtudes que son más necesarias y útiles para el cuidado de los demás. En efecto, la mansedumbre, la moderación, la misericordia y la justicia son unas virtudes que no quedan limitadas al provecho propio del que las posee, sino que son como unas fuentes insignes que manan también en provecho de los demás. Lo mismo podemos afirmar de la pureza de corazón, del amor a la paz y a la verdad, ya que el que posee estas cualidades las hace redundar en utilidad de todos.

«No penséis –viene a decir– que el combate al que se os llama es de poca importancia y que la causa que se

os encomienda es exigua: *Vosotros sois la sal de la tierra*». ¿Significa esto que ellos restablecieron lo que estaba podrido? En modo alguno. De nada sirve echar sal a lo que ya está podrido. Su labor no fue ésta; lo que ellos hicieron fue echar sal y conservar, así, lo que el Señor había antes renovado y liberado de la fetidez, encomendándose después a ellos. Porque liberar de la fetidez del pecado fue obra del poder de Cristo, pero el no recaer en aquella fetidez era obra de la diligencia y esfuerzo de sus discípulos.

¿Te das cuenta de cómo va enseñando gradualmente que éstos son superiores a los profetas? No dice, en efecto, que hayan de ser maestros de Palestina, sino de todo el orbe.

No os extrañe, pues –viene a decirles–, si, dejando ahora de lado a los demás, os hablo a vosotros solos y os enfrento a tan grandes peligros. Considerad a cuántas y cuán grandes ciudades, pueblos, naciones, os he de enviar en calidad de maestros. Por esto, no quiero que seáis vosotros solos prudentes, sino que hagáis también prudentes a los demás. Y muy grande ha de ser la prudencia de quienes son responsables de la salvación de los demás, y muy grande ha de ser su virtud, para que puedan comunicarla a los otros. Si no es así, ni tan siquiera podréis bastaros a vosotros mismos.

En efecto, si los otros han perdido el sabor, pueden recuperarlo por vuestro ministerio; pero si sois vosotros los que os tornáis insípidos, arrastraréis también a los demás con vuestra perdición. Por esto, cuanto más importante es el asunto que se os encomienda, más grande debe ser vuestra solicitud». Y así, añade: *Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.*

Para que no teman lanzarse al combate cuando oigan estas palabras: *Cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo*, les dice de modo equivalen-

te: Si no estáis dispuestos a esas cosas, en vano habéis sido elegidos. Lo que hay que temer no es el mal que digan contra vosotros, sino la simulación de vuestra parte; entonces sí que perderíais vuestro sabor y seríais pisoteados. Pero si no cejáis en presentar el mensaje con toda su austeridad, si después oís hablar mal de vosotros, alegraos. Porque lo propio de la sal es morder y escocer a los que llevan una vida de molicie.

Por tanto, estas maledicciones son inevitables y en nada os perjudicarán, sino que serán prueba de vuestra firmeza. Mas si, por temor a ellas, cedéis en la vehemencia conveniente, vuestro sufrimiento será peor, ya que entonces todos hablarán mal de vosotros y todos os despreciarán; en esto consiste el ser pisoteado por la gente.

A continuación, propone una comparación más elevada: *Vosotros sois la luz del mundo*. De nuevo se refiere al mundo, no a una sola nación ni a veinte ciudades, sino al orbe entero; luz que, como la sal de la que ha hablado antes, hay que entenderla en sentido espiritual, luz más excelente que los rayos de este sol que nos ilumina. Habla primero de la sal y luego de la luz, para que entendamos el gran provecho que se sigue de una predicación austera, de unas enseñanzas tan exigentes. Esta predicación, en efecto, es como si nos atara, impidiendo nuestra dispersión, y nos abre los ojos al enseñarnos el camino de la virtud. *No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celmín*. Con estas palabras, el Señor insiste en la perfección de vida que han de llevar sus discípulos y en la vigilancia que han de tener sobre su propia conducta, ya que ella está a la vista de todos, y el palenque en el que se desarrolla su combate es el mundo entero (Juan Crisóstomo, *Homilias sobre el evangelio de san Mateo*, XV, 6.7).

ACTIO

Contad a vuestros hijos o a vuestro grupo familiar al menos un acontecimiento que haya tenido lugar en el interior de vuestra relación amorosa y que sea motivo para alabar al Señor.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Obedeciendo al mandato de su Señor [...], la Iglesia anuncia la novedad que Jesucristo ha traído al amor conyugal y a la realidad familiar. Esta es una parte esencial de la misión de la Iglesia en el mundo y para el mundo, y se ha vuelto hoy todavía más necesaria y urgente.

La evangelización del matrimonio es una misión que corresponde a toda la Iglesia y, en ella, a todos y cada uno de los fieles según su puesto y ministerio. El anuncio del Evangelio es ante todo gracia y tarea de la Iglesia particular o diócesis: «Toda la actividad evangelizadora y misionera encuentra su centro propulsor y unificador en la Iglesia local» (EvS 93). Ese ministerio tiene, a continuación, su lugar ordinario y privilegiado en la parroquia, en la que se realiza de modo concreto y en toda la plenitud de su contenido; a saber, como catequesis y celebración litúrgica, como educación y experiencia de vida, bajo la guía pastoral de los presbíteros en comunión con el obispo (cf. EvS 94).

En la Iglesia particular viven las familias cristianas que, como Iglesias domésticas, tienen un lugar y una tarea irremplazable en el anuncio del Evangelio. En consecuencia, los cónyuges, en virtud de su ministerio, no son sólo objeto de la solicitud pastoral de la Iglesia, sino que son también el sujeto activo y responsable en una misión de salvación que se lleva a cabo con su palabra, su acción y su vida. El ministerio de los cónyuges [...] exige una armonización con todos los otros ministerios y servicios de la evangelización, presentes y activos en el pueblo de Dios. Será particularmente necesaria la colaboración con el ministerio de los presbíteros y de los diáconos, así como también, en diferentes niveles, con los religiosos y religiosas, con los educadores

y los catequistas, con los teólogos y los expertos en las ciencias humanas. La familia, nacida del matrimonio, no está dirigida sólo a su propio perfeccionamiento, sino que se convierte en expresión y presencia misionera de la Iglesia en el marco de la vida social (Conferencia Episcopal Italiana, *Evangelizzazione e sacramento del matrimonio*, nn. 57-60).

19

No andéis preocupados por el día de mañana

(Mt 6,25-34)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²⁵ Por eso os digo: No andéis preocupados pensando qué vais a comer o a beber para sustentaros, o con qué vestido vais a cubrir vuestro cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? ²⁶ Fijaos en las aves del cielo: ni siembran ni siegan ni recogen en graneros, y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ²⁷ ¿Quién de vosotros, por más que se preocupe, puede añadir una sola hora a su vida? ²⁸ Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: no se afanan ni hilan; ²⁹ y sin embargo, os digo que ni Salomón en todo su esplendor se vistió como uno de ellos. ³⁰ Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno Dios la viste así, ¿qué no hará con vosotros, hombres de poca fe? ³¹ Así que no os inquietéis diciendo: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? ³² Ésas son las cosas por las que se preocupan los paganos. Ya sabe vuestro Padre celestial que las necesitáis. ³³ Buscad ante todo el Reino de Dios y lo que es propio de él, y Dios os dará lo demás. ³⁴ No andéis preocupados por el día de mañana, que el mañana traerá su propia preocupación. A cada día le basta su propio afán.

LECTIO

La preciosa y comprometedora perícopa de Mateo sobre la confianza en la providencia divina es como una gema engastada entre dos exhortaciones a no preocu-

parse (vv. 25.34). Se pinta, pues, a un hombre preocupado que se pone a pensar en su propio futuro y se deja atrapar por un profundo estado de ansiedad frente a las necesidades de la vida: el alimento y el vestido, como ejemplos de necesidades primarias y, por consiguiente, serias. Jesús les pide a sus discípulos que no se dejen ahogar por la inquietud, aunque no gracias a un optimismo congénito en el carácter o a un esfuerzo de la voluntad, sino sólo *en virtud de la confianza* que deriva de saber que Dios es nuestro Padre y que mantiene una relación especial con cada uno de nosotros. Cuando hemos optado por el Reino («*Buscad ante todo el Reino de Dios y lo que es propio de él*»: v. 33) –basados en el hecho de haber reconocido el amor único y singularísimo que Dios nos tiene a cada uno– se vuelve realmente posible confiarse a él. En este punto, el ejemplo de las aves y de los lirios no es un fresco ingenuo que ignore los dramas de la existencia, no es una invitación a evadirse de los problemas y a vivir ociosamente, sino la exhortación a ver nuestras preocupaciones terrenas en su justa perspectiva y proporción. Esto sólo es posible, en definitiva, a la luz de la fe en el Reino, que debe ser una adhesión concreta a la voluntad de Dios. La mirada que proyecta Jesús sobre los lirios del campo y sobre las aves del cielo (vv. 26-30) no es la de un absorto ecologista, sino la de un creyente que reconoce que «*Él da alimento a todo viviente: porque es eterna su misericordia*» (Sal 135,25).

La conclusión de la perícopa (v. 34) es particularmente densa de sabiduría. Jesús no promete a sus discípulos un futuro sin preocupaciones. Más bien, nos recuerda que éste no está a nuestra disposición, que no podemos gestionarlo según nuestros proyectos, porque el mañana traerá siempre consigo nuevos problemas que deberemos tener en cuenta en su momento. Esto contrasta sobremanera con nuestra cultura, que quiere planificarlo todo. Al discípulo se le pide, en cambio, que

se entrene a diario en la entrega confiada en manos de Dios, incluso en medio de las distintas tribulaciones. Esta actitud es la única que nos permite no vivir angustiados frente al futuro.

MEDITATIO

En una coyuntura socioeconómica en la que el trabajo se vuelve precario o en la que incluso les resulta difícil a nuestros hijos encontrar un trabajo, en la que se nos invita por todas partes a asegurar todo lo que tenemos, a vivir de pólizas y de garantías, el discurso de Mateo parece una invitación «fuera del mundo»: «*No andéis preocupados*» (vv. 25.34). Lo que significa: «No acumuléis bienes, fondos de inversión, etc.», creyendo que son una garantía, pero que nos dejan presa del desaliento cada vez que no van bien los negocios, casi conseguimos comprenderlo con la cabeza, aunque, de hecho, después, acumulamos más y nos desesperamos más. Sin embargo, el no andéis preocupados, el no os dejéis engullir por la desconfianza, tiene aún otros significados no explorados. Vamos a fijarnos al menos en uno.

Vamos a entrar de puntillas (porque verdaderamente resulta difícil emitir juicios desde fuera) en el apartamiento de dos que se casan. Pues bien, en igualdad de medios económicos, hay algunos que instalan un apartamento bien acabado, más que acabado, y hasta retrasan el matrimonio si carecen de los medios para hacerlo «como se debe»; a saber, de manera que parezca... eterno (y no saben que la vida tal vez les tiene preparado un traslado o que sus hijos saltarán con los pies sucios sobre el sofá de una piel inmaculada, etc.). Y hay otros que montan su casa de una manera funcional y sobria, pero no la llenan de «piezas» que necesitan después alarmas a prueba de ladrones para guardarlas

(y saben que sus gustos cambiarán y sus hijos no estarán relegados en una pequeña habitación que parece la casa de los juguetes). Pues bien, ¿cuál de las dos parejas no anda preocupada? Precisamente la segunda, porque no pone su seguridad en sus bienes o en las perfecciones estéticas. Y tienen «razones humanas» para vender. Sin embargo, nosotros deseamos que tengan también *razones... teológicas*: una casa ordenada y acogedora, con algunas camas de más para los huéspedes, para los que llaman a su puerta, para las iniciativas compartidas de la comunidad parroquial (por ejemplo, para alojar a un niño de Chernóbil, a un payaso con la nariz roja rumano, etc.). Éstas son las razones del no preocuparse: construir una *red solidaria* de familias, es decir, «*buscar primero el Reino de Dios y lo que es propio de él*» (v. 33).

ORATIO

Señor, no hemos medido todavía todas las preocupaciones que nos dan nuestros bienes materiales. De nuevo y siempre estamos vigilados por ti, que no quieres que nos confiemos a balsas inseguras (por mucho que intentemos hacerlas seguras) en el mar a veces tempestuoso de la vida. Tú has preparado para nosotros la nieve de nuestra ayuda solidaria recíproca y fraterna, si queremos.

CONTEMPLATIO

Un día, en Alejandría de Egipto, Serapión encontró a un pobre aterido de frío. Entonces se dijo a sí mismo: «¿Cómo es que yo, que paso por un asceta, estoy revestido de una túnica, mientras que este pobre, o más bien Cristo, muere de frío? Ciertamente, si le dejas morir,

seré condenado como homicida en el día del juicio». Entonces se despojó como un valeroso atleta y le dio su túnica al pobre; luego se sentó con el pequeño evangelio que llevaba siempre bajo el brazo. Pasó una guardia y, al verle desnudo, le preguntó: «Padre Serapión, ¿quién te ha despojado?» Mostrándoles su pequeño evangelio, respondió: «Éste es el que me ha despojado».

Cuando se iba, encontró a alguien que había sido arrestado por una deuda porque no tenía nada para pagar. Entonces el inmortal Serapión vendió su pequeño evangelio y pagó la deuda de aquel hombre. Luego volvió a su casa desnudo. Cuando su discípulo le vio desnudo, le preguntó: «Padre, ¿dónde está tu túnica?». El anciano le dijo: «Hijo, la he mandado al lugar donde no la necesitaremos». El hermano preguntó: «¿Dónde está tu pequeño evangelio?». El anciano respondió: «En verdad, hijo, he vendido al que me decía cada día: “*Vende lo que tienes y dalo a los pobres*”, lo he vendido y regalado para tener más confianza en él, en el día del juicio» (Padres del desierto, *Deti editi e inediti*, Magnano 2002, 38s).

ACTIO

Haced hoy como familia un gesto sencillo de acogida (bastaría, por ejemplo, una llamada telefónica desinteresada a la suegra...) y descubriréis que la solidaridad es el antídoto de la preocupación.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Hay otro modo de entender la casa como legítima expansión de nosotros mismos, y se trata de un modo original, creativo, contracorriente, benditamente incómodo. «Os deseo que no tengáis una casa pesada», decía el obispo Tonino Bello a una

pareja que iba a casarse. Un deseo precioso y revolucionario, porque la «ligereza» de una casa es el signo de un discipulado auténtico: es la casa de dos bautizados; al pie de la letra: es la casa de dos hijos de Dios que ponen en ella el sello del Reino. Y se trata de un sello real, no desaliñado, pasota o inorgánico: el cuerpo nupcial que se «expande» y expresa a través de la casa dice mucho del Reino, es decir, de la espera ya aquí de las bodas definitivas con el Cordero.

El sello real puesto en la casa dice que la casa no debe ser pesada, como si la pareja tuviera que habitar en ella para siempre, como si fuera eterna. Los dos están de paso, y la casa es su indispensable posada, pero no su meta definitiva. Una decoración costosa y refinada que haga esclavos no sólo es inoportuna porque los niños dejarán en ella sus señales, sino porque pone un yugo pesado sobre los hombros de la pareja y no dice al mundo que Su yugo es suave y ligero.

Pero el sello puesto a la casa dice también, viceversa, que se trata de una casa real, donde el Esposo se anuncia, y que, por consiguiente, debe estar bajo el signo de la belleza: sobriedad, elegancia, armonía en los detalles (que no es una cuestión de coste, sino de amor). Hay que concertar entre ellas las piezas individuales y se puede elegir, por ejemplo, un viejo armario y hacerle «hablar» la antigua canción de la vida, refrescándolo, diseñándolo, poniéndolo de acuerdo con el color, el ritmo y la armonía de la familia.

Ésta requiere, a continuación, ser inventada: los hijos de Dios son originales, son hijos creativos de un Dios creador, y no se dejan nivelar por una serie de spots publicitarios sobre las cosas que están de moda.

Pero, a renglón seguido, también requiere cuidados. El ejercicio del cuidado nos hace humanos. He aquí el cuidado de no ser esclavos de la casa, sino ejercer sobre las cosas una autoridad amorosa: éstas deben plegarse a expresar lo que es importante, vital, rico de significado, o sea, de felicidad, para nosotros. Es cuidado no dejar las cosas en el caos, en el desorden, y aliarse para hacer resplandeciente su rostro. Es cuidado (y se trata sólo de otro ejemplo de una familia que habita en el mundo) ir a la misa festiva y adornar la mesa con un toque suplementario que expresa la fiesta; la evangelización de los hijos

pasa también por aquí. Pero, sobre todo, pasa por aquí la liturgia doméstica, que revela el otro sentido de las cosas, su aludir a la plenitud que nos espera (R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zattoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini di autoformazione*, Cinisello Balsamo 2003, 197s).

Edificó su casa sobre roca

(Mt 7,21.24-29)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ²¹ No todo el que me dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos.

²⁴ El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica es como aquel hombre sensato que edificó su casa sobre roca. ²⁵ Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa, pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre roca. ²⁶ Sin embargo, el que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica es como aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. ²⁷ Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, se abatieron sobre la casa y ésta se derrumbó. Y su ruina fue grande.

²⁸ Cuando Jesús terminó este discurso, la gente se quedó admirada de su enseñanza, ²⁹ porque les enseñaba con autoridad, y no como sus maestros de la ley.

LECTIO

Nos encontramos en la conclusión del «sermón de la montaña» (Mt 5,1-7,29). Jesús compara la adhesión sincera a su Palabra o el rechazo a la misma con dos imágenes antitéticas: la construcción de una casa por parte de una persona sensata y por parte de una persona necia. La contraposición de los desenlaces de sus empre-

sas recuerda las consecuencias de la alianza de Dios con Israel, que –según múltiples testimonios del Primer Testamento– concluye siempre con las bendiciones y las maldiciones implicadas por la fidelidad o infidelidad al pacto.

Sin embargo, aquí la bendición y la maldición, la salvación y la ruina no vienen del exterior, sino que son, más bien, la manifestación de la diferente consistencia del obrar humano y del fundamento sobre el que se apoya.

A buen seguro, es más trabajoso construir sobre la roca (v. 24), mientras que es mucho más rápido y cómodo edificar sobre una extensión llana de arena, aunque las construcciones erigidas sobre ese terreno frías y carente de cimientos están destinadas a ser barridas por los aguaceros y por el viento (v. 27). En consecuencia, resulta absolutamente decisiva la calidad y la solidez del fundamento sobre el que los creyentes en Cristo están llamados a apoyar sus opciones de vida.

Cuanto más decisiva sea la elección –y éste es indudablemente el caso del matrimonio– tanto menos puede realizarse confiando exclusivamente en las propias energías; tiene que hacerlo sobre una palabra de verdad imperecedera, en la que encontrar asimismo la verdadera y estable realización de la propia vocación: «*No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los Cielos*» (v. 21).

Ésta es la tentación de una religiosidad superficial, que se complace con palabras y con la práctica cultural en algunos momentos especiales, esperando de Dios sólo intervenciones milagrosas en momentos difíciles, olvidándose de que sólo una obediencia seria y filial a la voluntad del Padre decide la calidad del seguimiento de los discípulos y discípulas de Jesús (cf. Mt 7,21-23) y la consistencia de sus opciones de vida.

MEDITATIO

Se trata de un aluvión: lluvia ininterrumpida, desbordamiento de los ríos, remolinos de viento. Y el texto insiste: las intemperies caen sobre la casa edificada sobre la arena y también sobre la casa edificada sobre la roca. Sin rebajas.

Aquí la lógica de Dios choca con la nuestra. Nos viene a la mente de una manera espontánea creer que estamos preparados por las zonas francas, por los seguros: hemos atravesado todo el itinerario de la iniciación cristiana, hemos participado en grupos juveniles, nos hemos adherido deliberadamente a itinerarios serios de preparación al matrimonio; rezamos también juntos por la noche; frecuentamos como casados las actividades pastorales. Entonces, ¿por qué tenemos las mismas dificultades que las parejas que se han tomado todo a la ligera, que apenas han asistido a las clásicas cinco noches de los cursillos prematrimoniales y después se han ocupado sobre todo del *look* de la ceremonia, del aspecto exterior?

Creíamos habernos procurado algunas «garantías» que no nos expusieran al riesgo, y ahora las dificultades nos cogen a traición, nos espantan y no queremos admitirlas. ¿Por qué él –y es sólo un ejemplo– está tan comprometido, lo da todo por descontado entre nosotros, sin darse cuenta de que, de vez en cuando, yo necesito momentos especiales para nosotros dos? ¿Y por qué ella me refriega todo lo que hace por la casa y por los niños, cuando debería ser feliz porque no le falta nada?

¡Nada de rebajas! La vida hay que tomarla en serio. *La diferencia está en el fundamento*: nuestro amor está cargado de tensiones, de malentendidos y de expectativas traicionadas (¡además de las alegrías!). ¿Por qué continuamos amándonos sin dejarnos sumergir por las

dificultades? *Por su palabra.* Y no sólo porque su Palabra es eficaz y viene en ayuda de nuestras debilidades, sino sobre todo porque su Palabra es la *razón última* de nuestro amor; porque hemos sido *atraídos* el uno por el otro; sí, porque hemos *decidido* seguir amándonos; sí –y ésta es la razón última y principal–, porque él nos ha *mandado amarnos*. Roca maravillosa que no se resquebraja a causa de nuestros (más o menos conscientes) ataques a nuestro amor.

ORATIO

Ayúdame, Señor, a pedirte por los que estamos aquí reunidos por tu Palabra y por nuestra vida diaria, que comienza de nuevo desde ahora a arraigarse en la roca de tu voluntad.

Concédenos empezar a pregonar la dulzura de la solidaridad: los vientos y las aguas se abaten, en efecto, contra todas las casas del hombre y no distinguen entre las cimentadas en la rocas y las cimentadas en la arena.

Y permítenos también empezar a hablar la lengua de la fraternidad: no tenemos otra lengua que la tuya para intentar descubrir lo que significa, para la familia humana, habitar en la casa edificada sobre la roca de tu voluntad.

CONTEMPLATIO

Admirable resulta que cuando no hay calma alguna, sino tormenta violentísima, grandes perturbaciones y tentaciones abundantes, él no pueda estremecerse ni siquiera un poco. Pues dice Cristo: Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre la casa, pero no se cayó, porque estaba fundada sobre roca.

Metafóricamente, Cristo llama aquí lluvia, torrentes y vientos a las humanas desgracias y sufrimientos, como son las calumnias, las asechanzas, los duelos, las muertes, los infortunios domésticos, las molestias que los extraños nos causan y todos los otros males que se nos echan encima en esta vida presente. Pero el alma virtuosa ante nada se doblega, y la razón es por hallarse fundada sobre roca. Y llama roca a la firmeza de su doctrina, pues sus preceptos son más firmes que la roca y hacen al hombre superior a todas las fluctuaciones humanas. Quien los observa no sólo se hace superior a los que intentan dañarlo, sino incluso a los demonios que le ponen asechanzas.

Diré ahora lo que acostumbro decir: por ambos extremos procura la salud de los oyentes, por el amor a la virtud y por el odio a la perversión. Puesto que vendrían quienes se admiraran de sus sentencias pero no procuraran el bien vivir, para prevenirlos les pone temor y dice: Aun cuando lo que se dice sea bello, no basta con oírlo para salvarse, sino que es necesario ponerlo en ejecución, y todo el discurso en esto se ocupa. Termina, pues, aquí dejándoles clavado un fuerte temor. Así como al tratar de la virtud los excitaba no sólo con los bienes futuros, con traerles a la memoria el cielo, el Reino, la inefable recompensa, la consolación, los bienes inmutables, sino que además les ponía delante los otros bienes que al presente obtendremos, hablándoles de la firmeza e inmovilidad de la roca.

Dice, pues: Aquel que escucha mis palabras y no las pone por obra será semejante al necio que edificó su casa sobre arena. Justamente lo llamó necio. Porque ¿qué habrá más necio que un hombre que edifica sobre arena, que echa sobre sí el trabajo pero no goza del fruto ni del descanso, sino que en lugar de eso sufre castigo? Y nadie hay que ignore que quienes se entregan a la perversidad sufren trabajos. Porque el ladrón, el adúltero, el sicofante, mucho trabajan y mucho sufren para

llegar a sus fines perversos; sin embargo, no sólo no recogen fruto, sino que reciben un gran daño. Así lo dejaba entender Pablo al decir: Quien siembra en su carne, de su carne cosechará la corrupción. A este tal son semejantes los que edifican sobre arena; por ejemplo, los que edifican en fornicación, en lujuria, en embriaguez, en ira y en los demás vicios (Juan Crisóstomo, *Homilías sobre el evangelio de san Mateo*, XXIV, *passim*).

ACTIO

Mirad bien la casa en la que habitáis y examinad los cimientos que tiene.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

He celebrado pocos matrimonios en Italia y, en consecuencia, no me sé bien la fórmula de memoria. Sin embargo, celebré varios matrimonios hace muchos años, cuando ejercí las funciones de párroco en un pueblo de Escocia, y me gustaba mucho la fórmula inglesa: «Yo te tomo como mía (mío) en la buena y en la mala suerte, en la salud y en la enfermedad, en la vida y en la muerte, hasta que Dios nos separe». O sea, te ofrezco mi confianza incondicionada y te cuidaré de manera también incondicionada. Este amor sponsal es el que debéis hacer nacer poco a poco en vuestro corazón con la gracia de Dios.

Y si vuestro amor es así, no importan los cambios de los tiempos, descritos también en la página del evangelio de Mateo: Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y se abatieron sobre la casa; pero no se derrumbó, porque estaba cimentada sobre la roca (Mt 7,25) del amor de Dios por nosotros y del amor recíproco en el que hemos puesto nuestra confianza. Esta confianza recíproca es un milagro, el milagro sponsal: tener verdaderamente confianza en otro y cuidarle sin condiciones. Éste es el amor que vence al mundo, supera las envidias, las guerras y los odios; el amor que hace bella la tierra y sin el cual

ésta sería una cueva de serpientes, donde todos se envidiarían, se morderían, se envenenarían. Sin embargo, la tierra es bella porque hay personas que son capaces de fiarse la una de la otra. Y ésta es la confianza fundamental que vosotros representáis en la Iglesia y en la sociedad. Sois, por consiguiente, un signo de paz en una tierra sin paz (C. M. Martini, de la homilía para el encuentro con novios de la diócesis, 26 de enero de 2002).

Allí estoy yo en medio de ellos

(Mt 18,19-22)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹⁹ También os aseguro que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre celestial. ²⁰ Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

²¹ Entonces se acercó Pedro y le preguntó:

–Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano cuando me ofenda? ¿Siete veces?

²² Jesús le respondió:

–No te digo siete veces, sino setenta veces siete.

LECTIO

El fragmento está tomado del cuarto gran discurso del evangelio de Mateo (capítulo 18) –conocido como «discurso eclesial»–, que recoge instrucciones sobre la vida de la comunidad de Jesús y sobre el estilo que deberá caracterizarla cuando él ya no esté físicamente presente en medio de sus discípulos. Después de haber hablado de la verdadera grandeza, de la acogida a los pequeños, de la corrección fraterna, del servicio pastoral inspirado en la misericordia divina, Jesús toma en consideración el recurso secreto que posee la comunidad para tener ese estilo alternativo respecto a las lógicas mundanas: la oración (vv. 19s).

La comunidad se realiza buscando la concordia –animados por la misma fe y sostenidos por la oración al único Padre–, en la búsqueda sincera de una unidad de intenciones, entre las que la prioritaria es el bien del hermano más débil y extraviado. Esto es lo que dice al pie de la letra el término griego del texto evangélico: es un estar juntos para «realizar una sinfonía» (*symphonéo*). La voz «sinfónica» que debe elevarse de la comunidad es la voz de la vida fraterna y de la preocupación por la salvación del pecador. Cuando actúa de este modo, experimenta la verdad profunda que la cualifica: a pesar de su ausencia física, Cristo está presente en medio de los suyos como el Señor, como el «*Enmanuel, Dios-con-nosotros*».

Se impone aquí la referencia a un dicho del tratado rabínico más antiguo: «Cuando dos están juntos y entre ellos se encuentran las palabras de la Torá, la *sh^ekhîná* está en medio de ellos, como se ha dicho». En este evangelio, en el lugar de la *sh^ekhîná*, esto es, de la presencia de Dios, está Jesucristo, que hace de la Iglesia misma el lugar de la comunión con Dios y, por consiguiente, el lugar de la manifestación de su gloria.

La seguridad de ser escuchados en la oración se basa, por tanto, en el hecho de saber que tenemos un Padre en los cielos y en la certeza de que Jesús está presente, de una manera misteriosa, pero eficaz, entre aquellos que se reúnen en su nombre. Es éste un tema particularmente entrañable a Mateo, que concluye su evangelio con la promesa del Resucitado: «*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*» (Mt 28,20: cf. el texto 24).

Cuando oramos verdaderamente a Dios en nombre de Jesús, entonces se vuelve posible el perdón fraterno, sin límites, sin condiciones (vv. 21s), el perdón en el que se invierte la lógica de la venganza que llevaba a Lamec a querer ser vengado setenta y siete veces (cf. Gn 4,24).

MEDITATIO

Los cónyuges, los padres, sabemos lo difícil que resulta encontrar esa voz «sinfónica» de la que habla nuestro exégeta. Más aún, cuanto más precioso, urgente e indispensable se presenta el bien para pedir, tantas más dificultades tendrán para ponerse de acuerdo los dos en la tierra (cf. v. 19). Veamos sólo un ejemplo concreto: solicitud a dos padres que se pongan de acuerdo para pedir a Dios lo que consideran prioritario para su hijo y, probablemente, nacerán dos deseos-proyectos-intenciones distintos; cuando, más tarde, el hijo se encuentra en graves dificultades, cada uno de sus padres parece tener sus propias prioridades, sus propias urgencias. Sin embargo, desde fuera, se podría decir que lo conseguirían: bastaría con que se pusieran de acuerdo. Tal vez en el «*si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra*» podría subyacer que esos dos son casi imposibles de encontrar con una linterna, por lo muy difícil que nos resulta a los seres humanos, especialmente si están casados, renunciar a nuestro propio punto de vista.

Sin embargo, esto sería tan fácil de decir como difícil de vivir; bastaría con que cada uno de los dos hiciera suyo el punto de vista del otro: *quiero lo que quieres tú*. Y obrando de este modo, los dos, casi sin quererlo, se encontrarían en la mitad del camino, cada uno de ellos agradecido al otro. Si esto sucede, *Dios está presente allí* verdaderamente, es decir, una gracia que en cierto modo les supera.

En uno de nuestros libros (G. Gillini – M. Zattoni, *Ben-essere in famiglia. Proposta di lavoro per l'autoformazione di coppie e di genitori*, Queriniana, Brescia 2002) hacemos que los padres se ejerciten respecto a una cuestión aparentemente trivial: dado que su hijo Michelino está delgado y débil, su madre quiere que vaya a natación, pero su padre, no. Si se pusieran a rezar,

probablemente (y no se trata de una broma) cada uno rezaría así: «Haz, Señor, que él le deje ir a nadar / que ella no le haga ir a nadar», porque cada uno de ellos está puntillosamente convencido del «bien del niño» (o del bien de la familia, de un abuelo, de un... párroco, un vicario, etc.). No resulta trabajoso comprender que semejante oración no será escuchada. El Padre de Jesús espera pacientemente que los dos se pongan «de acuerdo en la tierra para pedir cualquier cosa», que salgan de esa lógica individualista y muestren a la Iglesia y al mundo que hay algo que les apremia más que ellos mismos, es decir, que muestren que la oración une verdaderamente y crea sinfonía. Ahora bien, aquí tiene razón el apóstol Pedro (v. 21): chocamos con la necesidad del perdón recíproco, incluso con la necesidad de perdonar al otro que no piensa como yo.

ORATIO

Nuestra unidad te apremia, Señor Jesús; más aún, tú te entregas a ella, incluso estás dispuesto a obedecer frente a ella.

Sí, es verdad, nuestra concordia, buscada con todas nuestras fuerzas aun cuando parezca imposible, es irresistible para ti, y tú nos garantizas que también el Padre, que está en el cielo, se moverá lleno de estupor. Es precisamente esta unidad, Señor, lo que te pedimos, incluso cuando da la impresión de que trabajamos por lo contrario. Ten piedad de nosotros, Señor.

CONTEMPLATIO

Dos amores fundaron, pues, dos ciudades; a saber, el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el

amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda, en Dios, porque aquella busca la gloria de los hombres, y ésta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia. Aquella se engríe en su gloria, y ésta dice a su Dios: *Vos sois mi gloria y el que me hace ir con la cabeza en alto*. En aquella, sus príncipes y las naciones avasalladas se ven bajo el yugo de la concupiscencia de dominio, y en ésta sirven en mutua caridad, los gobernantes, aconsejando, y los súbditos, obedeciendo. Aquella ama su propia fuerza en sus potentados, y ésta dice a su Dios: *A ti he de amarte, Señor, que eres mi fortaleza* (Agustín de Hipona, *La ciudad de Dios*, XIV, 28, BAC, Madrid 1965, 115-116).

ACTIO

Haced una lista de las cosas que resulta fácil pedir *juntos* de una manera concorde y sinfónica. Custodiad esta lista con respeto, como signo tangible de su Presencia.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La comunión primera es la que se instaure y se desarrolle entre los cónyuges; en virtud del pacto de amor conyugal, el hombre y la mujer «no son ya dos, sino una sola carne» (Mt 19,6; cf. Gn 2,24) y están llamados a crecer continuamente en su comunión a través de la fidelidad cotidiana a la promesa matrimonial de la recíproca donación total.

Esta comunión conyugal hunde sus raíces en el complemento natural que existe entre el hombre y la mujer, y se alimenta mediante la voluntad personal de los esposos de compartir todo su proyecto de vida, lo que tienen y lo que son; por esto tal comunión es el fruto y el signo de una exigencia profundamente humana. Pero, en Cristo Señor, Dios asume esta exigencia

humana, la confirma, la purifica y la eleva conduciéndola a perfección con el sacramento del matrimonio: el Espíritu Santo infundido en la celebración sacramental ofrece a los esposos cristianos el don de una comunión nueva de amor, que es imagen viva y real de la singularísima unidad que hace de la Iglesia el indivisible cuerpo místico del Señor Jesús.

El don del Espíritu Santo es mandamiento de vida para los esposos cristianos y al mismo tiempo impulso estimulante, a fin de que cada día progresen hacia una unión cada vez más rica entre ellos, a todos los niveles —del cuerpo, del carácter, del corazón, de la inteligencia y voluntad, del alma—, revelando así a la Iglesia y al mundo la nueva comunión de amor, donada por la gracia de Cristo (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 19).

22

Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre

(Mt 19,3-6)

³En aquel tiempo, se acercaron a Jesús unos fariseos y le preguntaron, para ponerle a prueba:

—¿Es lícito a uno despedir a su mujer por cualquier motivo?

⁴Él les respondió:

—¿No habéis leído que el Creador, en el principio, «los creo hombre y mujer», y dijo: ⁵«Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne»? ⁶De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

LECTIO

La pregunta planteada a Jesús debemos situarla en el contexto del debate existente en el judaísmo de la época entre la escuela del rabí Hillel, que permitía el divorcio por cualquier motivo, y la escuela del rabí Shammai, que pedía para el divorcio la prueba de faltas morales graves por parte de la mujer. La pregunta hubiera debido poner a Jesús en graves dificultades, pero él se sustrae a las discusiones y a las sutilezas exegéticas, e invita a redescubrir la voluntad de Dios más genuina.

Esto es lo que la pareja no debe perder de vista; a saber, *el proyecto de Dios* que se ha manifestado en la creación del hombre y de la mujer, tal como está atestigüado en las Escrituras de Israel. Los dos textos citados por Jesús (Gn 1,27; 2,24) remiten a la creación y, por consiguiente, al fundamento de la iniciativa de Dios, que otorgó a la relación de pareja un valor prioritario con respecto a todas las relaciones, incluidas las de sangre.

Además de la cuestión del contenido, se plantea también la del método: a la hora de hacer frente a los problemas existenciales, el creyente está invitado a ir más allá de las opiniones corrientes y a confrontarse siempre con la Palabra de Dios. Es absolutamente decisivo el v. 6, donde se manifiesta la visión evangélica del matrimonio como un proyecto de fidelidad pleno, integral o –dicho con un lenguaje insuficiente por ser negativo– indisoluble.

Debemos señalar que el dictado de Mateo no habla simplemente de ser los dos una sola carne, sino que el texto griego tiene una partícula de movimiento (*eis*), a fin de sugerir que este «*ser (hacia) una sola carne*» no es un dato que se da ya por descontado, sino un proceso, un camino de la pareja. Ésta ha sido llamada, por consiguiente, a vivir su aventura como un caminar hacia esa meta de ser «una sola carne». Sin embargo, es preciso señalar que precisamente Mateo relativiza también esta altísima meta, confrontada con el bien del Reino.

En efecto, pocos versículos después (cf. Mt 19,10-12) aparecerá la cuestión del «celibato por el Reino», donde no se exalta el celibato en perjuicio del matrimonio, sino que se recuerda precisamente que el Reino es el bien absoluto respecto al cual debemos medir nuestras propias opciones de vida, maduras en la búsqueda de la voluntad de Dios.

MEDITATIO

Es cierto que si nuestros oídos, tan «habituados» a la palabra «divorcio» como un hecho «natural», ahora casi inevitable, empezaran a oír la palabra «repudio» tal vez nos escocieran un poco. Repudio es una palabra áspera, que no intenta esconder la «consensualidad» mostrada por ficción ante la ley: dice que uno repudia al otro. Como siempre, cuando un matrimonio se rompe, hay uno que dice: «Ya no quiero ningún vínculo contigo, te repudio, te envío lejos de mí, te rechazo, te desprecio», y se une a otra persona, es decir, comete adulterio.

En los versículos que siguen inmediatamente (vv. 7 y 9, omitidos en nuestro texto) nos parece que está implícita una asombrosa protesta en favor de la parte femenina: no es sólo la mujer la que, en caso de repudio, se vuelve adúltera, sino que el hombre mismo, cuando se arroga el derecho a romper un matrimonio «*para casarse con otra*», se vuelve adúltero (aunque hoy la arrogancia de querer romper el vínculo parece casi más femenina).

Ahora bien, el texto dice mucho, mucho más: cuando uno repudia a la otra, y viceversa, *se repudia también a sí mismo*, su propia historia, su propia identidad. ¿Por qué? Porque los dos «*ya no son dos, sino una sola carne*». Este subrayado, que en el texto griego original indica un movimiento, anuncia aquí una verdad también psicológica más que preciosa: en la medida en que han vivido juntos, han establecido un vínculo, una atmósfera, un clima de relación con todas las alegrías y las dificultades conexas, y ya no son «dos». O sea, su identidad también ha quedado modificada, ha caminado, se ha vuelto historia, incluso el modo de ver el mundo, la inflexión de la voz, el sabor de la vida. Sabiduría también humana de la Palabra del Principio: que el hombre (entendido en sentido masculino y femenino) no se repudie a sí mismo, su propia historia, su propio camino.

ORATIO

Me he acercado y me ha herido la espina: de nuevo me lo esperaba, como siempre... Ya no veo la rosa, ya no siento su perfume, porque mi carne está herida.

Cuántas veces, Señor, en nuestra vida diaria de pareja, las palabras que salen de la boca del que comparte su vida conmigo son espinas que se me clavan en la carne. Ayuda, Señor, a todos los que les gusta verlas no con los ojos del dolor, sino con los del corazón: la rosa está presente a menudo, con todo su apasionado fulgor. Hasta un veredicto inapelable como «ya no te soporto» puede significar: «Te amo tanto que me parece que no puedo vivir contigo si no te muestras amable conmigo, si no valgo nada a tus ojos».

CONTEMPLATIO

¿Cómo podré expresar la felicidad de aquel matrimonio que ha sido contraído ante la Iglesia, reforzado por la oblación eucarística, sellado por la bendición, anunciado por los ángeles y ratificado por el Padre? Porque, en efecto, tampoco en la tierra los hijos se casan recta y justamente sin el consentimiento del padre. ¡Qué yugo el que une a dos fieles en una sola esperanza, en la misma observancia, en idéntica servidumbre! Son como hermanos y colaboradores: no hay distinción entre carne y espíritu. Más aún, son verdaderamente dos en una sola carne, y donde la carne es única, único es el espíritu. Juntos rezan, juntos se arrodillan, juntos practican el ayuno. Uno enseña al otro, uno honra al otro, uno sostiene al otro.

Unidos en la Iglesia de Dios, se encuentran también unidos en el banquete divino, unidos en las angustias, en las persecuciones, en los gozos. Ninguno tiene secre-

tos con el otro, ninguno esquiva al otro, ninguno es gravoso para el otro. Libremente hacen visitas a los necesitados y sostienen a los indigentes. Las limosnas que reparten, no les son reprochadas por el otro; los sacrificios que cumplen no se les echan en cara, ni se les ponen dificultades para servir a Dios cada día con diligencia. No hacen furtivamente la señal de la cruz, ni las acciones de gracias son temerosas ni las bendiciones han de permanecer mudas. El canto de los salmos y de los himnos resuena a dos voces, y los dos entablan una competencia para cantar mejor a su Dios. Al ver y oír esto, Cristo se llena de gozo y envía sobre ellos su paz (Tertuliano, *Felicidad del matrimonio cristiano. A la mujer*, 9).

ACTIO

Introducid en la lectura que hacéis de vuestra vida conyugal la consideración de la dureza de vuestro corazón, que os incapacita para ver por debajo de la corteza dura de las palabras de desamor.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El Nuevo Testamento, desde Jesús hasta Pablo, cuando habla de la pareja sponsal remite sistemáticamente a una idea que recorre el texto veterotestamentario desde el Génesis hasta Malaquías, precisamente a la idea de que los dos tienden a formar una realidad nueva. El evangelista Mateo expresa esto literalmente afirmando que los dos son «*hacia una sola carne*». El texto griego parece subrayar una dimensión de camino, una meta para alcanzar. En esta definición podemos señalar tres aspectos que aclaran la realidad nueva formada por la pareja, que no es simplemente la suma de dos [...]. Pues bien, la pareja vive su propio camino discipular asumiendo hasta el fondo la tarea de ser *hacia una sola carne*. Precisamente porque la unidad de la

pareja es un recorrido, se hacen necesarias las virtudes del camino; a saber, el valor, la paciencia y la perseverancia.

El valor surge del hecho de creer en la bondad de la meta propuesta y del hecho de intuir así que la vía proyectada, aunque dificultosa, es, de todos modos, segura. La paciencia es la virtud del recuperarse después de cada estación, tropiezo, incertidumbre, sin deslizarse hacia recriminaciones derrotistas, como hacen, sin embargo, los mismos discípulos, casi consternados, frente a la exigente propuesta de Jesús sobre el matrimonio: «*Si ésta es la situación del hombre con respecto a su mujer, no tiene cuenta casarse*» (Mt 19,10). La *perseverancia* pasa a través de los gestos cotidianos con los que reanudamos continuamente la relación y afirmamos así que creemos en la meta del ser una sola carne más que en la evidencia aplastante de ciertos fracasos (R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zattoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini di autoformazione*, Cinisello Balsamo 2003, 189-191).

23

Este mandamiento es
el principal y primero.
El segundo es semejante a él
(Mt 22,35-40)

³⁵ En aquel tiempo, uno de los fariseos, que era experto en la Ley, le preguntó a Jesús para ponerlo a prueba:

³⁶ –Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la Ley?

³⁷ Él le dijo:

—«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser». ³⁸ Este mandamiento es el principal y primero. ³⁹ El segundo es semejante a él: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». ⁴⁰ Estos dos mandamientos sostienen la Ley entera y los profetas».

LECTIO

El marco en el que se sitúa nuestro texto es el de las disputas que tuvieron lugar en Jerusalén entre Jesús y los distintos grupos religiosos de la época sobre cuestiones decisivas para una religión auténtica, como la relación con el poder, la esperanza de la resurrección y, en nuestro caso, el centro vital de la Ley. La pregunta no es académica, sino decisiva en la vida de la fe, aunque aquí se le plantee a Jesús de una manera artificiosa, dado que al interlocutor no le interesa verdaderamente recibir la respuesta, sino sólo poner en dificultades al Nazareno. Buscar el corazón de la Ley es evitar dispersar la propia vida en una miríada de deberes y obligaciones, sin encontrar lo que da unidad a la acción, lo que es signo de la libertad humana.

Jesús responde citando un pasaje del Deuteronomio que reza tres veces al día el judío practicante (Dt 6,4-8; cf. el texto 5). El amor a Dios se expresa, según este texto, como escucha de su Palabra y como observancia de la misma en la totalidad de su persona, o sea, permitiendo a la Palabra plasmar todos los recursos personales, cualquier ámbito vital. A este mandamiento le añade Jesús una frase del Levítico (18,19) que señala la santidad a la que está llamado Israel en el amor al prójimo.

La novedad evangélica es doble. Está, en primer lugar, en la *universalización del concepto de «prójimo»* por parte de Jesús, puesto que el judaísmo de la época se debatía aún entre el particularismo y el universalismo. Jesús reconoce al «prójimo», a buen seguro, en cada uno, ya se trate de un vecino, de un paisano, o bien de un pagano, de un desconocido, de un enemigo.

La otra novedad, todavía más importante, es la *conjunción de los dos mandamientos*, por lo que sólo en ser capaces de mantenerlos unidos se manifiesta la verdadera fe. La presencia de los dos mandamientos, uno junto al otro, impide al primero deslizarse hacia un misticismo impalpable, y al segundo reducir la vida de fe a un esfuerzo autónomo para construir un mundo más humano.

Al afirmar que estos dos mandamientos son el cumplimiento de la Ley y de los Profetas (v. 40), Jesús muestra que no quiere abolir el Antiguo Testamento, sino que más bien sugiere un criterio hermenéutico fundamental para comprender la voluntad de Dios: el criterio del amor.

MEDITATIO

Pongámosla así: «Amarás a tu marido como a ti misma»; «Amarás a tu mujer como a ti mismo». Ésta sería la *receta no sólo* para vivir de acuerdo con el cónyuge, sino también la clave para superar cualquier crisis con-

yugal. Si siempre andamos en busca de recetas; ¿cómo es que, cuando tenemos una al alcance de la mano, la escondemos a nosotros mismos?

Los románticos y los partidarios de la espontaneidad dicen que el amor entre dos cónyuges debería ser algo espontáneo, algo que no costara ningún esfuerzo: cierran los oídos al *amarás*, que suena a mandamiento en su forma pregnante de futuro. ¿Y cómo es que el Señor debería mandar amarnos a nosotros, que ya nos amamos de una manera tan espontánea? Porque nos conoce. En ciertos momentos puede resultarnos fácil amarnos, pero en el amor hay un núcleo duro, un punto decisional que suena así: «Sí, he decidido amarte, *siempre*. He decidido mirarte como me miro a mí mismo, justificarte como me justifico a mí mismo, satisfacerte como me satisfago a mí mismo, gozar de ti como gozo de mí mismo. Y lo he decidido no como respuesta a mis fáciles emociones, sino como respuesta al *mandamiento de amor* de Dios». Esto no deshumaniza nuestro amor, sino más bien al contrario: lo sustrae a las oscilaciones del humor del momento y a la búsqueda nunca saciada de un «material para mí», a la tentación de instrumentalizar al otro para mi felicidad.

Con un añadido más, nunca explorado bastante: amar a mi cónyuge *es decir sí a Dios*. Es ponerme a la escucha de su voluntad, percibir su protección en nuestro amor, saber con toda el alma que el fleco de su manto roza nuestra relación de pareja y la hace florecer como la versión imprescindible del amarle a él. Desde que me decidí por la pareja, no puedo amar a mi cónyuge si no amo a Dios, y *no puedo amar a Dios si no amo a mi cónyuge*. Esa contigüidad entre los dos amores está puesta por el Evangelio de Jesús: desde ahí, desde este *planteamiento conyugal*, podemos descubrir de nuevo la universalidad de la palabra «prójimo». Se trata de una universalidad que emana del núcleo duro del amor de pareja y de la gracia de ser en dos.

ORATIO

Señor, ayúdanos a comprender con rectitud nuestro mundo afectivo, que nos lleva siempre y de nuevo a tergiversar y a separar.

No podemos refugiarnos en el amor de nuestro Señor abandonando lo «poco de bueno» de nuestro cónyuge. No podemos conseguir por nosotros mismos amar al otro cuando nos lo esconden el velo de la injusticia y de la culpa; en ciertos casos, nos resulta difícil pensar sin tu ayuda: «Dios también ama a mi mujer / a mi marido».

Sólo la luz de tu ayuda realiza el milagro. Y esta luz es la que te imploramos, Señor.

CONTEMPLATIO

Que cada uno siempre y antes que nada persiga el amor de Dios y la santa caridad, que es el primero y el más grande mandamiento (cf. Mt 22,38). Que pida ininterrumpidamente al Señor que ésta se convierta en una cualidad de su corazón, y si la adquiere así, que la haga crecer progresivamente cada día, por obra de la gracia, con el continuo e incesante recuerdo de Dios, y que con la solicitud, el vigor, la premura y la lucha nos hacemos capaces de adquirir la caridad para con Dios, formada en nosotros por la gracia y el don de Cristo. A partir de ésta nos resulta fácil conseguir también el segundo mandamiento, el de la caridad con el prójimo (cf. Mt 22,39). Las cosas que vienen primero van delante de las otras y es preciso ocuparse más de ellas; así, las cosas terrenas van detrás de las primeras. Ahora bien, si alguien desprecia este grande y primer mandamiento (cf. Mt 22,38) de la caridad con Dios, que procede de nuestra disposición interior, de nuestra buena conciencia y de los sanos pensamientos dirigidos a Dios junto al socorro de la

ayuda divina, y quiere atender al cumplimiento sólo exterior del segundo mandamiento, le es imposible desarrollarlo con santidad y pureza. En efecto, la malicia fraudulenta, al encontrar el intelecto privado del recuerdo, del amor y de la búsqueda de Dios, o bien hace que los preceptos divinos aparezcan difíciles y fatigosos accediendo al alma las murmuraciones, tristezas y quejas contra el servicio de los hermanos, o bien, engañando con la presunción de justicia, se infla y se induce a considerarse a sí mismo honorable, grande y alguien que cumple los mandamientos en grado sumo (Macario el Egipcio, *La filocalia*, Turín 1985, III, 273s).

ACTIO

Traducid a vuestra vida conyugal estas palabras: «Dios también ama a mi marido / a mi mujer».

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Un experto en *time management* que dirigía un seminario de un grupo de estudiantes empleó una imagen que se quedó imprimida para siempre en sus mentes. Para dar en el blanco, propuso una adivinanza a su auditorio, poniendo sobre la cátedra, frente a sí, un tarro de cristal, de los que suelen usarse para la conserva de tomate. Se inclinó bajo la cátedra, sacó una decena de piedras, de forma irregular, y con cuidado las introdujo, una a una, en el tarro. Cuando éste estuvo lleno por completo, sin que se pudiera introducir ninguna otra piedra, preguntó a la clase: «¿Está lleno el tarro?». Todos respondieron que sí.

«¿De verdad?» Se inclinó de nuevo bajo la mesa y sacó un cubito de grava agitando ligeramente el tarro, de modo que las piedrecillas se deslizaran en los espacios que había entre las piedras. Preguntó de nuevo: «¿Está ahora lleno el tarro?». La clase comprendió. «Probablemente no», respondió uno.

«Bien», replicó el profesor. Se inclinó bajo la mesa, cogió un cubito de arena y la vertió en el tarro, llenando los espacios libres. Y preguntó de nuevo: «¿Está lleno el tarro?». «No», respondió a coro la clase.

«Bien», siguió el profesor. Sacando un jarro de agua, la vertió en el tarro hasta el borde. «¿Cuál es la moraleja de la historia?», preguntó en este momento.

Se levantó una mano: «La moraleja es que no importa lo llena de compromisos que esté tu agenda; si te empeñas, siempre habrá un hueco para añadir otra cosa». «No, no se trata de eso», replicó el experto. «La verdad que esta imagen nos enseña es que si no metes primero las piedras, no las meterás nunca» (tomado de *Internet*).

24

Poneos, pues, en camino y enseñadles a poner por obra todo lo que os he mandado

(Mt 28,16-20)

En aquel tiempo, ¹⁶ los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había citado. ¹⁷ Al verlo, lo adoraron; ellos que habían dudado. ¹⁸ Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

–Dios me ha dado autoridad plena sobre cielo y tierra. ¹⁹ Poneos, pues, en camino, haced discípulos a todos los pueblos y bautizadlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ²⁰ enseñándoles a poner por obra todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo.

LECTIO

El encuentro de los discípulos con el Resucitado no es fruto de una iniciativa autónoma de ellos, sino de la fuerza del amor de Jesús, que los recoge de nuevo, más allá de su traición, señalada por el hecho de ser «once» y no «doce».

Tampoco son creyentes dotados de una fe diamantina; de hecho, «habían dudado» (v. 17). La comunidad de los discípulos no es una élite, sino un «cuerpo mixto», compuesto de buen grano y de cizaña, y cada discípulo deberá reconocer que en él coexisten a menudo, junto con la fe, la incredulidad y el pecado. En consecuencia, la comunidad de los discípulos no podrá contar con sus

propias fuerzas, sino únicamente con Jesús, al que el Padre le ha conferido todo el poder (v. 18).

La finalidad de la misión es «*hacer discípulos a todos los pueblos*» (v. 19). Esto no significa que los Once deban ir por el mundo convenciendo a las personas de la bondad de una serie de ideas, sino más bien que se les envía a ofrecer a todos la posibilidad del camino de discipulado que Jesús les hizo seguir a ellos primero. El discipulado es, en primer lugar, una experiencia de vida, un entrar en intimidad con el Hijo, que revela al Padre a sus propios amigos (cf. Mt 11,28-30).

A esto se une el mandato de *bautizar*. Mateo se refiere, ciertamente, al rito del bautismo que sella la adhesión de fe al mensaje cristiano y comporta asimismo la entrada en la comunidad de los discípulos. Sin embargo, «*bautizar en el nombre de...*», antes incluso que una fórmula ritual, indica la realidad en la que participa el bautizado, esto es, la misma vida trinitaria de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu.

El hacer discípulos significa, a continuación, introducirles en las exigencias vitales del Evangelio, proponer también, por consiguiente, las implicaciones morales de la alegre noticia: esto es lo que sugiere el «*enseñadles a poner por obra todo lo que os he mandado*» (v. 20).

Con todo, la tarea misionera de la comunidad no está separada de la promesa de la misteriosa pero eficaz e incesante presencia del Resucitado con los suyos. Él es el Señor que no les dejará nunca solos y cumplirá la promesa que había acompañado a su nacimiento, o sea, la venida del Emmanuel, el «*Dios con nosotros*» (cf. Mt 1,21), a la historia humana. Los temores del discípulo, razonables si considera su propia debilidad, deben desaparecer, porque Jesús está siempre con los suyos: «*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de este mundo*» (v. 20).

MEDITATIO

Hay dos momentos de la vida familiar que pueden ofrecernos la experiencia de dos puntos nodales de nuestra perícopa. El primero lo ha ilustrado el exégeta con la exigencia de no contar con las propias fuerzas, sino sólo con Jesús, puesto que no todos nosotros somos gente de una sola pieza, coherentes, fuertes, impecables. Pues bien, hay un período infantil, en torno a los cuatro años, en el que se le pide al niño cumplir los mandamientos o los deberes que le imponen sus padres: va en ello su crecimiento, su salud mental y psíquica. ¿Qué hace el pequeño que quiere obedecer, pero después los infringe cien veces el mismo día? Mira al rostro de su madre, a fin de asegurarse de que ella, aunque mantenga el deber o la orden, no le retira su amor. Promete de nuevo «no hacerlo más» y después vuelve otra vez a la transgresión. Sin embargo, no renuncia a obedecer para tener contenta a su mamá. Es como si dijera: «Quiero hacer lo que me dices, pero si desobedezco, cuento contigo, con el hecho de que mantendrás en pie lo que me habías pedido y, al mismo tiempo, me harás sentirme amado». Dicho con otras palabras, lo que vale no es la serie de «caídas», sino *tener a alguien con quien contar*, porque sólo así se aprende a obedecer. Ésta es, en el fondo, la experiencia del discípulo y de la comunidad de fe: nosotros deberíamos tener la misma confianza del niño, que cuenta con el hecho de que su mamá no le retirará su amor.

El segundo momento familiar en el que el hijo realiza la experiencia de una presencia especial no física de sus padres es la adolescencia, un tiempo precioso y difícil en el que el hijo parece abandonar el mundo seguro familiar para encontrar contactos «por su propia cuenta» con el mundo exterior. Pues bien, más allá incluso de las inquietudes de los padres, se puede apostar que ellos –cuando han realizado su labor de padres– permanecen

en cierto modo dentro de su hijo. Cuando éste se exponga a riesgos y tentaciones, sentirá su presencia interna, que le pone en guardia, le aprueba o le desaprueba. La presencia interna de los padres en un adolescente es, a buen seguro, alterna, temporal, vulnerable. La presencia de Jesús tiene que ver, en cierto modo, con una experiencia parecida, en ocasiones no trivialmente consoladora, incluso incómoda. Con dos grandes diferencias: que su estar con nosotros es indefectible y que ese estar no se da sólo en la intimidad del individuo, sino de modo especial en su comunidad evangelizadora (véase también el texto 26).

ORATIO

También nosotros, Señor, queremos ser tu comunidad doméstica evangelizadora. Queremos «hacer discípulos tuyos» a los hijos de nuestra carne. Deseamos que ellos te sigan, que te experimenten, que sean capaces de contar contigo y sientan que tú no les abandonas nunca. Haznos capaces de vivir en familia permitiendo a nuestros hijos y a todos los que forman parte de ella esta experiencia de ti.

CONTEMPLATIO

Dijo el padre Juan el Enano: «No es posible construir una casa empezando por el tejado, sino desde los cimientos hasta el techo». Le preguntaron: «¿Qué significan estas palabras?». Les dijo. «Los cimientos son el prójimo, al que debes ganar. Éste es el primer deber, del que dependen todos los mandamientos de Cristo» (Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 126).

ACTIO

Saludaos hoy como bautizados, recordando que habéis recibido el bautismo que os admitió en la familia de Dios. Sería muy bello que pudierais dar las gracias al sacerdote que os bautizó.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dice el concilio, hablando de los fieles laicos: «Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo (cf. 1 Pe 2,5), que en la celebración de la eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor. De este modo también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo mismo».

La participación en el oficio profético de Cristo, «que proclamó el Reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la Palabra», habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía. Unidos a Cristo, el «gran Profeta» (Lc 7,16), y constituidos en el Espíritu «testigos» de Cristo Resucitado, los fieles laicos son hechos partícipes tanto del sobrenatural sentido de fe de la Iglesia, que «no puede equivocarse cuando cree», cuanto de la gracia de la Palabra (cf. Hch 2,17-18; Ap 19,10). Son igualmente llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social, como a expresar, con paciencia y valentía, en medio de las contradicciones de la época presente, su esperanza en la gloria «también a través de las estructuras de la vida secular» (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Christifideles laici*, 30 de septiembre de 1988, n. 14, 7-8).

Desde el principio, Dios los creó varón y hembra

(Mc 10,1-12)

En aquel tiempo, ¹ Jesús partió de aquel lugar y se fue a la región de Judea, a la otra orilla del Jordán. De nuevo la gente se fue congregando a su alrededor, y él, como tenía por costumbre, se puso también entonces a enseñarles. ² Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le preguntaron si era lícito al marido separarse de su mujer.

³ Jesús les respondió:

—¿Qué os mandó Moisés?

⁴ Ellos contestaron:

—Moisés permitió escribir *un certificado de divorcio y separarse de ella.*

⁵ Jesús les dijo:

—Moisés os dejó escrito ese precepto por vuestra incapacidad para entender. ⁶ Pero desde el principio Dios los creó varón y hembra. ⁷ Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer ⁸ y serán los dos uno solo. De manera que ya no son dos, sino uno solo. ⁹ Por tanto, lo que Dios unió que no lo separe el hombre.

¹⁰ Cuando regresaron a la casa, los discípulos le preguntaron sobre esto.

¹¹ Él les dijo:

—Si uno se separa de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera; ¹² y si ella se separa de su marido y se casa con otro, comete adulterio.

LECTIO

Jesús interviene en la cuestión de la relación entre varón y hembra, un tema suscitado por unos fariseos que intentan hacerle caer en contradicción con la Ley mosaica. La diferencia entre él y sus interlocutores se advierte ya en el lenguaje: aquéllos hablan de *licitud* o *ilicitud*, de *permitido* o de *no permitido*, mientras que Jesús se mueve en la esfera de la búsqueda del *sentido*, del *fundamento*.

Jesús señala, en primer lugar, la raíz del problema que está en la base de la concesión mosaica del divorcio, o sea, la insensibilidad con la voluntad de Dios y el rechazo a caminar por sus sendas (v. 5). Sin embargo, Jesús va más allá de una revisión crítica de la Ley, y remite a la intención originaria del Creador, que quiere el bien del hombre y de la mujer, y es el testigo y el custodio de su amor.

El significado del matrimonio sólo se comprende con la referencia a lo que Dios quiso al crear a la primera pareja, tal como lo atestiguan los textos de Gn 1,27 y 2,24, citados explícitamente por Jesús. La persona humana está llamada en la relación sexual a construir con su cónyuge una relación no sólo solidaria, sino de alianza, que haga a ambos socios libremente partícipes y comunicantes en la corporeidad y en la interioridad. La relación sponsal establecida por Dios reposa así no en las arenas movedizas del deseo o de las conveniencias, sino en el pilar inquebrantable del proyecto divino.

Marcos pasa de inmediato desde la enseñanza de Jesús al plano operativo, al plano de las normas, como la de la unidad y exclusividad del amor conyugal: «*Por tanto, lo que Dios unió que no lo separe el hombre*» (v. 9). Esta conclusión de principio no pretende crear, sin embargo, una dificultad ulterior a los discípulos, sino más bien proteger lo más precioso y digno que existe en el

amor entre el hombre y la mujer, porque esto sólo se salva en su integridad si se lleva a la intención del Creador, que quiere el bien de sus criaturas (cf. Gn 2,18).

El v. 12 es un añadido que sólo está presente en Marcos, donde se precisa que el divorcio está excluido no sólo para el hombre, sino también para la mujer. En esto se refleja la situación de las mujeres en las comunidades procedentes del paganismo, como por ejemplo la de Roma, para la que escribe Marcos. En el mundo no judío también se permitía la iniciativa de divorcio por parte de la mujer.

MEDITATIO

¿Cómo se expresa en la pareja la relación de alianza? Precisamente para honrar el paradigma con el que Dios nos pensó como esposos, vamos a intentar discernir en el término «alianza» las facetas que tienen que ver con la vida de pareja; más aún, para la *maravilla* de la vida de pareja:

a) La alianza conduce a la empatía con el otro, es decir, a la capacidad para identificarse con el estado de ánimo, los pensamientos y las emociones del otro y, al mismo tiempo, con la capacidad para captar lo que nos diferencia del otro, lo que le distancia legítimamente de nosotros.

b) La alianza va transformando poco a poco la excitación y la agresividad del eros en expresión de ternura en la relación, una ternura capaz de compartir el placer y de hacerse vulnerable al deseo.

c) La alianza se manifiesta en un compromiso profundo con la relación, incluso cuando la relación es incómoda y no se identifica con la satisfacción de las propias gratificaciones personales.

Dicho con otras palabras, la alianza conduce a la intimidad, es decir, a la experiencia de quedarnos sin de-

fensas ante el otro, de poder ser como somos. El antiguo y nunca suficientemente apaciguado: «Si es bueno, me querrá», se disipa en el *milagro de amar al otro(a) por lo que es y sabemos amados por lo que somos*. El lugar de la pareja se vuelve, en consecuencia, aunque sea en pequeño y de manera provisional, el lugar en que se ensaya la alianza que Dios ha establecido gratuitamente entre él y nosotros, comunidad de creyentes. Ahí se realiza la experiencia de que esa alianza es irrevocable y no condicionable: he decidido amarte «en la buena y en la mala suerte, en la salud y en la enfermedad». Y así, los «aliados» –los esposos– descubren que no sólo hacen una alianza, sino que los lleva la alianza que les precede y les conserva. Gratis.

ORATIO

Ven, Espíritu de Dios, a iluminar nuestro amor, a darle firmeza, a articularlo según las estaciones de nuestra vida, a hacernos capaces de protegerlo de nuestras angustias y de nuestras mezquindades.

Enséñanos, Espíritu Santo, a asombrarnos de cómo has podido repetir la danza trinitaria del amor en la carne de tus criaturas que se aman.

CONTEMPLATIO

«Dichoso el hombre que teme al Señor y camina por sus sendas» (Sal 127,1). Este tipo de temor no procede de la trepidación de la naturaleza, sino que empezamos a aprenderlo con la observancia de los mandamientos, con las obras de una vida inocente y con el conocimiento de la verdad. Por lo que a nosotros respecta, el temor de Dios está todo en el amor, y el amor perfecto

perfecciona este temor. La tarea propia de nuestro amor a Dios es escuchar sus avisos, obedecer sus mandamientos, fiarnos de sus promesas. Escuchemos, pues, la Escritura que dice: «Y ahora, Israel, ¿qué es lo que te pide el Señor, tu Dios, sino que le honres, que sigas todos sus caminos, lo ames y sirvas al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y toda tu alma, observando los mandamientos y las leyes del Señor que yo te prescribo hoy para que seas feliz?» (Dt 10,12s).

Por consiguiente, son muchas las sendas del Señor, aunque él mismo sea el camino. Tenemos que plantearnos, por tanto, el problema de las muchas vías posibles y ponderar muchos elementos para que, informados por muchas razones, podamos encontrar el único camino de la vida eterna por lo que respecta a nosotros. Hay, en efecto, caminos en la ley, caminos en los profetas, caminos en los evangelios, caminos en los apóstoles, caminos, asimismo, en las diversas obras de los maestros. Dichosos los que caminan por ellos con el temor de Dios (Hilario de Poitiers, «Trattati sui salmi», en *L'ora dell'ascolto*, Casale Monferrato 1989, 367s, *passim*).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «Por tanto, lo que Dios unió que no lo separe el hombre» (Mc 10,9), empezando a no aceptar las pequeñas «separaciones» inducidas por lo que no comprendemos o por lo que no conseguimos justificar.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es deber fundamental de la Iglesia reafirmar con fuerza [...] la doctrina de la indisolubilidad del matrimonio; a cuantos, en nuestros días, consideran difícil o incluso imposible vincularse a

una persona para toda la vida y a cuantos son arrastrados por una cultura que rechaza la indisolubilidad matrimonial y que se mofa abiertamente del compromiso de los esposos a la fidelidad, es necesario repetir el buen anuncio de la perennidad del amor conyugal que tiene en Cristo su fundamento y su fuerza (Ef 5,25).

Enraizada en la donación personal y total de los cónyuges, y exigida por el bien de los hijos, la indisolubilidad del matrimonio halla su verdad última en el designio que Dios ha manifestado en su Revelación: él quiere y da la indisolubilidad del matrimonio como fruto, signo y exigencia del amor absolutamente fiel que Dios tiene al hombre y que el Señor Jesús siente hacia su Iglesia.

Cristo renueva el designio primitivo que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un «corazón nuevo»: de este modo los cónyuges no sólo pueden superar la «dureza de corazón» (Mt 19,8), sino que también y principalmente pueden compartir el amor pleno y definitivo de Cristo, nueva y eterna Alianza hecha carne. [...] Los cónyuges cristianos están llamados a participar realmente en la indisolubilidad irrevocable que une a Cristo con la Iglesia, su esposa, amada por él hasta el fin (cf. Sant 13,1).

El don del sacramento es al mismo tiempo vocación y mandamiento para los esposos cristianos, para que permanezcan siempre fieles entre sí, por encima de toda prueba y dificultad, en generosa obediencia a la santa voluntad del Señor: «Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre» (Mt 19,6) (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 20).

26

El Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban

(Mc 16,15-20)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

– ¹⁵ Id por todo el mundo y proclamad la Buena Noticia a toda criatura. ¹⁶ El que crea y se bautice, se salvará, pero el que no crea, se condenará. ¹⁷ A los que crean, les acompañarán estas señales: expulsarán demonios en mi nombre, hablarán en lenguas nuevas, ¹⁸ agarrarán serpientes con sus manos y, aunque beban veneno, no les hará daño; impondrán las manos a los enfermos y éstos se curarán.

¹⁹ Después de hablarles, el Señor Jesús fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios. ²⁰ Ellos salieron a predicar por todas partes y el Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban.

LECTIO

Los manuscritos del evangelio según Marcos atestiguan un añadido al texto redactado por el evangelista, que terminaba con el anuncio pascual junto a la tumba vacía (Mc 16,8). Tenemos así una segunda conclusión de su evangelio, que refleja la experiencia de la comunidad nacida de la pascua de Cristo y ahora en camino por los senderos del mundo.

El añadido, que recibe el nombre de deuterocanónico, pretende recordar al lector que Cristo no inaugura con la ascensión el tiempo de su ausencia del grupo de

los discípulos, sino el de una presencia distinta, misteriosa, soberana e indefectible, puesto que la muerte ya no tiene ahora poder sobre él y ha sido glorificado junto al Padre.

El mismo Resucitado envía así a la comunidad por los senderos del mundo, sin dejarse paralizar por la añoranza del tiempo de su presencia física con los suyos, sino más bien sabiendo reconocer los signos de su custodia sobre su misión al servicio de la salvación de la humanidad: «*El Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban*» (v. 20).

La extensión de la misión es universal, y su objeto será el anuncio del Evangelio y el ofrecimiento de la vida nueva sellada por el bautismo como signo que confirma un camino de fe (v. 16).

Con todo, Jesús no envía a los suyos a la aventura, sino que les pide que mantengan firmemente algunos puntos de referencia. Los discípulos no tienen que confiar, para el anuncio, en sus propias estrategias de autodefensa ni en su fuerza de persuasión, sino que siempre deberán reconocer que Jesús continúa obrando a través de ellos, venciendo las oposiciones y las insidias que les tramarán para impedir la misión cristiana (vv. 17s).

Es evidente que el autor del añadido deuteroacanónico vive en un período en el que los testigos de la fe padecen una persecución violenta y sufren martirio. Quiere ayudar a la comunidad a no perder el ánimo, manteniendo presente, no obstante, la fuerza transformadora de la humanidad por parte del Evangelio (*curaciones*), la victoria de la predicación sobre todo lo que quisiera aprisionar y corromper el anuncio (*demonios*) y la experiencia exaltante del don del Espíritu en una especie de continuo Pentecostés (*las lenguas nuevas*).

MEDITATIO

El envío por los senderos del mundo se extiende desde el núcleo originario a toda la comunidad de los discípulos: el envío está destinado a la evangelización en todo tiempo y lugar. En este envío están incluidas las familias cristianas, auténtica articulación entre la actividad cristiana en cuanto tal y el mundo. La familia cristiana comienza, en efecto, con la consagración de los esposos: «Otros dos sacramentos, el orden y el matrimonio, están ordenados a la salvación de los demás», precisa el *Catecismo de la Iglesia católica* en el n. 1.534. Por otro lado, la familia vive en el mundo, es parte constitutiva de él, y tiene que vérselas con las problemáticas «laicas» del trabajo, de las relaciones sociales y económicas, etc. Esta «nueva frontera de la evangelización del tercer milenio», como la llamó Juan Pablo II, está enviada, por tanto, a «predicar el Evangelio», a poner a disposición de todos la Buena Noticia que la ha comprometido, arrastrado, fascinado.

La familia experimenta, tras la ascensión de su Señor, los signos que acompañan a los que creen. El signo primero e inconfundible está expresado con claridad: «*El Señor cooperaba con ellos*» (v. 20). Su ausencia por lo que respecta a la visibilidad y la tangibilidad se multiplica en las miles «operaciones» de Dios en el mundo a través de ellos.

A menudo corremos detrás de «signos» usados, cortados a nuestra medida, instrumentalizados por nosotros. El santón que dice hablar en nombre de algún santo, que lanza sentencias y pseudoprocías mediante fluidos, visiones, cartas, adivinaciones e imágenes, parece que tiene una gran audiencia en nuestros tiempos posmodernos, de fachada progresista y tecnológica y, en el fondo, necesitados de magias y de signos. Ahora bien, es un error, un error gravísimo: éstos son signos que nos

fabricamos con nuestras manos, para nuestro uso y consumo, para mantenernos provisionalmente garantizados, y de los que, de hecho, no nos hartamos nunca y que nunca nos proporcionan la serenidad.

Pues bien, los prodigios, los signos que acompañan a los evangelizadores, son de una naturaleza completamente distinta: se dan *para el bien de los demás*, no para el propio interés. Son los signos del Reino. Dicen que las insidias del mundo no tienen poder; dicen que la violencia, el mal por el mal, la tortura y la muerte no tienen la última palabra. Estamos llamados a mantenernos firmes, incluso cuando los otros parezcan los más listos y los más favorecidos por el éxito. La fidelidad de un cónyuge en medio de las venenosas insinuaciones de quien cree que tiene en su poder el cuerpo de los otros, muestra al mundo dónde se encuentra el bien no contaminado: es un don para el que quiere creer, para el que se decide por el Reino.

ORATIO

Señor Jesús, abre nuestros ojos para ver y gustar los prodigios de tu presencia. Es verdad, sentimos nostalgia de ti; sin embargo, te estamos agradecidos porque nuestro amor conyugal y paternal, que no se deja corromper, es el signo que tú quieres dejar para los que quieren decidirse por ti. Ayúdanos, Señor, a no oscurecer tus signos.

CONTEMPLATIO

En toda predicación que hacía, antes de proponer la Palabra de Dios a los presentes, les deseaba la paz, diciéndoles: «El Señor os dé la paz». Anunciaba devotísi-

mamente y siempre esta paz a hombres y mujeres, a los que encontraba y a quienes le buscaban. Debido a ello, muchos que rechazaban la paz y la salvación, con la ayuda de Dios, abrazaron la paz de todo corazón y se convirtieron en hijos de la paz y en émulos de la salvación eterna (*Fonti francescane*, Editio Minor, Asís 1986, 220).

ACTIO

En grupo, en alguna reunión parroquial, en un determinado momento de algún encuentro parroquial, proponed alabar al Señor por los signos visibles de su presencia en medio de vosotros.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Le había dicho siempre –un siempre que duraba como mínimo desde hacía veinte años– que era agresivo, violento, litigioso e injusto. Especialmente su hermana pequeña, en cuanto podía, le ponía ante el hecho de que no hubiera encontrado una muchacha que se enamorara de él, que le dejara mandar, que se sometiera a sus *diktat*. Lo que él, Roto (diminutivo extrañamente incongruente de Roberto), quería, lo obtenía, o mejor: lo que él quería, lo quería. Papá ni siquiera había intentado domarlo, a pesar de las peticiones, las súplicas y los lamentos de su madre. Y un buen día, este buen padre se marchó con otra: la rabia de Roto había aumentado de una manera exponencial, con un enorme deseo de someter a todos y todo. Excepto a ella, Frieda.

Pese a la profecía de la hermana de Roto, hubo una «ella» que se enamoró, perdidamente, de él. Pero no se le sometió: si lo hubiera hecho, él, en el fondo, la habría despreciado. Tampoco luchaba con él: se rendía antes. Era una cosa extraña: no quería dominarle ni ser dominada. Si él llegaba con un proyecto («Vamos aquí o allá», «hagamos esto o lo otro»), ella lo valoraba y, después, le respondía sí o no. Ahora bien, si había dicho que sí,

no se dejaba arredrar por las dificultades o por las contrariedades; a Roto, sin embargo, el retraso de un tren, la no asistencia a una cita con los amigos, una descortesía, el hecho de que las cosas no sucedieran según sus previsiones, le ponían furioso. No soportaba el hecho de no tener, como él decía, la situación «bajo control». En esos momentos Frieda tenía el buen gusto de no hablar: un consejo, un intento de calmarle, le habrían puesto tremendamente nervioso. Ella se limitaba a encontrar un gesto para estar cerca de él: un gesto siempre nuevo, tan original, tan atinado, que nunca se lo esperaba. Sus manos..., ¿acaso tenían sus manos extraños poderes? Una vez, de manera silenciosa, minuciosa, le quitó un zapato, uno de esos terribles zapatos deportivos que mantienen el pie como en una presa: él casi casi retiraba el pie, como avergonzado, pero ella consiguió contar sus dedos, visitar la planta del pie, acariciar cada centímetro. Él, el superficial violento, habría querido gritar, pero ¿quién metía el pie ahora?

Pero una parte de él intuía muy bien: ella se hacía cargo de su fragilidad, de su gritar en el vacío, cada vez con un gesto nuevo. Y con una sonrisa amistosa, cómplice y transparente, le decía: «¿Puedo?». Y Roto aprendía que también él podía inventarse gestos amables (R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zattoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini di autoformazione*, Cinisello Balsamo 2003, 166s).

27

¡Dichosa tú, que has creído!
Porque lo que te ha dicho
el Señor se cumplirá
(Lc 1,39-56)

³⁹ Por aquellos días, María se puso en camino y se fue de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá. ⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Y cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Entonces Isabel, llena del Espíritu Santo, ⁴² exclamó a grandes voces:

–Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre. ⁴³ Pero ¿cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme? ⁴⁴ Porque en cuanto oí tu saludo, el niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno. ⁴⁵ ¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

⁴⁶ Entonces María dijo:

⁴⁷ Mi alma glorifica al Señor
y mi espíritu se regocija
en Dios, mi Salvador,
⁴⁸ porque ha mirado
la humildad de su sierva.

Desde ahora me llamarán
dichosa todas las generaciones,
⁴⁹ porque ha hecho en mí
cosas grandes el Poderoso.

Su nombre es santo,
⁵⁰ y es misericordioso siempre
con aquellos que le honran.

⁵¹ Desplegó la fuerza de su brazo
y dispersó a los de corazón soberbio.

⁵² Derribó de sus tronos a los poderosos
y ensalzó a los humildes.

⁵³ Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada.

⁵⁴ Tomó de la mano a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia,

⁵⁵ como les había prometido a nuestros antepasados, en favor de Abrahán y de sus descendientes para siempre.

⁵⁶ María estuvo con Isabel unos tres meses; después, volvió a su casa.

LECTIO

Lucas presenta a María como modelo del discípulo que acoge en la fe el signo que le ha dado el Señor. En este caso concreto, se trata de lo que poco antes le había indicado el ángel; a saber, el embarazo de la anciana Isabel (cf. Lc 1,36s). Éste es el significado primero de la visita de María a su pariente, por encima de la manifestación de su caridad como solicitud por las necesidades de Isabel. Desde este punto de vista, el hecho de dirigirse María a casa de Zacarías es figura de la misión cristiana, que es la de llevar a Cristo.

Isabel expresa su propio asombro frente a la inmerecida visita por parte de la madre del Señor (v. 43) y, sobre todo, su propia admiración por María, a la que proclama «bendita» y «creyente» (vv. 42.45). En torno a la figura de las dos mujeres que se encuentran y se saludan, se enlaza también la de los dos niños que ellas llevan en el seno. A uno se le confiesa como *el Señor*, es decir, la manifestación plena del plan de Dios sobre la historia del hombre; el otro está revestido de Espíritu Santo (v. 41) y por eso está lleno de una alegría que le hace saltar en el seno de su madre (v. 44). En la figura del que será el Bautista se intuye así la fuerza transformadora de la vida que tiene todo encuentro auténtico con Cristo, y esa transformación no puede dejar de llenar de alegría.

María responde trasladando la atención desde ella, desde su propia persona, cuya insignificancia declara, al Dios que ha actuado en ella realizando obras grandes y maravillosas (vv. 46-55). El himno del *Magnificat* es una alabanza incomparable –tejida a base de citas del Antiguo Testamento– por el estilo paradójico del actuar divino. María exalta al Dios que, en su inmensa misericordia, escoge como colaboradoras a personas humildes, despreciadas y pequeñas. En esta misericordia se manifiesta la santidad de su nombre, es decir, su diversidad radical respecto a nosotros. El *Magnificat* alcanza así su verdad más profunda: la celebración de la fidelidad divina. Es lo que se desprende de la afirmación de que Dios ha socorrido a Israel, «su hijo» (traducción preferible a la de «su siervo»: v. 54). En el hijo que María lleva en su seno se hará visible cómo Dios se acordó de Abrahán, porque, a través de este hijo, se cumplirá por fin la promesa de la bendición de todos los hombres (cf. Gn 12,3).

MEDITATIO

Los primeros movimientos del feto constituyen una experiencia única e inexpressable: suponen, para la mujer encinta, la absoluta certeza de que dentro de ella hay alguien que está vivo, alguien al que ella está hospedando, alimentando, pero que tiene ya su individualidad, un modo propio de situarse en el mundo. Lo saben las madres que han recibido el don de la maternidad en más de una ocasión: cada feto tiene su propio modo de moverse, de saltar en ella, de responder a los acontecimientos externos, de sentir cómo se encuentra, cómo vive, incluso cómo piensa. Hoy está probado que los pensamientos profundos de la madre, sus alegrías, sus miedos, sus deseos..., pasan al niño que lleva en su seno. La sabiduría popular lo ha sabido siempre al enseñar a

«piropear» a la madre, otorgándole incluso el privilegio de que sus «antojos» tengan que ser atendidos.

Ahora bien, aquí se inserta otra sabiduría, la del autor bíblico, que interpreta los acontecimientos en nombre de las tramas de Dios, de su providencia. Estas dos madres –y madres extraordinarias, en modo alguno «espantadas» la una por un embarazo más que tardío y la otra por un embarazo inesperado, inimaginable, incluso alegres y proféticas, capaces de leer los signos– saben interpretar los significados, la realidad, los movimientos, precisamente, del niño que llevan en su seno.

Detengámonos también en el movimiento fetal del futuro precursor de Jesús. El autor anota un hecho: cuando Isabel oyó el saludo de María, el niño empezó a dar saltos en su seno. Podría ser una coincidencia trivial y el autor no puede ir más lejos. Sólo la madre puede hablar sobre lo que sucede en su útero, sólo ella puede interpretarlo, dejándose llenar por la Vida («llena del Espíritu Santo»: v. 41): «El niño empezó a dar saltos de alegría en mi seno» (v. 44). El movimiento fetal es un movimiento de exultación, es una danza de alegría: el encuentro entre las dos mujeres se percibe como acontecimiento de salvación. Las mujeres «saben» con la intuición de las madres que está en marcha una Promesa, y sus pequeños la perciben como un río de bienestar y de alegría. Hasta tal punto que María emplea el mismo verbo, diciendo: «Mi espíritu se regocija en Dios, mi salvador» (v. 47): magnífica y prodigiosa transmisión entre las madres y los hijos confiados a su seno.

ORATIO

Te presentamos, Señor, a todas las mujeres encintas: llénalas de Espíritu Santo para que puedan transmitir en sentido pleno, fisiológico, emocional e inteligente la

razón de vida que procede de ti. Te pedimos que puedan alimentarse de fe en la historia de la salvación que continúa a través de su hijo. Te pedimos, por último, Señor, que la comunidad cristiana y la comunidad civil muestren respeto y atención a todo embarazo.

CONTEMPLATIO

Mi madre, fiel a ti, lloraba por mí más de lo que suelen llorar las madres la muerte corporal de sus hijos. Ella veía mi muerte en virtud de la fe y del espíritu que ella había recibido de ti (Agustín de Hipona, *Las confesiones*, III, 11, 19).

ACTIO

Si encuentras hoy a una mujer encinta, agradécele en tu corazón y reza para que la transmisión que está aconteciendo en ella, así como el feto, sean una transmisión de confianza y de fe.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La página del evangelio que hemos escuchado es la única que tiene como protagonistas a dos mujeres, ambas encintas de una manera imposible, santuarios donde la vida está de viaje, donde el seno es como una nave cargada de cielo, de viaje sobre nuestros mares. De esta página sólo querría subrayar una frase, la que dirige Isabel a María: «Bendita tú entre las mujeres».

Bendita. La bendición de Isabel a María se propaga desde ella hacia todas las mujeres. «Bendita tú entre las mujeres». La bendición a María resume y hace florecer la de toda la humanidad femenina. Es como el Cantar de los cantares, bendición de las bendiciones, bendita entre las benditas. El padre Giovanni Vannuci lo decía con unas palabras bellísimas:

«A todos los fragmentos, a todos los átomos de María esparcidos por el mundo que tienen nombre de mujer, dirigimos hoy nosotros el saludo del ángel:

Ave, oh mujer, que estés llena de gracia, que el Señor esté contigo como luz de tu rostro, temblor de tu seno, fuerza de tu corazón en tus luchas.

A todos los fragmentos, a todos los átomos de María esparcidos por el mundo que tienen nombre de mujer, dirigimos hoy nosotros el saludo de Isabel:

Tú, mujer, eres bendita, y bendito y benéfico para los humanos es el fruto de tu seno. Que tú puedas pacificar la tierra, hacer borrar a Caín, hacer resurgir a Abel, revestir de luz el pequeño corazón de sombra de cada uno, reconducir toda la tierra al Padre» (E. Ronchi, *Ha fatto risplendere la vita*, Gorle 2003, 273s).

28

Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso

(Lc 6,27-36)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «²⁷ Pero a vosotros, que me escucháis, os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, ²⁸ bendecid a los que os maldicen, orad por los que os calumnian. ²⁹ Al que te hiera en una mejilla, ofrécele también la otra, y a quien te quite el manto no le niegues la túnica. ³⁰ Da a quien te pida, y a quien te quite lo tuyo no se lo reclames.

³¹ Tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros. ³² Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a quienes les aman. ³³ Si hacéis el bien a quien os lo hace a vosotros, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. ³⁴ Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores se prestan entre ellos para recibir lo equivalente. ³⁵ Vosotros amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperar nada a cambio; así vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo. Porque él es bueno para los ingratos y malos. ³⁶ Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso».

LECTIO

El «discurso del llano», que comienza con las bienaventuranzas (Lc 6,20-26), prosigue con la propuesta del estilo de vida que debe caracterizar al discípulo de Jesús. Ese estilo se puede sintetizar en el mandamiento del amor a los enemigos, que es como el título y el

resumen de todo el fragmento (vv. 27.35). Jesús exige a sus discípulos que, tomando ejemplo de él, encarnen un ideal de vida en el que se haga visible el amor del Padre por todos los hombres y su misericordia que no conoce límites ni barreras. Ahora bien, ¿qué significa «amar a nuestros enemigos»?

En primer lugar, es reconocer la cualidad de «enemistad» que caracteriza a ciertas relaciones, sin que debamos hacernos la ilusión de ser amigos de todos, sino saber asumir también lo que otro pueda tener contra nosotros. «Amar al enemigo» es, por consiguiente, en primer lugar, reconocer lo que divide, pero creer en la posibilidad de construir, con la ayuda divina, una relación diferente.

Pues bien, a la hostilidad se le pone fin no con la represalia, con la venganza, sino únicamente reconociendo que el amor es la única solución. Amar significa hacer el bien, bendecir o rezar por aquellos que tienen sentimientos opuestos a los nuestros; significa entregar en un *crescendo* de amor. Así, cuando Jesús manda poner la otra mejilla o dar a quien nos exige injustamente alguna cosa (v. 29), no nos pide en absoluto convertirnos en agentes de la prepotencia, ser tan remisivos que parezcamos cobardes. Se trata más bien de pedir, con un lenguaje expresivo y eficaz, que conservemos el coraje de creer en la posibilidad de suscitar una amistad, de volver a encontrar una proximidad incluso con el que tiene pretensiones injustas.

La regla de oro, formulada aquí de manera positiva («*Tratad a los demás como queréis que ellos os traten a vosotros*»: v. 31), sugiere de una manera adecuada el horizonte en el que se sitúan las opciones concretas del discípulo de Jesús: un amor universal, gratuito y desinteresado, un actuar a imagen del Dios del Evangelio del Reino.

«*Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso*» (v. 36): así es como Lucas transforma el di-

cho de Mt 5,48 («*Sed, por tanto, perfectos, como vuestro Padre del cielo*»). La misericordia define las nuevas relaciones del Reino y, gracias a ella, ya es hora de saber que somos personas que han descubierto su filiación con Dios.

MEDITATIO

Al menos en teoría, podemos reconocer fácilmente que el amor a los enemigos es el rasgo distintivo, la petición más pregnante para el que quiere seguir a Jesús, pero podría surgir esta pregunta: ¿qué tiene que ver el amor a los enemigos en la relación de pareja y de familia? Los que tienen experiencia en las relaciones de ayuda a las parejas saben bien que, en ocasiones, uno trata al otro como al peor enemigo del que tiene que defenderse, al que hay que interpretar mal haga lo que haga. «Tu padre es un miserable», decía una madre a su hijo desgranando las avemarías del rosario, y este recuerdo de un padre «miserable», mezclado con el sonido de las avemarías, era para el jovencito al que se lo decían un recuerdo disonante, devastador, capaz de corromper cualquier decisión.

Pues bien, debemos reconocer, con una buena dosis de paciencia con nosotros mismos, que, en ocasiones, invertimos a nuestro cónyuge con esta enemistad (que, por desgracia, incluso más allá de nuestras intenciones, transmitimos a nuestros hijos) y entonces... no nos queda más que aplicar la receta de Jesús, una receta repleta de una sabiduría desconcertante: «Marido, mujer; ama a tu enemigo(a)». No permitáis que la hostilidad masiva, invasora e impudente ponga su pie en vuestro interior aunque algún comportamiento de vuestro cónyuge os alarme o decepcione. Amadle. Esto no significa que inventéis «hermosas emociones», sentimientos positivos, sino ponerse frente a él / ella y mirarle como a

alguien a quien debéis amar. O sea, bendecidle, rezad por él / ella y hacédle bien.

Nuestro texto, con un realismo extremo, no dice que hagamos todo esto cuando el cónyuge se lo merezca o, por lo menos, cuando no te ha hecho nada malo, sino que lo dice respecto al que te odia, te maldice, te «maltrata» (o por lo menos así te lo parece, en el momento punzante de la decepción y de las heridas): «Yo le amo, pero él no me ama ni la décima parte de lo que yo le quiero», decía una mujer que creía tener en el bolsillo el metro para medir. Esto no significa –dice nuestro exégeta– someterse ante las injusticias reales, sino permitir el lujo de amarle de este modo evangélico y de no ceder a la tentación de que ya no quede nada que hacer. Así podremos experimentar hasta qué punto los mandamientos de Jesús sanan las relaciones humanas (véase también más arriba el texto 4).

ORATIO

No permitas, Señor, que declaremos enemigo irreconciliable al familiar [cónyuge, suegro(a), hijo(a), hermano(a), cuñado(a)] que no responde a nuestros deseos, que nos odia, nos maldice o nos maltrata.

Concédenos, Señor, que no nos hagamos la ilusión de hacernos más fuertes restituyendo golpe por golpe, sino que nos rindamos a tu ley de amor incluso cuando parezca imposible.

CONTEMPLATIO

Un hermano le preguntó al abad Poemen: «¿Cómo puede el hombre evitar hablar mal del prójimo?». Le dice el anciano: «Nosotros y nuestros hermanos somos

dos imágenes: cuando el hombre se mira a sí mismo y se ve despreciable, encuentra encomiable a su hermano, pero cuando se cree bueno, encuentra que, comparado con él, su hermano es malo» (*Vida y dichos de los Padres del desierto*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1994, 118).

ACTIO

Hoy, cuando te encuentres con un familiar «enemigo», bendícele en tu corazón.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Al igual que cada uno de los siete sacramentos, el matrimonio es también un símbolo real del acontecimiento de la salvación, pero de modo propio. «Los esposos participan en cuanto esposos, los dos, como pareja, hasta tal punto que el efecto primario e inmediato del matrimonio (*res et sacramentum*) no es la gracia sobrenatural misma, sino el vínculo conyugal cristiano, una comunión en dos típicamente cristiana, porque representa el misterio de la encarnación de Cristo y su misterio de Alianza. El contenido de la participación en la vida de Cristo es también específico: el amor conyugal comporta una totalidad en la que entran todos los elementos de la persona –reclamo del cuerpo y del instinto, fuerza del sentimiento y de la afectividad, aspiración del espíritu y de la voluntad–; mira a una unidad profundamente personal que, más allá de la unión en una sola carne, conduce a no hacer más que un solo corazón y una sola alma; exige la indisolubilidad y fidelidad de la donación recíproca definitiva y se abre a la fecundidad (cf. *Humanae vitae*, 9). En una palabra, se trata de características normales de todo amor conyugal natural, pero con un significado nuevo que no sólo las purifica y consolida, sino que las eleva hasta el punto de hacer de ellas la expresión de valores propiamente cristianos (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 13).

Si vosotros dais cosas buenas
a vuestros hijos, cuánto más Dios,
que es Padre

(Lc 11,9-13)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán. ¹⁰ Pues quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama le abren. ¹¹ ¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide pan, le da una piedra?, o si le pide pescado, ¿le dará en vez de pescado una serpiente? ¹² O si pide un huevo, ¿le dará un escorpión? ¹³ Pues si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan.

LECTIO

A Lucas se le ha calificado de evangelista de la oración, porque le gusta mostrar a los protagonistas de sus escritos en esta actitud. El modelo supremo y el maestro de esta oración es Jesús. La parábola de este pasaje lucano ilustra un aspecto de la enseñanza sobre la oración; a saber, la necesidad de la perseverancia.

El hecho es que la perseverancia en la oración es signo de auténtica confianza, puesto que muestra que somos conscientes de que la petición no caerá en el vacío. Con todo, la perseverancia en la oración no significa verbosidad, como si debiéramos convencer a Dios con nuestras palabras. A Dios —dice Jesús— le «vencemos» más bien por la tenacidad de la oración, por su «indis-

creción» y «convicción», que es la misma fuerza de la fe, como se nos señala de una manera espléndida en la parábola del amigo inoportuno (Lc 11,5-8) y también en la parábola de la viuda que reclama justicia al juez inicuo (cf. 18,1-8). Si esto es así entre hombres, tanto más se cumplirá con Dios, que ama de verdad a sus hijos. Para ellos siempre hay un amigo que abre la puerta por la noche.

Así pues, Lucas pone el presente dicho de Jesús sobre la necesidad de la oración (11,9-13; cf. Mt 7,7-11) a continuación de la parábola del amigo inoportuno. Al creyente se le recomienda permanecer en la sabiduría y humildad del que se sabe hombre y pobre ante el Dios rico en misericordia. De este modo, orar es seguir siendo hombres menesterosos ante Dios, seguir siendo mendigos ante su gracia. Lucas introduce, sin embargo, una variante respecto al texto de Mateo, concretamente donde éste dice que el Padre dará «*cosas buenas*» a quienes se las pidan. A Lucas le ha parecido un tanto insuficiente esta conclusión y la ha sustituido por «*cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a quienes lo pidan*» (v. 13). El motivo de ello es que, para Lucas, el Espíritu es la fuente y la síntesis de todos los bienes mesiánicos, el don por excelencia del Resucitado a su comunidad. No se niegan las otras gracias particulares, pero se remite al creyente a lo verdaderamente esencial: orar es acoger y desarrollar una comunión, y la comunión entre el Padre y el Hijo es el Espíritu.

MEDITATIO

Está escrito: «*Si vosotros, con lo malos que sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos*» (v. 13), «*¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide pan, le da una piedra?*» (v. 11). Se trata de un buen reconocimiento: Dios se fía de nuestra voluntad paternal de actuar para el bien de

los hijos, a pesar de nuestros defectos, nuestras maldades y nuestros errores. El Padre que está en los cielos y los padres que están en la tierra tienen algo en común: hay un rayo de paternidad humana en el que hasta Dios se puede reflejar. Y, viceversa, hay un rayo de paternidad/maternidad divina que llega hasta los padres terrenos: ambos, el padre celestial y los padres terrenos, *quieren con todo su corazón el bien de sus hijos*. Con una diferencia abismal: que los padres se equivocan en ocasiones, creen que hacen el bien, no comprenden, cambian sus intereses personales por el bien del hijo, mientras que Dios no se equivoca nunca: el bien que él piensa y quiere para sus hijos es verdadera e infaliblemente su bien, aunque a los hijos les resulte difícil creerlo.

Y éste es el movimiento de la oración, como dice nuestro exégeta: continuar contando con su paternidad / maternidad, tener confianza, insistir, saber que «la petición no caerá en el vacío». ¿Qué padre dice a sus hijos: «*Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán*» (v. 9). No, a buen seguro, un padre que quiere mimar a sus hijos, satisfacer todos sus caprichos a fin de sentirse tal vez «poderoso», sino un Padre que tiene guardado para su bien, su alegría y su felicidad, no un padre que da «*en vez de pescado una serpiente*» (v. 12).

Ahora bien, Aquel que dice «*pedid y se os dará*» es también un Padre que no tiene miedo de nuestros deseos, de nuestras peticiones, que no nos pone cerrojos antes incluso de que hayamos pedido, sino que nos quiere cada vez más *conscientes* de nuestras necesidades, de lo que se mueve en lo profundo de nuestra alma, de aquello a lo que aspiramos. Así se vuelve cada vez más clara la razón por la que nos pide que insistamos, que no nos rindamos en nuestras peticiones; no, a buen seguro, porque se divierta sintiéndonos menesterosos o porque necesite mostrarse poderoso e indispensable, sino porque, al insistir en la petición, *purificamos* nuestros deseos, nos vamos dando cuenta poco a poco de lo

esencial, aprendemos a pedirle y a desear nuestro verdadero bien, que es el Espíritu, la alegría de la comunión.

ORATIO

Tú te fías de los padres, Señor, y cuentas siempre con sus buenas intenciones, incluso cuando su práctica pueda ser equivocada. Te damos gracias por esta confianza que nos da la esperanza tanto en los padres que hemos tenido como en nuestro ser padres. En esto que-remos tener confianza en tu tierna paternidad.

CONTEMPLATIO

Este pasaje del evangelio según Lucas nos enseña la oración frecuente, la esperanza de impetrar, el modo de persuadir, y esto, en primer lugar, con un precepto y, a continuación, con un ejemplo. En efecto, cuando alguien promete algo debe añadir la esperanza de cuanto ha prometido, a fin de que se pueda obedecer sus consejos, guardar fidelidad a sus promesas. Y esto pensando en la bondad humana, con mayor razón, por tanto, si lo referimos a la esperanza de la bondad divina, con tal de que –como es evidente– las peticiones que se hagan sean razonables. En caso contrario, la petición se mutaría en culpa. Ni ese del que habla el evangelio tuvo vergüenza de pedir algo con gran insistencia, para que no diera la impresión de que le faltaba confianza en la misericordia del Señor, o bien que protestaba descaradamente por no haber obtenido a la primera lo que pedía. Y de este modo nos ha hecho ver que a menudo Dios no concede lo que le pedimos con nuestras plegarias porque considera inútiles y perjudiciales las cosas que nosotros, en cambio, consideramos convenientes

(Ambrosio de Milán, *Esposizione sul vangelo di Luca*, Milán-Roma 1978, 159; edición española: *Obras de San Ambrosio, 1: tratado sobre el evangelio de San Lucas*, BAC, Madrid 1966).

ACTIO

Probad a insistir hoy con una oración de petición y renovad la confianza de ser escuchados.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El Evangelio de la gracia se vuelve mandamiento para la libertad, el don de Dios se convierte en tarea para el hombre. La gracia de Cristo entregada a la pareja es un germen que posee en sí la urgencia y el dinamismo del crecimiento. Por eso, los cónyuges encuentran en la participación sacramental en el amor del Señor Jesús no sólo el modelo sublime, sino también el estímulo eficaz para que su existencia se configure, día tras día, como seguimiento e imitación de Cristo, crecimiento en la comunión recíproca y en la entrega a sus hijos, servicio y misión en la Iglesia, amor y solicitud por cada hombre, deseo y esperanza de la gloria de Dios (Conferencia Episcopal Italiana, *Evangelizzazione e sacramento del matrimonio*, n. 52).

Dichoso el que pueda participar en el banquete del Reino de Dios

(Lc 14,12-23)

¹² En aquel tiempo dijo Jesús a alguien que le había invitado:

–Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos, hermanos, parientes o vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te inviten a ti y con ello quedes ya pagado. ¹³ Más bien, cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados y a los ciegos. ¹⁴ ¡Dichoso tú si no pueden pagarte! Recibirás tu recompensa cuando los justos resuciten.

¹⁵ Uno de los convidados que oyó esto le dijo:

–Dichoso el que pueda participar en el banquete del Reino de Dios.

¹⁶ Jesús le respondió:

–Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos. ¹⁷ A la hora de la cena, envió a su criado a decir a los invitados: «Venid, que ya está todo preparado». ¹⁸ Pero todos, uno tras otro, comenzaron a excusarse. El primero le dijo: «He comprado un campo y necesito ir a verlo; te ruego que me excuses». ¹⁹ Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego que me excuses». ²⁰ Y otro dijo: «Acabo de casarme y, por tanto, no puedo ir». ²¹ El criado regresó y refirió lo sucedido a su señor. Entonces el señor se irritó y dijo a su criado: «Sal de prisa a las plazas y calles de la ciudad y trae aquí a los pobres y a los lisiados, a los ciegos y a los cojos». ²² El criado dijo: «Señor, se ha hecho como mandaste, y todavía hay sitio». ²³ El señor le dijo entonces: «Sal por los caminos y los linderos y convence a la gente para que entre, hasta que se llene mi casa.

LECTIO

La parábola lucana de los invitados al gran banquete tiene su paralelo en Mt 22,1ss, donde, sin embargo, el desarrollo es más alegórico y se refiere al rechazo de Israel al Evangelio y al riesgo al que se expone la comunidad cristiana procedente del paganismo de sentirse salvada sin mostrar una coherencia de vida (cf. el invitado que no llevaba el traje de boda).

En la parábola de Lucas aparece una fuerte insistencia en el carácter urgente de la invitación y en las excusas presentadas por los primeros invitados. Éstos parecen adelantar justificaciones inaceptables, pero el hecho es que los compromisos que les ocupan ahora, impidiéndoles participar en la gran cena, son signo del hecho de que han dado prioridad no a la invitación –notificada, por otra parte, ya precedentemente–, sino a sus propios intereses. Obrando así han dado muestras de que no se habían tomado en serio la invitación ni habían apreciado la belleza de aquella cena.

Por parte del dueño de la casa y por parte de su criado, que forma unidad con él, aparece, en cambio, una gran generosidad y, al mismo tiempo, una especie de disponibilidad a dejarse herir, incluso a aceptar el doloroso rechazo. Con todo, hay una cosa clara: el dueño de la casa no quiere que su mesa quede desierta y, a buen seguro, encontrará alguien dispuesto a sentarse con él.

Viene entonces la invitación a los que estaban considerados como los «descartados» de la sociedad, que –según el judaísmo de la época– no podían participar plenamente en la vida religiosa y cultural del pueblo de Dios. Hay, a continuación, otra invitación dirigida a los que se encuentran en «*los linderos*» (v. 23): expresión que podría referirse a los paganos, es decir, a los que están «más allá» de la tradición de Israel, que es precisamente un linde erigido en torno a la Torá. En estos detalles

de la segunda y la tercera invitación se intuye que se encuentra en la voluntad divina la justificación de la práctica de Jesús –que busca y acoge a los pecadores–, así como la justificación de la misión posterior de la comunidad cristiana, abierta a los paganos.

En definitiva, el mensaje de la parábola insiste en la *gratuidad* de la oferta del Reino y en la necesidad de una acogida *pronta y sin reservas*; la iniciativa divina es irrevocable, a pesar del rechazo de los primeros invitados, y se dirige a todos, incluso a los más alejados. La advertencia para los que han descuidado la invitación es, en cambio, severa, porque está claro que, cuando alguien se dirige a la fiesta sólo al final, después de haber despachado sus propios asuntos, no hay posibilidad de arreglo. El dueño de la casa no acepta de ninguna manera esta componenda (cf. el v. 24, no incluido en la lectura litúrgica).

MEDITATIO

Este texto nos presenta dos planos: la puesta al desnudo de nuestros «juegos de sociedad» y el misterio superabundante del banquete.

En el primer plano se nos desenmascara en nuestra aparente respetabilidad (vv. 12-14), en nuestro mundo del *do ut des*, en nuestros cálculos: hacemos intercambios con amigos con los que sabemos que podemos intercambiar, y en ocasiones parecemos incluso niños que hacen cuentas que no van muy lejos (ya hemos invitado dos veces a cenar a esos amigos, ahora les toca a ellos). No nos vendría nunca a la mente invitar a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos (las mismas cuatro categorías que se citan en el v. 13 y en el 21). El Señor Jesús pone en relación nuestra falsa respetabilidad precisamente con nuestra negativa al único y gratuito ban-

quete que cuenta. Como si dijera: son precisamente *nuestros cálculos* y nuestros compromisos mundanos los que *hacen de barrera* en el momento de la Invitación. Más aún, nos parece estar legitimados para rechazarla porque, en el fondo, según nuestra óptica, un gran negocio o incluso el casarse nos parecen motivos «justos» para quedarnos en nuestro sitio, para no incomodarnos. «*Te ruego que me excuses*» (v. 19): tanto entonces como ahora, los compromisos (reales) pueden venirnos muy bien.

Y de este modo nos quedamos excluidos del banquete. Ahora bien, ¿de qué banquete se trata? Tiene el carácter de un banquete de bodas, en el que los invitados están llamados a compartir la alegría: negarse es estar sumergido en los compromisos, en las urgencias del mundo, olvidando la belleza de los encuentros. Como la muchachita de doce años de edad con las llaves en la mano, dejada sola tardes enteras porque su mamá atiende el negocio y su papá está fuera por motivos de trabajo; sólo cuando la muchacha se encuentra implicada en un asunto de drogas, se dan cuenta estos padres de que no han declinado la invitación y de que no estaban justificados. Porque el banquete se celebra también allí donde nos encontramos, nos miramos a la cara, tenemos tiempo los unos para los otros. Y no importa que tengamos tantos defectos; lo que cuenta es poner en acto *la otra* lógica, *la lógica del amor*, del compartir, de la comunión, una lógica que requiere –sin posibles componendas– salir de nuestras fáciles justificaciones y de nuestra aparente respetabilidad.

ORATIO

¡Cuántas veces, Señor, nos autoexcluimos de la alegría de tu banquete! Cuántas veces sólo se ven en nuestras mesas los que «pueden», los que nos gratifican,

aquellos con los que hacemos intercambios, que tienen interés a nuestros ojos.

Concedéndonos la gracia de invitar a nuestra mesa a las categorías que te importan, las que nos hacen descubrir que somos nosotros los invitados, puesto que ellos se hospedan en tu casa. No permitas que nos justifiquemos con nuestras lógicas y nuestros compromisos que nos esclavizan.

CONTEMPLATIO

El abad Pacomio dijo: «Si un hombre lo hace bien todo, pero en su alma siente desprecio por su hermano, es un extraño para el Señor. Juan el evangelista dice, en efecto: *Quien odia a su propio hermano, mata su alma*» (Los Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 125).

ACTIO

Invitad, hoy, aunque se trate sólo de una merienda, a los amigos más incómodos y «menos presentables» de vuestro hijo.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Pascua.

Decidme: ¿en qué difiere
esta noche de las otras noches?
¿En qué, decidme, difiere
esta pascua de las otras pascuas?

Enciende la luz, abre la puerta de par en par
para que pueda entrar el peregrino,

ya sea gentil o judío:

bajo los harapos tal vez se oculta el profeta.

Que entre y se siente con nosotros;
que escuche, beba, cante y celebre la pascua;
que consuma el pan de la aflicción,
cordero, malta dulce y hierba amarga.

Ésta es la noche de las diferencias,
en la que se apoya el codo en la mesa
porque lo prohibido se vuelve prescrito,
de suerte que el mal se transforme en bien.

Pasaremos la noche contando
remotos eventos llenos de maravillas,
y por el mucho vino
los montes chocarán como picos.

Esta noche se intercambian preguntas
el sabio, el impío, el ingenuo y el infante,
y el tiempo invierte su curso,
el hoy refluye en el ayer,
como un río contenido en la desembocadura.

Cada uno de nosotros ha sido esclavo en Egipto,
ha mezclado en su sudor paja y arcilla
y ha cruzado el mar a pie enjuto:
también tú, extranjero.

Este año, con miedo y vergüenza;
el año que viene, con virtud y justicia.

(Primo Levi, citado en I. Beltramo - E. Beltramo [eds.], *La Chiesa sposa*, Effatá Editrice, Cantalupa 2003, 76).

31 Los hijos de la resurrección son hijos de Dios (Lc 20,27-38)

En aquel tiempo, ²⁷ se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron:

²⁸ –Maestro, Moisés nos dejó escrito: *Si el hermano de una mujer dejando mujer sin hijos, su hermano debe casarse con la mujer para dar descendencia a su hermano.* ²⁹ Pues bien, había siete hermanos. El primero se casó y murió sin hijos. ³⁰ El segundo ³¹ y el tercero se casaron con la viuda, y así hasta los siete. Todos murieron sin dejar hijos. ³² Por fin murió también la mujer. ³³ Así, pues, en la resurrección, ¿de quién de ellos será mujer? Porque los siete estuvieron casados con ella.

³⁴ Jesús les dijo:

–En la vida presente existe el matrimonio entre hombres y mujeres, ³⁵ pero los que logren alcanzar la vida futura, cuando los muertos resuciten, no se casarán. ³⁶ Y es que ya no pueden morir, pues son como los ángeles; son hijos de Dios, porque han resucitado. ³⁷ Y el mismo Moisés da a entender que los muertos resucitan en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor *el Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob.* ³⁸ No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque todos viven por él.

LECTIO

Los saduceos eran los representantes del grupo religioso y político de la casta sacerdotal; negaban la vida eterna y limitaban la Biblia a los cinco primeros libros

de Moisés, la Torá. Para poner en ridículo a los fariseos, sus adversarios, le piden a Jesús que se pronuncie sobre la resurrección de los muertos, poniendo así de manifiesto su incompatibilidad con la Ley mosaica y las contradicciones que dimanaban de esa fe. Por eso apelan a la ley del levirato, por la que es preciso que el pariente próximo se case con la mujer que ha quedado viuda si ésta no tiene hijos, de suerte que asegure así descendencia al difunto (cf. Dt 25,5). La ley del levirato ve como posibilidad de supervivencia más allá de la muerte únicamente la de la descendencia.

Jesús, sin embargo, da la vuelta a las evidencias de los saduceos. En primer lugar, responde a sus dificultades contra la resurrección de los muertos mostrando que la concepción de los saduceos es errónea, porque toma como normas absolutas la experiencia y la imaginación humanas y considera absurdo todo lo que no cuadra con ellas. Con esto dan muestras de tener un defecto de imaginación «creyente» y, al mismo tiempo, un exceso de fantasía, lo que les lleva a pensar la vida eterna como una copia mejorada de la vida presente. Jesús recuerda, de una manera implícita, que la sexualidad está unida a la dimensión mortal, y por eso será superada en el mundo de la resurrección (vv. 34-36). El ser «como los ángeles» no niega la resurrección del cuerpo, sino que lo que hace es subrayar que los aspectos relacionados con la transitoriedad, con el tiempo, quedarán trascendidos por el poder y por la gloria de Dios.

Pero Jesús, en su respuesta, va todavía más al fondo, y muestra que la objeción de los saduceos contra la resurrección deriva de un desconocimiento de la fidelidad del Dios que se ha revelado a Israel. Los remite, por consiguiente, a la Sagrada Escritura, a la revelación divina junto a la zarza ardiente (cf. Éx 3,6), donde Dios se manifiesta como un fuego eterno, es decir, como una potencia de amor que no puede apagarse y, en consecuencia, siempre dispuesto a cumplir sus promesas. Por eso

es verdaderamente el Dios de los vivos y la muerte no tiene poder ante él (v. 38). En su amor se inserta la esperanza del Israel creyente y, también, la del discípulo de Jesús.

MEDITATIO

La jactancia de los saduceos, interesados en reducir toda la vida a su dimensión terrena y, por consiguiente, a negar el más allá, nos irrita: es como querer interpretar una lengua extranjera nunca oída antes con vocablos de nuestra lengua habitual, apoyándonos únicamente en ciertas asonancias que parecen iguales; corremos así el riesgo de no llegar a sospechar nunca su novedad y su complejidad. Nos irrita, pues, porque nosotros creemos saberlo todo sobre la resurrección de los muertos, hasta que nos damos cuenta de que somos... un poco «saduceos», es decir, dispuestos a extender a los valores absolutos algo de terreno.

Pongamos un ejemplo trivial. Una mujer decía que no podía vivir porque... no había podido elegir los azulejos de su cocina, y cada vez que entraba en aquella cocina no podía hacer otra cosa que lanzar recriminaciones contra quien lo había hecho (en este caso, su suegra junto con su hijo, antes de la boda). Si alguien, con un poco de fantasía, le hubiera dicho: «No vas a tener esos azulejos para toda la eternidad», tal vez le habría ayudado a relativizar lo que para ella era en aquel momento un «absoluto» que le quitaba las ganas de vivir. Y así sucede con las infinitas cosas de la vida que nos apremian (por ejemplo: «He recibido una habitación menos que mi hermano en el reparto de la herencia» y estoy dispuesto a llorar por ello durante decenios), hasta el punto de que logramos arruinárnosla y tal vez arruinársela a los otros, precisamente como los saduceos, que se consideraban desencantados y listos porque no creían

en la resurrección y, a continuación, absolutizaban lo relativo, como algo que dura para siempre. No hay nada contra la sexualidad por parte de Jesús cuando nos quita nuestros «derechos de propiedad» –en este caso sobre una mujer que ha pasado por siete maridos–: la dimensión física de la sexualidad, es decir, la propiedad exclusiva del otro, tiene que ser relativizada en esta dimensión terrena.

Vamos a atrevernos ahora con otra comparación: frente al hecho doloroso y radicalmente injusto de la separación conyugal, hay ocasiones en las que un ex cónyuge se comporta como «saduceo»; por ejemplo, cuando sólo fija su mirada en las nuevas relaciones de su ex, se siente presa del odio al constatar que otros gozan de la propiedad del ex cónyuge y en este encarnizamiento coge por medio al hijo, que debe hacer de delator, debe llevarle a uno noticias devastadoras sobre la otra (dime si «aquella» estaba en casa de papá; dime a quién has visto, con quién estaba tu madre, etc.). Terribles absolutizaciones que atrapan *en la trampa* precisamente a los hijos de la vida, que deben pagar por los errores de los grandes (cf. el texto 33).

ORATIO

Manténos alejados, Señor, de la absolutización de nuestras propiedades, por pequeñas o grandes que sean. Haz que de vez en cuando levantemos la mirada a la resurrección que nos has preparado, dejándonos asir por el asombro de lo que no sabemos.

CONTEMPLATIO

Te pido poder vivir, como el siervo se lo pide a su señor. La vida es un beneficio de Dios. La vida no es un medio para un fin, sino un cumplimiento en sí misma.

Dios nos ha creado para que vivamos, nos ha reconciliado y nos ha redimido para que vivamos. No quiere ver triunfar ideas sobre un campo de ruinas y de cadáveres. Las ideas existen por amor a la vida, no la vida por amor a las ideas. Allí donde la misma vida se transforma en una idea, la vida real creada y redimida se destruye más profundamente que no por medio de cualquier otra idea. La vida es el fin perseguido por Dios respecto a nosotros. Si se transforma en un medio para un fin, entonces entra en una contradicción que la convierte en un tormento. Buscamos el fin, el bien más allá de la vida, un fin y un bien que sólo podemos comprarlos con la negación de la vida. Ésta es la condición que nos encontramos en el punto de partida, antes de haber recibido la vida de Dios, y se nos ha enseñado a llamar buena esa condición. Nos hemos convertido en gente que odia y desprecia la vida y en gente que ama y adora las ideas (D. Bonhoeffer, *Risposta alle nostre domande. Pensieri sulla Bibbia*, Brescia 2003, 95s).

ACTIO

Mira hoy lo que tienes o la injusticia de ciertas situaciones, diciendo: «No será así siempre», y acepta no saber como será exactamente.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Injertados en el misterio pascual y convertidos en signos vivos del amor de Cristo y la Iglesia, los esposos cristianos son renovados en su corazón y pueden así huir de las relaciones marcadas por la concupiscencia y la tendencia a la sumisión que la ruptura con Dios, a causa del pecado, había introducido en la pareja primitiva. Para ellos, la bondad del amor, del cual la voluntad humana herida ha conservado la nostalgia, se revela

con acentos y posibilidades nuevas. A la luz de esto, Jesús, ante la pregunta sobre el divorcio (cf. Mt 19,1-9), recuerda las exigencias de la alianza entre el hombre y la mujer en cuanto queridas por Dios al principio, o bien antes de la aparición del pecado, el cual había justificado los sucesivos acomodos de la Ley mosaica. Lejos de ser la imposición de un orden duro e intransigente, esta enseñanza de Jesús sobre el divorcio es efectivamente el anuncio de una «buena noticia»: que la fidelidad es más fuerte que el pecado. Con la fuerza de la resurrección es posible la victoria de la fidelidad sobre las debilidades, sobre las heridas sufridas y sobre los pecados de la pareja. En la gracia de Cristo, que renueva su corazón, el hombre y la mujer se hacen capaces de librarse del pecado y de conocer la alegría del don recíproco (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, n. 11).

32

Esto sucedió en Caná de Galilea.
Fue el primer signo realizado
por Jesús
(2,1-11)

¹ En aquel tiempo, hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada. ² También lo estaban Jesús y sus discípulos. ³ Se les acabó el vino, y entonces la madre de Jesús le dijo:

–No les queda vino.

⁴ Jesús le respondió:

–Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado.

⁵ La madre de Jesús dijo entonces a los que estaban sirviendo:

–Haced lo que él os diga.

⁶ Había allí seis tinajas de piedra, de las que utilizaban los judíos para sus ritos de purificación, de unos ochenta o cien litros cada una. ⁷ Jesús dijo a los que servían:

–Llenad las tinajas de agua.

Y las llenaron hasta arriba. ⁸ Una vez llenas, Jesús les dijo:

–Sacad ahora un poco y llevádselo al maestresala.

Ellos cumplieron sus órdenes.

⁹ Cuando el maestresala degustó el vino nuevo sin saber su procedencia (sólo lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al novio ¹⁰ y le dijo:

–Todo el mundo sirve al principio el vino de mejor calidad y, cuando los invitados ya han bebido bastante, se saca el más corriente. Tú, en cambio, has reservado el de mejor calidad para última hora.

¹¹ Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús. Así manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él.

LECTIO

Con la llegada a Caná estamos en el sexto día de la semana inaugural del evangelio de Juan (1,19-2,11), y esto significa que Jesús realiza un gesto particularmente grande: el sexto día es el de la creación del hombre y la mujer. Pues bien, el sexto día encontramos la fiesta; es Jesús el que hace fiesta y quiere que continúe la fiesta de los hombres, que no acabe la alegría de dos jóvenes esposos. El Dios anunciado por Jesús es el Dios de la fiesta, es el Dios que actúa para que pueda celebrarse el banquete, a fin de que no acabe la alegría del hombre. Por esta razón llama Juan también a este milagro «signo» (v. 11), porque no se agota en la solución del problema inmediato, sino que remite a su significado, es decir, a la salvación que Jesús ha venido a traernos.

El relato del «signo» de Caná es, además, absolutamente singular, precisamente porque se sirve del simbolismo nupcial. Aquí el esposo es Cristo y la esposa es la Iglesia, o sea, la comunidad de los discípulos, llamada a mantener una comunión íntima con él. Esta comunidad está simbolizada por la figura de María. Ella representa aquí la actitud auténtica del pueblo de Israel cuando espera con corazón sincero la llegada del Mesías-Esposo. Ésta es la razón por la que el evangelio se expresa en estos términos: «*Hubo una boda en Caná de Galilea. La madre de Jesús estaba invitada*» (v. 1). Al modo de estar de María, que es el modo de estar de la fe, se contraponen el modo de estar de las seis tinajas de piedra (v. 6), símbolo de un corazón endurecido y dominado por un pecado que parece invencible; tan verdad es que están vacíos.

No es que Jesús rechace la petición de María, sino que le pide que aclare el sentido de la petición: ¿se dirige a él en nombre de una relación de parentesco o de fe? María no se siente rechazada por la respuesta de Jesús

y le basta oír la palabra «hora» para intuir que él no se sustraerá a su súplica. *La hora* es la de la plena entrega de sí, que se realiza de manera cumplida en su muerte en la cruz. Los siervos (literalmente, *los diáconos*) acogen la indicación de la madre, que les exhorta a hacer lo que les diga Jesús. No sólo ejecutan su orden, sino que lo hacen con una generosidad total, llenando las tinajas «*hasta arriba*» (v. 7). Esto es figura del estilo del servicio en la comunidad.

Por último, tenemos la sorpresa del vino mejor. Éste es símbolo del Espíritu, fuente de la novedad de la vida cristiana, de lo nuevo que Dios consigue siempre introducir en nuestra historia, incluso cuando ya no vemos otras posibilidades.

MEDITATIO

Vamos a permitarnos realizar un análisis *a latere* de este fragmento comentado de una manera tan estupenda por el exégeta, seguros de que al Esposo le gusta el buen vino de nuestros climas familiares, que con tanta frecuencia ponemos en peligro, tal vez en virtud de lecturas apresuradas de este milagro. Por desgracia, hemos oído exégesis aproximativas en ciertas homilias dominicales: se trata de la intercesión femenina, disfrazada de manipulación femenina. Para decirlo de una manera clara y simple: María, la madre, ve la necesidad de los esposos y le pide a su hijo el milagro. Él parece negarse («*Mujer, no intervengas en mi vida; mi hora aún no ha llegado*»: v. 4), pero ella lo puentea y, como si no hubiera oído sus palabras, dice a los que servían: «*Haced lo que él os diga*» (v. 5). En suma, le pone ante el hecho consumado, le arranca un milagro, porque ella sabe muy bien que su hijo puede hacerlo. Dicho así, estaríamos ante una clara manipulación: obligar a hacer a alguien algo que no está dispuesto a hacer, con buen

fin, se entiende. Y –causalmente– el *bien* es lo que yo, manipulador, veo como bien, es decir, el hecho de que tú hagas ahora esta obra buena. Por exagerar (aunque se trata de algo que ha sucedido realmente): una mujer joven nos contaba que, cuando era adolescente, su madre le daba cincuenta mil liras (era la moneda de entonces en Italia) si iba a misa el domingo.

Sin embargo, la intercesión femenina no tiene nada que ver con el hecho de hacer a otro lo que está bien. Fijémonos en María, la esposa puesta por Juan frente al Mesías-Esposo: no da órdenes, y menos aún instrucciones. Es la esposa que expresa la necesidad: «*No les queda vino*» (v. 3). Es ella la destinada a sentirla, a vivirla; el Esposo está llamado a ver que el límite, la necesidad de dos esposos muy normales, es una necesidad de la esposa-Iglesia. Así intercede sin poder, sin pretensiones (ni siquiera la de obligar a hacer al otro lo que está bien). Y Jesús la llama «*mujer*», la misma palabra que empleará cuando le confíe desde la cruz a su nueva familia, nacida no de la sangre, sino de la fe (Jn 19,26s). Así es como intercede la esposa, presentando al Esposo las necesidades de los hijos, a los que puede decir: «*Haced lo que él os diga*», como está haciendo ella misma ante el Mesías-Esposo.

ORATIO

María, tú que interpretas las necesidades profundas de la casa de Israel y de la Iglesia, presenta al Mesías-Esposo las necesidades de nuestra pareja, llévale a él en la hora de la cruz nuestros descarríos y nuestros extravíos, y trae de nuevo a nuestros oídos el mandamiento de «*haced lo que él os diga*». Solamente haciendo lo que él diga a nuestro corazón podremos reemprender el camino del banquete eterno hacia el que nos dirigimos.

CONTEMPLATIO

Cristo es el esposo; la esposa es la Iglesia; los hijos del esposo o de las nupcias son uno por uno todos sus fieles; el tiempo de las bodas es el tiempo en el que, en virtud del misterio de la encarnación, él se unió a la Iglesia. El hecho de que, más tarde, las bodas se celebraran en Caná de Galilea significa, de manera simbólica, que son, sobre todo, dignos de la gracia de Dios los que son capaces de ser fervientes con el celo de la devoción. Los que ambicionan dones espirituales mayores son capaces de pasar del vicio a la virtud, porque obran el bien, y de las realidades terrenas a las eternas, porque esperan y aman. Mientras el Señor estaba en las bodas llegó a faltar el vino a fin de que, convertido gracias a él en un vino mejor por una maravillosa disposición, se manifestara la gloria del Dios escondido en el hombre y aumentara y se perfeccionara la fe de los que creían en él.

Por consiguiente, hermanos queridísimos, amemos con todo el corazón estas bodas de Cristo y de la Iglesia, que entonces se prefiguraron en una sola ciudad y ahora se celebran en todo el mundo; unámonos con una infatigable intención de obras buenas a su gozo celeste.

Dado que, gracias a la fe, hemos venido a estas bodas, celebrémoslas con las vestiduras puras del amor y lavemos escrupulosamente las manchas de nuestras acciones y de nuestros pensamientos antes del juicio final, para que no suceda que el rey, que ha preparado estas bodas para su hijo, al ver que no llevamos la vestidura nupcial del amor, nos expulse y nos rechace a las tinieblas exteriores, atados de pies y manos, es decir, excluidos de la posibilidad de hacer el bien (cf. Mt 22,11-13) (Beda el Venerable, *Omélie sul Vangelo*, Roma 154-165, *passim*).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Haced lo que él os diga*» (Jn 2,5).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Siempre me ha producido un fastidio increíble la insinuación de que María no supiera danzar. Siempre me ha parecido, en suma, un enorme sacrilegio. Un ultraje a su humanidad. Un delito contra lo que la hace más entrañable: la irresistible dulzura común a las hijas de Eva. ¿Qué se esconde, en efecto, bajo esta frase, sino la afirmación de que María no tuvo un cuerpo como las otras mujeres y que la suya era una feminidad, por así decirlo, tan desencarnada y tan evanescente que le hacía imposible la prolongación gestual en el torbellino de la danza?

¿Y no os parece una blasfemia la sola sospecha de que María fuera una criatura desprovista de pasiones, pobre de impulsos, carente de calor humano, macerada sólo por los ayunos y las abstinencias, arrodillada sobre los espejos frígidos de las contemplaciones, incapaz de los vehementes deseos interiores que explotan precisamente en la gracia del canto y en la dilatación corpórea del ritmo? Que María era una experta en la danza lo dice una palabra-espía presente en su vocabulario: «exultar». La palabra viene del latín *ex-saltare*, que significa precisamente «saltar aquí y allá». De suerte que, cuando ella exclama: «*Exulta mi espíritu en Dios, mi Salvador*», no sólo traiciona su extraordinaria competencia musical, sino que nos hace sospechar que el *Magnificat* lo debió cantar danzando (A. Bello, *Maria, donna dei nostri giorni*, Cinisello Balsamo 1993, 87s).

33

Juan el Bautista exulta de alegría
a la voz de Cristo esposo

(Jn 3,28-36a)

En aquel tiempo, dijo Juan el Bautista: ²⁸ Vosotros mismos sois testigos de lo que yo dije entonces: «Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado como su precursor». ²⁹ La esposa pertenece al esposo. El amigo del esposo, que está junto a él y lo escucha, se alegra mucho al oír la voz del esposo, por eso mi alegría se ha hecho plena. ³⁰ Él debe ser cada vez más importante; yo, en cambio, menos.

³¹ El que viene de lo alto está sobre todos. El que tiene su origen en la tierra es terreno y habla de las cosas de la tierra; el que viene del cielo ³² da testimonio de lo que ha visto y oído; sin embargo, nadie acepta su testimonio. ³³ El que acepta su testimonio reconoce que Dios dice la verdad, ³⁴ porque cuando habla aquel a quien Dios ha enviado, es Dios mismo quien habla, ya que Dios le ha comunicado plenamente su Espíritu. ³⁵ El Padre ama al Hijo y le ha confiado todo. ³⁶ El que cree en el Hijo tiene la vida eterna.

LECTIO

Puesto que, según el relato joane, los primeros seguidores de Jesús procedían del ámbito de los discípulos del Bautista, antes o después debieron hacer frente a una cuestión espinosa: ¿a quién debían reconocer el liderazgo? ¿A quién seguir? La cuestión parece hacerse ineludible dado que los discípulos de Jesús llevan a cabo una práctica bautismal, y esto es lo que aparece en la

discusión entre los discípulos del Bautista y un «judío» (cf. Jn 3,25s). El conflicto da la impresión de ser inevitable, pero el Bautista rompe el mecanismo de la rivalidad, de los celos, y define en términos de prioridad su propia relación con Jesús, que debe iluminar asimismo la de sus discípulos con él.

El Bautista se declara «*el amigo del esposo*» (v. 29), es decir, alguien que no puede tener derecho legalmente a tomar a la esposa para casarse con ella, en el caso de que ésta quedara viuda. Más que la humildad del Bautista, lo que emerge aquí es su confesión cristológica: él no es el Mesías, y no tiene derecho al papel de esposo respecto al pueblo (v. 28).

«*La esposa pertenece al esposo*», dirá más adelante (v. 29). En cuanto a él, sólo es el amigo del esposo y —mientras se alegra al oír la voz del esposo— debe «disminuir» frente a él, que debe «aumentar». La referencia a este «crecer» y «disminuir» va en el sentido de la fecundidad del ministerio del testigo y del Mesías: a este último pertenecen ahora los discípulos, y sólo a él deben seguir.

El papel de «amigo del esposo» sólo es, en efecto, algo subordinado, provisional, limitado, pero eso no le quita dignidad, puesto que comparte con el esposo la alegría, la alegría que caracteriza al tiempo mesiánico, el tiempo de la plenitud, cuya metáfora es el día de las bodas, día de la alegría del corazón (cf. Cant 3,11; Jn 15,11; 16,24).

La relación entre Juan, el amigo del esposo, y Jesús, el Esposo-Mesías, pretende subrayar, en definitiva, el misterio de Cristo como único revelador y mediador decisivo, puesto que es el único que viene del cielo, o sea, de Dios (cf. Jn 3,13). Todos los demás son reveladores y mediadores históricos al servicio de aquel que es el único que viene de lo alto y puede poner en comunión con Dios, con el cielo. Ésta es, en definitiva, la razón última de la

alegría del Bautista, lo que le da la fuerza para privarse de sus discípulos sin sentir celos, incluso gozando cuando éstos se alejan de él para irse con Jesús.

MEDITATIO

Estamos verdaderamente agradecidos a este «*amigo del esposo*» (v. 29) y nos gustaría reconocerlo en muchos hombres y mujeres generosos que hemos encontrado. Un amigo del esposo es un *regalo* de bodas: Juan da testimonio del Mesías-Esposo, el que baja del cielo. ¿De qué modo da testimonio? *Reconociendo* su voz que le llena de alegría. Entonces puede «ceder» no sólo aquello por lo que ha trabajado, sino a aquellos que sólo le ven a él, a aquellos que están dispuestos a defenderle contra todos, incluso contra el Esposo hacia el que tiende totalmente Juan (en ocasiones, hay seguidores «más papistas que el papa», que endurecen y contaminan las relaciones de su «jefe»). Y éste es el «disminuir» al que aspira no por masoquismo, sino *por alegría*: sólo así figura entre los primeros invitados del Esposo, sólo así tiene acceso a la alegría mesiánica. Y es un ejemplo para todos los «partidarios», que constituyen con frecuencia una desgracia, porque no están dispuestos a ceder las prerrogativas de su jefe, con el que se identifican.

Ahora bien, Juan es un modelo también para los «amigos del esposo» más ordinarios, más cotidianos, aunque gracia y don para los esposos terrenos: se trata de todos los que trabajan *en favor de la relación de pareja* (pensamos, por ejemplo, en quienes trabajan en los consultorios católicos ayudando a resolver problemas de pareja, pensamos en los equipos silenciosos de los confesores, consejeros espirituales, en todos los que trabajan en la pastoral familiar). El «esposo» es aquí la relación de pareja que «viene de lo alto», en cuanto que ha sido bendecida y consagrada en el sacramento del matrimonio.

Sin embargo, cuando descubrimos las crisis más o menos devastadoras, más o menos reconocidas, no resulta fácil hacer de «*amigo del esposo*»: es mucho más fácil tomar partido, sofocar los signos de vida que todavía quedan en ese matrimonio que parece resquebrajando (desde el trivial «ya te había dicho yo que no era hombre/mujer para ti» hasta el más solapado tomar partido, sentir a uno –aunque sin decirlo– víctima del otro). Esto es *anular la voz del esposo*, así como privar a los cónyuges y a ellos mismos de la alegría de Su voz. Cuando un amigo del esposo se mantiene firme en lo bueno de la relación, en sus recursos, aun cuando parezcan casi anulados, trabaja para que los dos se comprendan y depongan su hostilidad. Y entonces sí se reconoce Su voz; se percibe que él, el Esposo mesiánico, está presente en la relación, la hace renacer desde dentro. Y explota la alegría para todos.

ORATIO

Danos un «*amigo del esposo*», Señor. Cuando andemos a la greña, cuando cada uno se enamore de sus propias razones contra el otro, concédenos buscar humildemente un «*amigo del esposo*» que nos lleve de nuevo a la Fuente de la que hemos partido y nos haga oír con alegría Su voz.

CONTEMPLATIO

Y sobre todos aquellos y aquellas que cumplan estas cosas y perseveren hasta el fin, se posará el Espíritu del Señor (Is 11,2) y hará en ellos habitación y morada (cf. Jn 14,23). Y serán hijos del Padre celestial (cf. Mt 5,45), cuyas obras realizan. Y son esposos, hermanos y madres de nuestro Señor Jesucristo (cf. Mt 12,50). Somos

esposos cuando el alma fiel se une, por el Espíritu Santo, a Jesucristo. Y somos hermanos cuando cumplimos la voluntad del Padre, que está en el cielo (cf. Mt 12,50); madres, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo (cf. 1 Cor 6,20) por el amor y por una conciencia pura y sincera; lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para ejemplo de otros (cf. Mt 5,16) (*Fonte francescane*, Editio Minor, Asís 1986, 93s).

ACTIO

Probad hoy a dar las gracias a todos los «amigos del Esposo» –en particular a los sacerdotes– que emplean su tiempo y su pasión en ayudar a las parejas.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Pensamos en la misión nupcial de los dos esposos que están llamados a celebrar la dimensión nupcial de una manera permanente, veinticuatro horas al día, para que su liturgia sea nupcial: es liturgia llevar el café a la cama o beberlo los dos juntos, es liturgia nupcial preparar la comida, es liturgia nupcial ir a trabajar o quedarse en casa. Se han casado, y no pueden ir a trabajar como va alguien que no está casado. Trabajo porque amo a la mujer que tengo en casa, porque amo a los hijos que tengo en casa. Mi motivación no puede ser sólo el dinero, aunque también sirve. Si llego a casa y llevo el sueldo a fin de mes –tal vez echándolo sobre la mesa con aires de suficiencia–, pero no he construido la familia, la mía es una simple convivencia: he construido un pesebre. Habré construido, en cambio, una familia si vuelvo a casa por la noche después de haber trabajado ocho horas, cansado, pero vuelvo más amante.

Los esposos están llamados a celebrar la dimensión nupcial y deben tener devoción a la misma, lo que significa tanto devoción a la relación como a la sustancia del vivir en pareja, una relación que, por ser intensa, se extiende a los hijos. De lo contrario,

los esposos caen en una especie de mecanicismo: son padres y madres porque son capaces de hacer funcionar los órganos genitales, pero no viven la dimensión nupcial que se expande. La dimensión nupcial que se expande a toda la vida, la dimensión nupcial que da color a la casa, a la casa que toma sentido desde la dimensión nupcial (R. Bonetti, «Dalla comunione a la missione: un cammino di nuzialità», en I. Beltramo – E. Beltramo [eds.], *La Chiesa sposa*, Effatá Editrice, Cantalupa 2003, 110s).

34

El que cree en mí, hará también las obras que yo hago

(*Jn 14,12-17*)

Durante la última cena, Jesús dijo a sus discípulos: ¹² Os aseguro que el que cree en mí, hará también las obras que yo hago, e incluso otras mayores, porque yo me voy al Padre. ¹³ En efecto, cualquier cosa que pidáis en mi nombre, os la concederé, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¹⁴ Os concederé todo lo que pidáis en mi nombre.

¹⁵ Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos, ¹⁶ y yo rogaré al Padre para que os envíe otro Paráclito, para que esté siempre con vosotros. ¹⁷ Es el Espíritu de la verdad que no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conoceréis porque vive en vosotros y está en vosotros.

LECTIO

La obra de Jesús, aun siendo completa, reserva también un amplio trabajo, casi inagotable, a sus discípulos (v. 12a). A ellos les hace una consoladora promesa, la de poder realizar obras más grandes que las suyas.

La expresión es paradójica, porque, por una parte, el discípulo sabe que no puede nada sin su Maestro (cf. Jn 15,5), sin estar arraigado en su misterio pascual (expresado aquí como un «ir de Jesús al Padre), y por otra, les entrega una tarea grande, la de continuar la transformación del mundo en la dirección dada por Jesús. A

través de él, el amor del Padre se comunica a los discípulos y se manifiesta en su misión con tal de que permanezcan en comunión con él. Es en la oración donde la comunidad expresa este vínculo con Jesús, y la eficacia de la oración está en el hecho de que gracias a él la comunidad entra también en comunión con el Padre (vv. 12b-14). Querer algo en el nombre de Jesús es, así, no querer algo para el propio agrado, sino buscar lo que Jesús busca, querer lo que Jesús quiere.

El cuarto evangelio propone en este punto la primera de las cinco promesas del Espíritu (vv. 16s) que constelan el discurso testamentario de la última cena. Estos dichos sobre el envío del Paráclito hay que leerlos sobre el fondo del compromiso a la observancia de los mandamientos de Jesús (v. 15), verdadero banco de pruebas de la unión con él.

Ahora bien, ¿qué significa *Paráclito* (Consolador)? El término tiene un alcance judicial, forense, y alude al papel de asistencia, casi al de un abogado defensor, que, en el gran conflicto de la fe –en el que el mundo incrédulo se opone a los discípulos de Jesús–, les ayudará a triunfar sobre el mundo. Juan habla, a continuación, de *otro* Consolador-Paráclito en referencia a Cristo, que es el primer Consolador-Paráclito (cf. 1 Jn 2,1). Existe, por tanto, una continuidad entre la acción de Cristo y la del Espíritu, que en las cuatro promesas siguientes será aclarada como un dar a conocer en profundidad la verdad de Cristo, como un hacer que el creyente se adhiera íntimamente a su misterio, como un hacerle participar en su papel de testimonio y en su conflicto con el «mundo».

De la promesa del Espíritu es importante que captemos el *estar con* (v. 17) que caracteriza ya relación entre Jesús y los discípulos (cf. Jn 13,33; 14,9). Se trata de un *permanecer junto a* que permite experimentar a los discípulos una presencia fortificante, consoladora, ilumi-

nadora: de este modo advierten casi de una manera concreta, dentro de ellos, la fidelidad de Dios.

MEDITATIO

De este densísimo texto joaneo, en el que Jesús habla el lenguaje sponsal de la intimidad, del permanecer el uno en el otro (él en el Padre y nosotros en él mediante el Espíritu), vamos a recortar una sola reflexión, porque nos apremia deshacer un posible equívoco de estas «últimas palabras» de Jesús a los suyos; se trata de «*si me amáis, obedeceréis mis mandamientos*», todavía más explícito en Jn 15,10: «*Si observáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor*». Se trata de una posible distorsión que nos acecha y que está tomada del lenguaje paterno («Si eres bueno, te querré») o del lenguaje romántico-fusional de dos enamorados («Si me amas, haz lo que deseo»). En semejantes relaciones se introduce un pesado «*si*» *condicional*: si quieres mi amor, haz lo que te digo. En este lenguaje sutilmente chantajista y manipulador, *se ponen condiciones al amor*: yo te amo sólo si... te lo mereces, como si el amor fuera algo que pueda merecerse, algo que se pueda comprar, contratar.

Nada más alejado del lenguaje de Jesús –y de todo verdadero amor, como el de una auténtica relación sponsal o entre padres e hijos–, que no pone condiciones: él nos ama *ya antes*, independientemente de nuestros méritos. Esto lo dice toda la Escritura y, en particular, la revelación, hecha por Jesús, de un Padre que nos ama (un abismo impensable) incluso cuando estamos crucificando a su Hijo.

¿Qué significa, pues, ese *si* que corremos el riesgo de entender como condicional? Se trata de una advertencia, de una atención a su amor, de un *acto confidente* con el que se defiende de nuestros mismos errores. En

efecto, ese *si* introduce una especie de *contemporaneidad*, como dos caras de la misma moneda: en el mientras me amáis, observáis mis mandamientos, y en el mientras observáis mis mandamientos, me amáis. O sea, que Jesús no nos deja solos con nuestros errores, con nuestras buenas intenciones, con nuestros *sentimentalismos* (por ejemplo, «sentir» que se ama mucho a Dios y tratar después mal a la nuera), sino que nos ofrece un criterio ineludible de una manera soberana: puedes estar seguro de que me estás amando verdaderamente *cuando* te tomas en serio y pones en práctica mi ley; a saber, *el amor*, mi mandamiento: «*Que os améis los unos a los otros*» (Jn 15,12).

ORATIO

Señor Jesús, sabemos que tú no pones condiciones a nuestro amor y que eres el Amigo que nos abre a cualquier hora que llamemos durante la noche; ayúdanos a no poner condiciones a nuestro amarnos los unos a los otros, como tú quieres.

CONTEMPLATIO

Y en esto quiero conocer si tú amas al Señor y a mí, siervo suyo y tuyo, si hicieras esto, a saber, que no haya hermano alguno en el mundo que haya pecado todo cuanto haya podido pecar que, después de que haya visto tus ojos, no se marche jamás sin tu misericordia, si pide misericordia. Y si él no pidiera misericordia, que tú le preguntes si quiere misericordia. Y si mil veces pecara después delante de tus ojos, ámalo más que a mí para esto, para que lo atraigas al Señor; y ten siempre misericordia de tales hermanos (*Fuentes franciscanas*, Editio Minor, Asís 1986, 120).

ACTIO

Prueba, al menos hoy, a suprimir el *si* de tus palabras: descubrirás la gratuidad del amor al que estás llamado.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Es interesante redescubrir el «vivir como huésped». El huésped es alguien que vive al lado pero que también es lejano, si-gue siendo él mismo, no pertenece al anfitrión. Habitualmente tratamos al huésped con atención, le escuchamos, le mostramos respeto. «Vivir como huésped» entre cónyuges, con los hijos, es introducir en la familia actitudes honoríficas (frente al riesgo del rebajamiento), de escucha (frente a la presunción del conocerse ya). La hospitalidad en la familia indica entonces la actitud de saber acoger las expectativas, los deseos y las intuiciones del otro, de los otros, venciendo la fácil actitud de la «trivialización» o de la oposición. Es frecuente oír estas expresiones: «Cuando hablo no escucha, no da importancia a mis palabras»; o bien: «Cuando propongo una cosa, aparece de inmediato una reacción y una oposición, sin disponibilidad para comprender los motivos y las posibilidades de una serena confrontación».

En cambio, cuando en una familia el hombre «hospeda» a su mujer, los padres «hospedan» a los hijos, y los hijos a los padres, se crea una atmósfera tan rica de estima y de escucha que permite a las personas sentirse amadas. Al sentirse amadas y estimadas, tendrán también el valor necesario para vivir esta hospitalidad en el exterior, respecto a los acontecimientos, las ideas, las diferencias culturales. El cierre o tal vez la incapacidad de muchos para hospedar la variedad de las culturas y de las sensibilidades ¿no podría estar causado por el hecho de no haber adquirido la actitud de la hospitalidad y de la escucha en la familia? (B. Borsato, *L'amore intelligente. Per la gioia nella vita di coppia*, Brescia 2003, 37s; edición española: *El amor inteligente en la vida de pareja*, Sal Terrae, Maliaño 2006).

No me elegisteis vosotros a mí;
 fui yo quien os elegí a vosotros.
 Y os he destinado para que vayáis
 y deis fruto abundante y duradero
 (*Jn 15,1-17*)

Durante la última cena, Jesús dijo a sus discípulos: ¹ Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. ² El Padre corta todos los sarmientos unidos a mí que no dan fruto y poda los que dan fruto, para que den más fruto. ³ Vosotros ya estáis limpios, gracias a las palabras que os he comunicado. ⁴ Permaneced unidos a mí, como yo lo estoy a vosotros. Ningún sarmiento puede producir fruto por sí mismo, sin estar unido a la vid, y lo mismo os ocurrirá a vosotros si no estáis unidos a mí.

⁵ Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada. ⁶ El que no permanece unido a mí, es arrojado fuera, como los sarmientos que se secan y son amontonados y arrojados al fuego para ser quemados.

⁷ Si permanecéis unidos a mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo tendréis. ⁸ Mi Padre recibe gloria cuando producís fruto en abundancia, y os manifestáis así como discípulos míos.

⁹ Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros. Permaneced en mi amor. ¹⁰ Pero sólo permaneceréis en mi amor si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he observado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ Os he dicho todo esto para que participéis en mi gozo y vuestro gozo sea completo.

¹² Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros, como yo os he amado. ¹³ Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ En adelante, ya no os llamar

siervos, porque el siervo no conoce lo que hace su señor. Desde ahora os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he oído a mi Padre.

¹⁶ No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero. Así, el Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre. ¹⁷ Lo que yo os mando es esto: que os améis los unos a los otros.

LECTIO

El amplio fragmento joaneu de esta lectura debemos articularlo en dos momentos: la alegoría de la vid y de los sarmientos, que representa la unión de Jesús con el Padre y con los discípulos (vv. 1-8), y una profundización posterior en el tema del amor de Jesús y de sus discípulos (vv. 9-17).

En la imagen de la vid y de los sarmientos se establece el principio de la vida cristiana como *un permanecer en Jesús*, como un morar en él que permite al discípulo experimentar el amor del Padre y dar fruto. Por otra parte, se plantea también la necesidad de proceder a una poda (v. 2), es decir, de comprobar la propia fidelidad del discípulo perseverando a través de *las pruebas de la vida*. Morar en Cristo es concretamente vivir en el amor, presentado como el espacio en el que el discípulo debe permanecer de manera estable (v. 9).

El evangelista subraya la naturaleza teológica de este amor que procede del Padre y se derrama sobre el Hijo y sobre sus discípulos. Parecería, pues, que la condición para ser amados por Dios es observar sus mandamientos (v. 10). En realidad, no se trata de un chantaje sutil, sino de la indicación de *una condición de posibilidad*. Puesto que los mandamientos del Padre son, en definitiva, el amor, quien no vive en el amor no

consigue comprender lo que es el amor de Dios. Precisamente para evitar toda sombra de chantaje, Jesús añade que ha dicho estas cosas para hacer crecer la alegría de sus discípulos, para confirmarlos en ella, porque la persona sólo encuentra verdadera alegría cuando ama.

Debemos señalar, a continuación, que Jesús no pide aquí que le amen, sino traducir el hecho de ser discípulos suyos en el amor fraterno recíproco (v. 12), en ocuparse mutuamente los unos de los otros. El fundamento y modelo de ese amor fraterno es Jesús.

Por otra parte, el Nazareno precisa la relación que tiene con sus discípulos; no los quiere en una posición de sometimiento, de obsequio temeroso, sino en la cordialidad de una amistad, de una comunión en la que nos puede contar los secretos más importantes. En efecto, Jesús confía a sus discípulos cuanto el Padre le ha comunicado (v. 15). Este amor de amistad no niega la gratuidad del amor que encuentra únicamente en sí mismo las razones para entregarse, sino que expresa la dignidad con la que Jesús trata a sus discípulos: no sólo como salvados, sino incluso como amigos.

MEDITATIO

Estamos fascinados y maravillados por el lenguaje sponsal del Jesús joaneu: emplea «permanecer» como el *verbo de la intimidad* e insiste en él, como es típico del lenguaje (monótono sólo para los que escuchan desde fuera) del que ama: «permaneced en...», «permaneceréis en...», «permanezco en...». La repetición del verbo en tres versículos crea el espacio de la intimidad.

Los enamorados saben lo que es este permanecer. Transcribimos lo siguiente del diario de un adolescen-

te: «Me levanto y pienso en ti, desayuno y pienso en ti, estudio y pienso en ti, como y pienso en ti. Enza, eres única, y en tu unicidad eres inolvidable». No se trata de un pensamiento obsesivo, como podría sospechar quien no ha conocido la experiencia del amor, sino de una forma, adolescente, del «permanecer».

En este permanecer se devoran las distancias y se mudan las alteridades en el milagro de *habitar* juntos, en el mundo interno del uno y del otro. Es la ruptura del aislamiento: porque tú puedes habitar conmigo y yo puedo habitar contigo; *juntos* es la nueva música que sirve de fondo al nosotros.

Sólo un enamorado puede pedir permanecer en el otro: todos sabemos que dos pueden comer en la misma mesa codo con codo, incluso dormir en la misma cama, y encontrarse a distancias insalvables, en las que se ha perdido la huella de este «permanecer». Al contrario, decía una esposa: «Él pasa el domingo en el huerto y yo en casa para dedicarme un poco a mis cosas, pero no me siento sola, porque él está aquí, aunque yo no le vea». Éste es el estupendo lenguaje del permanecer, que no significa sorber al otro, tenerlo a disposición, «sentirlo». Significa: «*Estoy a la puerta y llamo*» (Ap 3,20), sin pretensiones. Nadie que no conozca el amor puede imaginar, ni de lejos, este «permanecer», promesa de intimidad y de amistad.

Promesa: como todas las promesas de Jesús, también ésta es eficaz, capaz de realizarse; la única condición (también para él, que es Señor y Creador) es la libertad del otro.

Atónitos: el que nos pide que permanezcamos es el Mesías-Esposo que «busca casa» en quien opta por ser amigo suyo y pro- viene de este permanecer trinitario, junto al Padre. O lo que viene a ser lo mismo, el permanecer es lugar divino: nos lo ha atestiguado él.

ORATIO

Imprime, Señor, en nuestro corazón el deseo de todo amor verdadero: desde las raíces y desde el tronco de la vida sube la savia que alimenta los sarmientos, que alimenta nuestro amor. Si permanecemos junto a ti, permaneceremos vivos y fortificados en nuestro amor: en la alegría gozaremos, en el amor seremos solidarios, en lo cotidiano nos sentiremos unidos, en la traición sabremos perdonarnos, en la muerte sabremos que no es la última palabra.

CONTEMPLATIO

«*Permaneced en mí*» (Jn 15,4). Es el Verbo de Dios quien da esta orden, el que expresa esta voluntad. Permaneced en mí no sólo momentáneamente, durante unas horas pasajeras, sino permaneced... de un modo estable, habitualmente. Permaneced en mí: orad en mí, adorad en mí, amad en mí, sufrid en mí, trabajad y obrad en mí. Permaneced en mí durante vuestras relaciones con las personas y vuestro trato con las cosas. Penetrad cada vez más íntimamente en esta profundidad. Ahí está ciertamente la soledad en la que el Señor quiere atraer al alma para hablarle, como dice el Profeta (Os 2, 14). Mas para escuchar este lenguaje misterioso de Dios no hay que detenerse, por así decirlo, en la superficie; es necesario penetrar cada vez más en el Ser divino mediante el recogimiento interior... Es ahí, en lo más profundo, donde va a realizarse el encuentro divino, donde el abismo de nuestra nada, de nuestra miseria, va a hallarse frente a frente con el abismo de la misericordia, de la inmensidad, del todo de Dios. Es ahí donde logramos la fuerza necesaria para morir a nosotros mismos y donde, perdiendo nuestra manera personal de ser, quedaremos transformados en amor.

Bienaventurados los que mueren en el Señor (Ap 14,13) (Isabel de la Trinidad, «Ritiro. Come si può trovare il cielo sulla terra», en *íd.*, *Scritti*, Roma 1967, 10 (edición española: *Obras completas de sor Isabel de la Trinidad*, Monte Carmelo, Burgos 2005).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Permaneced en mi amor*» (Jn 15,9).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Por la gracia del Espíritu Santo, la pareja y la familia cristiana se convierten en «Iglesia doméstica», en cuanto que el vínculo del amor conyugal entre el hombre y la mujer queda asumido y transfigurado por el Señor en imagen viva de la comunión perfectísima que une entre ellos, con la fuerza del Espíritu, a Cristo cabeza con la Iglesia, su cuerpo y su esposa. De este modo, la pareja y la familia cristiana quedan hechas partícipes del amor de Cristo por la Iglesia según un modo y un contenido característico, es decir, en la «comunión» de los miembros que los componen y con la realidad del «amor» conyugal y familiar: «Los esposos participan en el amor cristiano de un modo original y propio, no como personas individuales, sino juntos, en cuanto forman una pareja... Los esposos participan, a continuación, juntos en el amor cristiano con la realidad que caracteriza su existencia cotidiana, es decir, con el amor conyugal...» (EvSM, 34s).

Si todos los miembros de la Iglesia, en virtud del bautismo y de los otros sacramentos, han sido constituidos como «signos» vivos del amor de Cristo, los cónyuges y padres cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, se convierten en «signos» del amor de Cristo en cuanto que forman una «comunión» particular y en cuanto que viven las realidades específicamente conyugales y familiares, que tienen su fuente y alimento en el

amor unitivo y fecundo. Por eso la pareja y la familia cristiana tienen su sitio y tarea en la Iglesia; su carisma y su ministerio en el pueblo de Dios. Leemos en el Concilio: «Los cónyuges cristianos, en virtud del sacramento del matrimonio, por el que manifiestan y participan del misterio de la unidad y del fecundo amor entre Cristo y la Iglesia (Ef 5,32), se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de los hijos, y, por tanto, tienen en su condición y estado de vida su propia gracia en el pueblo de Dios» (LG 11) (Conferencia Episcopal Italiana, *Comunione e comunità nella Chiesa domestica*, n. 7).

36
Que sean uno
(Jn 17,20-26)

En aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, oró, diciendo:

—Padre santo, ²⁰ no sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, ²¹ para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también lo sean en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.

²² También les di a ellos la gloria que me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; ²³ yo en ellos, y tu en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y los has amado como me has amado a mí.

²⁴ Padre, éste es mi deseo: que los que me confiaste estén conmigo donde yo estoy y contemplen mi gloria, la que me diste, porque me amabas, antes de la fundación del mundo.

²⁵ Padre justo, si el mundo no te ha conocido, yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. ²⁶ Les he dado a conocer y les daré a conocer tu nombre, para que el amor que me tenías esté con ellos, como también yo estoy con ellos».

LECTIO

Estamos en la parte final de la llamada «oración sacerdotal» de Jesús, en la que ora por él mismo, por sus discípulos y por el mundo entero. Un poco como hacía

el sumo sacerdote el día solemnísimo del Yôm Kippur. Apenas ha acabado de orar por los discípulos «que el Padre le ha dado»: la expresión significa la conciencia por parte de Jesús del hecho de que tener discípulos no es fruto de su maestría, sino sólo don amoroso del Padre. Ahora su oración se abre de una manera decidida a los que vendrán a continuación, esto es, a todas las comunidades de discípulos de tiempos futuros.

La primera petición es la de la unidad. Cuando se redactó el evangelio de Juan cundían ya las primeras herejías y se estaban produciendo desgarros en las comunidades. En estas circunstancias, la oración de Jesús por la unidad suena particularmente importante. Jesús ora para que permanezcan unidos en el reconocimiento del único Señor.

A continuación, indica la fuente de esta unidad, que es exactamente la unidad del Padre con el Hijo (v. 21). La unidad de los cristianos, no es la unidad de la simpatía recíproca o la de un modo idéntico de ver, ni tampoco el reconocimiento genérico de un solo Dios, sino que deriva del hecho de haber descubierto la unidad entre el Padre y el Hijo, descubrimiento que ha cambiado la vida de los discípulos.

Jesús recuerda después que la unidad es necesaria para la misión de la comunidad, *«de modo que el mundo sepa que tú me has enviado»* (v. 23).

Los últimos versículos (vv. 24-26) concluyen la totalidad del discurso de la cena y tienen, por ello, una importancia particular. Baste con señalar el excepcional *«éste es mi deseo»* (v. 24), que indica una voluntad y un deseo decidido por parte de Jesús de que sus discípulos moren allí donde está él, es decir, que descubran la unidad de Jesús con Dios y vivan en el interior de esta relación entre el Padre y el Hijo.

MEDITATIO

El anciano padre había cogido la gran caja de metal donde guardaba las monedas y medallas preciosas que había recogido durante toda su vida: eran monedas de oro y de plata, pero muy desiguales entre ellas. «Quiero que os las repartáis ahora, mientras todavía estoy en vida», dijo una noche a sus tres hijos, que habían venido a visitarlo. Quiso que en el reparto estuvieran también las nueras, aunque debían ser los hijos los que eligieran. Y empezó el momento solemne. El menor cogió una colección: «¿A quién le gustan éstas?». Y empezó un juego: cada uno quería dar al otro lo que más le gustaba, y la equidad de la distribución fue el último de los problemas. Las nueras callaban y cada una se limitaba a imaginar de qué moneda sacaría un broche, para ella o para la otra. «¡No me merezco unos hijos así!», dijo el anciano padre, con los ojos húmedos y la mano un tanto temblorosa. «Os deseo que vuestros hijos os den la misma satisfacción que vosotros me habéis dado».

Sí, la unidad entre los hermanos es la moneda más preciosa que pasa de generación en generación, y es preciso custodiarla como el más fecundo de los bienes. Sí, es verdad: el mundo no la conoce. La rivalidad, el miedo a tener menos, la envidia y los celos son la lengua de la que se sirve el mundo para corromper la unidad. Detrás de este pequeño milagro doméstico (auténtico) están las nueras, que no reprochan a sus respectivos maridos haber obtenido menos: donde reina la unidad –un bien inestimable– hay multitud de pequeñas alianzas, de pequeñas victorias sobre los demonios de la posesión y del poder.

Tiene razón el anciano padre: la concordia y la alianza entre los hijos vale más que todas las monedas y es lo que pasa de generación en generación, un agua buena

que sana, regenera, purifica. Los padres, para conseguir semejante unidad, deben «trabajar», pero, sobre todo, rezar, porque se trata de un don que viene de lo alto. Es un don que rechaza el mundo porque expresa la novedad de Jesús, que entregó su vida y su muerte como moneda con la que pagó el caro precio de nuestra unidad de hermanos.

ORATIO

Te pedimos, Señor, por la unidad de la pareja, por la unidad de la familia, por la unidad de nuestras parentelas, por la unidad del pueblo de Dios de nuestra parroquia.

Haz, Señor, que cada uno de estos ámbitos se convierta en un laboratorio de búsqueda por el camino del ecumenismo, de la unidad de las religiones, de la unidad de todos los hombres de buena voluntad, a fin de que los vasos comunicantes de tu amor hablen de ti, difundan tu perfume: a aquellos que te conocen y a aquellos que todavía no te conocen.

CONTEMPLATIO

El Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre, de modo que forman una sola cosa, puesto que ambos son de la misma sustancia divina; en cuanto a nosotros, podemos estar, es cierto, en ellos, pero, sin embargo, no podemos ser una sola cosa con ellos, porque no somos de la misma sustancia divina de la que son ellos, dado que Dios es el Hijo y Dios es el Padre. Ahora bien, en cuanto el Hijo es también hombre, es de la misma naturaleza que nosotros. Ellos están, sin duda, en nosotros y nosotros en ellos, pero de modo que ellos son una sola cosa en su naturaleza, y nosotros una sola cosa en la nuestra. Están en

nosotros, como Dios está en su templo; y nosotros estamos en ellos, como la criatura está en su Creador.

El Señor tuvo que precisar: «Que ellos también lo sean en nosotros», a fin de hacernos comprender bien que la unidad que produce la perfecta caridad se la debemos a la gracia de Dios, no a nosotros mismos. La misma precisión realiza el apóstol cuando, después de haber dicho: «Un tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz», añadió: «En el Señor» (Ef 5,8).

«Yo en ellos y tú en mí», continúa el Señor, «a fin de que lleguen a la unidad perfecta» (Jn 17,23). En unas breves palabras sintetiza aquí su tarea de mediador entre Dios y los hombres. Lo que dice ahora: «Yo en ellos y tú en mí», lo dice como mediador, tal como nos explica el apóstol: «Vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios» (1 Cor 3,23). Lo que dice después («a fin de que lleguen a la unidad perfecta») lo dice para enseñarnos que la reconciliación que se lleva a cabo en él como mediador tiene como fin hacernos gozar de la perfecta bienaventuranza a cuya plenitud nada se podrá añadir (Agustín de Hipona, *Commento al vangelo di Giovanni*, Roma 31984, 433-437, *passim*; existe edición española en la BAC).

ACTIO

Traducid hoy con acciones en vuestra vida conyugal el propósito de «*que todos sean uno*» (Jn 17,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Queridos Nino y Maria Rosa:

Ante el increíble signo de la presencia de Cristo, Hombre-Dios, constituido por vuestras personas, que se unen para siempre con el vínculo irreversible del amor, a mí, vuestro obispo y

padre, me vienen ganas de arrodillarme ante vosotros para recibir vuestra bendición. No tengáis temor, dádmela: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», y así, reforzado con vuestra señal de la cruz, estaré más dispuesto y más fuerte para proclamaros las maravillas realizadas por Dios, el Esposo que nos ha seducido, pero sin abandonarnos.

Si no hubiera estado impedido por otros compromisos pastorales, habría ido verdaderamente a la iglesia para hacer os expresar de manera concreta esta primicia de bendición sobre mi cabeza. De todos modos, aprovecho la ocasión para desearos: una incontenible, inmensa y gozosa capacidad de «bien-decir». Decir bien de la gente, de la vida, de la muerte, de la alegría, de la historia, de la crónica.

Que Dios se haga carne en el seno de vuestra vida cotidiana.

Y antes aún de que vuestros hijos os alegren la casa, que sea él quien os ofrezca el tema melódico de esta sinfonía espléndida que hoy empezáis a ejecutar.

Que el Evangelio sea la roca sobre la que edifiquéis vuestra casa.

Que la Virgen María sea coinquilina de vuestros días.

Un abrazo.

Don Tonino Bello, obispo.

(Citado en R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zattoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini di autoformazione*, Cinisello Balsamo 2003, 235).

37

Todos perseveraban unánimes en la oración, con María

(Hch 1,12-14)

Después de que Jesús ascendiera al cielo, ¹² regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista tan sólo de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. ¹³ Cuando llegaron, subieron al piso superior donde se alojaban; eran Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el hijo de Alfeo, Simón el Zelota y Judas el hijo de Santiago. ¹⁴ Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María la madre de Jesús y con los hermanos de éste.

LECTIO

El episodio narrado sigue a la ascensión de Jesús, con la vuelta de los discípulos a Jerusalén. Nos presenta un icono de la Iglesia, una referencia ideal para todas las comunidades cristianas. Se trata de una Iglesia que se encuentra en un clima más «de casa» que de templo. Al hablar de «piso superior» (v. 13), el pensamiento se dirige al lugar donde tuvo lugar la última cena. Por otra parte, en griego no aparece la misma palabra, pero el concepto es idéntico. Se trata, por tanto, de una comunidad que se reúne en un lugar que recuerda aquel en el que Jesús ofreció el sentido de su vida y de su muerte a través del don del pan y del cáliz.

Otro aspecto particularmente intrigante es la representación de una comunidad en oración, según la insis-

tencia propia de Lucas, a quien se ha llamado con razón el evangelista de la oración. Es una oración fruto de la obediencia, puesto que es Jesús el que les mandó que se quedaran en Jerusalén para esperar el don del Espíritu (cf. Hch 1,5). La oración es la actitud adecuada para el tiempo de la espera.

La comunidad que se reúne para orar es un ámbito de fraternidad, tal como se subraya de un modo muy claro en el texto (v. 14). Se reúnen aquí cuatro tipos de personas: los Doce –entre los que falta Judas, todavía no sustituido por Matías–, algunas mujeres, los hermanos de Jesús y María, la madre de Jesús. Cada uno de ellos lleva sobre sí una historia diferente, pero convergen, sin embargo, en la única Iglesia, en una espera orante del don del Espíritu. Aunque sus historias pasadas pudieran dividirles (basta con pensar en la actitud ambigua de los parientes de Jesús durante su vida pública: cf. Mc 3,31ss), les une, sin embargo, la mirada lanzada hacia adelante, hacia el único Espíritu que Jesús les quiere dar. Éste es el verdadero secreto de su unidad, que, de otro modo, sería humanamente imposible.

Por último, se dedica una atención particular a María, la madre de Jesús. Aparece un paralelismo sugestivo: el Evangelio de Jesús empieza con María, y con ella empieza también la Iglesia. Esta aproximación entre María y la Iglesia es un modo de conectar una vez más a la Iglesia con Jesús.

MEDITATIO

Cada vez que oímos hablar de «casas» como lugar donde se hace visible el Reino, nos sentimos llenos de alegría, porque nuestras familias están llamadas a algo así como a hacer de «señores de la casa», los que abren la puerta, hospedan, los que hacen materialmente posi-

ble esta experiencia del Reino. Aquí se trata de la primera casa de los tiempos nuevos, esos en los que debemos prescindir de la presencia física del Nazareno, puesto que ha ascendido al cielo, pero en los que estamos llamados a permanecer juntos para esperarle. Se trata, en cierto sentido, de la «casa-madre», preparada por la oración de los que habitan en el descenso prometido del Espíritu. Aquí no falta precisamente ninguno de los estados de vida: casados, ordenados, vírgenes, viudas; en una palabra, el pueblo de Dios de los nuevos tiempos, un pueblo llamado a extenderse sobre la faz de la tierra y a hacer visibles los últimos tiempos, es decir, los tiempos en los que la última palabra no es la de la violencia de la muerte, sino la del amor.

Vamos a extraer dos indicaciones para nuestra vida familiar. La primera es que la espera del Señor que viene nunca puede ser individualista. En una época en la que se nos invita cada vez más a pensar en nosotros mismos, a realizarnos a nosotros mismos, a encontrar el modo de estar bien de una manera individual, se nos pone frente a una casa «habitada», una casa llena de encuentros, de historias, tal vez de conflictos y de tensiones, pero hemos sido llamados a estar juntos. La espera está hecha de este «material», y nadie puede hacerse la ilusión de prepararse solo, de esperar solo, de estar preparado solo.

La segunda es que estamos obligados a preguntarnos cómo es que el Señor resucitado, que nos ordena «esperar a que se cumpla la promesa del Padre» (Hch 1,4), está tan interesado en que estemos juntos. Tal vez sea porque allí nace la oración no desencarnada, no la sentimental y consoladora, como podría pasar cuando me encierro en mi habitación con «mi» (cómodo y acomodaticio) Señor. La oración se alimenta de los frutos, dolorosos y trabajosos, de nuestro habitar juntos, de nuestro intercambio, de nuestro saludarnos, de nuestro poner la mesa para la comunidad (cf. también el texto 19).

ORATIO

Que nuestro alegre u obstinado, fácil o trabajoso, desinteresado o calculado habitar juntos te tenga a ti como centro, Señor. ¿Cómo podríamos, si no, continuar queriéndonos los de la casa, a pesar de nuestra diversidad? Y, sobre todo, cómo podríamos, si no, dejar entrar a todos los que nos hacen el regalo de querer compartir la fe?

Desciende a nuestra casas, Señor, y haz saltar todas las alarmas que pretenden garantizarnos dejándonos solos. Y haz que visitemos las casas de los otros como peregrinos que quieren encontrarte cada vez de nuevo.

CONTEMPLATIO

Madre amadísima, meditando estas palabras de Jesús, comprendí cuán imperfecto era el amor que yo tenía a mis hermanas, vi que no las amaba como Dios las ama. ¡Ah!, ahora comprendo que la caridad perfecta consiste en soportar los defectos de los demás, en no escandalizarse de sus debilidades, en sacar edificación de los menores actos de virtud que se les ve practicar. Pero, sobre todo, comprendí que la caridad no ha de quedar encerrada en el fondo del corazón. Nadie, dijo Jesús, enciende una candela para ponerla debajo del celemín, sino que la pone sobre el candelero para que alumbré a todos los que están en la casa. Me parece que esta candela representa a la caridad, la cual debe alumbrar, alegrar, no sólo a los que me son más queridos, sino a todos los que están en la casa, sin exceptuar a nadie (Teresa de Lisieux, *Opere complete*, Ciudad del Vaticano 1997, 247; el presente fragmento se encuentra en *Historia de un alma: manuscritos autobiográficos de santa Teresa de Lisieux*, VI, BAC, Madrid 1997).

ACTIO

Apoyad y animad cualquier iniciativa parroquial (de barrio, de la asociación de vecinos) que abra vuestras casas y os permita construir un pequeño paso común.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Los Hechos de los apóstoles nos recuerdan en diversas ocasiones que los primeros cristianos se reunían en las casas para orar, para partir el pan y para compartir la escucha de la Palabra. La impronta de la Iglesia de los primeros siglos es fuertemente familiar; se trata de una Iglesia que casi carece de organización, pero que es rica en comunión; es una Iglesia que posee una escasa eficiencia organizativa, pero que tiene una gran eficacia en su testimonio porque es «una Iglesia de casa», cercana a la vida diaria de las personas [...].

La Iglesia, en este momento, tiene necesidad de «volver a casa», es decir, de volver a partir de la Iglesia doméstica. También podría ser arriesgado este retorno a casa de la Iglesia, si lo entendemos como un encerrarse en casa; el amor está hecho para expandirse, no para quedarse encerrado entre cuatro paredes, ni siquiera está hecho para quedarse encerrado en una parroquia, tampoco en una diócesis.

El designio de Dios, que es un designio de salvación para todos, empuja el horizonte cada vez más allá, porque el cierre es la muerte del amor, el cierre es la negación de la salvación. Es el mismo dinamismo que lleva a la pareja a hacer familia, a ensancharse a los hijos: ¡ay!, si el amor se encierra entre los límites de la pareja, se vuelve estéril. ¡Ay!, si la familia se encierra en ella misma, las relaciones acaban empobreciéndose. La casa puede convertirse también en una cárcel. La familia, para ser verdaderamente experiencia y escuela de amor, debe abrirse a la Iglesia más grande, a la comunidad.

Pero la Iglesia tampoco puede encerrarse en sí misma. Debe abrirse al mundo: es sal que da sabor al mundo, es levadura que hace crecer el Reino en el mundo (cf. Mt 5,13; Lc 13,20s).

Los horizontes deben dilatarse continuamente, pero la Iglesia necesita volver a casa precisamente para encontrarse a sí misma, para hallar el modo eficaz de difundir el amor y de construir las relaciones que tejen la comunión, y no simplemente de multiplicar iniciativas y de crear organizaciones (S. Nicolli, «Introduzione», en *La casa cantiere di santità*, Roma 2004, 12s).

38

Partían el pan en sus casas (Hch 2,42-48)

Los que habían recibido el bautismo ⁴² perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones. ⁴³ Todos estaban impresionados, porque eran muchos los prodigios y señales realizados por los apóstoles. ⁴⁴ Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. ⁴⁵ Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según las necesidades de cada uno. ⁴⁶ Unánimes y constantes, acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón; ⁴⁷ alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo. ⁴⁸ Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes.

LECTIO

Lucas, al narrar el acontecimiento de Pentecostés, traza asimismo el retrato de la comunidad cristiana, que nace con el don del Espíritu del Resucitado. Es un cuadro ideal y normativo para toda la comunidad eclesial, que encuentra aquí las indicaciones esenciales para expresar su propia identidad y la tarea que le ha confiado su Señor.

Es una comunidad que se define a partir de un encuentro con el Dios de Jesucristo, un encuentro posibilitado por las palabras del kerigma, que han traspasado el corazón de los oyentes de las palabras de Pedro. Di-

cho con otras palabras, se trata de una comunidad que se constituye gracias al encuentro con los testigos.

Las relaciones que la caracterizan están inspiradas en el modo de ser del Jesús, a quien la comunidad confiesa como su Señor, y engendran acogida y simpatía hacia el exterior (v. 47), junto con una cierta reserva, porque la comunidad es portadora de una novedad no disponible para los hombres («Todos estaban impresionados»: v. 43).

Vienen, a continuación, los recursos de los que vive la Iglesia. En primer lugar, la Palabra de Dios, transmitida por la enseñanza de los apóstoles; en segundo lugar, la fracción del pan, es decir, la celebración eucarística; en tercer lugar, la oración, y, por último, la comunión fraterna, que se engendra precisamente gracias a estos recursos vividos de manera auténtica y perseverante («perseveraban en...»: v. 42).

A buen seguro, un estilo coherente con la Palabra escuchada, celebrada y vivida engendra algunas rupturas con actitudes egoístas dirigidas sólo al propio provecho y bienestar. Aquí viene el subrayado lucano de la comunión de bienes económicos (vv. 44s), una comunión no obligatoria (como se verá por ejemplo en Hch 5), pero signo de la novedad del Evangelio, de la fraternidad generada por la fe en Cristo.

Entretanto, la comunidad vive junto al judaísmo y todavía no se distingue de él; más aún, comparte con él el culto en el templo y los momentos religiosos esenciales. Con todo, lo que vive en su interior tiene un rasgo de absoluta novedad, y se trata de la fe en la pascua de Cristo, junto con la experiencia del don del Espíritu.

MEDITATIO

En nuestra celebración de la familia –y, en general, nos referimos con este término a la moderna familia r

clear: padre-madre y poquísimos hijos–, nos exponemos a un enorme riesgo; a saber, dar por implícitas la autosuficiencia y la autorreferencialidad de la familia. Aunque hablemos hoy, legítimamente, del carácter ministerial conyugal y familiar, de la nueva frontera de la evangelización que pasa a través de la familia, podemos ceder a un delirio (tanto más oportuno para el Tentador, que antes o después disfrutará mostrándonos que nada es verdad, que se está mal en familia, que es preciso escapar de la asfixia familiar, etc.): que la familia se basta a sí misma, que es «la casa cimentada en la roca» que resiste contra los vientos y las tempestades.

Este fragmento de los Hechos de los apóstoles nos pone, de un modo perentorio, frente a la evidencia de que esta familia ministerial y evangelizadora no existe, sino que es una pura abstracción que no se explica a sí misma. Existe, sin embargo, el vínculo entre familias. Hoy la literatura científica –en un tiempo en el que estamos cada vez más blindados en nuestros apartamentos e incluso cada uno en su propia «madriguera» hipertecnológica– intenta redescubrir el «capital social», poniendo finalmente sobre el tapete que ninguna sociedad vive sin ese capital; a saber, los encuentros informales, las relaciones de buena vecindad, los grupos espontáneos, el voluntariado, etc. Y aprovechamos para declarar benditos a los adolescentes que, a pesar de las inquietudes de ánimo de sus padres, van en busca de este capital social y damos gracias a nuestros centros juveniles y a nuestros centros religiosos que les ofrecen ocasiones (cada vez más urgentes) de encuentro.

Al decir que la parroquia es «familia de familias», corremos el riesgo de repetir un tópico (y de malgastar los términos) si, de hecho, nuestras familias no apuntan a aliarse, a apostar que el Reino (el «ser asiduos») pasa a través de nuestras iniciativas de auténtica comunión. En tanto esperamos que alguien (el párroco) nos llame a salir de nuestro apartamento, no construimos la visi-

bilidad y la alegría de Su presencia: ¿quién nos prohíbe tomar iniciativas, poner en común nuestros recursos, comprometer a otras familias e incluso a sacerdotes y a personas consagradas que nos necesitan? (sobre estos temas, véanse también los textos: 19, 21, 26 y 37).

ORATIO

Envíanos la fantasía, Señor, la creatividad, la falta de pudor, la esperanza, la temeridad, el coraje que nos sirven para recogerlos. «Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común» (Hch 2,44): ¿cuándo, Señor, llegaremos a ser creyentes, si nos bastan nuestras cuatro mimadas, garantizadas y asfixiantes paredes?

CONTEMPLATIO

La santa Iglesia somos nosotros, pero no sólo los que estamos recogidos aquí en este templo. Todos: los que estamos recogidos aquí dentro, complaciendo a Dios, cristianos fieles de esta ciudad, y todos los que habitan en esta región, en esta provincia proconsular, y los que viven más allá del mar, en todo el mundo. Ésa es la dimensión de la Iglesia católica, verdadera madre nuestra, verdadera cónyuge del Esposo (Agustín de Hipona, *Sermone Guelf.* I, 8, en C. Cremona [ed.], *Pensieri*, Milán 1998, 299).

ACTIO

Probemos a hacer una cuidadosa búsqueda (a partir de nuestra manzana de casas o de nuestra zona) de los que querrían «hacer algo juntos» y empecemos por encontrar un lugar donde reunirnos.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La parroquia nace y se desarrolla en estrecho vínculo con el territorio, como respuesta a las exigencias de su ramificación. Gracias a ese vínculo ha podido mantener la proximidad a la vida cotidiana de la gente que la cualifica respecto a otras realidades con las que en la Iglesia se da forma comunitaria a la experiencia de la fe. Ese vínculo se vuelve hoy más complejo: parece aflojado, porque los confines de la parroquia ya no encierran todas las experiencias de su gente, pero resulta multiplicado, porque el acontecer humano se desarrolla hoy en más territorios: no sólo geográficos, sino sobre todo antropológicos.

Precisamente esto exige que encontremos un punto de referencia unitario para que tampoco la vida de fe padezca una fragmentación o quede relegada a un espacio marginal de la existencia. El territorio de la residencia y la parroquia que lo incluye son este lugar de síntesis, en cuanto que el ámbito geográfico conserva aún un indudable valor cultural, suministrando las referencias afectivas y simbólicas que contribuyen a definir la identidad personal y colectiva. En la concreción del vínculo local se define y se refuerza el sentido de la pertenencia, también la eclesial. El vivo y difuso sentido de pertenencia a la Iglesia que caracteriza a nuestra realidad italiana –atestiguado de diferentes modos– aparece transmitido por la comunidad eclesial que se reúne y actúa en ese lugar. La referencia al territorio confirma, por otra parte, la centralidad de la familia para la Iglesia. La comunidad en el territorio está basada, en efecto, en la familia, en la contigüidad de las casas, en la relación de vecindad. Nos parece que podemos actualizar así la invitación de Jesús al hombre liberado de los demonios que quería seguirle: «Vete a tu casa con los tuyos y cuéntales todo lo que el Señor ha hecho contigo y cómo ha tenido compasión de ti» (Mc 5,19). La parroquia es este espacio doméstico de testimonio del amor de Dios (Conferencia Episcopal Italiana, *Comunicare il Vangelo in un mondo que cambia*, 10).

En la muerte de Cristo por los pecadores se revela el amor del Padre (Rom 5,1-11)

¹ Así pues, quienes mediante la fe hemos sido puestos en camino de salvación, estamos en paz con Dios a través de nuestro Señor Jesucristo. ² Por la fe en Cristo hemos llegado a obtener esta situación de gracia en la que vivimos y de la que nos sentimos orgullosos, esperando participar de la gloria de Dios. ³ Y no sólo esto, sino que hasta de las tribulaciones nos sentimos orgullosos, sabiendo que la tribulación produce paciencia; ⁴ la paciencia produce virtud sólida, y la virtud sólida, esperanza. ⁵ Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.

⁶ Estábamos nosotros incapacitados para salvarnos, pero Cristo murió por los impíos en el tiempo señalado. ⁷ Es difícil dar la vida incluso por un hombre de bien, aunque por una persona buena quizá alguien esté dispuesto a morir. ⁸ Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores. ⁹ Con mayor razón, pues, salvará definitivamente del castigo a quienes ha puesto en camino de salvación por medio de su sangre. ¹⁰ - Porque si siendo enemigos Dios nos reconcilió consigo por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, nos salvará para hacernos partícipes de su vida. ¹¹ Y no sólo esto, sino que nos sentimos también orgullosos de un Dios que ya desde ahora nos ha concedido la reconciliación por medio de nuestro Señor Jesucristo.

LECTIO

Pablo presenta la vida cristiana como experiencia de la justificación por la fe como existencia en la paz y en la esperanza (vv. 1s). Ahora bien, puesto que en el corazón del creyente podría anidar alguna duda sobre el amor de Dios por él cuando experimenta tribulaciones y sufrimientos, Pablo precisa de inmediato que precisamente las pruebas de la vida no son, para el que cree, un desmentido del amor de Dios, sino que más bien se convierten en una oportunidad para crecer en la virtud de la esperanza, que tiene necesidad de ser experimentada, superando los obstáculos y revistiéndose de perseverancia (vv. 3s). He aquí ahora una afirmación casi triunfal: «Una esperanza que no engaña» (v. 5), porque no se basa en la fuerza de la voluntad personal o en una predisposición del carácter al optimismo, sino en la experiencia del amor de Dios gracias al Espíritu Santo derramado en el corazón del discípulo de Cristo.

La mirada de Pablo se dirige, a continuación, al futuro, y propiamente hacia la salvación eterna. Esa mirada hacia el futuro está arraigada firmemente en un hecho casi inexpresable: el don del Hijo que el Padre nos ha hecho mientras todavía éramos pecadores (vv. 6-8). La formulación del pensamiento es difícil, precisamente porque la realidad de la que se habla trasciende la comprensión humana. El amor de Dios se ha manifestado de una manera definitiva e insuperable en la muerte de Cristo. Este acontecimiento es, paradójicamente, «*ei momento favorable*» de la salvación, como expresa bien el *kairós* del v. 6, traducido –tal vez un poco torpemente– por «tiempo señalado». Pablo precisa, a continuación, que todo esto ha acontecido mientras nosotros éramos todavía pecadores, y que esa muerte fue en beneficio de los impíos, es decir, en nuestro favor, como expresa el «*por*» (en griego, *hyper*: vv. 6.7b.8). Para insistir en la grandeza del amor de Dios, inimaginable

desde el punto de vista humano, el v. 7 aclara cómo es posible la entrega de la propia vida, siempre se que trate de ofrecerla por una persona justa, buena. Nos encontramos con una oposición extrema: por una parte, está la máxima entrega divina; por otra, nuestra máxima indignidad. Morir por los enemigos es, verdaderamente, el colmo del amor. Dios ha demostrado en Cristo un tipo de amor imposible al hombre: la caridad por los impíos y por los pecadores, que no retrocede ni siquiera frente a la muerte.

La cruz es el acontecimiento salvífico central y escatológico, el culmen de la revelación del amor: el amor del Padre que entrega al Hijo, el amor de Cristo que se ofrece hasta la muerte: «*Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo "por" nosotros*» (v. 8).

MEDITATIO

La pareja había rechazado la amniocentesis, aunque ella presentaba un embarazo de riesgo. Cuando nació la niña con el síndrome de Down, pensaban que estaban preparados: habían rezado, los dos en pareja y con su consejero espiritual y sus muchos amigos. Parecía que la niña era esperada, se presentara como se presentara. Y así fue, en efecto. Pero después, una vez terminado el momento mágico del bautizo, comenzó la «tribulación». No sólo la peregrinación de hospital en hospital para intervenciones quirúrgicas indispensables para el corazón, para los ojos, para las crisis respiratorias, etc., sino por un motivo más solapado y tal vez no previsto: la tribulación por la fe, que es la tribulación más profunda y más desconcertante que pueda presentarse para los seres humanos. Sabían de palabra que Dios les amaba también a través de su criatura, tan distinta de los otros, con la perspectiva de una vida limitada. De palabra. Pero les iba creciendo por dentro un resentimiento,

un dolor que tampoco se atrevían a comunicarse: ¿Por qué precisamente nosotros? ¿Teníamos derecho a traerla al mundo? ¿Qué Dios es el que permanece inerte ante el sufrimiento de los inocentes?

Sin embargo, un día, junto con su cura, encontraron esta verdad desconcertante (la encontraron de nuevo, porque con la cabeza ya la conocían, después de todos sus estudios bíblicos y las reuniones sobre la Palabra): el Inocente era Jesús en la cruz, que se había entregado libremente a la muerte. Ahora bien, detrás de aquel Inocente había un Padre que soportaba un dolor inimaginable para un padre: soportar –impotente, por amor– que su hijo sea herido, maltratado, condenado a muerte. Los que así trataban al Hijo eran pecadores, porque ultrajaban a la vida misma. Pues bien, mientras los pecadores mataban al Hijo, el Padre no dejaba de amarles; más aún, precisamente allí revelaba de una manera inequívoca su amor.

Sólo entonces, contemplando al Crucificado-Padre, junto al Crucificado-Hijo, los padres de la pequeña con el síndrome de Down comprendieron las misteriosas palabras de Pablo: «La tribulación produce paciencia» (capacidad de aceptación, de entrega); «la paciencia produce virtud sólida» (el coraje necesario para permanecer en la fe precisamente custodiando a su niña), y la virtud sólida, la esperanza que «no engaña» (no en una curación milagrosa, sino en el camino que conduce al Cielo, encarnada en su «cruz-niña»). Y así fue como «se sintieron orgullosos» en la tribulación, sabiendo que habían sido cogidos de la mano hacia la Gloria.

ORATIO

Te alabamos y te damos gracias, Señor Jesús, por todos los que no se dejan aplastar por la tribulación, sino

que con ella maduran la paciencia, la perseverancia y la esperanza. Aquí está el germen del martirio, y nosotros debemos saber que caminamos sobre los hombros de estos gigantes.

Te pedimos, Señor, que nos libres del mal de no reconocerte también en las situaciones dolorosas de la vida. No permitas que esas situaciones nos alejen como pareja, sino haz que aprendamos a aceptar juntos el dolor y a ofrecerlo por la salvación de los hermanos, en unión con tu sacrificio.

CONTEMPLATIO

En cierta ocasión, tres hermanos marcharon para la recolección y les asignaron una extensión de sesenta modios. Pero uno de ellos cayó enfermo el primer día y volvió a su celda.

Uno de los que quedaron dijo al otro: «Hermano, ya ves que nuestro hermano se ha puesto enfermo. Haz un esfuerzo por tu parte y yo haré otro tanto, y pongamos nuestra confianza en Dios para que gracias a la oración de nuestro hermano llevemos a buen fin el trabajo de los dos y realicemos también el suyo».

Después de terminada la tarea encomendada, y de cobrar el salario, llamaron al tercer hermano y le dijeron: «Ven, hermano, a recibir el precio de tu trabajo». Pero él les respondió: «¿Qué trabajo voy a cobrar si no he segado?». Y le dijeron los otros dos: «Gracias a tus oraciones hemos terminado todo el trabajo. Ven, pues, a recibir tu paga». Y se entabló entre ellos una generosa disputa, ya que uno decía: «No aceptaré, nada porque no he trabajado», y los otros no querían recibir nada si el hermano no aceptaba su parte.

Decidieron entonces someterse al juicio de un anciano venerable. El enfermo contó así la cosa: «Fuimos los

tres a trabajar al campo para obtener un salario. Al llegar al lugar de nuestro trabajo, el primer día, caí enfermo y volví a mi celda, sin haber trabajado ni un solo día con ellos. Y ahora me apremian diciendo: “Hermano, ven a recibir la paga de un trabajo que no has realizado”».

Los otros dijeron a su vez: «Es cierto que fuimos a la recolección y que se nos confió una extensión de sesenta modios que a duras penas hubiéramos terminado entre los tres. Pero gracias a las oraciones de este hermano, nosotros dos hemos hecho el trabajo más rápidamente que si hubiéramos estado los tres. Y por eso le decimos: “Ven a recibir tu paga”, y él no quiere aceptarla».

Al oír esto el anciano se maravilló y dijo a uno de los monjes: «Da la señal para que se congreguen todos los hermanos».

Cuando se reunieron todos, dijo el anciano: «Venid, hermanos, y escuchad hoy un juicio según justicia». El anciano les contó todo y condenó al hermano a recibir su paga y a hacer con ella lo que quisiera. Y el hermano partió triste y lloroso como si le hubieran hecho una injusticia (Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 260).

ACTIO

Rinde homenaje a un santo (no necesariamente a uno de los que están en los altares) que nos apoya con el coraje en la tribulación.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El don no puede limitarse en la vida de los esposos a algo que pasa, a un paquete bien hecho: los infinitos y pequeños dones son los precursores del hecho de que en la retaguardia del co-

razón y en el trabajo de la mente se está preparando un don inusitado, un don que no deja nada tras de sí, un don que coincide con el donante.

Es un misterio cómo sucede esto, cómo está en acción el Espíritu en este «ajetreo», cómo el don total y no retractable tiene lugar en esta historia, en este diálogo de pareja, en el «sí» definitivo. Es un hecho que uno dice al otro: «Lo que te entrego so. Me comprometo totalmente contigo, incluso independientemente de ti». Es el misterio de la cruz. Es lo que dice Serena, con toda sencillez: «Desde que entré en esta casa, decidí que no me volvería nunca atrás» [...].

Los cristianos tenemos la certeza de que el sacrificio de Jesús (su cuerpo entregado) es el resorte secreto que hace posible este «sacrificio espiritual», el don total de nosotros mismos: es su muerte la que habilita a todos los hombres a pasar a través del dolor sin que éste se convierta en un agujero negro que los engulla. Éste es el significado del «Yo he vencido a la muerte». Esta entrega irreversible de nosotros mismos conduce al amor humano a pensar tanto el ejercicio de la sexualidad entendida de modo maduro y pleno, como el horizonte de la indisolubilidad, porque estos dos aspectos expresan que la entrega de nosotros mismos no deja nada fuera. En efecto, la entrega de nosotros mismos coincide con la vida; si no es un deseo abstracto o hasta un autoengaño, la entrega de nosotros mismos no es otra cosa que la entrega de nuestra propia vida, cada día, «hasta que la muerte nos separe». El otro se convierte en titular de mi vida, en el sentido de que, en el orden de lo concreto, la dedico a él, con gestos cotidianos y sencillos, incluso, por ejemplo, a la hora de preparar el tipo de ensalada que le gusta o a la hora de invitarle a cenar fuera de casa.

Está claro que cuando entregamos todo lo que tenemos, es decir, nuestra propia vida, no podemos sustraernos a la experiencia del dolor, o sea, a que el otro rechace o distorsione el don, o, peor, que lo acepte con indiferencia o como algo debido. El Esposo Jesús aceptó este riesgo y lo continúa aceptando. Él sabía muy bien que su entrega estaba en las manos de los hombres. ¿Y por qué la entrega del amante al amado no debería estar en las manos del aquel hombre o aquella mujer que «permanece» en su fragilidad y en sus miedos? El Esposo no se

hizo nunca la ilusión de que nosotros lo comprendiéramos todo, de que estuviéramos siempre dispuestos a responder, de que no fuéramos humanos. Con todo, su entrega ha seguido siendo irrevocable (R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zaffoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini di autoformazione*, Cini-sello Balsamo 2003, 142s).

40

¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?

(Rom 8,31b-35.37-39)

³¹ Hermanos:

Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ³² El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ³³ ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ³⁴ ¿Quién condenará? ¿Será acaso Cristo, que murió, más aun, resucitó y está a la derecha de Dios, y que intercede por nosotros?

³⁵ ¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?: ¿la aflicción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?

³⁷ Pero en todo esto vencemos fácilmente por aquel que nos ha amado. ³⁸ Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ³⁹ ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.

LECTIO

Pablo concluye aquí, con unas palabras conmovidas, su meditación sobre el plan de salvación y, en particular, sobre el don del Espíritu, derramado en el corazón de los cristianos. En los vv. 31-33, se sintetiza la obra de salvación realizada por Dios en Cristo en el «*por nosotros*», expresión que aparece dos veces referida a Dios y una a Cristo. Saber que Dios y Cristo están a nuestro fa-

vor, que están de nuestra parte, así como también el Espíritu (cf. Rom 8,26), da valor al cristiano.

Pablo repite así su mensaje sobre el amor de Dios que ya aparecía en el envío de la Carta a los Romanos, cuando definía a sus destinatarios como «*amados de Dios*» (cf. Rom 1,7). Y vuelve sobre el tema del amor con expresiones inolvidables: «*Una esperanza que no engaña porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones... Pues bien, Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores*» (Rom 5,5.8).

Ahora bien, el amor de Dios, hecho visible en el don que el Padre hace de su Hijo en la cruz, se contempla en las consecuencias relacionadas con la vida presente del cristiano. Ante todo aparece derrotada la imagen de un Dios airado, al que el hombre debe temer y aplacar con sacrificios imposibles.

Pablo subraya el triple «*por nosotros*» (vv. 31.32.34) para confirmar que el creyente no puede acercarse con angustia a su Dios, sino que debe ir movido por la confianza en su amor indefectible. Eliminado así el miedo más radical –a saber, que Dios sea un juez inexorable para esta humanidad pecadora–, se superan asimismo los temores relacionados con los afanes presentes, como las ansiedades por las tribulaciones, por las restricciones económicas, por la incertidumbre del futuro, por la muerte (v. 35). También las aprensiones por las fuerzas misteriosas, incontrolables (vv. 38s), huyen ante la certeza del poder del amor de Dios, manifestado en Cristo.

El fragmento concluye ahora con el tono triunfal de un himno de alabanza, porque el cristiano no sale sólo «vencedor», sino que lo hace incluso con facilidad (v. 37) en las diferentes dificultades: nada «*podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro*» (v. 39).

MEDITATIO

«Trátame mal», decía Lucia a su marido: «Dios está de mi parte, Dios me recompensará». Y él blasfemaba, ácido e inasequible. La escena se repetía cada mañana, cuando sonaba el despertador que ella había puesto a las seis para ir a misa y él gritaba: «Me despiertas a las seis, cuando podría dormir todavía media hora, con todo lo que me espera hoy en el trabajo». Y volvía con las blasfemias contra aquel al que llamaba «tu Dios». Lucia creía justamente que tenía razón; más aún, el odio y las blasfemias de su marido, decía, no le afectaban, sino que tal vez le proporcionaban la exaltación de ser «perseguida». Sin embargo, una mañana, siguiendo el consejo de un sacerdote atento, el despertador tan perentorio no sonó. «No ha sonado», le dijo él, como si lo esperara. «Y no sonará nunca más», dijo ella alegremente: «Iré a misa poco a poco si por casualidad me despierto». Él hizo como si nada: una mañana, dos, tres... y estalló: «¿Es que Dios ya no está de tu parte?».

Sí, Dios estaba de parte de Lucia, es decir, de su matrimonio. ¿Qué Dios? Aquel que «*no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*» (v. 32): no el Dios que nos sirve para tener razón (incluso cuando la tenemos), no el Dios que se impone con despertadores más o menos perentorios o con nuestras ansias de hacer (y hacer y hacer) lo que tenemos en la cabeza, sino el Dios que da, que no ahorra (algo distinto a sólo una hermosa idea) ni siquiera lo que más ama: su Hijo. Éste es el Dios que nos hace vencedores al hacernos semejantes a él: dispuestos a dar lo más precioso que tenemos o incluso también (¿sólo?) nuestro amor propio, nuestro punto de vista. Y así descubrimos que nada «*podrá apartarnos del amor de Dios*»: ni siquiera las (momentáneas) incomprensiones del otro, las provocaciones o los fracasos de un hijo, las «persecuciones» de suegros o nueras o cuñados o hermanos. Es un amor

maravilloso que continúa habilitándonos para dar, si lo queremos, más que para pretender.

ORATIO

Si el árbol conoce la firmeza de sus propias raíces, permanece seguro incluso en la tempestad; si Cristo ha muerto y resucitado por nosotros y si nosotros permanecemos en él, ¿cómo podemos temer aún por nuestro amor?

Arraiga, Señor, en nosotros esta certeza, hazla más fuerte que todo filtro de amor, más fuerte que la confianza en nuestros sentimientos de hoy, más fuerte que todas nuestras armas, más fuerte que la muerte (cf. Cant 8,6).

CONTEMPLATIO

El mismo fray Leonardo refirió allí mismo que cierto día el bienaventurado Francisco, en Santa María, llamó a fray León y le dijo: «Hermano León, escribe». Y éste respondió: «Heme aquí preparado». «Escribe –dijo– cuál es la verdadera alegría. Viene un mensajero y dice que todos los maestros de París han ingresado en la orden. Escribe: No es la verdadera alegría. Y que también todos los prelados ultramontanos, arzobispos y obispos, y que también el rey de Francia y el rey de Inglaterra. Escribe: No es la verdadera alegría. También, que mis frailes se fueron a los infieles y los convirtieron a todos a la fe; también, que tengo tanta gracia de Dios que sano a los enfermos y hago muchos milagros: Te digo que en todas estas cosas no está la verdadera alegría. Pero ¿cuál es la verdadera alegría? Vuelvo de Perusa y en una noche profunda llegué acá, y es el tiempo de un invierno de lodos y tan frío que se forman canelones del agua fría

congelada en las extremidades de la túnica, y hieren continuamente las piernas, y mana sangre de tales heridas. Y todo envuelto en lodo y frío y hielo, llego a la puerta y, después de haber golpeado y llamado por largo tiempo, viene el hermano y pregunta: ¿Quién es? Yo respondo: El hermano Francisco. Y él dice: Vete; no es hora decente de andar de camino; no entrarás. E insistiendo yo de nuevo, me responde: Vete, tú eres un simple y un ignorante; ya no vienes con nosotros; nosotros somos tantos y tales, y no te necesitamos. Y yo de nuevo estoy de pie en la puerta y digo: Por amor de Dios recogedme esta noche. Y él responde: No lo haré. Vete al lugar de los crucíferos y pide allí. Te digo que si hubiese tenido paciencia y no me hubiese alterado, en esto está la verdadera alegría y la verdadera virtud y la salvación del alma» (*Fonte francescane*, Editio Minor, Asís 1986, 144s).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: nada «*podrá apartarnos del amor de Dios*» (Rom 8,39).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La vida es una oportunidad, aprovéchala.
 La vida es belleza, admírala.
 La vida es beatitud, saboréala.
 La vida es sueño, hazlo realidad.
 La vida es un reto, afróntalo.
 La vida es un deber, cúmplelo.
 La vida es un juego, júégalo.
 La vida es un bien precioso, cuidalo.
 La vida es riqueza, consérvala.
 La vida es amor, gózala.
 La vida es misterio, desvévalo.
 La vida es promesa, cúmplela.

La vida es tristeza, supérala.
 La vida es un himno, cántalo.
 La vida es un combate, acéptalo.
 La vida es una tragedia, domínala.
 La vida es una aventura, arrástrala.
 La vida es felicidad, merecela.
 La vida es vida, defiéndela.
 (Madre Teresa de Calcuta).

41

Presentad vuestros cuerpos
 como sacrificio vivo, santo
 y agradable a Dios

Rom 12,1-2.9-18

¹ Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Éste ha de ser vuestro culto espiritual. ² No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestra mente, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

⁹ Que vuestro amor no sea una farsa; detestad lo malo y abrazaos a lo bueno. ¹⁰ Amaos de verdad unos a otros como hermanos y rivalizad en la mutua estima. ¹¹ No seáis perezosos para el esfuerzo; manteneos fervientes en el espíritu y pronto para el servicio del Señor. ¹² Vivid alegres por la esperanza, sed pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. ¹³ Compartid las necesidades de los creyentes, practicad la hospitalidad.

¹⁴ Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. ¹⁵ Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. ¹⁶ Vivid en armonía unos con otros y no seáis altivos; antes bien, poneos al nivel de los sencillos. Y no seáis autosuficientes.

¹⁷ A nadie devolváis mal por mal; procurad hacer el bien ante todos los hombres. ¹⁸ Haced lo posible, en cuanto de vosotros dependa, por vivir en paz con todos.

LECTIO

La separación entre el culto y la vida, la liturgia y la caridad, el cuerpo y el Espíritu, está absolutamente

alejada del pensamiento de Pablo. En efecto, el apóstol señala como sentido fundamental del culto cristiano precisamente la ofrenda del cuerpo. Desde esa óptica podemos comprender que Pablo considera culto «espiritual» —o, mejor aún, atendiendo al texto griego, «racional/lógico», o sea, culto conforme a la naturaleza ética humana— la ofrenda de los propios cuerpos —es decir, de las mismas personas— como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios.

Nótese, en particular, los términos «ofrecer» (*parastá-nein*) y «sacrificio» (*thysía*). El primero se usa también en el Nuevo Testamento para la presentación de Jesús en el templo (cf. Lc 2,22), mientras que el segundo indica no un sacrificio de holocausto, dirigido, por tanto, sólo a Dios, sino un sacrificio de comunión, en el que participan otras personas. Dicho de otro modo, el sacrificio que el cristiano debe dar a Dios, ofreciéndose a sí mismo, coincide con su configuración con la ofrenda de Cristo y con el servicio prestado a los hermanos.

El v. 2 contrapone la libertad del cristiano, que se expresa como una transformación continua de la propia existencia, en la búsqueda sincera de la voluntad de Dios, a la asunción de los esquematismos (es lo que dice el griego) impuestos por la mentalidad mundana. Esa «metamorfosis» no debe referirse sólo al exterior, sino ante todo a la conciencia y, por eso, al modo de concebir la vida. El cristiano debe estar disponible en todo instante para emprender el camino que la voluntad de Dios le exija, para ver la vida con unos ojos nuevos («renovad vuestra mente»: v. 2).

Por último, el discurso (vv. 9-18) pasa a exhortaciones particulares, unificadas por el mandamiento de la caridad (v. 9), contemplada en las relaciones que se deben construir en el interior de la comunidad y en la relación entre el cristiano y el mundo. Lo que significa tener una caridad auténtica, sincera, se ilustra con una serie de

actitudes que van desde la estima recíproca a la perseverancia en la oración, a la prontitud en el perdón, al esfuerzo de devolver siempre bien por mal.

MEDITATIO

Tal vez sea en el campo de la sexualidad, más que en cualquier otro, donde los cónyuges cristianos están llamados a no acomodarse «a los criterios de este mundo» (v. 2), precisamente en el ofrecerse recíprocamente sus cuerpos «como sacrificio agradable a Dios» (v. 1). Debemos deshacer de inmediato un equívoco: el de que esto signifique someterse a lo que en un tiempo se llamó el «débito conyugal» a cargo de la mujer, que a menudo se identificaba con la transmisión de generaciones de mujeres que se decían unas a otras: «Tenlo contento, aunque no te apetezca, o, de lo contrario, escápate». Precisamente aquí anida la mentalidad pagana: el sexo como tributo que se debe pagar al poder del macho. Y, en el fondo, una devaluación de la sexualidad como algo sucio, aunque inevitable. «Yo no tengo el instinto sexual», decía una mujer piadosa, creyendo autoalabarse y, tal vez, tener mérito en su someterse a su marido: como si no bendijera toda la Escritura la sexualidad como salida del proyecto del Señor de la vida.

Ahora bien, esto incluye un *educarse recíprocamente en la sexualidad*: precisamente una de las *competencias* de la pareja es la de ayudar al otro a transformar la agresividad del eros en expresión de ternura en la relación, a pasar de la excitación al deseo del otro, con la capacidad de compartir el placer y respetarse mutuamente.

La mentalidad de este mundo, por el contrario, tiende a separar el sexo del amor: es la ruptura extrema de la identidad de la persona, y se produce cuando se pretende que el sexo pueda usarse para uno mismo, auto-

centrado, mirando al propio placer exclusivo, al que se tiene derecho en cuanto contrato de uso del cuerpo del otro. Esta idea de una sexualidad para uno mismo y no como *punte hacia el otro* es una idea que abre la puerta a cualquier posible traición. No sólo la traición extraconyugal (¡qué puedo hacer yo si el otro me atrae!, sino también la traición nefasta en el interior de la pareja: tu cuerpo es simplemente *un material para mí*, para mi placer.

«Transformaos, renovad vuestra mente, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto» (v. 2): estas palabras de Pablo suenan alto precisamente en el ejercicio conyugal de la sexualidad. Es la sexualidad misma la que llama a una transformación: de uso del cuerpo para mí a ofrenda de la propia persona –el cuerpo entendido como persona concreta– como alabanza a Dios y, al mismo tiempo, como bendición (decir bien y no decir mal) del otro.

ORATIO

Ayúdame, Señor, a realizar una obra grande que ningún terapeuta humano es capaz de realizar: continuar estimando a mi marido o a mi mujer aun cuando me haya herido, aun cuando me haya traicionado, aun cuando no me haya comprendido, aun cuando me haya demostrado que está más apegado a su familia de origen que a la nuestra...

Condúceme hasta el punto en el que –indiferente a todos los esquemas del mundo que me gritan: o te ama o no te ama, o te comprende o no te comprende...– pueda yo, Señor Jesús, configurarme contigo y renovar mi mente en ti, que encuentre motivos para estimar... incluso a los que no te habían comprendido y te ponían en la cruz.

CONTEMPLATIO

Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por el lugar en el que viven, ni por su lenguaje, ni por sus costumbres. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto. Su sistema doctrinal no ha sido inventado gracias al talento y especulación de hombres estudiosos, ni profesan, como otros, una enseñanza basada en autoridad de hombres.

Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, y siguen las costumbres de los habitantes del país tanto en el vestir como en todo su estilo de vida; sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña. Igual que todos, se casan y engendran hijos, pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho.

Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los condena sin conocerlos. Se les da muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. Sufren la deshonra, y ello les sirve de gloria; sufren detrimento en su fama, y ello atestigua su justicia. Son maldecidos, y bendicen; son tratados con ignominia, y ellos, a cambio, devuelven honor. Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les dieran la vida. Los judíos los combaten como a extraños y los gentiles los persiguen, y, sin embargo, los mismos

que los aborrecen no saben explicar el motivo de su enemistad.

Para decirlo en pocas palabras: los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo, y así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo. El alma habita en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; los cristianos viven en el mundo, pero no son del mundo («Carta a Diogneto», en *I Padri apostolici*, Roma 1998, 356s; existe edición española en la BAC).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Rivalizad en la mutua estima*» (Rom 12,10).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El hombre y la mujer que se atraen hasta ser una sola carne, para pertenecerse en una compenetración total, comprenden la grandeza de su acto en el momento en el que de la unión más profunda brota una personalización cada vez más acentuada. Así, el hombre descubre que la existencia está polarizada tanto en sí mismo como en su compañera y en todas las formas de la vida (P. Evdokimov). En su desposeimiento (*kenosis* amorosa) recuperan la mayor riqueza de su vida y se elevan a la plena correspondencia con la imagen divina. Cuanto más cargada está la carne de esta perspectiva espiritual, tanto más vigorosa y transparente se vuelve; cuando, por el contrario, se pierde en lo pasional, se vuelve pesada y opaca. El amor en su expresión sexual atrae por su promesa de bienaventuranza y fascina por su apariencia de gratuidad, pero con frecuencia se apaga en una amargura decepcionante y se transforma en codicia mortal.

Si no se acogen todos los mensajes profundos de la sexualidad, incluido su fondo teológico y, en particular, cristológico, las expectativas quedarán siempre decepcionadas. Esta enseñanza procede claramente de la Escritura: «Desde el punto de vista bíblico, la unidad no aparece nunca como una unidad abstractamente irreferible (como si las diadas fueran algo que se pudiera tirar), sino como la riqueza de la vida eterna que hace participar a otras realidades en sí misma, y precisamente de manera que la unidad dada (la idéntica naturaleza espiritual) incluye en sí el prodigio de la unicidad de ser de todo sujeto espiritual, y el prodigio fecundo de la diversidad de los sexos en vistas a su fecunda unicidad» (H. U. von Balthasar). Se trata de escrutar las profundidades del hombre para leer dentro de ellas los finísimos elementos esenciales que Dios le ha comunicado [...].

Para redescubrir y vivir plenamente todo esto hace falta una «castidad ontológica», como la llama Evdokimov, que reconduce al hombre a su integridad originaria. La castidad no es una virtud pasiva tendente a contener o reprimir los movimientos instintivos de las pulsiones sexuales, sino una actitud teologal que implica dejar aparecer en la propia vida, viviendo la dimensión masculina o femenina del propio ser, la configuración con Cristo (C. Giuliadori, «Teología del maschile e del femminile», en R. Bonetti (ed.), *La reciprocità uomo-donna, via di spiritualità coniugale e familiare*, Roma 2001, 153-156).

Acogeos mutuamente,
como Cristo os acogió
(*Rom 15,1b-3a.5-7.13*)

Hermanos: ¹ no debemos buscar agradarnos a nosotros mismos. ² Que cada uno de nosotros trate de agradar al prójimo, buscando su bien y su crecimiento en la fe. ³ Pues tampoco Cristo buscó complacerse a sí mismo.

Dios, por su parte, de quien proceden la perseverancia y el consuelo, os conceda tener los unos para con los otros los mismos sentimientos a ejemplo de Cristo Jesús, ⁶ para que con un solo corazón y una sola boca alabéis a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. ⁷ Por tanto, acogeos unos a otros, como también Cristo os acogió para gloria de Dios.

¹³ Que Dios, de quien procede la esperanza, llene de alegría y de paz vuestra fe, y que el Espíritu Santo, con su fuerza, os colme de esperanza.

LECTIO

Pablo presenta a Cristo como modelo para aquellos de la comunidad que son fuertes en la fe. Su riesgo consiste en sentirse mejores que los otros y mirarles de arriba abajo. Por eso deben vivir las relaciones personales sin emitir juicios, empleando como criterio no el propio bien, sino la edificación del otro (v. 2). Cristo es el ejemplo insuperable de esta actitud, porque soportó pacientemente sufrimientos y humillaciones con tal de ser fiel a la voluntad del Padre (v. 3).

El apóstol subraya, inmediatamente después, la importancia de la acogida recíproca en la vida cristiana (corroborada por el encuentro con las Escrituras: v. 4). El modelo de la acogida es, una vez más, Cristo Jesús, que se mostró acogedor con todos (vv. 5s). Esta acogida tiene un valor eclesial importante, porque edifica la unidad de la comunidad y convierte su plegaria en una oración verdaderamente concorde, elevada a la gloria de Dios Padre.

El v. 7 retoma el motivo de Cristo como paradigma para el cristiano y considera en particular la extensión de la acogida practicada por Cristo, que no se limitó a acoger a los judíos, sino que quiso incluso a paganos como discípulos suyos y, en este caso específico, a los cristianos de Roma procedentes del paganismo.

El deseo del v. 13 recuerda las palabras claves de la exhortación paulina: esperanza, alegría, paz y fe, conectadas entre sí en la invocación a Dios por medio de la acción eficaz del Espíritu Santo.

Debemos señalar la particular insistencia en la *virtud de la esperanza*, porque es precisamente esta virtud la que cualifica al cristiano respecto al que no tiene fe (1 Tes 4,13). Esta esperanza no es una espera optimista de la solución de algún problema cotidiano, sino el horizonte en el que inscribir todas nuestras propias opciones, porque se trata de la esperanza dirigida a la salvación eterna y a la comunión plena con Cristo.

MEDITATIO

«Os conceda tener los unos para con los otros los mismos sentimientos a ejemplo de Cristo Jesús» (v. 5). ¿No es éste el mejor «programa» conyugal cristiano? Un programa como éste, como bien sabemos, es alternativo a

la lógica del mundo, pero no por ello gris y aburrido, sino muy al contrario.

Todo cónyuge sueña en secreto que el otro (la otra) tenga sus mismos sentimientos, es decir, que le refleje, le comprenda al vuelo y –sobre todo– sienta o experimente lo mismo que él (ella) siente y experimenta. Ahora bien –incluso cuando esto sucede–, la pareja no hace mucho camino en la vida. Pablo, en cambio, al imaginar a ambos cónyuges como fuertes en la fe (cf. v. 1a), les pide que tengan entre ellos los mismos sentimientos de Cristo Jesús, donde «sentimientos» en el contexto paulino no significa emociones o un sentir puramente emotivo, espontáneo.

¿Cómo son los sentimientos de Cristo Jesús esposo? Son decisiones y sensibilidad al mismo tiempo, son dirección y capacidad de acogida de amor en el nombre del Padre por la fuerza del Espíritu: Jesús encarnó los «sentimientos» del Padre, los hizo *accesibles, humanos, encarnados*. Ama al esposo y a la esposa como los ama el Padre, para el que cada uno es el Único, el Amado.

Los esposos cristianos están llamados a encarnar la *unicidad* el uno para el otro. Más aún: Jesús encarnó el amor sin condiciones del Padre, un amor que no se retira nunca, que permanece fiel, que no ama al son de *si y pero*. Los esposos cristianos están llamados a encarnar, el uno para el otro, la fidelidad, el amor sin condiciones.

Más aún: Jesús puso su misma vida al servicio del Padre y de los hermanos; no la retuvo para sí, no se dispuso de entregarse. Los esposos cristianos están llamados a poner, juntos, su vida al servicio del Padre y de los hermanos, de las otras familias con las que deben entablar una alianza, y de esos pequeñísimos «hermanos» que son los hijos que les han sido confiados.

ORATIO

En nuestra vida de pareja esperamos de ti, Señor Dios, la fuerza que le diste a tu Hijo Jesús, a fin de que también nuestra pareja sea encarnación del amor sin condiciones que viene de ti, del amor que no se retira nunca, que permanece fiel, que no ama sólo si el otro le responde con cosas buenas.

Creemos por tu palabra que, si no ponemos excesivos obstáculos a tu acción, nos darás esta fuerza operante en el sacramento que vivimos.

CONTEMPLATIO

Nosotros, siendo muchos, formamos un solo cuerpo y somos miembros los unos de los otros, y es Cristo quien nos une mediante los vínculos de la caridad, tal como está escrito: Él ha hecho de los dos pueblos una sola cosa, derribando con su carne el muro que los separaba: el odio. Él ha abolido la Ley con sus mandamientos y reglas. Conviene, pues, que tengamos un mismo sentir: que, si un miembro sufre, los demás miembros sufran con él y que, si un miembro es honrado, se alegren todos los miembros. Acogeos mutuamente —dice el apóstol—, como Cristo os acogió para gloria de Dios. Nos acogeremos unos a otros si nos esforzamos en tener un mismo sentir; llevando los unos las cargas de los otros, conservando la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz. Así es como nos acogió Dios a nosotros en Cristo. Pues no engaña el que dice: Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo por nosotros. Fue entregado, en efecto, como rescate para la vida de todos nosotros, y así fuimos arrancados de la muerte, redimidos de la muerte y del pecado (Cirilo de Alejandría, *Comentario a la Carta a los Romanos*, 15,7; PG 74, 854-855).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Los que tenemos una fe bien formada debemos sobrellevar las flaquezas de quienes no la tienen*» (Rom 15,1a).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La liturgia nupcial empieza en el rito copto por la noche, después del oficio; por consiguiente, en relación cronológicamente directa con la hora de la resurrección e indicando de este modo un estrechísimo vínculo entre el Esposo, que sale de la estancia nupcial, y la pareja que va a unirse en las bodas.

La Iglesia bizantina ha celebrado siempre en Oriente, durante los tres primeros días de la semana santa y grande, mientras contempla el misterio del Señor crucificado y resucitado, un oficio denominado del Esposo, que se representa, de modo especial, en cada fiel, según el acontecimiento simbolizado por la parábola de las diez vírgenes: por eso vela, ora, se prepara en el amor, como las vírgenes prudentes, provistas de lámparas y de aceite, para celebrar el gran misterio de la muerte y resurrección, que manifiesta precisamente al Esposo en acción para unirse a su Iglesia.

El rito copto pone de relieve una vez más esta simbología en las nupcias entre dos fieles, celebradas de noche, cuando el clero acoge al joven esposo al canto del *Bendito el que viene* y con las lámparas encendidas, reconociendo de este modo que las bodas humanas se sitúan en el interior del misterio de la muerte y resurrección del Señor y, al mismo tiempo, indican la entrada en el Reino de los dos fieles unidos para siempre. No es algo marginal señalar que también en esta Iglesia, como en todos los ritos de Oriente, excepto el bizantino, la cruz preciosa es el centro celebrativo, a partir del anuncio del noviazgo, que empieza precisamente frente a una cruz de oro y a un anillo del mismo material: el metal precioso indica que el acontecimiento de la muerte ha sido absorbido para siempre por la resurrección.

Hay un icono, típicamente litúrgico, que muestra al Señor saliendo de medio cuerpo de la tumba, con los signos visibles de la Pasión. Oriente lo define simplemente como *ho Numphios* («el Esposo»), reconociendo en él el icono nupcial por excelencia. El Viviente que sale de la tumba, con todos los signos de la Pasión, revela en sí mismo la fecundidad de su vida y el modo como ha realizado la indisoluble unión nupcial con su esposa. En consecuencia, la tumba es tálamo santo, lugar precioso del amor, en donde el hombre ha recobrado la vida según el proyecto antiguo del Padre: no es casual que su icono espacial en la comunidad celebrante sea el altar de los divinos misterios (L. Crociani, «Alcune considerazioni dalla liturgia sul tema: rapporto tra mistero di Cristo e nozze», en R. Bonetti [ed.], *Mistero pasquale e mistero nuziale*, Roma 2003, 297-299).

43

Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo

(1 Cor 6,13c-15a.17-20)

Hermanos: ¹³ El cuerpo no es para la lujuria, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. ¹⁴ Dios, por su parte, que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros con su poder.

¹⁵ ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¹⁷ En cambio, el que se une al Señor se hace un solo espíritu con él. ¹⁸ Huid de la lujuria. Todo pecado cometido por el hombre queda fuera del cuerpo, pero el lujurioso peca contra su propio cuerpo. ¹⁹ ¿O es que no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habéis recibido de Dios y que habita en vosotros? Ya no os pertenecéis a vosotros mismos. ²⁰ Habéis sido comprados a buen precio; dad, pues, gloria a Dios con vuestro cuerpo.

LECTIO

Estamos dentro de la sección compuesta por los capítulos 5-7 de la primera Carta a los Corintios, donde Pablo se enfrenta con problemas diferentes y hasta de signo opuesto: un laxismo libertario y, viceversa, un ascetismo rígido. Sin embargo, ambas actitudes tienen una raíz común –que sirve de fondo a las consideraciones de la carta sobre el matrimonio o sobre temas afines–: precisamente una comprensión errónea del significado del cuerpo humano, tanto en el plano antropológico como

en el teológico. En este marco hemos de situar las reflexiones del apóstol, con las que expone algunas ideas inspiradoras de una correcta vivencia cristiana en orden a la sexualidad.

En los vv. 13-20 se enfrenta, probablemente, con el tema de la prohibición de las relaciones con las prostitutas, pero su discurso se extiende a todos los comportamientos calificados, sin ulteriores precisiones, de «lujuria» (*pornéia*).

Pablo conduce así a los corintios a reflexionar sobre el valor de la sexualidad: ésta se expresa en gestos que implican las dimensiones más profundas de la persona y, por consiguiente, no puede ser indiferente a un comportamiento u otro (v. 18).

El cristiano está llamado a decidir si usa su propio cuerpo a la manera de la «carne», abandonándolo a la lujuria, o bien a *vivir hasta el fondo la vocación cristiana también en la corporeidad*. La dignidad de esta última se basa en la relación con Cristo, por quien el creyente ha sido rescatado a un caro precio (v. 20), viéndose asignado a un destino de resurrección (v. 14); el cristiano forma un solo «espíritu» con Cristo (v. 17), es decir, *una unión plena* llevada a cabo por el Espíritu del Resucitado.

El bautizado concretiza así también en su propia corporeidad el «cuerpo» eclesial de Cristo (v. 15); la imagen del cristiano como uno de los miembros de la Iglesia pasa, a continuación, de una manera insensible, a la otra metáfora del cuerpo como templo del Espíritu Santo (v. 19).

Filón de Alejandría solía decir que el templo de Dios es la inteligencia del hombre; Pablo, en cambio, no duda en llamar templo también al cuerpo del cristiano. En este templo se debe ejercer verdaderamente el culto-servicio a Dios, por lo que hay que evitar toda ambigüedad.

MEDITATIO

Desde la perspectiva de un cuerpo destinado a la resurrección, vamos a intentar reflexionar sobre un campo todavía no explorado en todo su alcance en el ámbito de la coeducación sexual de la pareja: la particular forma de «lujuria» que es la pornografía. Se insinúa en este ámbito una especie de «salvoconducto» implícito: como si el uso de material pornográfico –tanto en la forma sencilla del pequeño periódico como en las más complejas de la televisión, de las líneas eróticas, de la navegación por Internet, incluidos los *chat*– pudiera configurarse como algo de uso privado, como una especie de zona franca; cuando no es incluso suministrado (en general por él a ella) como recurso o auxilio para la consecución del placer erótico.

Ahora bien, el uso de material pornográfico se paga muy caro, y no sólo porque despierta instintos sexuales desordenados, sino porque *parcela el cuerpo humano*, lo reduce a la pura exhibición de los órganos sexuales, lleva a cabo una «gigantografía» que, poco a poco, adquiere el poder de absorber la totalidad de la persona en prácticas más o menos mecánicas que falsean precisamente la sexualidad –que se refiere siempre a la totalidad de la persona– que quería «liberarse». Quien afirme que a través de la pornografía conoce mejor la sexualidad es un inmaduro que *se fija en la parte y pierde de vista el todo*. Tiene razón Pablo: «*El lujurioso peca contra su propio cuerpo*» (v. 18). Lo saben las prostitutas que –a menudo por desesperación o por una auténtica esclavización– aceptan la humillación de ser reducidas a una parte del cuerpo, anónima, sin alma ni vida. Esto va contra el cuerpo, es decir, contra la integridad propia (y ajena), contra el respeto que cada uno se debe a sí mismo y al otro.

Más aún: el uso de material pornográfico es, a continuación, difícil de metabolizar. No olvidemos que la

persona es también mente, mundo interior, imaginario, por lo que hace falta después una gran limpieza para abordar al otro sin reducirlo a zonas de placer; cuanto más llena está la mente de pornografía, menos capaz es de llegar al otro en su totalidad y *en su belleza* como templo del Espíritu. Su cuerpo, como el mío, tiende a glorificar a Dios como Amor que no desfallece. Maravilloso amor que *espera ser glorificado en nuestros cuerpos* (cf. v. 20).

ORATIO

Señor Jesús, tú sabes hasta qué punto la naturaleza ha puesto en el cuerpo de nuestros niños y de nuestras niñas señales inhibitorias que sólo se rebasan con la subversión de los sentidos. Sin embargo, nuestros ojos de adultos ven en ocasiones en los otros a seres para humillar o esclavizar, sin reconocer ya su sacralidad, su intimidad y la maravilla que engendra respeto. Ayúdanos a recuperar en cada persona que tengamos enfrente su dimensión infantil que nos abre a la contemplación. Todas las personas adultas han sido niñas y han sido cogidas en brazos por ti, Señor, como niños.

CONTEMPLATIO

No teme asumir la carne de unos miembros de los que él es el artífice. Pero ¿quién es el que nos dice esto? El Señor dice a Jeremías: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses, te tenía consagrado» (Jr 1,5). Y quien, al hacer a los hombres, tocaba sus miembros sin avergonzarse de ello, ¿se avergonzará de crear, a causa de sí mismo, esta santa carne que es el manto de su divinidad? Es Dios quien en el útero, hasta el día de hoy, da forma a los fe-

tos humanos, de acuerdo con lo escrito en Job: «¿No me vertiste como leche y me cuajaste como queso? De piel y de carne me vestiste, y me tejiste de huesos y de nervios» (Job 10,10). Nada hay abominable en la hechura del hombre mientras no la manche por el adulterio y la lascivia. El que hizo a Adán hizo también a Eva; con las manos divinas fueron hechos tanto el hombre como la mujer. Ninguno de los miembros del cuerpo fue hecho desde un principio abominable. Callen, pues, todos los herejes que acusan a los cuerpos y a quien los hizo. Nosotros, en cambio, recordaremos la sentencia de Pablo: «¿No sabéis que vuestro cuerpo es santuario del Espíritu Santo, que está en vosotros?» (1 Cor 6,19). Además, el profeta predijo acerca de la persona de Jesús: «Mi carne es de ellos» (Os 9,12 LXX) (Cirilo de Jerusalén, *Catequesis*, XII, 26).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Dad, pues, gloria a Dios con vuestro cuerpo*» (1 Cor 6,20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En consecuencia, la sexualidad, mediante la cual el hombre y la mujer se dan uno a otro con los actos propios y exclusivos de los esposos, no es algo puramente biológico, sino que afecta al núcleo íntimo de la persona humana en cuanto tal. Ella se realiza de modo verdaderamente humano, sólo cuando es parte integral del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen totalmente entre sí hasta la muerte. La donación física total sería un engaño si no fuese signo y fruto de una donación en la que está presente toda la persona, incluso en su dimensión temporal; si la persona se reservase algo o la posibilidad de decidir de otra manera en orden al futuro, ya no se donaría totalmente.

Esta totalidad, exigida por el amor conyugal, corresponde también con las exigencias de una fecundidad responsable, la cual, orientada a engendrar una persona humana, supera por su naturaleza el orden puramente biológico y toca una serie de valores personales, para cuyo crecimiento armonioso es necesaria la contribución perdurable y concorde de los padres.

El único «lugar» que hace posible esta donación total es el matrimonio, es decir, el pacto de amor conyugal o elección consciente y libre con la que el hombre y la mujer aceptan la comunidad íntima de vida y amor, querida por Dios mismo (cf. GS 48), que sólo bajo esta luz manifiesta su verdadero significado. La institución matrimonial no es una ingerencia indebida de la sociedad o de la autoridad ni la imposición intrínseca de una forma, sino exigencia interior del pacto de amor conyugal que se confirma públicamente como único y exclusivo, para que sea vivida así la plena fidelidad al designio de Dios Creador. Esta fidelidad, lejos de rebajar la libertad de la persona, la defiende contra el subjetivismo y relativismo, y la hace partícipe de la Sabiduría creadora (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 11).

44

El amor nunca tendrá fin (1 Cor 12,31b-14,1a)

^{12,31} Hermanos: os voy a mostrar un camino que supera a todos.

^{13,1} Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como campana que suena o címbalo que retiñe. ² Y aunque tuviera el don de hablar en nombre de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia, y aunque mi fe fuese tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. ³ Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

⁴ El amor es paciente y bondadoso;
no tiene envidia,
ni orgullo, ni jactancia.

⁵ No es grosero, ni egoísta;
no se irrita ni lleva cuentas del mal;

⁶ no se alegra de la injusticia,
sino que encuentra
su alegría en la verdad.

⁷ Todo lo excusa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo aguanta.

⁸ El amor no pasa jamás. Desaparecerá el don de hablar en nombre de Dios, cesará el don de expresarse en un lenguaje misterioso, y desaparecerá también el don del conocimiento profundo. ⁹ Porque ahora nuestro saber es imperfecto, como es imperfecta nuestra capacidad de hablar en nombre de Dios; ¹⁰ pero cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. ¹¹ Cuando yo era niño, hablaba como niño, razonaba como niño; al hacerme hombre, he dejado las cosas de

niño. ¹² Ahora vemos por medio de un espejo y oscuramente; entonces veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente, entonces conoceré como Dios mismo me conoce.

¹³ Ahora subsisten estas tres cosas: la fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor. ¹⁴ Buscad, pues, el amor.

LECTIO

Como conclusión de su instrucción sobre los carismas, Pablo indica a los corintios el carisma por excelencia –como dice el texto griego–, y no simplemente un camino que los supera a todos. *El amor no es facultativo*, sino el camino obligatorio para la vida cristiana, y además de ser el camino es también la meta, el punto de llegada, puesto que sólo él permanece, junto con la fe y la esperanza. Esto significa que vivir en el amor es participar *ya hoy* de la dimensión de la eternidad, de la consumación.

Usando el procedimiento de la negación, necesario a todo discurso místico, Pablo afirma sustancialmente tres dimensiones imposibilitadas por la ausencia del amor. Sin él no es posible comunicar realmente (y esto es algo que se tomaban muy a pecho los teatrales corintios: cf. v. 1), sin él es imposible edificarse uno mismo (v. 2), y todavía mucho más imposible establecer una relación con Dios (v. 3), puesto que la expresión «*me sirve*» se usaba exactamente en los papiros de la época para la relación de los devotos con los dioses.

Después de las negaciones vienen una *serie de verbos* (vv. 4ss) que la traducción vierte, sin embargo, con adjetivos: se trata, pues, de una descripción de actividades y no de una definición del amor, que sigue siendo imposible, puesto que es *radicalmente misterio*. Algunos autores sugieren sustituir la palabra «caridad/amor» por Cristo, y en ese caso tendríamos un es-

pléndido himno cristológico. Sin entrar en el detalle de las actividades suscitadas por el amor, podemos reconocer en ellas el estilo con el que Dios nos ama en Cristo, un estilo que debe convertirse en el modelo para todo cristiano.

El v. 7 presenta la acción del amor con un cuádruple *todo*. Se trata de una fuerza omnipotente, que se contrapone a la que el hombre pone en sus propios designios orgullosos y delirantes, porque es capaz de vencer el odio, la muerte y el pecado con la paciencia y la esperanza sin límites. El amor es la madurez de la persona y tendrá su perfección definitiva cuando se produzca el pleno conocimiento de amor entre nosotros y Dios.

MEDITATIO

La siguiente es una «confesión auténtica» de las que abren un abismo de dolor y de miedo, pero que pueden abrir también «*cielos nuevos y tierras nuevas*»: «Me consideraba lista; he criado a mis hijas del mejor modo posible, sin que les faltara de nada, pero mostrándoles que este “bien” era yo la que se lo daba; lo daba sin que mi marido apareciera, presentándole incluso como tacaño a sus ojos. Quería que se apegaran a mí. Ahora que la última tiene veinte años y es la más imposible de contentar, me pregunto *qué* es lo que he transmitido. En el fondo, he hecho lo que he querido a lo largo de toda mi vida matrimonial. Nunca me he mostrado débil y siempre lo he “mantenido en la cuerda floja”. Precisamente como me decía mi madre: nunca te dejes pisotear por los hombres, nunca te fíes nunca del todo. Te lo digo yo, a quien me dejó plantada un marido que no sabía darme otra cosa que dinero para gastar. Sin embargo, ahora. Ahora que mis hijas se están despegando, me doy cuenta de que “él” no se siente solo: en el fondo, siempre ha in-

tentado ser un buen padre y un buen marido. Soy yo la que se siente sola, con un desierto en mi interior: ninguno de mis trucos para no ser vulnerable ha funcionado. Ayer por la noche sucedió algo extraño: él se retrasó. Yo sabía que había ido a casa de unos amigos que estaban en crisis, pero, de improviso, me sentí celosa. Cuando volvió, lo traté muy mal; él me preguntó: "Pero ¿estás celosa?". Le respondí desdeñosa: "Tienes que correr mucho para ponerme celosa". He pensado una vez más que, si me muestro vulnerable, él se aprovechará. Sin embargo, ha nacido en mí una sospecha nueva: ¿y si me entregara? Si le dijera: "Sí, estoy celosa, porque tú eres importante para mí?". Se trata de un paso que me da miedo, mucho miedo. Sin embargo, lo daré; más aún, rezaré para conseguir darlo».

Esta «confesión» es un himno al nacimiento del amor que muestra de manera visible cómo sin el amor es imposible la comunicación auténtica, la construcción de nosotros mismos y la relación con Dios. El amor –que es ante todo entrega y esperanza– *es la llave que abre la puerta de la vida*. Ahora y para la eternidad.

ORATIO

¡Cuántas palabras, Señor, dicen los enamorados!
¡Cuántas palabras tejen los amantes para seducirse!
¡Cuántos juegos de rol circulan entre las palabras de amor!

Purifica nuestros labios y nuestros oídos, Señor, a fin de que seamos capaces de oír lo que resuena en nuestro decir y en nuestro escuchar, a fin de que seamos capaces de oír lo que resuena en el silencio cálido de la intimidad y en el silencio frío de la distancia que juzga.

Y a fin de que seamos capaces de discernir en lo profundo el amor que damos y apreciar el que los otros nos dan.

CONTEMPLATIO

Ambos apóstoles, tanto Pablo como Pedro, exhortan al amor recíproco. El uno, conociendo la infalibilidad de la unión recíproca con el vínculo del amor, que define como el más grande de todos los carismas, porque no es capaz de hacer mal al prójimo, dice: «*La caridad no hace mal al prójimo*» (cf. 1 Cor 13,5), y ordena a los que se revisten de ella que se apoyan entre ellos. Por otra parte, dispone no buscar el propio beneficio, sino amar al prójimo con ese amor que convierte en un solo cuerpo y un solo espíritu a cuantos participan de él, los pone en una única esperanza de llamada y los hace convertirse en copartícipes de la vida eterna.

El otro [Pedro] dice: «*Puesto que obedientes a la verdad habéis suprimido cuanto impide un sincero amor fraterno, amaos de corazón e intensamente unos a otros*» y «*como servidores de Dios, mostrad aprecio a todos, amad a los hermanos, honrad a Dios*» (1 Pe 1,22; 2,16s), sabiendo que el amor nos hace hermanos los unos de los otros. Por eso nos manda, ante todo, que seamos constantes en la caridad mutua, porque él nos ha revelado con claridad que la caridad cubre una multitud de pecados (cf. 1 Pe 4,8) (Sofronio de Jerusalén, *Le Omelie*, Roma 1991, 130s).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras:
«*Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los án-*

geles, si no tengo amor, soy como campana que suena o címbalo que retiñe» (1 Cor 13,1).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Dios es en sí mismo un misterio de amor trinitario (el Padre es el eterno amante, el Hijo el eterno amado, el Espíritu el eterno amor del Padre y del Hijo, para emplear el lenguaje agustiniano). Al crear al ser humano, hombre y mujer, Dios no sólo lo crea por amor, sino que le llama al amor: «Creándola a su imagen y conservándola continuamente en el ser, Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y, consiguientemente, la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano» (FC 11). [...].

El significado del cuerpo, a nivel de la criatura, debemos comprenderlo en el interior de esta vocación innata y fundamental de la persona humana al amor y a la comunión. El cuerpo es un ser *con los otros*, destinado a ser *para los otros*. Lo mismo vale para la sexualidad: forma parte de esta vocación-capacidad-responsabilidad y –como dimensión constitutiva del ser humano– realiza su significado más profundo únicamente si conduce al hombre y a la mujer (tanto en la vocación al matrimonio como en la consagración específica a Dios) a llevar una existencia de amor y de comunión. El cuerpo, bajo este aspecto, tiene un valor eminentemente *esposal*: está destinado a significar amor y comunión, a ofrecer y a recibir amor y comunión en relación a los dos diferentes proyectos de vida: matrimonio o virginidad consagrada.

El de la esposalidad del cuerpo es un tema particularmente entrañable al santo padre, que ha repetido en distintas ocasiones: «El cuerpo humano, con su sexo, y con su masculinidad y feminidad, visto en el misterio mismo de la creación, es no sólo fuente de fecundidad y de procreación, como en todo el orden natural, sino que incluye desde “el principio” el atributo “esposalicio”, es decir, la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don y –mediante este don– realiza el sentido mismo de su ser y exis-

tir» (Juan Pablo II, audiencia general del 16 de enero de 1980) (C. Rocchetta, «Riflessioni teologiche sulla reciprocità matrimonio-verginità», en R. Bonetti [ed.], *Verginità e matrimonio. Due parabole dell'Unico Amore*, Milán 1998, 75-77).

El Padre en su bondad nos ha querido como hijos en Cristo Jesús

(Ef 1,3-6)

³ Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que desde lo alto del cielo
nos ha bendecido por medio de Cristo
con toda clase de bienes espirituales.

⁴ Él nos eligió en Cristo
antes de la creación del mundo,
para que fuéramos su pueblo
y nos mantuviéramos
sin mancha en su presencia,
en la caridad.

⁵ Él nos destinó de antemano,
conforme al beneplácito de su voluntad,
a ser adoptados como hijos suyos
por medio de Jesucristo,

⁶ para que la gracia
que derramó sobre nosotros
por medio de su Hijo querido,
se convierta en himno
de alabanza a su gloria.

LECTIO

Este breve fragmento, tomado de la Carta a los Efesios, nos presenta únicamente el comienzo de un himno de bendición amplio y solemne que sirve de prólogo a la misma carta. El texto tiene el movimiento de una

berakhá, es decir, de una acción de gracias por el bien recibido; presenta, por consiguiente, toda una serie de bendiciones, que expresan la inmensa riqueza del don que Dios ha comunicado al hombre por él mismo bendecido.

La doxología –o bien el «discurso de alabanza»– comienza con una fórmula en la que Dios es objeto de la bendición del apóstol y de los creyentes de la comunidad cristiana, porque es el sujeto de la acción salvífica («*bienes espirituales*») para con la Iglesia (v. 3). Los términos recuerdan varios motivos presentes también en la otra carta remitida desde la prisión; a saber, la dirigida a los colosenses, aunque con una evidente acentuación cristológica: «*En Cristo*». En efecto, Cristo es el instrumento, es decir, el mediador de esta bendición, porque el cristiano ha sido incorporado a él y en él recibe toda bendición celestial.

Sigue la primera parte de la doxología (vv. 4ss), donde se contemplan algunos de los momentos de la bendición divina. Ésta procede de una elección pretemporal y de la predestinación de los cristianos a ser hijos adoptivos (vv. 4-6a), para concretarse en la redención que se nos ha dado por pura gracia con la sangre de Cristo (vv. 6b-7; este último versículo está omitido en el texto litúrgico).

El objeto del himno es, en definitiva, la celebración del plan salvífico de Dios, que tiene su consumación suprema en Cristo Jesús, a quien se ha confiado el señorío sobre todas las realidades espirituales («*desde lo alto del cielo*») y materiales. El designio salvífico se contempla en su origen, esto es, en el beneplácito de la voluntad de Dios, en su decisión de dar a la humanidad la adopción filial en Cristo.

La condición en la que se encuentra el creyente, de inefable filiación con Dios, debe manifestarse en una existencia santa e inmaculada («*en la caridad*»: v. 4). Por

consiguiente, es una vida transcurrida en el amor aquella en la que se realiza el proyecto de Dios sobre la humanidad y se consuma la respuesta a la llamada divina a ser «*himno de alabanza a su gloria*» (v. 6). Éste –a saber, una vida santa, pura, ofrecida en la caridad– es el único medio adecuado de responder al don recibido en Cristo, para acoger la bendición divina, para situarse frente al misterio de la propia elección, que tiene su origen en la misma eternidad de Dios.

MEDITATIO

Si dos cónyuges no llegan a la experiencia de ser uno bendición para el otro, no han comprendido nada ni de la realidad de su amor, ni del amor de Dios que actúa en ellos. Ahora bien, ¿cómo ser bendición recíproca? San Pablo nos da las premisas para comprenderlo, a partir de la elección pretemporal («*antes de la creación del mundo*»: v. 4) de cada uno de nosotros para ser sus hijos adoptivos. La primera bendición que nos habilita para existir, para realizarnos en plenitud, para aspirar a los bienes más grandes, *tiene allí su fundamento*. Ahora bien, la elección no es un certificado, un simple título que no cambia la naturaleza de nuestro ser-en-relación. La bendición (es bueno que tú existas, te tomo como hijo, me glorío de ti) *desciende* sobre toda relación que nos haga caminar hacia él, en particular sobre la relación masculino-femenina con que ha pensado y modelado al ser humano, poniendo en él su carné de identidad, su imagen y semejanza. En la bendición originaria que nos llama a la vida de Cristo se *incluye*, por consiguiente, *nuestra relación de cónyuges*.

Pero eso no basta: nuestra relación, bendecida y consagrada el día de la boda, *no es un vínculo estático*, y menos aún una especie de seguro de que Dios «*nos destinó de antemano*» el uno al otro (quitándonos de este

modo la libertad de nuestra búsqueda y de nuestros errores), sino el descubrimiento de que en ese hombre particular y determinado que es «él» hay una bendición para esa mujer particular y determinada que es «ella» –y viceversa, naturalmente–. ¿De qué modo? ¿Es preciso que nos sustraigamos a la pretensión de que el otro funcione como yo, de que sea una bendición alguien que piense como yo en el momento exacto en que yo lo pienso, a la expectativa de que conozca y comparta todos mis pensamientos, deseos, apetitos? Sería mucho mejor un espejo que me remita mi imagen, pero que no me dice nada sobre lo que *podría* ser. Un clon mío, un amor homosexual, sería «fácil», pero no me llevaría a ninguna parte. Mi «él», mi «ella», es una bendición para mí, precisamente porque es *distinto* a mí, porque *no puedo cambiarlo*, manejarlo, hacerle pensar-desear lo que yo pienso-deseo. Precisamente en su nueva (incómoda, pero siempre nueva) diversidad, el/ella es la bendición para mí y forma parte de mi camino histórico de elección.

ORATIO

Es difícil, Señor, bendecirlo/bendecirla cuando me desplaza, cuando me contradice, cuando no es como espero, cuando me defrauda. Ayúdanos, Señor, a creer en tu señorío, que guía nuestra historia y mira con amor todos nuestros pasos para componer nuestras diversidades.

CONTEMPLATIO

Un hermano le preguntó al padre Poimen: «¿Cómo deben ser los que viven en comunidad?». El anciano respondió: «Quien vive en comunidad debe considerar a todos como uno solo, custodiar su propia boca y sus

propios ojos, y así permanecerá en la quietud sin preocupaciones» (Padres del desierto, *Deti editi e inediti*, Magnano 2002, 131).

ACTIO

Envíale un SMS para agradecerle su particular calidad/diversidad.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En todo caso, es oportuno recordar que los valores femeninos apenas mencionados son ante todo valores humanos: la condición humana, del hombre y la mujer creados a imagen de Dios, es una e indivisible. Sólo porque las mujeres están más inmediatamente en sintonía con estos valores pueden llamar la atención sobre ellos y ser su signo privilegiado. Pero en última instancia cada ser humano, hombre o mujer, está destinado a ser «para el otro». Así se ve que lo que se llama «feminidad» es más que un simple atributo del sexo femenino. La palabra designa efectivamente la capacidad fundamentalmente humana de vivir para el otro y gracias al otro.

Por lo tanto, la promoción de las mujeres dentro de la sociedad tiene que ser comprendida y buscada como una humanización, realizada gracias a los valores redescubiertos por las mujeres. Toda perspectiva que pretenda proponerse como lucha de sexos sólo puede ser una ilusión y un peligro, destinados a acabar en situaciones de segregación y competición entre hombres y mujeres, y a promover un solipsismo que se nutre de una concepción falsa de la libertad.

Sin prejuzgar los esfuerzos por promover los derechos a los que las mujeres pueden aspirar en la sociedad y en la familia, estas observaciones quieren corregir la perspectiva que considera a los hombres como enemigos que hay que vencer. La relación hombre-mujer no puede pretender encontrar su justa condición en una especie de contraposición desconfiada y a la

defensiva. Es necesario que esa relación sea vivida en la paz y felicidad del amor compartido.

En un nivel más concreto, las políticas sociales –educativas, familiares, laborales, de acceso a los servicios, de participación cívica–, si bien por una parte tienen que combatir cualquier injusta discriminación sexual, por otra deben saber escuchar las aspiraciones e individualizar las necesidades de cada cual. La defensa y promoción de la idéntica dignidad y de los valores personales comunes deben armonizarse con el cuidadoso reconocimiento de la diferencia y la reciprocidad, allí donde eso se requiera para la realización del propio ser masculino o femenino (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, 31 de mayo de 2004, 14).

46

Que el Padre ilumine los ojos
de vuestro corazón, para que
conozcáis cuál es la esperanza
a la que habéis sido llamados

(*Ef 1,15-23*)

Hermanos:

¹⁵ También yo, al conocer vuestra fe en Jesús, el Señor, y vuestro amor hacia todos los creyentes, ¹⁶ no ceso de dar gracias a Dios por vosotros, recordándoos en mis oraciones. ¹⁷ Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda un espíritu de sabiduría y una revelación que os permita conocerlo plenamente. ¹⁸ Que ilumine los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados, cuál la inmensa gloria otorgada en herencia a su pueblo, ¹⁹ y cuál la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, manifestada a través de su fuerza poderosa. ²⁰ Es la fuerza que Dios desplegó en Cristo al resucitarlo de entre los muertos y sentarlo a su derecha en los cielos, ²¹ por encima de todo principado, potestad, poder y señorío, y por encima de cualquier otro título que se precie de tal no sólo en este mundo, sino también en el venidero. ²² Todo lo ha puesto Dios bajo los pies de Cristo, constituyéndolo cabeza suprema de la Iglesia, ²³ que es su cuerpo, y, por lo mismo, plenitud del que llena totalmente el universo.

LECTIO

La perícopa está compuesta por una plegaria de intercesión para que la comunidad llegue al conocimiento del poder de Dios (vv. 15-19) y de su glorificación por su manifestación en Cristo, cuyo primado se celebra (vv. 20-23).

Pablo se dirige, en primer lugar, a Dios, agradeciéndole la fe de los efesios y confesándole como Padre de Cristo Jesús y Padre de la gloria (v. 17). La expresión «Padre de la gloria» significa que la gloria le pertenece y emana de él; la gloria es el amor paterno de Dios que se manifiesta trayendo la salvación al hombre. El apóstol le pide al Padre de Jesucristo que derrame un «*espíritu de sabiduría*», que, como ya en el Primer Testamento, se considera el don por excelencia del Espíritu del Señor. La gloria de Dios produce, por tanto, en los creyentes la capacidad de captar los caminos de Dios en su propia historia y los conducirá a una comprensión cada vez más profunda, vital y totalizadora del misterio de Dios revelado en Cristo (vv. 18s). En definitiva, el apóstol invoca para los fieles de Éfeso la experiencia de una iluminación interior que califica la vida bautismal (cf. también Ef 5,14).

Pablo pasa a celebrar, a continuación, el primado de Cristo. Después de haber proclamado su resurrección de los muertos, proclama su ilimitado señorío, el que el Padre le ha conferido sentándolo por encima de todas las potestades (v. 21). Debemos entender aquí todas las criaturas invisibles que sustanciaban la enfática angelología y demonología de la época, y cuya existencia parecía constituir para los efesios un obstáculo al primado de Cristo.

Su primado es un dominio sobre todas las realidades. Pablo emplea aquí la imagen de un rey oriental victorioso que pone el pie sobre la nuca del enemigo (v. 22). Tal es la sublime exaltación de Cristo por parte del Padre: Cristo lo tiene todo a sus pies, todo el universo, y en particular la Iglesia, o sea, la comunidad que ya ha reconocido ahora su señorío.

Emplea para la Iglesia la imagen del *cuerpo de Cristo*, que aparecía ya en 1 Cor 12, aunque los matices del significado son diferentes. El término no se emplea aquí

únicamente para indicar la integración de la diversidad de los carismas en una unidad más elevada, sino que la metáfora del cuerpo sirve también para señalar la presencia visible de Cristo en el mundo a través de la comunidad cristiana. Así pues, la oración se extiende desde la perspectiva eclesial a la consideración de las dimensiones cósmicas del misterio de Cristo, «*plenitud del que llena totalmente el universo*» (v. 23).

MEDITATIO

«Deberían gastar menos. Ella sobre todo tiene las manos agujereadas» (pensamiento no invisible de la suegra de ella). «Él se hace servir. No la gratifica nunca bastante» (pensamiento no invisible de la suegra de él). «La casa es un caos. ¿Cómo pueden vivir en ella con esos pobres niños? (pensamiento no invisible de la suegra de ella). «No es capaz de hacer nada, excepto su trabajo, que le permite estar sentado todo el día» (pensamiento no invisible de la suegra de él). Como bien podemos imaginar, estos pensamientos podrían continuar hasta el infinito, y las posiciones también podrían intercambiarse: hay madres, por ejemplo, que hablan mal de su hija y exaltan al yerno. Sin embargo, todas estas «quejas», más o menos realistas, tienen un denominador común: *la falta de gratitud*.

«No ceso de dar gracias a Dios por vosotros, recordándoos en mis oraciones» (v. 16), dice ese «padre anciano» en la fe que es san Pablo. ¿Dónde están el suegro, los padres que dan gracias no tanto por una cualidad de su hijo, de un yerno/nuera, sino por la pareja? La *pareja* necesita que la comunidad –los padres ancianos, los grupos de familias, el sacerdote– *no cese de dar gracias por ella*. Probablemente los dos están a kilómetros de distancia de los modos con que los padres piensan que se debe sacar adelante una familia, probablemente distan

también de una práctica de la fe tal como la querríamos nosotros; sin embargo, se aman, mantienen en pie su hogar, cuidan de sus hijos, etc. Y entonces, ¿por qué no dar gracias por ellos públicamente (justamente como hace el autor de la Carta a los Efesios), de manera que experimenten que su vida y su modo de amarse es un bien para toda la comunidad? Esto no nos impide ver sus límites (del mismo modo que Pablo veía con lucidez y dureza los de sus comunidades); más aún, es el punto de partida para hablar de ellos a Dios en la oración: «*Que ilumine los ojos de vuestro corazón, para que conozcáis cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados*» (v. 18). Éste es un modo sano –y no intrusivo– de proclamar el señorío de Jesús sobre sus vidas y sobre las de sus amadísimos nietos (véase también los textos 3 y 4).

ORATIO

Te damos gracias, Señor, por todas las parejas y las familias que conocemos. Ayúdanos a pronunciar nuestro «gracias» que no mide, no critica, no juzga; con la confianza de que tú, Padre, lo has puesto todo bajo los pies (cf. v. 22) de nuestro Señor Jesucristo, que venció a todas las potestades y seducciones del mal, te pedimos por estas familias-parejas, para que no les falte tu Espíritu de sabiduría.

CONTEMPLATIO

¿Qué decir? ¿Que no conseguiréis encontrar buenos cristianos? ¡Jamás! No quiero oír esto en la era de mi Señor. Encontraréis, sin duda, buenos maridos, creedme. Encontraréis buenos maridos fieles a sus mujeres, y buenas mujeres fieles a sus maridos; encontraréis al-

guien que no preste a usura porque le repugna; encontraréis quien odia más cometer un fraude que actuar en su propio perjuicio. Encontraréis ciertamente estos buenos cristianos (Agustín de Hipona, «*Sermone Guelf.*», XVIII, 2, en C. Cremona [ed.], *Pensieri*, Milán 1998, 305).

ACTIO

No nos mostremos conniventes con quien envilezca y devalúe a un miembro de una pareja o de una familia.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Sólo el que no ha pasado por una experiencia de amor afirma que el estribillo del «¡qué guapo eres / qué guapa eres!» es monótono: parece siempre lo mismo, desde fuera. Sin embargo, cada vez es nuevo, porque dice no sólo que el descubrimiento de tu belleza no acontece nunca de una vez por todas –en efecto, nunca podremos abarcar en su totalidad la belleza del otro–, sino que dice, sobre todo, que tu belleza cambia según las estaciones de la vida; es una belleza que se renueva, que tiene en sí misma el germen de la eternidad.

Es posible descubrirse bellos, en efecto, después de cincuenta años de matrimonio, con una belleza que conduce a la nostalgia del «tal como éramos». Necesitamos esposos que se miran, que pierdan el tiempo en mirarse. Incluso después de decenios, cuando el mirarse ya no contiene sólo la atracción carnal, sino el germen de la contemplación: la capacidad de contemplar la belleza interior del amado y de la amada.

No es fácil dejarse mirar; con la ingenuidad, con la impetuosidad de los primeros impactos era más espontáneo, más natural; pero con el paso de los años, dejarse mirar significa cada vez más aceptar sacar a la luz las propias zonas de sombra. Unas zonas que, tal vez, querrían sustraerse, con el temor de «hacer daño» al amor; pero, si nos dejamos mirar, la vida se purifica poco a poco, se vuelve buena, sin temor.

De ahí que no baste una vida para amarse: *hace falta la eternidad*. Por eso la relación de amor es *indisoluble*: tiene delante una tarea que nunca se puede considerar acabada (R. Bonetti – P. Rota Scalabrini – M. Zattoni – G. Gillini, *Innamorati e fidanzati. Cammini di autoformazione*, Cinisello Balsamo 2003, 100s).

47

Del Padre celestial procede toda familia en los cielos y en la tierra

(Ef 3,14-21)

¹⁴ Por eso, yo, Pablo, doblo mis rodillas ante el Padre, ¹⁵ de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶ para que, conforme a la riqueza de su gloria, os robustezca con la fuerza de su Espíritu, de modo que crezcáis interiormente. ¹⁷ Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que viváis arraigados y fundamentados en el amor. ¹⁸ Así podréis comprender, junto con todos los creyentes, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad ¹⁹ del amor de Cristo, un amor que supera todo conocimiento y que os llena de la plenitud misma de Dios.

²⁰ A Dios, que tiene poder sobre todas las cosas y que, en virtud de la fuerza con la que actúa en nosotros, es capaz de hacer mucho más de lo que nosotros pedimos o pensamos, ²¹ a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por siempre y para siempre. Amén.

LECTIO

Este fragmento concluye la primera parte de la Carta a los Efesios con una súplica en la que Pablo pide a Dios la plena participación de los cristianos en los dones recibidos en Cristo. La súplica es solemne, y por eso el apóstol emplea el gesto simbólico de la oración, es decir, el de ponerse de rodillas (v. 14).

Se dirige a Dios llamándole «Padre» y afirmando que de él procede toda familia / paternidad en los cielos y en

la tierra (v. 15). Pretende decir así que la paternidad soberana de Dios como Creador se extiende a todo el universo y abarca a todas las criaturas.

Pablo invoca la acción del Espíritu Santo sobre los fieles, a fin de que refuerce en ellos el hombre interior (v. 16). Con este lenguaje, procedente de la tradición griega, indica el lugar privilegiado de la acción del Espíritu: la inteligencia, la voluntad y la libertad humana. Sólo el Espíritu entregado con generosidad y poder por el Padre («*conforme a la riqueza de su gloria*») da seguridad y estabilidad a los fieles en la nueva dimensión de la vida cristiana.

Sinérgica a la acción del Espíritu es la inhabitación de Cristo en los corazones de los creyentes (v. 17), que les conduce a la plena madurez cristiana, que es, precisamente, la perseverancia y la firmeza en el amor («*arraigados y fundamentados en el amor*»). Se aprecia aquí el uso absoluto del término «amor», algo que, más adelante, en el v. 19, será calificado de «*amor de Cristo*». El contexto del fragmento deja ver a qué amor se refiere concretamente Pablo; a saber, al amor fraterno, que cimienta los vínculos comunitarios y que tiene su fuente en Dios y en Cristo.

La petición siguiente es que la gracia divina lleve a los cristianos a comprender el amor de Cristo en todas sus dimensiones (vv. 18-19a). Se trata de una comprensión no tanto intelectual, como fruto de la experiencia viva, que no se lleva a cabo de una manera privada y solitaria, sino en comunión con todo el pueblo de Dios: «*Así podréis comprender, junto con todos los creyentes...*».

La última petición del apóstol es la consecuencia a la que tiende el proyecto salvífico del Padre; a saber, llenar a todos los creyentes de la plenitud de su vida divina (v. 19b).

La plegaria de Pablo concluye con una alabanza entusiasta elevada a Dios y a Cristo a través de la Iglesia

(vv. 20s), alabanza que pretende atravesar los tiempos y el espacio, para irradiar en todo el universo. La alabanza es como el bien: necesita expandirse e implicar a toda la realidad.

MEDITATIO

A buen seguro, ella no se expresaba con estos términos, pero quería «reforzar al hombre interior» de su marido, ponerle en contacto con la fuerza del Espíritu, y por eso le arrastraba a encuentros, conferencias, oraciones y compraba libros en los que se explicaba la Palabra de Dios de una manera tan luminosa que ella se extasiaba; no podía concebir que su marido no saboreara las mismas riquezas y por eso subrayaba diligentemente el libro y después se lo ponía en la mesita de noche y quería que él lo leyera. Si él leía algunas páginas, sin esforzarse por cierto en disimular su mala gana, entonces ella se ponía radiante, tierna con él. Casi sin saberlo, le resultaba más fácil la relación sexual cuando constataba que él había seguido leyendo (nada le escapaba, y mucho menos el número de páginas que había leído). Sin embargo, con el paso del tiempo, los encuentros y las lecturas que ella «le propinaba» (palabras de él) le hacían mostrarse cada vez más inerte y pasivo, con gran desconcierto para ella, que quería «llevarle a Dios» (palabras de ella). Esto no la detenía, puesto que –decía– «debemos compartir». Estaba más que convencida de tener razón, de tener que empujarle, pues, de lo contrario, él habría permanecido inmóvil como una roca.

La intención –como podemos imaginar– era buena, pero el camino estaba equivocado: quería «tirar» de su marido, más que para llevarle a Dios, *a sí misma*. Es verdad, cada uno de los cónyuges puede y debe ayudar al otro a ir hacia Dios, pidiendo al Espíritu –en el lenguaje de san Pablo– que refuerce su «*hombre interior*»:

la firmeza en la fe, la búsqueda de Él, su libertad, su deseo de ir más allá de la superficie de las cosas. En esta aventura de dar voz al propio «*hombre interior*» no hay mejor aliado que el cónyuge, que puede «engendrar», por así decirlo, al esposo / a la esposa en la fe, llevarle al encuentro con Dios. Pero *no ciertamente con los métodos de la instrucción*, poniéndose en un pedestal, a fin de controlar y medir sus pasos: con estos métodos sólo se desarrolla una resistencia pasiva, no, a buen seguro, «*el hombre interior*» que acoge a Dios. Dios «*está a la puerta y llama*» (Ap 3,20): preguntarse «¿entonces, cómo se hace?» significa cerrar los ojos y el corazón a su método, que no es el del dominio. Por lo demás, en este deseo legítimo y santo de que el cónyuge pueda conocer el amor de Dios, no olvidemos que Él «*es capaz de hacer mucho más de lo que nosotros pedimos o pensamos*» (v. 20). Entonces, ¿por qué no le dejamos actuar y nosotros permanecemos como testigos discretos y alegres de todo lo que su amor nos embellece y alegra?

ORATIO

Quiero confiarte a mi cónyuge, oh amor de Cristo, que superas todo conocimiento, deseo que él(ella) crezca en ti e incluso me supere, en su corazón arraigado y fundado en el amor. Ayúdame, Señor, a ver cómo actúas en él(ella), tú que respetas sus tiempos y le(a) amas sin condiciones. Te pido aún, Señor, que me dejes ayudarme por él(ella) a venir a ti, en los modos que tú quieras.

CONTEMPLATIO

Un padre preguntó a un médico sabio y le dijo: «Oh sabio, ¿conoces por casualidad el remedio para todos los dolores?». El médico le dijo: «Lo conozco perfectamen-

te. Escúchame: toma el azúcar de la penitencia, la flor del amor fraterno, la hoja del amor a los pobres, el fruto de la humildad, y llena el mortero de la misericordia; tritura todo de rodillas, exprímelo en el pañuelo de la aflicción y bébelo mezclado con lágrimas, en el corazón de cada noche. Éste es el remedio para todo dolor, puesto que no sólo devuelve la salud al hombre interior, sino que santifica, renueva y purifica también al exterior» (Padres del desierto, *Deti editi e inediti*, Magnano 2002, 265).

ACTIO

Si tenéis esta gracia, recitad juntos una oración, cada uno con la mano sobre la cabeza del otro, a fin de que cada uno pueda adorar el poder de Dios «*que actúa en nosotros*» (Ef 3,20).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cuando hablamos de «pastoral familiar», no entendemos una cosa abstracta o intimista. Entendemos la presencia simultánea de dos dimensiones: una familia que está en relación con Dios en el acontecer de la vida cotidiana y que extrae la comunión desde su raíz, es decir, desde la Trinidad, donde la familia (cristiana o no) tiene su referencia primordial; y una familia que, modelada a partir de esta relación, está presente en el mundo y lo transforma, exportando y difundiendo la comunión que viene de Dios. La familia no es autosuficiente, y no puede encerrarse en sí misma; el amor está hecho para expandirse, para difundir comunión, para abrirse al horizonte de Dios sin límites.

La acción y la contemplación son, por tanto, dos dimensiones que caracterizan a la familia cristiana: no un espiritualismo desencarnado, ni tampoco un activismo exento de alma, de proyecto y de motivaciones.

Ahora podemos preguntarnos: ¿cómo puede dejarse modelar hoy una familia, en el orden concreto de su vida cotidiana y en la variedad de sus situaciones existenciales, por una relación profunda con Dios? Poniéndose a la escucha de su Palabra. La palabra es, en efecto, el instrumento principal con el que, incluso en la experiencia humana, nos ponemos en relación con las personas. Ahora bien, la Palabra de la Escritura tiene la finalidad de ponernos en relación con Dios, de hacernos «conocer el corazón de Dios», de hacernos sentir amados por él y de responder con el amor a su oferta de comunión. Gregorio Magno exhorta así a los cristianos: «Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios».

Una familia cristiana está llamada a entrar en intimidad con Dios para dar testimonio de un amor que lleva la impronta de Dios. El contacto con la Palabra libera a la familia humana del riesgo de aislarse y la convierte en un recurso que genera y sostiene a la comunidad (S. Nicolli, «La Parola di Dios e la famiglia: una vocazione all'incontro», en *Notiziario dell'Ufficio catechistico nazionale*, VIII [2004] 15s).

48 Un solo Señor..., un Dios que es Padre de todos (Ef 4,1-6)

¹ Así pues, yo, el prisionero por amor al Señor, os ruego que os comportéis como corresponde a la vocación con la que habéis sido llamados. ² Sed humildes, amables y pacientes. Soportaos los unos a los otros con amor. ³ Mostraos solícitos en conservar, mediante el vínculo de la paz, la unidad que es fruto del Espíritu. ⁴ Uno solo es el cuerpo y uno solo el Espíritu, como también es una la esperanza que encierra la vocación a la que habéis sido llamados; ⁵ un solo Señor, una fe, un bautismo; ⁶ un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos.

LECTIO

La llamada divina, que fundamenta la identidad del cristiano, debe traducirse en un comportamiento existencial coherente (v. 1). El ser cristiano es gracia y, al mismo tiempo, correspondencia personal a la llamada por la que nos convertimos cada vez más en lo que *ya somos*. Pablo especifica así en qué consiste esta vida de la comunidad, enunciando ante todo una serie de comportamientos concretos (v. 2) que caracterizan las relaciones recíprocas entre los bautizados.

En primer lugar, aparece la *humildad*: se trata de un sabernos pequeños ante el Señor y se traduce en estima y respeto hacia el hermano. Su sinónimo es la *amabili-*

dad, entendida como comportamiento ajeno a los accesos de ira y de tosquedad. Viene después la *paciencia* o, mejor aún, la magnanimidad, como dice el texto griego, es decir, el no perderse en pequeñeces y superar las intolerancias recíprocas.

Estos elementos preparan para la exhortación más urgente: la dirigida a la unidad de la Iglesia (v. 3). El amor se expresa no tanto en un sentimiento como en la construcción concreta de la unidad de la Iglesia, considerada como cuerpo de Cristo, donde la multiplicidad converge en la unidad, venciendo las diferentes separaciones y desgarros. Puesto que la unidad profunda procede de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, la Iglesia es cuerpo de Cristo, y Pablo recuerda que, por encima de las divergencias de los puntos de vista particulares, debería estar siempre la consideración de lo que es realmente el misterio de la Iglesia.

La divina presencia es la fuente de la única *esperanza*, algo que debe caracterizar a todos los bautizados, y de la única *fe*, entendida en sentido objetivo (vv. 4s). También el *bautismo* es único, puesto que es la única vía que Dios nos ha dado para significar nuestra inmersión en el misterio de Cristo. En la aclamación final (v. 6) todo se orienta hacia Dios como Padre universal y garante sumo de la unidad de la Iglesia y de toda la humanidad.

MEDITATIO

Supportève (soportaos recíprocamente) es un deseo de bodas que se dice en alguna parte del Véneto (Italia): un deseo inteligente, y nos atreveríamos a decir «paulino», que expresa no sólo realismo (no siempre será todo llano entre vosotros), sino también esperanza: juntos conseguiréis superar los obstáculos. Ahora bien, hay dos mo-

dos de «soportarse recíprocamente». Uno es totalmente humano y procede de la decepción: te soporto porque no puedo hacer otra cosa; no te puedo cambiar, y debo soportarte así. El modo de soportarse se revela como una máscara que esconde devaluación y desprecio. «Siento que no está a mi altura», decía una mujer insatisfecha, «pero, en el fondo, es un buen hombre y me conformo con ello». Es inútil decir que semejante aire de resignación intoxica toda la casa y, sobre todo, no dice nada nuevo sobre el amor.

Hay, sin embargo, un soportarse, por así decirlo, «espiritual», precisamente en el sentido paulino: es humano, sí, porque procede de la ternura, de la magnanimidad, que no pone los puntos sobre las *ies*, que es hasta capaz de reírse de los propios defectos y de los del otro; pero procede del Espíritu que acogemos como *vocación*. Se trata de una llamada a la que no podemos sustraernos: los dos bautizados, que pertenecen a Cristo en virtud de su bautismo, han sido entregados por él el uno al otro en el misterio del sacramento. Ahora bien, no han sido entregados de una vez por todas con sueños immaculados: han sido entregados el uno al otro cada día por iniciativa suya.

Soportarse en el amor no puede ser una obra totalmente humana: es gracia, dada *gratis* no sólo a la pareja, sino a todos los que se benefician de la unidad de la pareja, a la comunidad cristiana, que necesita testigos unidos en el Espíritu «*mediante el vínculo de la paz*» (v. 3).

Vínculo y paz podrían parecer dos palabras distantes, casi inconciliables; sin embargo, Pablo, al unirlos, nos suministra una indicación preciosa: la paz familiar, fruto bueno del «soportarse recíprocamente», es un vínculo, un lazo de los cónyuges entre ellos, entre ellos y la Iglesia esposa y, sobre todo, entre ellos y el Esposo. Vínculo de unidad que él custodia y protege.

ORATIO

Haznos, como pareja, testigos de tu amor.

¿Cómo, si no somos capaces de dar la vida, si no somos capaces de proclamarte en las asambleas, si no somos capaces de escribir de ti?

Somos testigos cuando buscamos la paz a toda costa, cuando entregamos al otro nuestro error, cuando escribimos en nuestra mirada la alegría de volver a verle(a), cuando aceptamos construir junto a él(ella) nuestra alegría.

CONTEMPLATIO

¿Quiénes son los pacíficos? Son aquellos que, alejados del escándalo que nace del disenso y de la discordia, conservan, en la unidad de la fe católica, el amor de predilección en la caridad fraterna, y la paz de la Iglesia. El Señor recomienda conservar la paz de un modo completamente particular: mediante ella hace una apremiante invitación, puesto que leemos en el evangelio: «*Os doy la paz, os dejo mi paz*» (Jn 14,27) [...]. El apóstol nos invita también cálidamente a custodiar esa paz, exhortándonos: «*Intentad conservar la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz*» (Ef 4,3). Y añade también: «*Y la paz de Dios, que supera cualquier razonamiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos del mal*» (Flp 4,7). No hay nada más importante y más provechoso a la Iglesia que el empeño en conservar la caridad fraterna, que el deber de amar la paz. Ésta es la *conditio sine qua non* para poder contemplar a Dios; lo afirma la Carta a los Hebreos (12,14): «*Fomentad la paz con todos y la santidad, sin la cual ninguno verá al Señor*». Por lo cual es sumamente necesario conservar la paz en la Iglesia con toda atención y con una dedicación

constante. Si hay quien no está de acuerdo en esto, es preciso que pongamos todo nuestro celo para llevarle al amor de la Iglesia, a la paz, a la unidad de la fe (Cromacio de Aquileya, *Commento al Vangelo di Matteo / 1*, Roma 1984, 169s).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Soportaos los unos a los otros con amor*» (Ef 4,2).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La espiritualidad cristiana es docilidad a la iniciativa del Espíritu de Jesucristo, muerto y resucitado. Es decir, espiritualidad de la encarnación. Contra las tentaciones espiritualistas, muy difundidas en nuestros días, ligadas a la proliferación de lo «sagrado salvaje» que parasita el sentido religioso del hombre, el misterio nupcial –tal como lo viven concretamente los esposos, padres, madres, hijos, hermanos y hermanas cristianos– nos recuerda la gran necesidad de aternos a la realidad, a las cosas tal como son. Vivir el misterio nupcial como la respuesta real a la cuestión de la necesidad-deseo de amor constitutiva del hombre representa un recurso extraordinario para volver a crear en la civilización actual un sujeto personal y comunitario, verdaderamente capaz de una cultura arraigada en la experiencia de lo *humanum*.

¿De dónde nos viene a los cristianos la capacidad para este realismo? Ciertamente, de los dos fundamentos de nuestra fe: la Trinidad y Jesucristo. Ahora bien, ¿cómo se hacen accesibles, en el orden de lo concreto, estos grandes misterios? En la ofrenda que la Iglesia esposa hace de Cristo Esposo, para las bodas del Cordero. Ésta se lleva a cabo en el inefable y continuo don de la eucaristía al pueblo santo de Dios, es decir, en el don del Padre que rige todo acto de libertad del individuo. En el encuentro cotidiano entre la libertad de Dios y la libertad del hombre que

lleva a cabo la eucaristía, cada cristiano puede seguir a Cristo (el Camino) por la senda de la consumación de la necesidad-deseo constitutiva del ser amado definitivamente [...].

Dicho con otras palabras: cada circunstancia, si está arraigada objetivamente en la forma del rito sacramental tal como fue instituido en la santa madre Iglesia, se transforma en una prolongación del don eucarístico de Cristo en vistas a la consumación de nuestra libertad. Las relaciones de las que se amasa nuestra vida encuentran así en el misterio nupcial que se realiza en las familias cristianas, la posibilidad más elevada de educación del hombre, en las dos dimensiones constitutivas de los afectos y del trabajo. Ambas son, en efecto, interdependientes. No por nada el realismo cristiano atribuye al trabajo como primer y más inmediato significado el de proveer al sustento propio y de los seres queridos (A. Scola, «Uomo e donna oggi: identità e differenza», en R. Bonetti [ed.], *La reciprocità uomo-donna, via di spiritualità coniugale e familiare*, Roma 2001, 30-32).

49

Es éste un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia (Ef 5,1-2a.21-33)

Hermanos:

¹ Sed, pues, imitadores de Dios como hijos suyos muy queridos. ² Y haced del amor la norma de vuestra vida, a imitación de Cristo, que nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros.

²¹ Guardaos mutuamente respeto en atención a Cristo. ²² Que las mujeres respeten a sus maridos como si se tratase del Señor, ²³ pues el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza y al mismo tiempo salvador del cuerpo, que es la Iglesia. ²⁴ Y como la Iglesia es dócil a Cristo, así también deben serlo plenamente las mujeres a sus maridos.

²⁵ Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella ²⁶ para consagrarla a Dios, purificándola por medio del agua y la palabra. ²⁷ Se preparó así una Iglesia esplendorosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida; una Iglesia santa e inmaculada.

²⁸ Igualmente, los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, ²⁹ pues nadie odia a su propio cuerpo; antes bien, lo alimenta y lo cuida como hace Cristo con su Iglesia, ³⁰ que es su cuerpo, del cual nosotros somos miembros.

³¹ Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y llegarán a ser los dos uno solo. ³² Gran misterio éste, que yo relaciono con la unión de Cristo y de la Iglesia. ³³ En resumen, que cada uno ame a su mujer como se ama a sí mismo, y que la mujer respete al marido.

LECTIO

El autor de la Carta a los Efesios está proponiendo un código doméstico (Ef 5,21-6,9) para que el bautizado exprese también en familia su propia y radical adhesión al Señor. Pues bien, tras la enunciación del principio general de una sumisión *mutua* (v. 21), viene la instrucción a las mujeres, que presenta dos tipos de motivaciones: una consideración de carácter natural (v. 23a: «*El marido es cabeza de la mujer*») y otra de carácter cristológico (vv. 23b-24: la relación mutua en la pareja reproduce la que existe ente Cristo y la Iglesia).

Aunque este lenguaje parece sonar machista, debemos decir que, a pesar de las apariencias, la vida cristiana misma –y no sólo la matrimonial– se compone de sumisión recíproca («*Guardaos mutuamente respeto en atención a Cristo*»). Sin embargo, el centro del fragmento lo constituye la motivación cristológica de esta catequesis sobre la vida conyugal.

La instrucción dirigida a los maridos desarrolla, en efecto, ulteriormente la motivación cristológica precedente y propone algunas líneas de una teología cristiana del matrimonio (vv. 25-33): la relación salvífica de Cristo con la Iglesia, que se realiza en el amor y en la entrega de sí mismo, es prototipo, fuente y modelo de las relaciones esponsales de los cristianos. De este modo se permite descubrir al lector las raíces del estatuto «teológico» del matrimonio. A este respecto, parecen decisivos dos pasajes en particular (vv. 25 y 31s).

«*Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella*» (v. 25). Debemos señalar el verbo *agapao*, que en el Nuevo Testamento indica el amor gratuito y desinteresado de Dios, en Cristo, a la humanidad y del hombre a su prójimo. Es un amor que busca el bien del otro aun cuando sea comprometedor, difícil. Trasladado al ámbito conyugal,

se aplica a todas las manifestaciones de la vida en común y debe ser constante en el tiempo, del mismo modo que es fiel e irrevocable el amor con el que Cristo ha amado a su Iglesia.

«*Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y llegarán a ser los dos uno solo. Gran misterio éste, que yo relaciono con la unión de Cristo y de la Iglesia*» (vv. 31s). Aquí se realiza un itinerario inverso y se procede «desde abajo», desde la relación esponsal de la pareja, para aplicarla a la relación Cristo-Iglesia, y no viceversa. Esto pone de manifiesto la cualidad simbólica del amor nupcial, su capacidad de anunciar realmente, en el acontecer concreto de la vida familiar, el amor trascendente de Cristo.

La cita de Gn 2,24 es objeto de una interpretación original: en Cristo se consuma la verdad de la creación, del proyecto divino sobre la relación hombre-mujer. Acontece así que el misterio de la relación esponsal pasa a calificar la relación de Cristo con la Iglesia, y reverbera a su vez una nueva luz sobre la relación conyugal.

MEDITATIO

«Puesto que tú lo dices, lo haré». Increíble, ésta era la medicina que el psicoterapeuta había sugerido a una mujer respecto a su marido, en vistas a «curar» a su hijo adolescente, que se había lanzado a los desafíos, a las transgresiones, a las provocaciones y a las malas palabras dirigidas a su madre. Ésta esperaba ser defendida por su marido, que, sin embargo, callaba. Pero cuando la mujer se sometió realmente a su marido, su hijo se vio verdaderamente desplazado: aquel padre, que le parecía tan sometido y cobarde, era «obedecido» por su mujer cuando le hacía alguna petición explícita. Y de este modo quedó claro que la sumisión recíproca no

sólo no era una hermosa simpatía, sino que se convertía en una auténtica medicina contra el superpoder del hijo adolescente.

Tiene razón Pablo en esta inimitable catequesis sobre las relaciones conyugales: parece desequilibrarse sólo en la petición de sumisión a las mujeres, mientras que a los maridos sólo (!) se les pide que amen a su mujer como a su propio cuerpo; sin embargo, ésta es una lectura superficial.

En efecto, no sólo no es lícito sacar una frase de su propio contexto (v. 21: «*Guardaos mutuamente respeto*»), sino que, si nos fijamos bien, la «sumisión» por parte de la mujer y el amar (en el sentido de *agapao*) a la esposa como al propio cuerpo por parte del marido no son más que *dos caras de la sumisión recíproca*. Un marido que «amara» de una manera gratuita y desinteresada, es decir, sin pretensiones de derechos adquiridos, era una *novedad «antropológica»* en el contexto social de aquel tiempo, ciertamente mucho más que una mujer sometida.

Ahora bien, todo esto todavía en un plano humano: la novedad desconcertante, como hemos dicho más arriba, es que este plano *encarne* el anuncio del amor fiel recíproco entre Cristo y la Iglesia. El amor esponsal de dos cónyuges bautizados muestra la increíble apertura al misterio de amor entre Cristo y la Iglesia. Y, al mismo tiempo, el amor esponsal descubre su propia raíz última: la sumisión recíproca como la gracia que viene de Cristo Jesús y hace «*santa e inmaculada*» a su esposa.

Si el autor de la Carta a los Efesios se hubiera propuesto exaltar la relación conyugal, no habría podido hacer mejor: no se puede ir más allá; estamos, en efecto, en los umbrales del misterio. Todo esto debemos los cónyuges a la encarnación.

ORATIO

Oh Señor, que nos has dado el uno al otro para que el mundo vea y te alabe: ayuda, te rogamos, al que de nosotros ve hoy el próximo paso de nuestra pareja hacia ti, a fin de que ame al otro lo mismo que ama el camino hacia ti, que entrevé más allá de las contingencias mundanas; y ayuda al otro a someterse no tanto al cónyuge como a la verdad de la que el primero es portador.

Pero ayúdanos, sobre todo, cuando mañana suceda en la historia de nuestra pareja que el que se ha sometido vea claro tus huellas y haya llegado para el primero el momento de aprender la sumisión.

Recíprocamente guías, recíprocamente sometidos, para que el mundo crea.

CONTEMPLATIO

«*Este misterio es grande*», dice Pablo, y «*yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia*» (Ef 5,32). Se consuma un gran misterio. ¿De qué modo es un misterio? Concurren juntos y de dos forman uno solo. ¿Por qué cuando entraba no había danza ni sonido de címbalos, sino un gran silencio y una gran tranquilidad, y ahora que se unen para reproducir no una imagen de algo material, sino de Dios mismo, introduces tal estruendo y turbas a los presentes y deshonoras el alma y alborotas?

Vienen para hacerse un solo cuerpo. Aquí tenemos de nuevo el misterio del amor. Si los dos no se hicieran uno, no reproducirían a muchos, mientras siguieran siendo dos; pero cuando llegan a la unidad, entonces se reproducen.

¿Qué aprendemos aquí? Que la fuerza de la unión es grande. La habilidad perfecta de Dios dividió en el origen a uno en dos, y queriendo demostrar que también

después de la división sigue siendo uno, no permitió que uno solo bastara para la generación. En efecto, no hay todavía uno, sino la mitad de uno, y es evidente que no puede engendrar hijos, como tampoco antes.

¿Has visto el misterio del matrimonio? De uno hizo uno, y de nuevo, hechos estos dos uno, de este modo hace uno: de suerte que el hombre nace también ahora de uno. En efecto, la mujer y el hombre no son dos seres, sino uno solo (Juan Crisóstomo, *Vanità. Educazione dei figli, Matrimonio*, Roma ³1997, 124s, *passim*).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Guardaos mutuamente respeto en atención a Cristo*» (Ef. 5,21).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La comunión entre Dios y los hombres halla su cumplimiento definitivo en Cristo Jesús, el Esposo que ama y se da como Salvador de la humanidad, uniéndola a sí como su cuerpo.

Él revela la verdad original del matrimonio, la verdad del «principio» (cf. Gn 2,24; Mt 19,5), y, liberando al hombre de la dureza del corazón, lo hace capaz de realizarla plenamente.

Esta revelación alcanza su plenitud definitiva en el don de amor que el Verbo de Dios hace a la humanidad asumiendo la naturaleza humana, y en el sacrificio que Jesucristo hace de sí mismo en la cruz por su Esposa, la Iglesia. En este sacrificio se desvela enteramente el designio que Dios ha impreso en la humanidad del hombre y de la mujer desde su creación (cf. Ef 5,32s); el matrimonio de los bautizados se convierte así en el símbolo real de la nueva y eterna Alianza, sancionada con la sangre de Cristo. El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como

Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal, que es el modo propio y específico con el que los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona sobre la cruz (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 13).

El Dios de la paz esté con vosotros

(Flp 4,4-9)

Hermanos:

⁴ Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. ⁵ Que todo el mundo os conozca por vuestra afabilidad. El Señor está cerca. ⁶ Que nada os angustie; al contrario, en cualquier situación presentad vuestros deseos a Dios orando, suplicando y dando gracias. ⁷ Y la paz de Dios, que supera cualquier razonamiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos por medio de Cristo Jesús.

⁸ Por último, hermanos, tomad en consideración todo lo que hay de verdadero, de noble, de justo, de limpio, de amable, de laudable, de virtuoso y de encomiable. ⁹ Practicad asimismo lo que habéis aprendido y recibido, lo que habéis oído y visto en mí. Y el Dios de la paz estará con vosotros.

LECTIO

La reiterada invitación a alegrarse y a no temer, formulada por Pablo como un «no angustiarse por nada», se basa en una afirmación de la que está seguro el apóstol: «*El Señor está cerca*» (v. 5). No se trata de la simple proximidad del Creador a la criatura, sino de la proximidad que Dios tiene con la humanidad en Jesús, reconocido en la fe como el «Señor». Esta presencia es la que fundamenta la esperanza del cristiano, que se expresa en su tarjeta personal y comunitaria como alegría, afabilidad, confianza, paz.

La *alegría* es un tema que recorre toda la Carta a los Filipenses, y es, paradójicamente, un apóstol que sufre el que invita repetidamente a alegrarse. Nótese la insólita fórmula: «*Estad siempre alegres en el Señor*» (v. 4). En nuestro lenguaje cotidiano hablamos de un alegrarnos *con* o *por* alguien. Pablo, al exhortar a alegrarse *en* el Señor, pone de manifiesto la singularidad de la alegría cristiana, en cuanto arraigada en la comunión de vida con el Señor.

A esa alegría acompaña la *afabilidad* (en griego *epieikés*), es decir, el buscar siempre lo que es conveniente, adecuado para cada hermano con el que nos encontramos.

La *confianza*: Pablo exhorta a los filipenses a tener no un optimismo ingenuo, exigiéndoles un esfuerzo casi titánico de la voluntad, sino el estilo del abandono en Dios, que nace de la conciencia de que él es un Padre bueno, que no deja que falte el bien a sus hijos. Y si permite el dolor, la prueba, tiene, con todo, un proyecto de bien, de salvación y de paz (cf. Rom 8,28). Esta confianza se manifiesta no en un sentimiento impalpable, sino como perseverancia en la oración, tanto de súplica como de alabanza y acción de gracias.

Por último, la *paz*: ésta es el resultado de cuanto precede, es decir, de la confianza y de la alegría en Cristo. Se trata de una paz que supera la capacidad humana de comprensión (v. 7) precisamente porque no viene del hombre; de ahí que, más que ser custodiada por nosotros, es ella misma la que custodia «*vuestrós corazones y vuestros pensamientos*», o sea, la dimensión más profunda de la persona.

Sigue, por último, la exhortación a una conducta moral coherente, rica en la virtud, por la que se promete de nuevo el don de la paz por parte del «*Dios de la paz*».

MEDITATIO

A todos nosotros –al menos así lo esperamos– nos ha pasado alguna vez que hemos entrado en casa de una familia «afable», donde el que entra es bien aceptado, aunque no se le espere. Y, probablemente, se le haya sentado a la mesa para «comer un bocado» sin ceremonias, o bien se le haya invitado simplemente a tomar un café. Lo que el huésped capta en esa familia es la afabilidad: mucho más que una acogida educada de etiqueta, lo que aprecia el huésped es la capacidad de ponerse a disposición, de intuir las necesidades del otro, de encontrar *las palabras «adecuadas»* –grandes para las grandes ocasiones y pequeñas para las ocasiones ordinarias. «Me voy a respirar “aire de familia”», decía un joven de una de esas casas, enormemente huraño e inasequible en otros lugares. Con todo, esa familia «afable» tiene sus secretos, unos secretos que tiene el buen gusto de no exponerlos en la plaza, pero que, a pesar de todo, se ven en sus efectos: es una familia donde los cónyuges son solidarios; cuando llega un huésped, uno saca la toalla y el otro se apresura a buscar una botella: son los signos de la alegría, de ese «*estad siempre alegres en el Señor*» (v. 4), que se toca aquí con la mano. Acostumbramos a decir: donde hay alegría, se respira bien; donde no la hay –ni siquiera esos tímidos signos de alegría que son las miradas buenas de unos a los otros–, apesta. No hay término medio: o se respira bien o apesta. Y muchos, demasiados, hijos nuestros están intoxicados por esa peste de la ausencia de alegría.

La alegría es hija de la paz, de la paz alcanzada en la oración: podemos estar seguros, en una familia así hay alguien que reza, hay alguien que no ha perdido de vista el hilo que le une al Invisible. Sin embargo, los secretos no acaban aquí. Una familia «afable» como ésta no surge de la nada, sino que está ligada a otras familias, ha aprendido a compartir en la parroquia, se siente cus-

todiada por la «paz» que el Resucitado prometió y da constantemente a la comunidad de los creyentes.

ORATIO

¿Nos alegras, Señor, porque hoy luce el sol? Pero mañana podría llover.

¿Nos alegras porque todos gozamos de buena salud? Mas, para morir, deberemos enfermar de algo.

¿Nos alegras porque juntos estamos bien y nuestros pensamientos se corresponden? Pero ¿quién puede asegurarnos que uno de nosotros no sucumba a la fantasía de enamorarse de otro o de otra?

Alégranos porque tú, Cristo Señor, estás cerca. Sí, porque nada podrá arrebataros de tu presencia: ni la muerte, ni la enfermedad, ni las contingencias de la vida, dada la extraordinaria grandeza de tu poder, a quien el Padre ha constituido cabeza de la Iglesia.

CONTEMPLATIO

Os suplico que, aunque ningún hombre ve en nuestro interior, entre cada uno en su propia conciencia, que se constituya con la razón en juez de sí mismo y reconozca sus propios pecados. Es preciso, por consiguiente, abstenerse de los pecados, tanto de obra como de pensamiento, y aplicar a las heridas los remedios específicos, o sea, contrarios a los mismos pecados. Por eso decía Pablo: «*El Señor está cerca. Que nada os angustie*» (Flp 4,5s). Nosotros, sin embargo, tal vez os deberíamos decir lo contrario: El Señor está cerca, poneos a la obra. Los de entonces, en efecto, oían con placer esas palabras de Pablo, porque se encontraban en medio de calamidades, fatigas y luchas. Pero los que practican el

robo, viven en medio de placeres y, por ello, deberán rendir un día una abrumadora cuenta por sus obras, deberían escuchar más bien no ésta, sino aquella frase: «El Señor está cerca, poneos a la obra».

¿Qué ventajas nos procuran los placeres presentes? Hoy son, mañana desaparecerán; hoy son una flor espléndida, mañana serán polvo dispersado por el viento; hoy son llama encendida, mañana cenizas apagadas. No son así, en cambio, las cosas espirituales, sino que son siempre luminosas y floridas; más aún, se vuelven de día en día cada vez más espléndidas. El reposo y las alegrías celestes permanecen para siempre, inmutables e inmortales, sin fin ni término alguno (Juan Crisóstomo, *Comento al Vangelo di Giovanni*, Roma 1970, 51s y 140, *passim*; edición española: *Homilías sobre el evangelio de san Juan*, Ciudad Nueva, Madrid 2001).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «*Estad siempre alegres en el Señor*» (Ef 4,4).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

La plegaria familiar tiene características propias. Es una oración hecha en común, marido y mujer juntos, padres e hijos juntos. La comunión en la plegaria es a la vez fruto y exigencia de esa comunión que deriva de los sacramentos del bautismo y del matrimonio. A los miembros de la familia cristiana se les puede aplicar de modo particular las palabras con las que el Señor Jesús promete su presencia: «Os digo en verdad que si dos de vosotros convinieris sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,19s).

Esta plegaria tiene como contenido original *la misma vida de familia* que en las diversas circunstancias es interpretada como vocación de Dios y es actuada como respuesta filial a su llamada: alegrías y dolores, esperanzas y tristezas, nacimientos y cumpleaños, aniversarios de la boda de los padres, partidas, alejamientos y regresos, elecciones importantes y decisivas, muerte de personas queridas, etc., señalan la intervención del amor de Dios en la historia de la familia, como deben también señalar el momento favorable de acción de gracias, de imploración, de abandono confiado de la familia al Padre común, que está en los cielos. Además, la dignidad y las responsabilidades de la familia cristiana en cuanto Iglesia doméstica solamente pueden ser vividas con la ayuda incesante de Dios, que será concedida sin falta a cuantos la pidan con humildad y confianza en la oración (Juan Pablo II, exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 22 de noviembre de 1981, n. 59).

51

Y todo cuanto hagáis o digáis,
hacedlo en nombre de Jesús, el Señor
(Col 3,9b-17)

Hermanos:

⁹ Despojaos del hombre viejo y de sus acciones, ¹⁰ y revestíos del hombre nuevo que, en busca de un conocimiento cada vez más profundo, se va renovando a imagen de su Creador. ¹¹ Ya no existe distinción entre judíos y no judíos, circuncidados y no circuncidados, más y menos civilizados, esclavos y libres, sino que Cristo es todo en todos.

¹² Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor; revestíos, pues, de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia. ¹³ Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro. Del mismo modo que el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros.

¹⁴ Y por encima de todo, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. ¹⁵ Que la paz de Cristo reine en vuestros corazones; a ella os ha llamado Dios para formar un solo cuerpo. Y sed agradecidos. ¹⁶ Que la Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; enseñaos y exhortaos unos a otros con toda sabiduría, y cantad a Dios con un corazón agradecido salmos, himnos y cánticos inspirados. ¹⁷ Y todo cuanto hagáis o digáis, hacedlo en nombre de Jesús, el Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

LECTIO

Este pasaje de la Carta a los Colosenses presenta la vida cristiana. Lo hace sirviéndose de la metáfora del

vestido nuevo que el cristiano se puso al adherirse a la fe en Cristo y al sellar esa adhesión en el bautismo, como deja intuir el origen bautismal de la imagen de la vestidura (vv. 9s). La nueva realidad del cristiano respecto a Dios es una renovación continua, que es, en definitiva, descubrir el mismo proyecto originario del Creador por el que la persona humana fue creada a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26s). Respecto a los otros, Pablo subraya que el ser criatura nueva en Cristo comporta el derribo de *toda una serie de barreras*: religiosas, culturales, políticas, sexuales (v. 11).

Sigue un breve compendio de las virtudes que caracterizan la vida cristiana (vv. 12-17). En los primeros versículos no se trata de una manera específica de la vida familiar, sino de la vida fraterna en la comunidad; sólo en la perícopa siguiente se nos introduce en algunos aspectos particulares de la moral doméstica. Tanto la vida comunitaria de la Iglesia como la vida familiar de los creyentes están inspiradas en el mismo principio: la vida cristiana debe tener su raíz teológica en el amor («*Y por encima de todo, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección*»: v. 14).

Aunque el autor indica una normativa ética presente en la filosofía corriente de la época, la novedad de la vida cristiana, incluso en lo que respecta a las relaciones familiares (y sociales), se perfila en constante referencia al Señor, a Aquel que reina en el corazón del creyente y le da paz (v. 15). El apóstol exhorta, en particular, a la gratitud, al reconocimiento, porque esto es algo que caracteriza al creyente que se deja enseñar por la Palabra de Dios.

El texto nos ofrece, por último, una rendija para ver la vida litúrgica de la comunidad de los orígenes, marcada por una oración ferviente y por un espíritu de gratitud por lo que Dios ha realizado por la humanidad en Cristo (v. 16).

El último versículo vuelve al tema de la ley de la libertad, que Pablo ha instaurado en Colosas, en lugar de las leyes esclavistas, favorecidas por una falsa sabiduría (cf. Col 2,16-19). El criterio definitivo de la vida cristiana es Cristo Jesús. *Sólo es válido lo que une al creyente a su Señor*; todo lo demás es apariencia y esclavitud.

MEDITATIO

«*Soportaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga motivos de queja contra otro*» (v. 13). Si es cierto que la proximidad de los unos respecto a los otros exige siempre la *virtud* del perdón, lo es con mayor razón aún cuando se trata de los vínculos familiares en sentido estricto: si no aprendemos a perdonarnos recíprocamente, es difícil que las relaciones resistan a la corrosión de la hostilidad y del resentimiento.

La familia constituye, por tanto, *el lugar del perdón*, que, en su versión, por así decirlo, «conyugal», consiste en «dejar ser al otro como es», en darle permiso para ser diferente, en ocasiones incomprensible. Sin este tipo de «perdón», las relaciones familiares se convierten en relaciones de control, de demanda obsesiva, de intento –más o menos de buena fe– de «hacer» al otro a «mi» imagen y semejanza.

«*Mi madre todavía no me ha perdonado que estudiara para maestra de párvulos, cuando ella quería para mí un futuro de empleada*», decía una madre joven que, a su vez, sentía la tentación de «hacer» a su propia hija según sus propias necesidades-deseos. Desde fuera no se puede comprender, ciertamente, qué transgresión puede haber en hacerse maestra de párvulos en vez de empleada; sin embargo, desde dentro está dolorosamente claro: la madre no «perdonaba» a su hija que hiciera su propia voluntad.

La primera modalidad de perdón es la del *des-centramiento de sí mismo*. El intercambio del perdón familiar se revela así como una condición *elevada*, espiritual, en el nombre del Señor. El perdón –cuando no se trata de un puro ejercicio de superioridad de este tipo: «Soy tan bueno que te perdono»– revela su raíz de fe. El hijo, el cónyuge, el cuñado, el hermano o la suegra a los que «perdono» *se me revelan* como un modo con el que Dios se me acerca, me convierte y cuida de mí, que, de otra forma, estaría abandonado a mis seguridades y a mis despotismos, al «hombre viejo» que resiste en mí. Es un poco dejarse revestir como «*elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor*» (v. 12): es –lo vamos a descubrir en toda su belleza– *un traje nupcial*, hecho de lágrimas, de perdón y de cantos de gratitud, con el que seremos admitidos a las bodas definitivas.

ORATIO

Gracias, Señor, cuando el otro se muestra en familia incomprensiblemente maravilloso. Gracias cuando el otro no se muestra como yo querría y gracias cuando no lo puedo reducir a mi medida. Gracias también cuando se me revela como persona, envuelta en el misterio, en la medida en que tú, oh Dios, eres misterio para nosotros. El inexplicable arcano del otro me acerca a ti y da sustancia a nuestro amor.

CONTEMPLATIO

Aprendan también ustedes a llevar los fardos los unos de los otros (Gál 6,2). Aprendan a respetarse mutuamente. Y si uno llega a oír una palabra desagradable de un hermano, o si le toca cargar con algo contra su gusto, no se descorazone ni se irrite enseguida. No reaccio-

nen en el combate o frente a una ocasión provechosa con un corazón relajado, descuidado, sin fuerzas e incapaces de soportar el menor golpe, como si fuesen un melón al que la más pequeña piedra puede dañar y pudrir. Tengan un corazón firme, tengan paciencia y hagan que su mutua caridad supere todas las contrariedades.

Aplíquense más bien con todas sus fuerzas a cumplir su servicio con caridad, sometiéndose mutuamente, honrándose y estimulándose fraternalmente unos a otros. No hay nada tan poderoso como la humildad. Por lo tanto, si uno de ustedes ve a su hermano apenado o él mismo lo está, corte rápidamente y conceda la prioridad al otro sin esperar a que se produzca algún daño. Pues como ya lo he dicho mil veces, es más provechoso que una cosa no se haga según nuestra voluntad, sino que si es necesario, se haga, pero no por nuestra obstinación o pretendidas razones.

Hermanos, mediten sin cesar en sus corazones estos consejos. Estudien las palabras de los santos ancianos. Esfuércense en el amor y el temor de Dios, por buscar su aprovechamiento y el del prójimo. De este modo podrán progresar en toda circunstancia, con el auxilio de Dios. Que nuestro Dios nos gratifique en su bondad por el temor que le tenemos, pues está dicho: Temed al Señor y guarda sus mandamientos: ése es el deber de todos los hombres (Eclo 12,13) (Doroteo de Gaza, *Insegnamenti spirituali*, Roma ²1993, 100-103, *passim*; edición española: *Conferencias*, nn. 57-60, *passim*).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal estas palabras: «Y todo cuanto hagáis o digáis, hacedlo en nombre de Jesús, el Señor, dando gracias a Dios Padre por medio de él» (Col 3,17).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Gracias, Señor, por el don de la vida.
 Alguien ha dicho que los hombres son ángeles
 con una sola ala:
 sólo pueden volar si lo hacen abrazados.
 A veces, pensando con confianza en ti,
 me gusta creer, Señor, que también tú
 sólo tienes un ala.
 La otra la guardas escondida:
 para hacerme comprender, quizá,
 que no quieres volar sin mí.
 Para esto me has dado la vida:
 para que sea yo tu compañero de vuelo.
 Enséñame, entonces, a volar contigo.
 Porque vivir no es sobrevivir,
 no es ir tirando,
 no es caminar sin un porqué.
 Vivir es abandonarse como el pájaro
 al encanto del viento.
 Vivir es saborear la aventura de la libertad.
 Vivir es desplegar el ala, la única ala,
 con la confianza de quien sabe
 que tiene un Padre grande como tú.
 Yo te pido perdón
 por cada pecado contra la vida.
 Ante todo, por las vidas truncadas
 aun antes de nacer.
 Son alas quebradas.
 Vuelos que habías proyectado hacer
 y te los han impedido.
 Viajes cancelados para siempre.
 Por esto,
 el aborto es una ofensa a tu fantasía,
 un crimen contra tu genialidad.
 Es desbaratar tristemente la creación.
 Te pido perdón, Señor,
 por las alas que no he ayudado a desplegar.
 Por los vuelos que no he sabido alentar.

Por la indiferencia con que he dejado
 revolverse en el fondo de los vicios,
 con el ala colgante,
 al hermano atribulado que habías destinado
 a navegar en los cielos.
 Y tú lo has esperado en vano
 para vuelos que no se harán jamás.

(A. Bello, «Scritti di pace», en *Scritti di Mons. Antonio Bello*,
 Molfetta 1997, IV, 141s).

No apaguéis la fuerza del Espíritu, no menospreciéis los dones proféticos (1 Tes 5,13b-28)

Hermanos:

¹³ Vivid en paz unos con otros. ¹⁴ También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los indisciplinados, que alentéis a los apocados, que sostengáis a los débiles, que tengáis paciencia con todos. ¹⁵ Mirad que ninguno devuelva mal por mal; al contrario, procurad haceros siempre el bien unos a otros y a todos. ¹⁶ Estad siempre alegres. ¹⁷ Orad en todo momento. ¹⁸ Dad gracias por todo, pues ésta es la voluntad de Dios con respecto a vosotros como cristianos. ¹⁹ No apaguéis la fuerza del Espíritu; ²⁰ no menospreciéis los dones proféticos. ²¹ Examinadlo todo y quedaos con lo bueno. ²² Apartaos de todo tipo de mal.

²³ Que el Dios de la paz os ayude a vivir como corresponde a auténticos creyentes; que todo vuestro ser —espíritu, alma y cuerpo— se conserve irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. ²⁴ El que os llama es fiel y cumplirá su palabra.

²⁵ Hermanos, orad también por nosotros. ²⁶ Saludad a todos los hermanos con el beso santo. ²⁷ Os pido encarecidamente por el Señor que esta carta sea leída a todos los hermanos. ²⁸ La gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con vosotros.

LECTIO

Pablo dirige varias exhortaciones a la comunidad de Tesalónica, como sucede a menudo hacia el final de sus cartas (v. 13b). Su preocupación es que la comunidad

viva en paz y persevere irreprochable hasta la venida del Señor Jesucristo (v. 23).

Las exhortaciones están constituidas por frases breves, pero incisivas y, sobre todo, fácilmente traducibles en la vida cotidiana. Los cristianos deben vivir como hijos de la luz (cf. 1 Tes 5,6) y, como tales, esperar la venida del Señor. Este tiempo de espera requiere algunas actitudes necesarias a la vida cristiana (vv. 15-18). Aquí tenemos las exhortaciones correspondientes a *la caridad*, que debe convertirse en apoyo de los débiles, paciencia con todos, consuelo a los pusilánimes, pero también en corrección de los indisciplinados. La regla en todo esto será siempre la de abstenerse del espíritu de venganza, buscando, en cambio, el bien con todos, y en particular con los hermanos en la fe (v. 15).

Las exhortaciones siguientes tienen que ver con *la alegría* que debe permear la vivencia cristiana, acompañada por una *oración incesante* y por la voluntad de convertir la propia vida en una continua acción de gracias, incluso en las circunstancias más adversas (vv. 17s). Es con la oración, en efecto, como la alegría se vuelve inquebrantable y como toda circunstancia puede ser leída a la luz de la voluntad de Dios.

Vienen, a continuación, algunos consejos referentes a *la vida comunitaria* (vv. 19-22). Si se traduce al pie de la letra el dictado de Pablo, tal vez se comprende mejor la belleza y se nota el carácter casi martilleante, de irresistible urgencia: «*El Espíritu no apaguéis, profecía no despreciéis, sino toda cosa probad, lo bello mantened, de todo tipo de mal absteneos*». Parece evidente que la exhortación que sostiene todas las otras y hace posible una buena vida comunitaria se encuentra al principio: «*No apaguéis la fuerza del Espíritu*» (v. 19). Por otra parte, también es preciso discernirlo todo. La comunidad está llamada, por tanto, a no cerrarse a los dones excepcionales que el Espíritu suscita a veces en ella, pero

también a permanecer vigilante con los abusos y los excesos de sensacionalismo emotivo.

La mirada de Pablo se dirige, por último, a la obra santificadora de Dios en el hombre (vv. 23s). A Dios se le presenta, sobre todo, como el Dios «fiel». Por eso pensará en custodiar al creyente en la fe y en no permitir que nadie le arrebate de su mano poderosa.

Los últimos versículos recogen peticiones de oración y saludos dirigidos a los destinatarios de la carta, con una exhortación apremiante a convertirla en objeto de lectura común (vv. 25-28). La carta se cierra con un deseo de bendición.

MEDITATIO

Sería hermoso traducir estas apremiantes peticiones ordinarias y concretísimas de Pablo a la comunidad de los tesalonicenses en otras tantas reglas prácticas para la vida de los esposos y de las familias. Vamos a intentarlo.

«Hijos, debéis tratar con consideración a los que trabajan por vosotros y a los que habéis sido confiados en el Señor y os amonestan; tratadlos con mucho respeto y caridad. Vivid en paz entre vosotros. Padres, os exhortamos a que corrijáis a los indisciplinados, a que confortéis a los pusilánimes, a que sostengáis a los débiles, a que seáis pacientes con todos. Absteneos, especialmente entre vosotros y respecto a toda la familia extensa, de devolver mal por mal a nadie, y buscad siempre el bien entre vosotros y con todos. Estad siempre alegres, orad incesantemente, dad gracias por todos. Ésta es, en efecto, la voluntad de Dios en Cristo Jesús para todos vosotros».

Un discurso concretísimo: dado que Pablo se refería a comunidades y a la Iglesia, se refiere también a la familia y a la Iglesia doméstica que ésta encarna.

Como ya hemos dicho (véase el texto 38), es imposible que una familia pueda responder por sí sola a estas exigencias de seguimiento. Sin embargo, precisamente la red de familias *solidarias con sus presbíteros* hace posible una vida intrafamiliar y comunitaria de este tipo, profundamente humana (estad alegres y buscad siempre el bien) y abierta al mismo tiempo a la acción del Espíritu. «*No apaguéis la fuerza del Espíritu*» es, de hecho, la exhortación más apremiante. Ahora bien, ¿qué significa no apagar la fuerza del Espíritu *en la familia*? Significa que ésta no debe ser agua muerta, no debe tener miedo de los cambios, de los accidentes del camino, de las novedades bellas y feas, puesto que –si lo queremos con todo el corazón– el Espíritu la guía en la interpretación de los momentos de la vida como *etapas* del camino hacia él: el Espíritu es el fuego que ilumina y nos da calor, incluso cuando es de noche.

ORATIO

Ven, Espíritu de fuego, a nuestras familias. Barre con tu fuerza la herrumbre que hay en nuestras relaciones, nuestro querer hacer lo que nos place, nuestro mirar de una manera egoísta nuestro interés. Ayúdanos a buscar siempre el bien entre nosotros, a alimentar el fuego de la unidad y no el de las divisiones. Concédenos, Señor, custodios para nuestras familias que sepan mostrarnos siempre al Dios de la paz y que nos mantengan despiertos para tu venida.

CONTEMPLATIO

Un gran anciano moraba en Siria en los alrededores de Antioquía, y tenía un hermano dispuesto a juzgar en cuanto veía tropezar a alguien. El anciano se lo repre-

día y le decía: «Hijo, ciertamente te equivocas y pierdes tu alma, porque *“nadie conoce al hombre, sino el Espíritu que habita en él”*. En efecto, muchos realizan el mal ante los hombres y hacen penitencia en secreto ante Dios, y nosotros vemos el pecado, mientras que sólo Dios conoce el bien que ellos realizan. Por otra parte, muchos pasan toda su vida en el mal, pero con frecuencia, en el momento en el que se acerca la muerte, en los últimos instantes, se arrepienten y se salvan. Y sucede también que algunos pecadores son gratos a Dios gracias a la oración de los santos. Por eso, aunque el hombre vea con sus ojos, no debe juzgar de ninguna manera a otro hombre. Uno solo es el juez, el Hijo de Dios, y todo hombre que juzga a otro es, por así decirlo, un anti-juez y un anti-Dios frente a Cristo, porque, al erigirse en juez, usurpa el honor y el poder que el Padre le ha dado» (Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 233s).

ACTIO

Cogeos de la mano y orad juntos: «*El que os llama es fiel y cumplirá su palabra*» (1 Tes 5,24).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Ya desde las primeras generaciones cristianas, la Iglesia se consideró una comunidad generada por Cristo y vinculada a él por una relación de amor que encontró en la experiencia nupcial su mejor expresión. Por ello, la primera obligación de la Iglesia es permanecer en la presencia de este misterio del amor divino, manifestado en Cristo Jesús, contemplarlo y celebrarlo. En este sentido, la figura de María constituye la referencia fundamental de la Iglesia. Se podría decir, metafóricamente, que María ofrece a la Iglesia el espejo en el que es invitada a reco-

nocer su propia identidad, así como las disposiciones del corazón, las actitudes y los gestos que Dios espera de ella.

La existencia de María es para la Iglesia una invitación a radicar su ser en la escucha y acogida de la Palabra de Dios. Porque la fe no es tanto la búsqueda de Dios por parte del hombre cuanto el reconocimiento de que Dios viene a él, lo visita y le habla. Esta fe, segura de que «ninguna cosa es imposible para Dios» (cf. Gn 18,14; Lc 1,37), vive y se profundiza en la obediencia humilde y amorosa con la que la Iglesia sabe decirle al Padre: «Hágase en mí según tu palabra» (Lc 1,38). La fe continuamente remite a la persona de Jesús: «Haced lo que él os diga» (Jn 2,5), y le acompaña en su camino hasta los pies de la cruz. María, en la hora de las tinieblas más profundas, persiste valientemente en la fe con la única certeza de la confianza en la Palabra de Dios.

También de María aprende la Iglesia a conocer la intimidad de Cristo. María, que ha llevado en sus brazos al pequeño niño de Belén, enseña a conocer la infinita humildad de Dios. Ella, que ha acogido el cuerpo martirizado de Jesús depuesto de la cruz, muestra a la Iglesia cómo recoger todas las vidas desfiguradas en este mundo por la violencia y el pecado. La Iglesia aprende de María el sentido de la potencia del amor, tal como Dios la despliega y revela en la vida del Hijo predilecto: «Dispersó a los que son soberbios y exaltó a los humildes» (Lc 1,51-52). Y también de María los discípulos de Cristo reciben el sentido y el gusto de la alabanza ante las obras de Dios: «Porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso» (Lc 1, 49). Ellos aprenden que están en el mundo para conservar la memoria de estas «maravillas» y velar en la espera del día del Señor (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, 31 de mayo de 2004, 15).

53

Que todos respeten el matrimonio

(Heb 13,1-4a.5-6)

Hermanos:

¹ Perseverad en el amor fraterno. ² No olvidéis la hospitalidad, pues gracias a ella algunos hospedaron, sin saberlo, a ángeles. ³ Preocupaos de los presos, como si vosotros estuvierais encadenados con ellos; preocupaos de los que sufren, porque vosotros también tenéis un cuerpo. ⁴ Honrad mucho el matrimonio, y que vuestra vida conyugal sea limpia.

⁵ No seáis avariciosos en vuestra vida; contentaos con lo que tenéis, porque Dios mismo ha dicho: *No te desampararé ni te abandonaré*, ⁶ de suerte que podemos decir con toda confianza:

*El Señor es mi ayuda, no tengo miedo;
¿qué podrá hacerme el hombre?*

LECTIO

La parte conclusiva de la Carta a los Hebreos es rica en exhortaciones y sugerencias concretas que intentan regular las relaciones en el interior de la comunidad y sugerir un estilo de vida realmente coherente con la fe profesada. Comienza, por ello, con la llamada a la caridad. Se subraya un aspecto en particular: el del amor fraterno, necesario para edificar la comunidad, para sustanciar las relaciones entre sus miembros (v. 1).

Junto a la atención al hermano en la fe será preciso desarrollar también la acogida al necesitado, al extran-

jero. De ahí la insistencia en el deber de la hospitalidad y en su valor; ilustrado con una discreta referencia a lo que pasó con Abrahán cuando hospedó en su tienda al Señor de viaje (v. 2; cf. Gn 18). Por otra parte, la Carta a los Hebreos intenta disminuir aquí el impacto, que podría sonar como un ultraje a la trascendencia divina, y habla sólo de «ángeles».

Se recomiendan después otras obras de misericordia, y destaca entre todas ellas la de visitar a los presos (v. 3). Es probable que éstos pudieran ser también hermanos de la comunidad encarcelados por su fe. En cualquier caso, es preciso recordar que las necesidades fundamentales de los presos no estaban satisfechas por la institución carcelaria, sino sólo por la ayuda exterior. De ahí, por tanto, la importancia de la visita a los presos (cf. también Mt 25,36). La misericordia con los encarcelados es sólo una de las manifestaciones de la solidaridad que el creyente debe tener con todos los que sufren en su cuerpo.

La exhortación se dirige, a continuación, a los deberes del matrimonio; se recomienda la estima de ese vínculo y el respeto a la fidelidad conyugal (v. 4). La exhortación a la estima estaba motivada desde el punto de vista histórico por el hecho de que diferentes tendencias ascéticas denigraban el matrimonio y lo consideraban como un compromiso con la materia, que estaba mal vista por esas tendencias.

Por último, aparecen algunas indicaciones sobre el uso de los bienes (vv. 5s), un uso que debe ser sobrio y, al mismo tiempo, superar la tentación de la avaricia, que lleva a confiar en esos bienes, olvidando que el creyente tiene su ayuda en el Señor. La combinación de las dos citas bíblicas es muy bella. La primera refiere la promesa divina de no abandonar nunca a su pueblo (cf. Dt 31,6); la segunda es la oración del salmo que expresa la confianza del orante en el Señor como verdadera

ayuda en las situaciones de indigencia y como socorro en las dificultades de la vida (Sal 118,6).

MEDITATIO

Dice el hagiógrafo: «*Honrad mucho el matrimonio, y que vuestra vida conyugal sea limpia*», refiriéndolo a la comunidad cristiana (v. 4). Vamos a intentar meditar sobre estas vigorosas palabras, actualizándolas para nuestra comunidad de fe: aquí nadie pone en duda, de palabra, el sacramento del matrimonio, nadie lo deva-lúa; pero, de hecho, reina una excesiva superficialidad en torno al sacramento de los esposos. Vamos a aludir al menos a dos constantes. La primera: hay cristianos casados que actúan en la parroquia como no casados, en plan *single*. Se lanzan a iniciativas, pasan más tiempo en las actividades pastorales que en casa, salen casi todas las noches, se hacen indispensables. Y la comunidad cristiana calla, pues nadie parece intuir las razones del otro: el respeto al matrimonio debería incluir que al menos los responsables se interesaran por ese matrimonio, a cuya vida familiar tal vez escapa el celoso (y cómodo) obrero. Segunda constante: sucede en ocasiones que una pareja de cristianos comprometidos, incluso en la pastoral de novios, cae en una crisis seria, llegando incluso a la separación, y todos se quedan asombrados: ¡Si eran una pareja muy unida! Pero ¿qué hemos hecho en la comunidad cristiana para apoyar a su matrimonio, para leer las señales precoces de su malestar?

Con frecuencia, las constantes que hemos señalado coluden con el no respeto de un cónyuge por su propio matrimonio, y probablemente el obrero asiduo adopte el aspecto de víctima: Mi cónyuge contrasta con mis actividades, no me comprende..., y, a continuación, ese mismo cónyuge se toma en serio una cita parroquial a la que no puede faltar, mientras que no se toma en serio

una cita con su esposo o esposa, porque para él siempre hay tiempo, se puede aplazar... Carguemos aún las tintas: ciertos rostros iluminados y vivaces mientras trabajan en la parroquia (¡allí sí que me aprecian!) se *apagan*, después, cuando vuelven a casa y van con el cuento de lo que está verdaderamente en juego. Más allá de las buenas intenciones, está en juego *la revancha*, el sentirse importante, el fijar al otro en sus mezquindades, el mostrar que «fuera» hay lugares donde se está mejor. Y, naturalmente, esto aumenta las distancias entre los miembros de la familia, aunque *de palabra* se quiera que reine el diálogo y el compartir. «Respetar el matrimonio» significa también esto: no encerrarse, ciertamente, entre cuatro paredes, sino actuar de tal modo que no sufra el tálamo y pueda *gozar* del camino hecho por cada uno de sus miembros.

ORATIO

Haz, Señor, que prestemos atención al matrimonio, un bien precioso que tú has entregado a la comunidad para que le dé valor y lo custodie. Haz que prestemos atención a *nuestro* matrimonio en primera persona, que prestemos atención a la sensibilidad del otro, a no faltar contra él detrás del parapeto de los compromisos pastorales. Enséñanos, Señor, a no malvenderlo nunca.

CONTEMPLATIO

El padre Menas nos contó este episodio: «Un día, mientras estaba en mi celda, llegó un hermano de un país extranjero y me dijo: “Condúceme al padre Macario”. Yo me levanté y le acompañé a donde estaba el anciano y, después de haber orado, nos sentamos. El hermano dijo al anciano: “Padre, hace treinta años que no

como carne, y todavía me tienta”. El anciano dijo: “No me digas, hermano, que has pasado treinta años sin comer carne; te ruego, hijo mío, que me digas en verdad: ¿cuántos días has pasado sin hablar mal de tus hermanos, sin juzgar al prójimo y sin que salga de tu boca una palabra inútil?”. El hermano se postró y dijo: “Reza por mí, padre, a fin de que empiece...”» (Padres del desierto, *Detti editi e inediti*, Magnano 2002, 147).

ACTIO

Tomaos una noche para estar juntos como pareja, incluso sin hijos: una «salida en pareja» hace bien tanto a los que se quedan en casa como a la comunidad de fe.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

«Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay... ni hombre ni mujer», escribe san Pablo a los Gálatas (Gál 3,27-28). El apóstol no declara aquí abolida la distinción hombre-mujer, que en otro lugar afirma pertenecer al proyecto de Dios. Lo que quiere decir es más bien esto: en Cristo, la rivalidad, la enemistad y la violencia, que desfiguraban la relación entre el hombre y la mujer, son superables y superadas. En este sentido, la distinción entre el hombre y la mujer es más que nunca afirmada, y en cuanto tal acompaña a la revelación bíblica hasta el final. Al término de la historia presente, mientras se delinean en el Apocalipsis de Juan «los cielos nuevos» y «la tierra nueva» (Ap 21,1), se presenta en visión una Jerusalén femenina «engalanada como una novia ataviada para su esposo» (Ap 21,20). La revelación misma se concluye con la palabra de la Esposa y del Espíritu, que suplican la llegada del Esposo: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20).

Lo masculino y lo femenino son así revelados como pertenecientes ontológicamente a la creación, y destinados por tanto a perdurar más allá del tiempo presente, evidentemente en una

forma transfigurada. De este modo caracterizan el amor que «no acaba nunca» (1 Cor 13,8), aunque haya caducado la expresión temporal y terrena de la sexualidad, ordenada por un régimen de vida marcado por la generación y la muerte. El celibato por el Reino quiere ser profecía de esta forma de existencia futura de lo masculino y lo femenino. Para los que viven el celibato, éste adelanta la realidad de una vida que, aunque continuará siendo la propia del hombre y la mujer, ya no estará sometida a los límites presentes de la relación conyugal (cf. Mt 22,30). Para los que viven la vida conyugal, ese estado se convierte además en referencia y profecía de la perfección que su relación alcanzará en el encuentro cara a cara con Dios.

Distintos desde el principio de la creación, y permaneciendo así en la eternidad, el hombre y la mujer, injertados en el misterio pascual de Cristo, ya no advierten, pues, sus diferencias como motivo de discordia que hay que superar con la negación o la nivelación, sino como una posibilidad de colaboración que hay que cultivar con el respeto recíproco de la distinción. A partir de aquí se abren nuevas perspectivas para una comprensión más profunda de la dignidad de la mujer y de su papel en la sociedad humana y en la Iglesia (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, 31 de mayo de 2004, 12).

54

Vosotros sois el linaje escogido para anunciar las grandezas de Dios

(1 Pe 2,4-10)

Carísimos:

⁴ Acercándoos a él, piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa para Dios, ⁵ también vosotros, como piedras vivas, vais construyendo un templo espiritual dedicado a un sacerdocio santo, para ofrecer, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales agradables a Dios. ⁶ Por eso dice la Escritura:

He aquí que coloco en Sión una piedra escogida, angular, preciosa; quien crea en ella, no quedará defraudado.

⁷ El honor es para vosotros, los creyentes. Para los incrédulos, sin embargo:

La piedra que desecharon los constructores se ha convertido en piedra angular.

⁸ Y también:

En piedra de tropiezo y roca donde se estrellan.

Tropiezan, efectivamente, los que se niegan a acoger la Palabra, pues tal es su destino. ⁹ Vosotros, en cambio, sois *linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable*. ¹⁰ Los que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; los que no habíais conseguido misericordia, ahora habéis alcanzado misericordia.

LECTIO

El centro temático de la perícopa tiene que ver con la construcción de la comunidad sobre el fundamento de la fe en Jesús resucitado, piedra angular.

El autor se dirige a los cristianos recientemente bautizados y les indica el puesto y la tarea que deben llevar a cabo en la comunidad (vv. 4s). Pues bien, la vida cristiana es un acercarse a Jesús, un vivir basándose en él. Cita indirectamente el Sal 118,22, donde se habla de una «piedra» que, aunque descartada por los constructores, «se ha convertido en piedra angular». La imagen está referida al misterio pascual de Cristo, algo que aparece de un modo todavía más claro por el añadido del adjetivo «viva» al término «piedra». Cristo está vivo porque ha triunfado sobre la muerte, y, de modo semejante, los que creen en él y fundamentan su existencia en él están vivos. Así, los cristianos se convierten en piedras vivas para la vida en el Espíritu, y sólo así pueden participar realmente en la construcción del edificio espiritual que es la Iglesia. La participación en el misterio pascual hace de ellos un sacerdocio santo; los cristianos –como los sacerdotes de Israel, que ejercen el ministerio de ofrecer víctimas a Dios– deben ofrecer su existencia concreta para alabanza y gloria de Dios.

La carta se detiene después en el fundamento sobre el que está edificada la comunidad cristiana: la fe en Cristo (vv. 6-8). El tema está introducido con una cita del oráculo de Is 28,16: «He aquí que coloco en Sión una piedra escogida, angular, preciosa; quien crea en ella, no quedará defraudado». La cita remite a la decisión de Dios de confundir las tramas políticas de los jefes de Jerusalén y de tomar él mismo la iniciativa para salvar a su pueblo. Esa iniciativa divina es la «piedra» sobre la que los hombres deben apoyarse con confianza. La primera Carta de Pedro vislumbra aquí, desde la perspec-

tiva de la consumación cristológica, una profecía del misterio de Cristo, al que Dios ha establecido como centro de su plan de salvación. Si la persona permanece en la incredulidad encontrará en él una piedra de tropiezo, pero si se abre a la fe, reconocerá en Cristo la verdadera piedra angular.

La última parte del fragmento recupera el tema de la dignidad real y sacerdotal del pueblo que Dios ha recogido en el misterio pascual de Jesús (vv. 9s), con la cita del texto de Éx 19,6. Así pues, la realeza, que en su sentido más auténtico compete únicamente al Señor y a su Mesías, se derrama sobre todo el pueblo nacido de su muerte (v. 9; cf. también Ap 1,6; 5,9s).

MEDITATIO

Vamos a leer a la luz de este texto petrino la novedad profética del *Catecismo de la Iglesia católica*: «Otros dos sacramentos, el orden y el matrimonio, están ordenados a la salvación de los demás. Contribuyen ciertamente a la propia salvación, pero esto lo hacen mediante el servicio que prestan a los demás. Confieren una misión particular en la Iglesia y sirven a la edificación del pueblo de Dios» (n. 1.534). Con las piedras vivas de las que nos habla la primera Carta de Pedro, insertadas en los fundamentos de la piedra angular y sobre el bien que es Cristo, se construye la Iglesia, mediante la acción del Espíritu.

Hay dos modos especiales de ser piedras vivas, dos modos proféticamente asociados aquí, aunque, desde el punto de vista antropológico, sean completamente distintos: el modo especial del ser sacerdote y el modo especial del ser pareja. Este ser especiales está sellado por los dos únicos sacramentos «ordenados a la salvación de los demás». Ahora bien, está claro que el presbítero está ordenado a los otros, a presidir la asamblea eucarís-

tica, a perdonar los pecados y a llevar al mundo el cuerpo vivo de Dios. Sin ese ministerio no habría Iglesia. Ahora bien, lo que todavía está por descubrir en su alcance explosivo y profético es el hecho de que el matrimonio esté «ordenado a la salvación de los demás» confiera una misión particular en la Iglesia y sirva para la edificación del pueblo de Dios. Y esto, no porque –algo que ya nadie lo piensa– simplemente proporcione el «material» para llenar los seminarios o para hacer buenos cristianos... Así las cosas, hemos de preguntarnos verdaderamente qué significa que este «él» y este «ella», unidos en el matrimonio en la Iglesia, estén *ordenados, en su ser pareja, a la salvación de los demás*.

Solemos pensar el matrimonio como un hecho privado, como una «consumación» de relaciones afectivas y sexuales relacionada exclusivamente con su intimidad: ¿qué pinta la salvación *de los otros* por la que su matrimonio es piedra viva que edifica la Iglesia a título sacerdotal, real y santo? Vamos a contentarnos con la exposición de un significado (podríamos explorar muchos otros): el amor sacramental, como *diffusivum sui*, se difunde a sí mismo, no puede ser retenido ni coartado, y *recae* como *sacrificio espiritual agradable a Dios por medio de Jesucristo* (v. 5); dos que se aman en el sacramento se salvan recíprocamente, en el sentido de que es su mismo amor la piedra viva insertada en Cristo; salvan a sus hijos, los vínculos de la pareja, las relaciones con los otros, las relaciones pastorales eclesiales... Su amor *real recae* como un servicio sobre toda la comunidad.

ORATIO

Señor, nos has ideado como piedra viva y nos has ordenado amarnos con un amor que nos llena y nos alegra a nosotros mismos y que, al mismo tiempo, está ordenado a la salvación de aquellos a los que amamos y

con los que estamos en contacto. Te damos gracias por nuestro amor sponsal, vivido, sufrido en ocasiones: es nuestro, pero infinitamente más grande que nosotros en tu amor. No permitas que nos olvidemos de que este amor es una piedra vida para la Iglesia, tu esposa.

CONTEMPLATIO

No con conciencia dudosa, sino cierta, Señor, te amo yo. Heriste mi corazón con tu Palabra y te amé. Mas también el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene me dicen desde todas partes que te ame y no cesan de decirselo a todos, a fin de que sean inexcusables. Sin embargo, tú te compadecerás más altamente de quien te compadecieres y prestarás más tu misericordia con quien fueses misericordioso; de otro modo, el cielo y la tierra cantarían tus alabanzas a sordos.

¿Y qué es lo que amo cuando yo te amo? No belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo; no blancura de luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantilenas; no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas; no manás ni mieles; no miembros gratos a los amplexos de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto amplexo cuando amo a mi Dios, luz, voz, fragancia, alimento y amplexo del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que no se consume comiendo, y se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios (Agustín de Hipona, *Las confesiones*, X, 6, 8).

ACTIO

Cuando «hagáis el amor en la belleza del sacramento», recordad que estáis construyendo la Iglesia.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cristo, sumo sacerdote y único mediador, ha hecho de la Iglesia «un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre» (Ap 1,6; cf. Ap 5,9-10; 1 Pe 2,5.9). Toda la comunidad de los creyentes es, como tal, sacerdotal. Los fieles ejercen su sacerdocio bautismal a través de su participación, cada uno según su vocación propia, en la misión de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Por los sacramentos del bautismo y de la confirmación los fieles son «consagrados para ser...un sacerdocio santo» (LG 10).

El sacerdocio ministerial o jerárquico de los obispos y de los presbíteros, y el sacerdocio común de todos los fieles, «aunque su diferencia es esencial, y no sólo en grado, están ordenados el uno al otro; ambos, en efecto, participan, cada uno a su manera, del único sacerdocio de Cristo» (LG 10). ¿En qué sentido? Mientras el sacerdocio común de los fieles se realiza en el desarrollo de la gracia bautismal (vida de fe, de esperanza y de caridad, vida según el Espíritu), el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común, en orden al desarrollo de la gracia bautismal de todos los cristianos. Es uno de los medios por los cuales Cristo no cesa de construir y de conducir a su Iglesia. Por esto es transmitido mediante un sacramento propio, el sacramento del orden. [...]

Estas dos realidades, el sacramento del matrimonio y la virginidad por el Reino de Dios, vienen del Señor mismo. Es él quien les da sentido y les concede la gracia indispensable para vivirlos conforme a su voluntad (cf. Mt 19,3-12). La estima de la virginidad por el Reino (cf. LG 42; PC 12; OT 10) y el sentido cristiano del matrimonio son inseparables y se apoyan mutuamente: denigrar el matrimonio es reducir a la vez la gloria de la virginidad; elogiarlo es realzar a la vez la admiración que corresponde a la virginidad... (san Juan Crisóstomo, Virg. 10,1; cf. FC, 16) (*Catecismo de la Iglesia católica*, nn. 1.546, 1.547, 1.620).

55

Tened todos un mismo pensar y un mismo sentir, con afecto fraternal

(1 Pe 3,1-9)

¹ Que las esposas obedezcan respetuosamente a sus maridos, para que, si algunos son reacios al mensaje de salvación, puedan ser conquistados no con palabras, sino con el proceder de sus esposas, ² al contemplar su conducta irreprochable y respetuosa. ³ No os preocupe el atavío exterior: peinado de cabellos, alhajas de oro, vestidos elegantes, ⁴ sino el interior del corazón humano, el adorno inmarchitable de un espíritu apacible y sereno. Ésa es la verdadera belleza a los ojos de Dios. ⁵ Porque así se ataviaban en otro tiempo aquellas santas mujeres que tenían puesta su esperanza en Dios: obedeciendo respetuosamente a sus maridos, ⁶ como Sara, que obedecía a Abraham llamándolo «señor». Vosotras seréis como ella si hacéis el bien sin dejaros atemorizar por miedo alguno.

⁷ De modo semejante, vosotros, los maridos, convivid sabiamente y mostrad el debido respeto a la mujer, que es un ser más delicado y está llamada a heredar con vosotros la gracia de la vida. Así vuestras oraciones no encontrarán obstáculo.

⁸ Finalmente, tened todos el mismo pensar; sed compasivos, fraternales, misericordiosos y humildes. ⁹ No devolváis mal por mal, ni ultraje por ultraje; al contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición.

LECTIO

Contra las tesis gnósticas, que proclamaban la superación de la ética familiar y de la liberación de la mujer de todo vínculo de sumisión, el autor de la primera Car-

ta de Pedro confirma la importancia de la sumisión en la realidad familiar y se dirige, en primer lugar, a las mujeres, a fin de que se sometan a sus maridos. Probablemente, es una intención polémica contra estas ideas gnósticas, disgregadoras de la familia, las que motivan la insistencia, a veces excesiva, en la necesidad de la sumisión.

La carta aclara después este concepto de sumisión por medio de algunos rasgos característicos: un temor que tiene el matiz de respeto más que de sometimiento (v. 2), una conducta irreprochable (v. 2), la ausencia de vanidad (v. 3), la mansedumbre, la capacidad de crear paz (v. 4), una obediencia compuesta de un profundo respeto y, sobre todo, de celo en la realización del bien (v. 6). Este último versículo recuerda a las mujeres cristianas los insignes ejemplos de virtud de las santas esposas de la antigua alianza. En particular, exalta de ellas su esperanza puesta en Dios, que alimentaba su confiada espera en el cumplimiento de las promesas.

Al final precisa cuál ha de ser el comportamiento de los maridos con sus mujeres (v. 7). El texto es deudor, en parte, de las concepciones machistas de la época, pero subraya un elemento decisivo, que debe fundamentar el respeto del marido cristiano a su mujer: el hecho de saber que ella participa con él de la gracia de la vida. No se trata sólo de experimentar el don de ser paso de la vida para los hijos, sino de saber que la vida divina se da a ambos y desemboca en una esperanza eterna.

El pasaje concluye (vv. 8s) con una exhortación a la benevolencia con todos los hombres, incluidos los enemigos. Se trata de una especie de proyecto global de vida en el que el amor gratuito de Dios experimentado por el cristiano se convierte en estilo de misericordia, de fraternidad y de perdón.

MEDITATIO

«Yo leería también, alguna vez, uno de esos libros de espiritualidad que me deja mi mujer», decía un marido, «pero es que ella me los pasa subrayados, con notas al margen, como si quisiera hacerme comprender exactamente lo que ella quiere. Tengo la impresión de que subraya no para ella, sino para mí, para instruirme».

Si le pidiéramos una explicación para semejante comportamiento, respondería: «Lo hago por su bien. Es justo que él comparta conmigo lo que yo he comprendido; de lo contrario ¿qué diálogo habría entre nosotros?». Y de este modo aumentará su «encarnizamiento espiritual» respecto a su marido con la intención de «convertirle» (así se expresa una esposa). Y él se sustraerá cada vez más a las instrucciones de ella, mostrando indiferencia y cierre a los valores religiosos.

La primera carta de Pedro es mucho más sensata, aunque persigue el mismo objetivo: conquistar a los que se muestran «reacios al mensaje de salvación» (v. 1).

La esposa de la que hemos hablado cree que le corresponde a ella «conquistar» a su marido para la fe, y se afana en instruirle: la esposa de la primera carta de Pedro se queda en su sitio y, como testimonio de fe, lleva simplemente una «conducta irreprochable y respetuosa» (v. 2): sabe muy bien que el itinerario de fe de su marido no está en sus manos; más aún, sabe que precisamente la paz de su comportamiento, el abandono a los planes de Dios, la *renuncia a mostrarse susceptible y juzgadora*, llevarán a su esposo —con sus tiempos— a acercarse a Dios. Ese esposo podrá decir un día: «También yo puedo buscar y conocer al ser que da tanta paz y tanta confianza a mi esposa».

Dicho con otras palabras, la transmisión de la fe entre los cónyuges es un asunto de respeto, en primer lugar, un asunto de no poder, de no violencia. Pero muchas veces,

demasiadas, es precisamente el respeto (recíproco) el que falta en nuestra ansia de «hacer el bien», en nuestra pretendida seguridad de dirigir al otro hacia *nuestros* senderos.

ORATIO

Señor, no me doy cuenta de que cada vez que yo, como cónyuge, creo conocer la totalidad de la relación de amor que nos une y se la explico a él(ella), no le doy sólo mi comprensión de los hechos o mi sabiduría psicológica, sino que le doy una instrucción o una orden que desequilibra nuestra relación.

Enséñanos, pues, a recorrer el camino petrino de la sumisión y de la sabiduría que conquista desde lo profundo del corazón respetando el misterio de la relación de amor.

CONTEMPLATIO

Nada unifica verdaderamente tanto nuestra vida como el amor de un hombre y de una mujer: por ese motivo empuñan también las armas, y por ese motivo entregan asimismo la vida. Por esto, no sólo ni por casualidad se preocupa Pablo en gran manera de este hecho diciendo: «*Mujeres, someteos a vuestros maridos como al Señor*» (cf. Ef 5,22 y Col 3,18).

¿Por qué? Porque si ellos son concordes, también los hijos serán bien educados; los criados serán disciplinados; los vecinos, los amigos y los parientes olerán este perfume; si acontece lo contrario, todo quedará descompuesto y confuso. Y así como cuando los que mandan están en paz entre ellos todo está en orden, y como cuando ellos mismos están turbados todo está en desor-

den, así sucede también aquí (Juan Crisóstomo, «Omelia XX sulla lettera agli Efesini», en *íd.*, *Vanità. Educazione dei figli. Matrimonio*, Roma 1997, 77s).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal esta Palabra que nos invita a conquistar al otro sin necesidad de nuestras palabras.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El encuentro personal es «chispa» y acontecimiento de libertad, por lo que esta «naturaleza personal» debe ser objeto de elección, de autodeterminación. En el acto mismo del acontecer pide y provoca la «elección», la decisión de cada persona. Del reino «animal» se pasa al reino «personal» de la libre elección.

Esto significa de inmediato «tomar posición» ante la persona. Hacerse persona es acoger la presencia de la otra persona sin haber sido nosotros los que la hemos puesto. Acoges su presencia y entras en relación con ella sin «poseerla». La persona que hemos encontrado no es una criatura «nuestra»; encontrarla es un encontrarse de cara con ella como alguien que «corresponde» a mí antes que yo, y a quien yo tampoco conocía y ahora «reconozco» por mí, y a quien debo mantener «distinta» de mí para relacionarme con ella.

Una persona no puede ser poseída, ni tampoco puede ser transformada en «posesión» al modo de un objeto. En esto consiste también parte de la prohibición impuesta de comer del árbol del conocimiento.

No es posible atravesar el misterio de la creación: éste pertenece absolutamente a Dios. El hombre puede reconocerla, incluso ponerle nombre, pero no puede fundarla, ni tampoco manipularla. Sólo puede acogerla en su radical facticidad: en la acogida se encuentra la relación y la realización de la relación. En esto consiste el «paraíso»: en el máximo entendimiento per-

sonal, que hace alegre y libera incluso la desnudez del propio ser, incluso la desnudez puesta y expuesta al otro, que pone nombre sin atrapar, reconociendo la realidad hallada y encontrada así a medida para nosotros mismos.

El día en el que el hombre meta su mano para sonsacar el origen y la determinación del fruto, de la facticidad de la persona puesta al lado (y de nosotros mismos), precisamente ese día será expulsado del «paraíso», de la fiesta del ser en relación (Gn 3) (G. Mazzanti, *Teologia sponsale e sacramento delle nozze*, Bolonia 2002, 154s).

56

Amemos con hechos y de verdad

(1 Jn 3,18-24)

¹⁸ Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad. ¹⁹ En esto sabremos que somos de la verdad y tendremos la conciencia tranquila ante Dios, ²⁰ porque si ella nos condena, Dios es más grande que nuestra conciencia y conoce todas las cosas. ²¹ Queridos míos, si nuestra conciencia no nos condena, podemos acercarnos a Dios con confianza, ²² y lo que le pidamos lo recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. ²³ Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos los unos a los otros según el mandamiento que él nos dio. ²⁴ El que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Por eso sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado.

LECTIO

«Crear» y «amar» son los dos verbos que sintetizan el mensaje de esta perícopa. A la oposición entre el amar de palabra o con hechos, la primera Carta de Juan añade la especificación de la necesidad de amar «*de verdad*» (v. 18), que significa tener una caridad que brota de la fe en el amor de Dios que se nos ha revelado, eso que es precisamente la «verdad» en los escritos joaneos.

El autor afirma inmediatamente después que los cristianos son «*de la verdad*» (v. 19): su estilo de vida debe ser habitual, y ser testimonio incesante de la íntima re-

novación realizada en ellos por el contacto con el misterio de Cristo.

La fe debe ser confianza en Dios, y la primera Carta de Juan la caracteriza como *parresía*, es decir, «palabra franca y libre», que el creyente dirige también a Dios, tras haber conocido cómo él supera en el amor los límites y los pecados que el cristiano reconoce en sí mismo. De este modo queda vencido todo temor del juicio de Dios (v. 20), porque se ha conocido en la fe lo inmensamente grande que es el corazón divino. Dios, a buen seguro, lo conoce todo, pero su mirada, en vez de seguir nuestros miserables criterios de evaluación, es una mirada que perdona misericordiosamente.

La fe es inseparable del amor a Cristo y a los hermanos. El amor recíproco es, de hecho, la única «obra» y el único mandamiento (cf. Jn 15,12). Contra todo malentendido que se propague en la comunidad por obra de miembros contagiados por ideas gnósticas, para quienes en nombre del amor se podían eludir los otros mandamientos, el autor de la primera Carta de Juan subraya que el único mandamiento se traduce en la observancia concreta de muchos mandamientos, cuyo contenido no especifica aquí, porque da por descontado su conocimiento.

Por último, tras haber recomendado de nuevo la observancia de los mandamientos (v. 24), la carta presenta el enorme premio prometido a los que viven en esta observancia: la morada de Dios en ellos. Esa habitación no es sólo futura, sino que se da ya hoy y es posible experimentarla como la presencia del Espíritu en nosotros.

MEDITATIO

El que *opta* por amar, siempre tiene algo que reprocharse: no puede dejar de ver que la luz de su ideal (te

amaré siempre, en la buena y en la mala suerte, en la salud y en la enfermedad) se ve ofuscada a menudo por sombras, por incumplimientos, por inadecuaciones: «No debería haberle respondido así; debería ser más paciente; debería comprenderle más; no debería irritarme, etc.».

Una cualidad del verdadero amor es *tener siempre algo que reprocharse*, ver –con dolor– cuánto dista el ideal de la práctica real. En ocasiones nos sentimos tan inadecuados, tan fuera de lugar, que pretendemos que el otro nos perdone enseguida, nos restituya de inmediato al mito de ser capaces de amar como queríamos. Y tal vez hagamos como aquel padre nada previsor que no sólo da una bofetada al niño, sino que inmediatamente después le pide perdón y pretende que el niño reanude enseguida el contacto con él, dispuesto para recaer después en el mismo error. Sería mucho más útil pedir perdón con hechos, no con palabras.

Pues bien –dice el autor de la primera Carta de Juan–, en materia de amor siempre tenemos algo que reprocharnos, aunque no hasta el punto de desesperarnos: la desesperación es la verdadera enemiga del amor. ¿Por qué no debemos desesperar nunca? Porque «*Dios es más grande que nuestra conciencia y conoce todas las cosas*» (v. 20); más aún, «*tendremos la conciencia tranquila ante Dios*» (v. 19) aunque nos reproche algo: nos sorprende verdaderamente la libertad conyugal que brota de estas palabras joaneas; los cónyuges no debemos interpretarlas en un sentido moralista y hacernos (vanos) reproches y pretender así autocancelar nuestros yerros, sino que debemos hacer más, mucho más; a saber, medirnos con el Amor que *tranquiliza*, que *no mide*, que es *más grande que nuestros defectos*. Y así, aquel/aquella que ama descubre que pertenece a la *verdad*, es decir, al Amor que le precede, y tenemos la tranquilidad que da el saber que existimos porque hemos sido amados. Y así desaparece toda sombra de narcisismo, toda autopro-

tección: protegidos por el Amor que nos permite volver a empezar cada vez.

ORATIO

Enséñanos el amor, tú que eres el Amor.

Si el amor que sentimos por nuestro marido o nuestra mujer, si el amor que sentimos por nuestros hijos, si el amor que sentimos por el prójimo, si el amor que sentimos por la justicia, por la paz, por la verdad... si nuestro amor terreno no se alimenta de ti, corre el riesgo de ser un pobre amor, un amor pobre. Corre el riesgo de ser uno de esos amores por los que se entablan batallas y en cuyo nombre se pide sumisión y según el cual todo lo que surge espontáneamente está permitido.

Enséñanos el amor en la verdad de tu Amor.

CONTEMPLATIO

«Queridos míos, si nuestra conciencia no nos remuerde, podemos acercarnos a Dios con confianza» (1 Jn 3,21). ¿Qué significan estas palabras: «Si nuestra conciencia no nos remuerde»? Que la conciencia nos responde con toda verdad que amamos a los hermanos, que en nosotros anida el amor fraterno, no fingido, sino sincero, el que busca el bien del hermano sin esperar de él recompensa alguna, sino sólo su salvación. «Podemos acercarnos a Dios con confianza, y lo que le pidamos lo recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos» (1 Jn 3,21s). Hagamos esto no ante los hombres, sino allí donde Dios nos ve, es decir, en el corazón. ¿Cuáles son sus mandamientos? La caridad es el mandamiento del que se habla y que tanto se recomienda. Así pues, todo el que tenga la caridad fraterna, y la tenga ante Dios, allí donde ve el

Señor; todo el que, al interrogar su propio corazón con recto juicio, se oiga responder que la verdadera raíz de la caridad fraterna, de la que nacen frutos de bondad, está en él, ese tal conseguirá la confianza plena de Dios, y Dios le concederá todo lo que le pida, porque observa sus mandamientos.

«El que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Por eso sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado» (1 Jn 3,23s; Jn 13,34; 15,12). ¿No está claro que la obra del Espíritu Santo en el hombre consiste en poner en él la caridad y el amor? Que cada uno de nosotros se interroge en su corazón: si ama a su hermano, el Espíritu de Dios permanece en él. Que se examine y se someta él mismo a prueba ante Dios: que vea si anida en él el amor a la paz y a la unidad, el amor a la Iglesia difundida en todo el mundo. Que no se limite a amar sólo al hermano que tiene al lado; hay otros muchos hermanos que no vemos y, sin embargo, estamos unidos a ellos en la unidad del Espíritu (Agustín de Hipona, *Meditazioni sulla lettera dell'amore di san Giovanni*, Roma 1970, 153-163, *passim*).

ACTIO

Si examinamos nuestra vida conyugal, podemos preguntarnos: ¿nos amamos el uno al otro según el precepto que él nos ha dado?

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

¿Qué relación hay entre la paz que construimos aquí abajo y la final del Reino? Sería peligroso pensar que existe sólo una relación horizontal o cuantitativa, en el sentido de que la paz realizada en la tierra debería considerarse como fragmento respecto al todo, como un arco respecto a la circunferencia, un

adelanto respecto a la suma total. Esta óptica está destinada inexorablemente a extenuar los entusiasmos, a crear colapsos de esperanza, a desencadenar crisis depresivas de fracaso. Porque, a pesar de los esfuerzos, siempre quedará un *gap* entre el sueño acariciado y las realizaciones alcanzadas, los bordes de las conquistas no encajarán nunca con los de la utopía, ni el «ya» se soldará nunca con el «todavía no».

En consecuencia, la relación no es sólo cuantitativa y horizontal, sino sobre todo «significativa» y «vertical», la misma que existe entre el signo y la realidad significada: allí donde el signo, con todo su espasmo de finitud, alude, por así decirlo, a la realidad entera y no sólo a una franja de la misma. En consecuencia, todo gesto de paz que hagamos aparecer sobre la tierra es no sólo un anticipo, sino el signo, la imagen reflejada en un fragmento del espejo, una experiencia proléptica de la paz escatológica.

He aquí, pues, el sendero de Isaías. El empedrado de estos fragmentos especulares que reflejan la paz. Multipliquemos, amigos, estos guijarros lúcidos. Toda pequeña conquista, aun aceptando sus límites, concurre a adoquinar el sendero [...].

La paz en la tierra no es el fuego que Prometeo quería arrebatar a los dioses, sino el fuego de la zarza ardiente que arde constantemente sin consumirse nunca. La consumación de la zarza tendrá lugar en el Reino de Dios, cuando veamos a Cristo, nuestra paz, no ya como huésped velado, sino cara a cara. Entonces la paz no será ya una experiencia proléptica, sino la realidad inefable que supera al sueño (A. Bello, «*Scritti di pace*», en *Scritti di Mons. Antonio Bello*, Molfetta 1997, IV, 90-92).

57 Dios es amor (1 Jn 4,7-12)

⁷ Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios. Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. ⁸ Quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor. ⁹ Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único para que vivamos por él. ¹⁰ El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados.

¹¹ Queridos míos, si Dios nos ha amado así, también nosotros debemos amarnos unos a otros. ¹² Nadie ha visto jamás a Dios; si nosotros nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su perfección.

LECTIO

«*El amor procede de Dios*» (v. 7). Toda modalidad de amor gratuito, y en particular el fraterno que caracteriza las relaciones entre los miembros de la comunidad cristiana, es el gran signo que Dios concede al mundo para reconocer su presencia.

El amor y el conocimiento de Dios están, por tanto, íntimamente conectados, por lo que no es posible conocer a Dios sin amar. La razón de esto se encuentra en la naturaleza misma de Dios, que es amor (v. 8). Tal vez

sea ésta la más elevada definición de Dios del Nuevo Testamento. No se trata de una definición abstracta, filosófica, sino de una síntesis de la manifestación que Dios ha hecho de sí mismo en la historia de la salvación, y en particular en la entrega de su Hijo unigénito (v. 9).

Esa manifestación se resume en una sola palabra: *agape*. Este término, empleado por Juan, lo usan escasamente los autores griegos contemporáneos suyos, pero es bien conocido en la comunidad cristiana. Se trata de un amor entregado sin condiciones, por pura generosidad, que no está motivado por los méritos del hombre: «*El amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros*» (v. 10). Dicho con otras palabras, no se trata del amor nacido de la necesidad, es decir, del *eros*, ni del fruto de una simpatía recíproca, es decir, del amor de amistad (*philia*), sino de un amor que encuentra únicamente en sí mismo los motivos para amarnos y, por eso, nos precede siempre. Esta precedencia se ha hecho visible, de una vez por todas, en la muerte «expiadora» de Cristo, que ha cubierto definitivamente nuestro pecado.

Por último, la primera Carta de Juan deduce de esta manifestación del amor divino el estilo de las relaciones en el interior de la comunidad: el amor recíproco, que deriva de la conciencia del don común de Dios (vv. 11s).

MEDITATIO

«*Nadie ha visto jamás a Dios*» (v. 12). Nos sorprende el autor de la primera Carta de Juan cuando hace esta afirmación, particularmente después de haberse atrevido a decir algo sobre Dios en su intimidad; a saber, que es amor. Pero se ha acercado con temple de contemplador y de místico a los significados del amor y a sus

manifestaciones: nosotros hemos obtenido la vida *por* (gracias a) el Hijo enviado por el Amor, en él hemos sido curados. El Amor nos ha salido al encuentro previamente, cargando sobre sí nuestros males, como –permítasenos la comparación– los padres adoptivos salen al encuentro del niño que asumirán como hijo, le preceden llevando todo el «bagaje» que servirá para sanar sus males. Le amaron ya antes, incluso cuando él no lo sabía.

Sin embargo, he aquí el crudo realismo del «*nadie ha visto jamás a Dios*»: que nadie crea que lo tiene en el bolsillo, que nadie crea que puede señalarle con el dedo, interpretarle, privatizarle. Y así sucede con el amor, cuyo signo es *no dejarse circunscribir*.

Ahora bien, la primera Carta de Juan sugiere, sin embargo, que hay un modo de «verle», y se trata de una presencia misteriosa, no previsible, pero muy visible en sus efectos: «*Si nosotros nos amamos los unos a los otros*» (v. 12). Vamos a decirlo así: Dios sigue siendo invisible, pero *si amas a alguien visible* –y en ocasiones alguien que es difícil, y en ocasiones incluso insoportable–, que es tu cónyuge, entonces Dios *permanece* en vosotros. Más aún si le amas no porque te resulta fácil y espontáneo (aunque a veces lo sea verdaderamente), no porque te convenga (aunque a veces recibes precisamente el uno por mil), sino porque amas a Dios en él o en ella, entonces «*el amor de Dios es perfecto en vosotros*».

El amor *de Dios*, el amor que tiene por sujeto a Dios, lo encuentras ahí, y ahí –en tu cónyuge y en tu familia– *ya te ha precedido*: es perfecto, es decir, entero, pleno, no le falta nada; pero también el amor *de Dios* como objeto de vuestro amor, el amor (ese poco) que sois capaces de daros, sigue siendo amor Suyo y –sin saberlo vosotros– llega a la perfección, camina con vosotros hacia la eternidad. Hay que dar gracias al Dios que sigue siendo invisible, que nos ama y se deja amar en nosotros.

ORATIO

Nuestros padres nos han dicho, Señor, que no estás en el viento impetuoso y robusto, ni en el terremoto ni tampoco en el fuego, sino en el susurro de un viento ligero como la brisa (cf. 1 Re 19,11-14). Así, nuestro amor no está en los sentimientos fuertes de la omnipotencia y de la conquista, en la realización de todo lo que se ve.

Ayúdanos, Señor, a descubrir nuestro arraigo en lo invisible, a fin de que conozcamos mejor este amor nuestro, tan terreno y lleno de polvo.

CONTEMPLATIO

«En esto se ha manifestado la caridad de Dios por nosotros» (1 Jn 4,9). En estas palabras se nos exhorta a amar a Dios. ¿Podríamos amarlo si él no nos hubiese amado primero? Ya que hemos sido perezosos para amarlo, no lo seamos en adelante para corresponder a su amor. Él ha sido el primero en amarnos, con un amor desconocido para nosotros, y ni siquiera ahora estamos dispuestos a amarlo. «Dios», pues, «es amor. «Dios nos ha manifestado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único para que vivamos por él» (1 Jn 4,9). El mismo Señor dijo: «No hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos», y el amor que nos tiene Cristo se demuestra en el hecho de que murió por nosotros. ¿Cuál es, sin embargo, la prueba del amor que nos tiene el Padre? Que envió a su Hijo único para morir por nosotros.

«Nadie ha visto jamás a Dios» (1 Jn 4,12). Dios es una realidad invisible, y no hay que buscarle con los ojos, sino con el corazón. Si quieres ver a Dios, tienes a tu disposición la idea adecuada: «Dios es amor» (1 Jn 4,8). ¿Qué rostro tiene el amor? ¿Qué forma, qué estatura, qué

pies, qué manos? Nadie puede decirlo. Sin embargo, tiene los pies que conducen a la Iglesia, tiene las manos que dan a los pobres, tiene los ojos con los que llegamos a conocer al que se encuentra en la necesidad (Agustín de Hipona, *Meditazioni sulla lettera dell'amore di san Giovanni*, Roma 1970, 181 y 185, *passim*).

ACTIO

Traducid en vuestra vida conyugal lo que indica el apóstol Juan cuando dice que el amor y el conocimiento de Dios están íntimamente conectados (cf. 1 Jn 4,7s).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El amor de Dios y el amor humano están estrechamente conectados y son interdependientes en la revelación judeo-cristiana: no se puede amar a Dios sin amar al hombre; a lo sumo, se ama a Dios a través del amor a sus criaturas. Por eso, no tiene sentido llevar nuestra «ofrenda al altar» si antes no nos hemos reconciliado con nuestros hermanos (cf. Mt 5,23-25), una enseñanza de Jesús que retoma y confirma las indicaciones rabínicas relacionadas con el perdón en el día del *Kippur*: el *Yôm Kippur* procura el perdón sólo para las transgresiones cometidas entre el hombre y Dios; para las transgresiones cometidas entre hombre y hombre el *Yôm Kippur* procura el perdón sólo si nos hemos reconciliado con nuestro hermano (*Mishna, Joma*, VIII, 9). De ahí que la experiencia de la ternura de Dios encuentre su ámbito natural de manifestación en el interior de las relaciones humanas. El amor tierno y «apasionado» de Dios por sus criaturas llega a nosotros a través del amor creatural que es su signo [...].

Parece, por tanto, evidente el alto grado en el que la experiencia familiar constituye un ámbito privilegiado donde llevar a cabo la experiencia de la ternura divina a través del amor humano auténtico. En efecto, en la familia encuentran espacio múltiples dimensiones del mismo: la paterna y la materna, la filial,

la fraterna. Es en la familia donde se experimenta la apertura del amor a la vida, donde se aprende a compartir y a ejercitar la solidaridad tanto respecto a los miembros que la componen como respecto a los que se relacionan con ellos desde el exterior. Es en la familia donde se aprende a amar, y a través de un marco familiar tuvo lugar la encarnación.

Como recuerda Martin Buber, «Dios quiere entrar en el mundo, que es suyo, pero quiere hacerlo a través del hombre: he aquí el misterio de nuestra existencia, la oportunidad sobrehumana del género humano. Dios habita donde le dejan entrar. Ahora bien, sólo se le puede dejar entrar allí donde nos encontramos, y donde nos encontramos realmente, donde vivimos, y donde vivimos una vida auténtica. Si instauramos una relación santa con el pequeño mundo que nos ha sido confiado, si, en el ámbito de la creación con la que vivimos, ayudamos a la santa esencia espiritual a llegar a su consumación, entonces preparamos una morada en nuestro lugar, entonces dejamos entrar a Dios».

Y dejar entrar a Dios en el mundo significa permitir que su ternura continúe llegando a la humanidad revelándole su rostro paterno-materno (E. Bartolini, «La tenerezza di Dio: i tratti paterno/maternali del Dio dell'alleanza», en R. Bonetti [ed.], *Padri e madri per crescere a immagine di Dio*, Roma 1999, 141-143).

58

Los has constituido como reino de sacerdotes para nuestro Dios

(Ap 5,8-10)

Los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero. Tenía cada uno una cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos.

⁹ Cantaban un cántico nuevo que decía:

Eres digno de recibir el libro
y romper sus sellos,
porque has sido degollado
y con tu sangre has adquirido para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación,
¹⁰ y los has constituido en reino
para nuestro Dios,
y en sacerdotes
que reinarán sobre la tierra.

LECTIO

Tras haber contemplado la sala del trono y el misterio divino que allí mora (cf. Ap 4), la visión de Juan se traslada sobre el Cordero y sobre el rollo de los siete sellos.

De entrada, se constata que el libro sellado con siete sellos está cerrado a todo intento humano de lectura –lo que significa que la criatura humana no está en condiciones de comprender por sí misma el plan de Dios que se despliega en la historia–, algo que aflige profundamente al vidente (cf. Ap 5,1-4). Sin embargo, he aquí

que aparece el Cordero, el único que puede abrir el libro (cf. 5,5s). Ahora bien, el Cordero lo recibe de la diestra de Aquel que está sentado en el trono (cf. 5,7). Es evidente la teología implicada en esta imagen: Jesús es la manifestación del Padre y de él ha tomado todo lo que es y lo que da.

Nuestro fragmento presenta lo que sigue a todo esto; a saber, la liturgia de adoración que envuelve no sólo al que está sentado en el trono (o sea, al Padre contemplado en su realeza), sino también al Cordero. Es interesante el detalle de los veinticuatro ancianos (representantes del pueblo de Dios, constituido por Israel y por la Iglesia), que tienen en sus manos una cítara y copas de oro llenas de perfume, que son las oraciones de los santos (v. 8), es decir, los signos de la oración y de la alabanza. Para Juan, *la oración concurre al adelanto del plan salvífico de Dios sobre la historia*. Podemos señalar que la alabanza, la adoración y la oración al Cordero implican un reconocimiento de su divinidad, lo que hace del capítulo 5 del Apocalipsis uno de los textos más importante para el discurso sobre la divinidad de Jesús.

Juan, el vidente, califica el cántico entonado por los ancianos de «*cántico nuevo*» (v. 9). La razón de esa novedad se encuentra en el motivo de la alabanza; a saber, la redención llevada a cabo por el Cordero, redención que tiene como punto de llegada la constitución de un reino de sacerdotes (v. 10). El Apocalipsis exalta, por consiguiente, la dignidad real y sacerdotal entregada al pueblo rescatado por la sangre de Cristo.

La dignidad real de los creyentes en Cristo se mostrará en su activa colaboración en la venida del Reino de Dios al mundo a pesar de las oposiciones y persecuciones que están tan presentes en el libro del Apocalipsis. La naturaleza sacerdotal del pueblo de los creyentes en Cristo se manifiesta como intimidad con Dios, una intimidad que hace posible el sacrificio del Cordero, y

como respuesta fiel a la invitación a elevar a Dios el culto de alabanza y de adoración.

、 MEDITATIO

Había llegado a los más altos puestos de su empresa; además de su secretaria personal, legiones de empleados estaban pendientes de sus labios. Una vez, en una reunión del *staff* de la empresa, alguien, en una pausa entre conversaciones serias, le guiñó un ojo, imaginando los... «favores» (lenguaje vulgarmente devaluador) que la bella secretaria no podía dejar de hacerle: así era como se actuaba en las altas esferas. ¿El amor a la familia? No venía a cuento; más aún, cualquier desliz lo alentaba. Pero un día dijo, con el tono de quien se pronuncia de una vez por todas: «Yo amo a mi mujer». Tras un momento de desconcierto, como si hablara una lengua extranjera, alguien dijo, con el aire de tomarle el pelo como a un pobre cretino, privado de fantasía: «¿Y haces el amor con la misma mujer desde hace veinte años?». Y después le mantuvieron a distancia, porque parecía «de otro planeta» (*sic*).

Sin embargo, nosotros sabemos que en las «*copas de oro llenas de perfumes*» (cf. v. 8) estará esta declaración de amor como oración de los santos. Y es verdad –para siempre– que esos perfumes se presentan al Cordero junto con los miles de millares de gestos de amor sobre los que se apoya el universo. Es el «*cántico nuevo*» entonado en la alabanza al Cordero. Pero ¿qué tiene que ver el Cordero en todo esto? ¿Cómo es que al Hijo del Altísimo –el Verbo del Padre– se le da este título de Cordero? *Cordero* es la forma de su acontecer terreno, *es su modo de entregarse*, es su modo de estar entre nosotros. Sólo podíamos reconocerle como Cordero; la proximidad de Dios con todo su fulgor nos habría espantado y aniquilado: el estar entre nosotros como Cordero, vícti-

ma de todas nuestras tergiversaciones del amor (incluso los que le crucificaron creían amar a Dios), víctima entregada inerte como *lámina de luz* que traspasa las tinieblas de nuestro confundir el amor con el poder, nos permite revelarnos a nosotros mismos. Su ser Cordero abre los siete sellos, y nosotros no podemos más que ofrecerle nuestro cántico nuevo para tener acceso al *secreto* de la vida.

ORATIO

Sólo tú eres el Cordero, Señor Jesús, Dios Hijo, imagen del Padre, enamorado de nosotros. Haz que no nos inventemos «víctimas» de cruces que nos hemos procurado nosotros mismos con el hecho de confundir el amor con el dominio, haz que permanezcamos conectados contigo, único y verdadero Cordero que abres los sellos de nuestra vida.

CONTEMPLATIO

Comprendí que la verdadera grandeza está en el alma, y no en el nombre, pues, como dice Isafas, «el Señor dará otro nombre a sus elegidos». Y san Juan dice también: «Al vencedor le daré una piedra blanca, en la que hay escrito un nombre nuevo que sólo conoce quien lo recibe». Sólo en el cielo conoceremos, pues, nuestros títulos de nobleza. Entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza que merece. Y el que en la tierra haya querido ser el más pobre y el más olvidado, por amor a Jesús, ¡ése será el primero y el más noble y el más rico...! (Teresa del Niño Jesús, *Opere complete*, Ciudad del Vaticano 1977, 164; edición española: «Manuscritos autobiográficos», capítulo VI. Viaje a Roma, en *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2006).

ACTIO

Alabemos juntos al Cordero llevando nuestra contribución al perfume de las copas de oro tras renunciar hoy a un acto de abuso, por pequeño que sea.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

El amor que os persuadió para que os casarais no se reduce a la emoción de una estación un tanto eufórica, no es sólo una atracción que el tiempo consuma. El amor esponsal es vuestra vocación: en vuestro amarnos podéis reconocer la llamada del Señor. El matrimonio no es sólo la decisión de un hombre y de una mujer: es la gracia que atrae a dos personas maduras, conscientes, contentas, a dar un rostro definitivo a su propia libertad. El rostro de dos personas que se aman revela algo del misterio de Dios.

Querría, por lo tanto, invitaros a custodiar la belleza de vuestro amor y a perseverar en vuestra vocación: de aquí deriva toda una concepción de la vida que alienta la fidelidad, permite superar las pruebas y las decepciones, y ayuda a considerar las eventuales crisis sin considerarlas irremediables. Quien vive su matrimonio como una vocación profesa su fe: no se trata sólo de relaciones humanas que puedan ser motivo de felicidad o de tormento, sino que se trata de atravesar los días con la certeza de la presencia del Señor, con la humilde paciencia de tomar cada día la propia cruz, con el orgullo de poder hacer frente, por la gracia de Dios, a las responsabilidades.

Os invito a encontrar el tiempo para hablar entre vosotros con sencillez, sin transformar cada punto de vista en un puntillo, cada divergencia en un litigio; un tiempo para hablar, intercambiar ideas, reconocer los errores y pedirse perdón; un tiempo para alegraros del bien realizado, para hablar paseando tranquilamente el domingo por la tarde, sin prisa. Y os invito a estar durante algún tiempo solos, cada uno por su propia cuenta: un momento de separación puede ayudar a estar juntos mejor y de más buena gana.

Os invito a confiar en la incidencia que tiene vuestra obra educativa: son demasiados los padres que andan desanimados por la impresión de que sus hijos presentan cierta impermeabilidad, unos hijos capaces de pretender mucho pero que se muestran refractarios a toda interferencia en sus amistades, en sus horarios, en su mundo. Vuestra vocación a educar está bendecida por Dios; por consiguiente, transformad vuestras aprensiones en oración, meditación, confrontación sosegada. Educar es como sembrar: el fruto ni es inmediato ni está garantizado, pero si no se siembra es seguro que no habrá cosecha. Educar es una gracia que os da el Señor: acogedla con gratitud y sentido de la responsabilidad. En unas ocasiones requerirá paciencia y amable condescendencia; en otras, firmeza y determinación. A veces pasa también en la familia que surgen litigios y se van a la cama sin despedirse: con todo, no perdáis el ánimo, pues no hay nada irremediable para quien se deja conducir por el Espíritu de Dios.

Educar es convertirse en colaboradores de Dios para que cada uno realice su vocación (C. M. Martini, *Per chi ama i suoi figli e il futuro della Chiesa. Lettera ai genitori*, Milán 2007, 7-11, *passim*).

59

Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero

(Ap 19,1.5-9a)

¹ Después de esto, oí en el cielo algo así como la voz potente de una inmensa muchedumbre que cantaba:

¡Aleluya!

La salvación, la gloria y el poder pertenecen a nuestro Dios.

⁵ Y salió del trono una voz que decía:

Alabad a nuestro Dios
todos sus siervos y fieles,
humildes y poderosos.

⁶ Oí luego algo así como la voz de una inmensa muchedumbre, como la voz de aguas caudalosas, como la voz de truenos fragorosos. Y decían:

¡Aleluya!

El Señor, Dios nuestro,
el todopoderoso,
ha comenzado a reinar.

⁷ Alegrémonos, regocijémonos
y démosle gloria,
porque han llegado
las bodas del Cordero.

Está engalanada la esposa,
⁸ vestida de lino puro, brillante.

El lino que representa
las buenas acciones de los creyentes.

⁹ Entonces alguien me dijo:

—Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero.

LECTIO

El capítulo 19 del Apocalipsis, en contraste con los capítulos 17-18, que describen el juicio de la gran prostituta, introduce la parte positiva, la luz hacia la que Dios orienta el dramático camino de la historia humana. La escena grandiosa se sitúa en el cielo, donde una inmensa muchedumbre canta exultante el himno de *al-luya*, de «alabanza a Dios». El motivo de la alabanza lo da la celebración de la victoria divina ahora plenamente realizada, consumada: «*Han llegado las bodas del Cordero*» (v. 7). El himno celebra, por consiguiente, el punto de llegada de la historia de la salvación, el momento en el que se crea el pueblo que ha realizado, permaneciendo fiel a la palabra de Jesús, el sueño de Dios. Ha llegado así el tiempo de celebrar «*las bodas del Cordero*».

Se introduce, pues, el tema de las bodas como símbolo de la consumación. Ahora bien, si se celebran unas bodas, en alguna parte debe estar la esposa: precisamente se está vistiendo, y por eso no está todavía en escena (no aparecerá plenamente hasta el capítulo 21). Por ahora sólo se anuncia su inminente llegada: «*Está engalanada la esposa, vestida de lino puro, brillante*» (vv. 7b-8a).

El vestido de la esposa no es obra suya, sino una «gracia» que procede de Dios, un don que le regala el mismo Dios.

El Apocalipsis se apresura a explicar inmediatamente después la naturaleza de la tela: «*El lino que representa las buenas acciones de los creyentes*» (v. 8b). El vestido representa la vida y la dignidad nueva recibida de Dios, pero que implica también la traducción concreta de los efectos de la gracia en la existencia. No preparar el vestido significa en cierto modo no ser de verdad Iglesia que, como novia, anhela el día de la unión con el Esposo divino, el Cristo-Cordero. La Iglesia es, por consi-

guiente, la esposa vestida, engalanada, por el bien que realizan los cristianos, y son sus trabajos, sus oraciones, sus sufrimientos, su generosidad secreta y cotidiana.

MEDITATIO

El vestido nupcial: la esposa lo ha pensando en secreto desde hace mucho tiempo, desde los primeros sueños sobre el amor. Lo ha pensado blanco y brillante, lleno de fascinación (y a pesar de la paganización de la relación amorosa, el traje de la novia permanece como símbolo y como indicador de belleza); lo ha imaginado y probablemente visto crecer en las manos de la modista, conoce todos sus pliegues. Sin embargo, el día de la boda, cuando se lo pone, tal vez con la ayuda de las manos temblorosas de su madre, de su hermana o de su amiga, se da cuenta de un hecho nuevo: lo ha recibido. Lo ha recibido –se da cuenta mientras estalla en su fulgor–, pero no de manos de un hombre: ahora, mientras se dirige al altar, ella es un *retrato provisional de la esposa del Cordero*; ya aparece algo de la reluciente belleza de la que estará revestida la esposa escatológica.

Y cuando la ve el esposo (ésta es la razón de que la tradición no quiera que el novio vea a la futura esposa con el traje nupcial antes de la boda), como si viera un vislumbre de eternidad, no la reconoce como su pequeña, como su sencilla esposa: porque en ella *se anuncia la futura belleza* que encanta enteramente al Esposo divino. «*Está engalanada la esposa*» (v. 7) es un manifiesto, un grito de cumplimiento, un timbre de eternidad. Y también a nosotros, los esposos terrenos, se nos dan miles y miles de transfiguraciones como anticipo de las Bodas definitivas; a través de ello se nos permite, sólo por un instante, entrever la belleza que «hace uno» al Esposo y a la esposa.

Pequeñas bodas de esta pequeña mujer y de este pequeño hombre; sin embargo, *escorzo de infinito*. No deberíamos dejar de mirar nunca a los esposos el día de su boda: cuando él se siente arrebatado por la desconocida (pero conocida) belleza de ella y ella está engalanada para él, sin residuos. Deberíamos mirarles y estarles agradecidos porque han *celebrado su fiesta* como *anticipo* de la Fiesta que nos espera. Habría que decir: no se casan para ellos mismos, sino para ofrecernos una mirada fugaz panorámica de las Bodas eternas. Bodas por las que se realizan y se embellecen.

ORATIO

En el anillo de toda esposa está escrito: «Toma, esto es mi cuerpo».

En el anillo de todo esposo está escrito: «Toma, esto es mi cuerpo».

Gracias, Señor Jesús, porque haces a nuestros esposos partícipes de tus bodas definitivas con tu Iglesia. Porque nos permites anunciarlas al mundo, porque nos permites hacer oler en el mundo el perfume de tu amor.

CONTEMPLATIO

A quien es la mitad de su alma y singular joyero de su entrañable amor, a la ilustre reina, esposa del Cordero, del Rey eterno, a la señora Inés, a su madre carísima e hija suya particular entre todas las demás: Clara, indigna sierva de Cristo e inútil servidora de sus siervas que moran en el monasterio de San Damián de Asís, le desea salud, y que, con las otras santísimas vírgenes, cante el cántico nuevo ante el trono de Dios y del Cordero, y siga al Cordero dondequiera que vaya [...].

Pero ahora, al escribirte, me alegro contigo y quedo transportada contigo en el gozo del espíritu: porque tú, renunciando a todas las vanidades de este mundo, te has desposado maravillosamente como aquella otra virgen santísima, santa Inés, con el Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo.

Dichosa realmente tú, pues se te concede participar de este connubio y adherirte con todas las fuerzas del corazón a Aquel cuya hermosura admiran sin cesar todos los bienaventurados ejércitos celestiales; cuyo amor aficiona, cuya contemplación nutre, cuya benignidad llena, cuya suavidad colma; su recuerdo ilumina suavemente; a su perfume revivirán los muertos; su vista gloriosa hará felices a todos los ciudadanos de la Jerusalén celestial, porque él es esplendor de la gloria eterna, reflejo de la luz perpetua y espejo sin mancha.

Tú, oh reina, esposa de Jesucristo, mira diariamente ese espejo y observa constantemente en él tu rostro: así podrás vestirme hermosamente y del todo, interior y exteriormente, como corresponde a quien es hija y esposa castísima del Rey supremo (Clara de Asís, *Scritti*, Vicenza 1986, 123.125.127).

ACTIO

Traducid en vuestra vida diaria estas palabras: «*Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero*» (Ap 19,9).

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Cristo, nuestro Señor, bendijo abundantemente este amor multiforme, nacido de la fuente divina de la caridad y que está formado a semejanza de su unión con la Iglesia. Porque así como

Dios antiguamente se adelantó a unirse a su pueblo por una alianza de amor y de fidelidad, así ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio.

Además, permanece con ellos para que los esposos, con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como él mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella. El genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios y ayudarles y fortalecerles en la sublime misión de la paternidad y la maternidad.

Por ello los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortificados y consagrados por un sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del Espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 48).

60

Como novia que se adorna para su Esposo

(Ap 21,1-5a)

¹ Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Habían desaparecido el primer cielo y la primera tierra, y el mar ya no existía. ² Vi también bajar del cielo, de junto a Dios, a la ciudad santa, la nueva Jerusalén, ataviada como una novia que se adorna para su esposo. ³ Y oí una voz potente, salida del trono, que decía:

—Ésta es la tienda de campaña que Dios ha montado entre los hombres. Habitará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. ⁴ Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido.

⁵ Y dijo el que estaba sentado en el trono:

—He aquí que hago nuevas todas las cosas.

LECTIO

El tema de fondo de la última y grandiosa visión del Apocalipsis es la renovación mesiánica de toda la creación, llegada ahora a su plena realización. De ahí la insistencia en el término «nuevo» y en el hecho de que lo que existía antes, con su legado de mal y de dolor, ya ha sido superado «*porque todo lo viejo se ha desvanecido*» (v. 4), y en el hecho de que las fuerzas del mal quedan vencidas definitivamente. Es algo que resulta evidente por la ausencia señalada del «mar» («*y el mar ya no exis-*

tía»: v. 1), dado que el Apocalipsis, y en esto comparte la simbología semítica, considera el mar como signo del caos y, por consiguiente, figura del adversario, de una realidad que se opone a la salvación traída por Dios.

Está claro que la atención, antes aún que a la renovación del cosmos, se dirige a la «*nueva Jerusalén*» (v. 2), símbolo de una humanidad nueva, la verdadera meta a la que Dios quiere conducir su obra de salvación. La nueva Jerusalén está descrita con las dos imágenes de la ciudad y de la esposa. La ciudad nueva que Dios prepara es una humanidad con unas relaciones renovadas radicalmente, y la esposa preparada para las bodas sugiere la entrega de la capacidad de amar y de dejarse amar plenamente por el Señor. Se realiza así, entre Dios y la humanidad, esa intimidad de vida y de amor que tiene su símbolo más elevado en la realidad de la nupcialidad humana.

Para describir la renovación llevada a cabo por Dios, el autor recurre abundantemente al lenguaje del éxodo, que aquí se realiza de una manera perfecta: Dios, que ha caminado con su pueblo, habita ahora con él para siempre. Entre Dios y los hombres ya no hay distancia, sino comunión plena, casi una transparencia. Todo lo que es oscuro –mal, dolor, pecado, muerte– queda superado en la nueva Jerusalén, y Dios mismo es visible a sus criaturas, transformadas de manera total por el poder de su amor. En consecuencia, Dios y los hombres se pertenecen completamente, porque en Cristo crucificado y resucitado, rostro humano de Dios, ha sido vencida la muerte y enjugada toda lágrima (v. 4).

Ésta es la novedad no disponible a las fuerzas humanas, sólo puede llevarla a cabo el amor del Dios, que confirma en primera persona la novedad de su propia intervención creadora y liberadora: «*He aquí que hago nuevas todas las cosas*» (v. 5).

MEDITATIO

«Las cosas de antes han pasado», se repetía ella, con las palabras que le había sugerido su director espiritual; se lo repetía, pero no pasaba nada. Sí, le había perdonado el haber intentado engañarla con su mejor amiga del grupo que frecuentaban juntos desde hacía más de quince años, donde habían nacido incluso como pareja, porque allí se habían conocido. Él lo había reconocido, y decía que no comprendía cómo había podido pasar. Sí, le había perdonado haberle prometido el chalet, y todavía estaban en el apartamento de encima de sus suegros, que pertenecía a éstos, donde ella no tenía derecho ni siquiera a pedir que podaran el árbol que le invadía el balcón. «Me gustaría que todo volviera a ser como antes, cuando yo era una ingenua y no comprendía lo insensible que es él».

Sólo el perdón puede construir, pero un *verdadero* perdón, no una cubierta demasiado estrecha para *tapar* el propio exasperado intento de olvidar los propios resentimientos, el propio pensar que tenemos razón. El perdón es el agua buena que hace surgir nuevos cielos y nuevas tierras a condición de que renunciemos a la nostalgia del pasado, al «*mar*» que *confunde y divide*, es decir, a que se descubra toda el agua que yo, que soy inocente, he aportado a este mar. No por nada la ciudad santa baja del cielo «*ataviada como una novia que se adorna para su esposo*» (v. 2) cuando el mar ya no existe. Es verdad, semejante perdón, que rompe la percepción de ser el único que tiene la razón, no es sólo producto de nuestras fuerzas: «*He aquí que hago nuevas todas las cosas*» (v. 5), dice Aquel que se sienta en el Trono. Se trata de una promesa eficaz, total y, seguramente, realizada al final de los tiempos.

Ahora bien, si ella pudiera ver cuánta altivez y arrogancia había puesto en su matrimonio, cuánto lo había

dado por descontado, cuánto había intercambiado el milagro del amor por el derecho a ser amada; si él pudiera ver con verdadero pesar cómo había atentado contra su matrimonio, y no sentarse nunca con un «ahora he reparado, estoy en mi lugar», entonces los cielos nuevos y la nueva tierra habrían *comenzado ya* y el mar –increíble– comenzaría ya a secarse. Ésta es nuestra contribución al vestido de la esposa. Nos corresponde a nosotros apresurar su estar dispuesta (cf. el texto 16).

ORATIO

Nosotros queremos fundamentar, Señor, la espera de unos nuevos cielos y una nueva tierra en tu Palabra poderosa; sabemos que allí tu morada con nosotros será definitiva y que allí enjugarás toda lágrima de nuestros ojos (vv. 3s). Con todo, te pedimos que no esperemos con una actitud pasiva, que no sintamos la tentación de pensar que todo se cumplirá a pesar de nosotros. Ayúdanos a proporcionar, ya desde ahora, una contribución a la belleza de tu esposa, la Iglesia, que es, además, nuestra belleza.

CONTEMPLATIO

Dentro de unos días será la pascua. Estoy muy contento. ¿Acaso piensas que alguien de nosotros podría y querría creer con sus solas fuerzas estas cosas imposibles que se nos cuentan en los evangelios, si la Biblia no le apoyara? Simplemente la palabra, como verdad de Dios, de la que él sale garante. La resurrección no es en absoluto una idea evidente, una verdad eterna. Yo la concibo naturalmente tal como dice la Biblia: como resurrección de la muerte real (no del sueño) a

la vida real, de la lejanía de Dios y de la impiedad a la nueva vida con Cristo en Dios. Dios ha dicho, y nosotros lo sabemos gracias a la Biblia: «*He aquí que hago nuevas todas las cosas*» (Ap 21,5). Él lo hizo verdad en la pascua.

En consecuencia, no nos queda otro remedio que decidir si queremos fiarnos de la palabra de la Biblia o no, si queremos dejarnos sostener por ella, como por ninguna otra palabra, en la vida y en la muerte. Y creo que sólo podremos estar alegres y tranquilos cuando hayamos tomado esta decisión... (D. Bonhoeffer, «Lettera a Rüdiger Schleicher, 8 aprile 1936», en *íd.*, *Risposta alle nostre domande. Pensieri sulla Bibbia*, Brescia 2003, 140s).

ACTIO

Hoy sé que tengo que perdonar algo, tal vez pequeñísimo, pero no puedo aplazarlo.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

En Jesucristo se han hecho nuevas todas las cosas (cf. Ap 21,5). La renovación de la gracia, sin embargo, no es posible sin la conversión del corazón. Mirando a Jesús y confesándolo como Señor, se trata de reconocer el camino del amor vencedor del pecado, que él propone a sus discípulos.

Así, la relación del hombre con la mujer se transforma, y la *triple concupiscencia* de la que habla la primera carta de san Juan (cf. 1 Jn 2,15-17) cesa su destructiva influencia. Se debe recibir el testimonio de la vida de las mujeres como revelación de valores, sin los cuales la humanidad se cerraría en la autosuficiencia, en los sueños de poder y en el drama de la violencia.

También la mujer, por su parte, tiene que dejarse convertir y reconocer los valores singulares y de gran eficacia de amor por el otro del que su femineidad es portadora. En ambos casos se

trata de la conversión de la humanidad a Dios, a fin de que tanto el hombre como la mujer conozcan a Dios como a su «ayuda», como Creador lleno de ternura y como Redentor que «amó tanto al mundo que dio a su Hijo único» (Jn 3,16) (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, 31 de mayo de 2004, n. 17).

61

El Espíritu y la esposa dicen: «¡Ven!»

(Ap 22,16-17.20)

¹⁶ Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para que os haga presente todo esto en las distintas iglesias. Yo soy la raíz y el vástago de David, la estrella radiante de la mañana.

¹⁷ El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!». Diga también el que escucha: «¡Ven!». Y si alguno tiene sed, venga y beba de balde, si quiere, del agua de la vida.

²⁰ Dice el que atestigua todo esto:

Sí, estoy a punto de llegar.

¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!

LECTIO

Nos encontramos en el epílogo del libro del Apocalipsis, y se presenta a la comunidad reunida en asamblea litúrgica. Ésta, tras haberse purificado con un profundo examen de conciencia (cf. capítulos 2-3) y haber aprendido a discernir el plan de Dios en la historia (cf. capítulos 4-21), invoca un encuentro pleno con su Señor.

Aparece una especie de responsorio litúrgico en el que, por una parte, habla el mismo Cristo (v. 16), que se presenta como el cumplimiento de la revelación de Dios, como el encuentro entre el Antiguo y el Nuevo Testamento («Yo soy la raíz y el vástago de David, la estrella radiante de la mañana»: v. 16). Por otra parte, la asamblea

litúrgica –la Iglesia–, movida por el Espíritu recibido de su Señor, no se limita a responder, sino que relanza el diálogo con una invocación. La comunidad eclesial está presentada como una esposa que ansía el encuentro con el amado y suplica para que venga pronto a ella. Está penetrada por el amor del Espíritu, que le hace gritar al amado: «¡Ven!». Y el Esposo responde a su grito: «Sí, estoy a punto de llegar» (v. 20). La respuesta positiva da todavía más ánimos a la esposa, que insiste confiada: «¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!».

Se trata de un diálogo de amor que representa, por así decirlo, la consumación del iniciado ya al comienzo de la Biblia, con Adán y Eva; sin embargo, allí hablaba sólo el hombre y la esposa permanecía en silencio. Aquí, en el cántico de la consumación, en la página conclusiva de toda la Biblia cristiana, el Esposo y la Esposa hablan los dos, comunicándose en un diálogo de amor. Entre el comienzo y el final se inserta toda la historia de la alianza, que podemos comparar con la de un matrimonio zaran-deado pero que, al final, supera todas las crisis gracias a la fidelidad de Aquel que ha creído siempre en este amor y que ha pagado por él: el Dios que se reveló a Israel y que se entregó a todos en la pascua de Cristo.

La historia de la salvación, para ser comprendida en su naturaleza más profunda, necesita pedir prestado al amor nupcial humano sus símbolos más elevados como único lenguaje adecuado para expresar la realidad trascendente del diálogo de amor que Dios teje con su Iglesia, como signo de su proyecto de salvación para toda la humanidad.

MEDITATIO

En nuestros días está avanzando el redescubrimiento de la *carta de amor*, a pesar de los miles de millones

de SMS y de *e-mail* que viajan por el éter. «Ven, no tardes..., no me hagas esperar. ¡Sí, voy! ¡Llego enseguida! ¡Uf! ¿Cuánto vas a tardar? Deseo que pase a mil por hora el tiempo que me separa de ti. Quisiera anular toda la distancia para llegar a ti».

Alguien deposita en un buzón de correos una carta escrita a mano que tal vez –enviada urgente– tarda unas veinticuatro horas en llegar (un tiempo larguísimo para las comunicaciones aceleradas: una droga para todos nosotros); para llegar a mí no necesita sólo mis dedos y mi dinero, sino que necesita también el trabajo concreto de otro. Pues bien, una carta como ésta, y las correspondientes respuestas, forman parte con todo derecho del «responsorio litúrgico» de los últimos tiempos de los que habla nuestro exégeta. Y no importa que los tiempos se dilaten, que empleemos toda la vida, y toda la vida de las generaciones que nos han precedido y que seguirán, porque este «*ven pronto*» se encarna en el «sí» del Esposo mesiánico. Harán falta todas las generaciones y todas *las demandas de amor* que formula la esposa; nuestra carta *llegará a su destino al final de los tiempos*, pero conocemos ya *la respuesta*, su «sí», el fin de la intimidad sin ocaso.

Ahora bien, ¿qué significa decir «¡ven!» en el lenguaje de amor de todos los tiempos? Significa exponerse, hacerse vulnerable, dar voz al deseo, «trasladar» a la presencia del otro todos los significados, las razones y las perspectivas de la propia vida. «¡Ven!» es el lenguaje de la *rendición* al amor, de la entrega, del no sentirse autosuficientes, satisfechos; es introducir en nuestra propia relación de amor el *cántico del futuro*, un futuro bonificado por el sentido de la espera del otro y, por consiguiente, de la propia no consumación.

Sin embargo, el «¡ven!» significa también ser capaz de mantenerse en pie durante la espera, llenar el frigorífico de cosas buenas para la hora (desconocida, aunque

la cronometremos) en que vendrá, vivir la alegría por anticipado. Nuestro «¡ven!» nos hace verdaderos, plenamente humanos y abiertos a lo divino. El que viene y ha enviado por delante a sus ángeles para ayudarnos a esperarle está enamorado de nuestros «¡ven!» porque *en ellos reconoce a la esposa*. Y algunas veces se puede esconder un ángel incluso en un correo.

ORATIO

¡Oh Señor y esposo!, haz que oigamos el eco de esta liturgia cósmica cada vez que digamos «¡ven!» al amado o a la amada. Te damos gracias por estas pequeñas esperas nuestras que nos forjan en tu espera, Esposo y Señor.

CONTEMPLATIO

El apóstol Pablo, escribiendo a los efesios, dice que «*había preestablecido en sí mismo, para realizarlo en la plenitud de los tiempos, recapitular [es decir, reconducir a los comienzos] en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, en él*» (Ef 1,9s). Así el Señor se aplicó a sí mismo la primera y la última letra del alfabeto griego, imágenes del comienzo y del fin que se encuentran en él. Lo hizo para mostrar que, como el alfa discurre hacia la omega y la omega hacia el alfa, así está en él el progreso de cada cosa desde el comienzo al fin, y el regreso desde el fin al comienzo, a fin de que todo designio divino, encontrando su cumplimiento en Aquel por cuya mediación encontró su comienzo (a saber: por medio de la Palabra de Dios hecha carne), tuviera un término idéntico a su comienzo. Y de este modo todas las cosas serán reconducidas en Cristo a los comienzos (Tertuliano, *Le uniche nozze*, Turín 1993, 75).

ACTIO

Hoy le diré «¡ven!» (se permiten los SMS) aunque esté segurísimo(a) de la hora exacta de su vuelta.

PARA LA LECTURA ESPIRITUAL

Una conversión así no puede verificarse sin la humilde oración para recibir de Dios esa transparencia de mirada que permite reconocer el propio pecado y, al mismo tiempo, la gracia que lo sana. De modo particular, se debe implorar la intercesión de la Virgen María, mujer según el corazón de Dios —«*bendita entre las mujeres*» (Lc 1,42)—, elegida para revelar a la humanidad, hombres y mujeres, el camino del amor. Solamente así puede emerger en cada hombre y en cada mujer, según su propia gracia, aquella «*imagen de Dios*», que es la efigie santa con la que están sellados (cf. Gn 1,27). Solo así puede ser redescubierto el camino de la paz y del estupor, del que es testigo la tradición bíblica en los versículos del Cantar de los cantares, donde cuerpos y corazones celebran un mismo júbilo.

Ciertamente, la Iglesia conoce la fuerza del pecado, que obra en los individuos y en las sociedades, y que a veces llevaría a desesperar de la bondad de la pareja humana. Pero por su fe en Cristo crucificado y resucitado, la Iglesia conoce aún más la fuerza del perdón y del don de sí, a pesar de toda herida e injusticia. La paz y la maravilla que la Iglesia muestra con confianza a los hombres y mujeres de hoy son la misma paz y maravilla del jardín de la resurrección que ha iluminado nuestro mundo y toda su historia con la revelación de que «*Dios es amor*» (1 Jn 4,8.16) (Congregación para la Doctrina de la Fe, *Carta a los obispos de la Iglesia católica sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, 31 de mayo de 2004, n. 17).

Cuadro de conexión

con los textos propuestos por el nuevo leccionario para la celebración del matrimonio

Premisa: las trece áreas temáticas

El nuevo leccionario para la celebración del matrimonio propone una distribución de los textos en las siguientes áreas temáticas¹:

1. *Amor sponsal y caridad del Padre: la vida trinitaria como fuente y modelo del amor sponsal de quien se casa «en el Señor». Textos: 2, 11, 22, 46, 47.*
2. *El matrimonio en el misterio de Cristo y de la Iglesia: desde el conocimiento del amor de Cristo hasta la experiencia de Cristo presente en aquellos que «se han reunido en su nombre»; desde el «misterio grande referido a Cristo y a la Iglesia» hasta la invitación a participar en el banquete nupcial celeste. Textos: 12, 13, 26, 33, 42, 45, 49, 54, 58.*
3. *Espíritu Santo y matrimonio: El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo» y, sobre todo, el Espíritu está presente como Consolador en los esposos que celebran el sacramento del matrimonio «porque*

¹ La siguiente atribución de los textos a las áreas temáticas es de los autores.

mora en vosotros y estará en vosotros» como voz que se une a la de la esposa para decir: «¡Ven!». Textos: 15, 16, 40, 43, 52, 56, 61.

4. *Matrimonio y alianza*: el matrimonio cristiano en los distintos horizontes de la alianza de Dios con su pueblo: desde la que hizo con Adán como imagen de Dios, a la que hizo con Abrahán como portador de la bendición y de la promesa, a la que hizo con Moisés como mediador de la alianza sináptica, a la alianza nueva de los tiempos mesiánicos, que llevarán a un «conocimiento» profundo de Dios, hasta la nueva y eterna sellada con la sangre del Cordero. Textos: 1, 2, 9, 11, 13, 14, 25, 30, 57, 59, 60.
5. *La familia como Iglesia doméstica*: para seguir a los esposos en el camino de su experiencia matrimonial, porque en los estípites de la casa está escrito el mandamiento fundamental de la alianza: el amor total. Textos: 5, 18, 38, 42.
6. *Matrimonio y vida cristiana*: «*Brille vuestra luz en medio de los hombres*», es el mandamiento-misión fundamental de los esposos, que a través de la puerta del rito entran conscientemente en una dimensión de revelación continua; la celebración es el momento inicial de un camino progresivo. Textos: 10, 17, 32, 40, 44, 53.
7. *Matrimonio y vocación*: la bendición nupcial en el interior del rito tiene la función de señalar la tarea que la Iglesia confía a los esposos cristianos; su vida también es vocación: llamada a un testimonio que es impensable con las solas fuerzas humanas, pero que es posible con la bendición de Dios; el sacerdocio de los fieles adquiere concreción y fuerza en esta dimensión. Textos: 3, 6, 14, 27, 35, 46, 53, 59.

8. *Valor de la persona en el matrimonio*: desde el inicial «*no es bueno que el hombre esté solo*», a través de la acentuación poética del amor de los patriarcas por sus mujeres, se llega a la proclamación de Jesús de que el adulterio es un pecado contra la persona. Textos: 3, 4, 8.
9. *Matrimonio y testimonio-misión*: la misión de los discípulos a los que el Resucitado envía a todo el mundo, proclamada ante los esposos que se proyectan juntos hacia el futuro y hacia el mundo, vuelve a emerger con una nueva invitación creadora aceptada en la fe. Textos: 9, 12, 19, 21, 24, 31, 34, 38, 56.
10. *Amor gratuito y capaz de perdonar*: la caridad es el vínculo de la perfección, es decir, la conexión que permite a cada miembro moverse como organismo global y unitario; la capacidad de volver a empezar siempre, sin vernos mortificados por los primeros rechazos o por las experiencias negativas, es uno de los aspectos divinos y divinizadores del perdón cristiano. Textos: 23, 28, 44, 50, 51.
11. *Matrimonio y fidelidad*: también la fidelidad es presencia de lo divino en el interior de la realidad humana; fidelidad ofrecida como don del misterio celebrado y propuesta también como deber jurídico. Textos: 4, 20, 25, 39, 55.
12. *Matrimonio y oración*: una oración que es personal, sponsal, familiar y realizada en la comunidad. Textos: 7, 29, 36, 37, 61.
13. *El gran misterio de la dimensión encarnada*: el valor del cuerpo y su posibilidad de comunicación profunda y totalizadora; un aspecto de la encarnación quizá infravalorado hasta ahora. Textos: 8, 31, 41, 43.

Cuadro de conexión²

1	Del libro del Génesis: 1,26-28.31a (Y creó Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer lo creó)	4
2	Del libro del Génesis: 2,18-24 (Ambos serán una sola carne)	1, 4
3	Del libro del Génesis; 24,48-51.58-67 (Isaac introdujo a Rebeca en la tienda de su madre, Sara, la tomó por mujer y la amó tanto que se consoló de la muerte de su madre)	7, 8
4	Del libro del Génesis: 29,9-20 (Jacob sirvió siete años por Raquel, y estaba tan enamorado que los años le parecieron unos días)	8, 11
5	Del libro del Deuteronomio: 6,4-9 (Escribe en las jambas de tu casa y en tus puertas: «El Señor es nuestro Dios»)	5
6	Del libro de Tobías: 7,6-14 (Que el Señor os una y lleve a cabo en vosotros su bendición)	7
7	Del libro de Tobías: 8,4b-8 (Oremos y supliquemos a nuestro Señor para que tenga misericordia de nosotros y nos salve)	12
8	Del libro de los Proverbios: 31,10-13.19-20.30-31 (La mujer que teme a Dios es digna de alabanza)	8, 13
9	Del Cantar de los Cantares: 2,8-10.14.16a; 8,6-7a (El amor es fuerte como la muerte)	4, 9
10	Del libro del Eclesiástico: 26,1-4.13-16 (La mujer bella, en su casa bien arreglada)	6

² La numeración de la columna de la izquierda mantiene el mismo número del Índice.

11	Del libro del profeta Isaías: 54,5-10 (Aunque los montes cambien de lugar, no cambiará mi amor por ti)	1, 4
12	Del libro del profeta Isaías: 62,1-5 (Como goza el esposo con la esposa, así gozará contigo tu Dios)	2, 9
13	Del libro del profeta Jeremías: 31,31-32a.33-34a (Haré con la casa de Israel y la casa de Judá una alianza nueva)	2, 4
14	Del libro del profeta Ezequiel: 16,3-14 (Pasé junto a ti. Te vi y te amé)	4, 7
15	Del libro del profeta Ezequiel: 36,24-28 (Infundiré mi espíritu en vosotros)	3
16	Del libro del profeta Oseas: 2,16.17b-22 (En el amor y la ternura conocerás al Señor)	3
37	De los Hechos de los apóstoles: 1,12-14 (Todos perseveraban unánimes en la oración, con María)	12
38	De los Hechos de los apóstoles: 2,42-48 (Partían el pan en sus casas)	5, 9
58	Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan: 5,8-10 (Los has constituido como reino de sacerdotes para nuestro Dios)	2
59	Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan: 19,1.5-9a (Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero)	4, 7
60	Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan: 21,1-5a (Como novia que se adorna para su Esposo)	4
61	Del libro del Apocalipsis del apóstol san Juan: 22,16-17.20 (El Espíritu y la esposa dicen: «¡Ven!»)	3, 12

39	De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos: 5,1-11 (En la muerte de Cristo por los pecadores se revela el amor del Padre) ³	11
40	De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos: 8,31b-35.37-39 (¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?)	3, 6
41	De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos: 12,1-2.9-18 (Presentad vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios) ⁴	13
42	De la carta del apóstol san Pablo a los Romanos: 15,1b-3a.5-7.13 (Acogeos mutuamente como Cristo os acogió)	2, 5
43	De la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios: 6,13c-15a.17-20 (Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo)	3, 13
44	De la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios: 12,31b-14,1a (El amor nunca tendrá fin) ⁵	6, 10
45	De la carta del apóstol san Pablo a los Efesios: 1,3-6 (El Padre en su bondad nos ha querido como hijos en Cristo Jesús)	2
46	De la carta del apóstol san Pablo a los Efesios: 1,15-23 (Que el Padre ilumine los ojos de vuestro corazón, para que conozcáis cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados) ⁶	1, 7

³ El nuevo leccionario para la celebración del matrimonio propone también una forma breve: Rom 5,1-5.

⁴ Forma breve: Rom 12,1-2.9-13.

⁵ Forma breve: 1 Cor 12,31-13,8a.

⁶ Forma breve: Ef 1,15-20a.

47	De la carta del apóstol san Pablo a los Efesios: 3,14-21 (Del Padre celestial procede toda familia en los cielos y en la tierra)	1
48	De la carta del apóstol san Pablo a los Efesios: 4,1-6 (Un solo Señor... un Dios que es Padre de todos)	6
49	De la carta del apóstol san Pablo a los Efesios: 5,1-2a.21-33 (Es éste un gran misterio, y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia) ⁷	2
50	De la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses: 4,4-9 (El Dios de la paz esté con vosotros)	10
51	De la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses: 3,9b-17 (Y todo cuanto hagáis o digáis, hacedlo en nombre de Jesús, el Señor) ⁸	10
52	De la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses: 5,13b-28 (No apaguéis la fuerza del Espíritu; no menospreciéis los dones proféticos)	3
53	De la Carta a los Hebreos: 13,1-4a.5-6 (Que todos respeten el matrimonio)	6, 7
54	De la primera carta del apóstol san Pedro: 2,4-10 (Vosotros sois el linaje escogido para anunciar las grandezas de Dios)	2
55	De la primera carta del apóstol san Pedro: 3,1-9 (Tened todos un mismo pensar y un mismo sentir, con afecto fraterno)	11
56	De la primera carta del apóstol san Juan: 3,18-24 (Amemos con hechos y de verdad)	3, 9
57	De la primera carta del apóstol san Juan: 4,7-12 (Dios es amor)	4

⁷ Forma breve: Ef 5,2a.25-32.

⁸ Forma breve: Col 3,12-17.

17	Del evangelio según san Mateo: 5,1-12a (Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo)	6
18	Del evangelio según san Mateo: 5,13-16 (Vosotros sois la luz del mundo) ⁹	5
19	Del evangelio según san Mateo: 6,25-34 (No andéis preocupados por el día de mañana)	9
20	Del evangelio según san Mateo: 7,21.24-29 (Edificó su casa sobre roca) ¹⁰	11
21	Del evangelio según san Mateo: 18,19-22 (Allí estoy yo en medio de ellos)	9
22	Del evangelio según san Mateo: 19,3-6 (Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre)	1
23	Del evangelio según san Mateo: 22,35-40 (Este mandamiento es el principal y primero. El segundo es semejante a él)	10
24	Del evangelio según san Mateo: 28,16-20 (Poneos, pues, en camino y enseñadles a poner por obra todo lo que os he mandado)	9
25	Del evangelio según san Marcos: 10,1-12 (Desde el principio, Dios los creó varón y hembra) ¹¹	4, 11
26	Del evangelio según san Marcos: 16,15-20 (El Señor cooperaba con ellos, confirmando la palabra con las señales que la acompañaban)	2
27	Del evangelio según san Lucas: 1,39-56 (¡Dichosa tú, que has creído! Porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá)	7

⁹ El nuevo leccionario para la celebración del matrimonio propone también una forma extensa de la lectura de las bienaventuranzas (Mt 5,1-16), que aquí no comentamos por separado.

¹⁰ Forma breve: Mt 7,21.24-25.

¹¹ Forma breve: Mt 10,6-9.

28	Del evangelio según san Lucas: 6,27-36 (Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso)	10
29	Del evangelio según san Lucas: 11,9-13 (Si vosotros dais cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más Dios, que es Padre)	12
30	Del evangelio según san Lucas: 14,12-23 (Dichoso el que pueda participar en el banquete del Reino de Dios)	4
31	Del evangelio según san Lucas: 20,27-38 (Los hijos de la resurrección son hijos de Dios)	9, 13
32	Del evangelio según san Juan: 2,1-11 (Esto sucedió en Caná de Galilea. Fue el primer signo realizado por Jesús)	6
33	Del evangelio según san Juan: 3,28-36a (Juan el Bautista exulta de alegría a la voz del Cristo esposo)	2
34	Del evangelio según san Juan: 14,12-17 (El que cree en mí, hará también las obras que yo hago)	9
35	Del evangelio según san Juan: 15,1-17 (No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros. Y os he destinado para que vayáis y deis fruto abundante y duradero) ¹²	7
36	Del evangelio según san Juan: 17,20-26 (Que sean uno) ¹³	12

¹² El nuevo leccionario para la celebración del matrimonio propone también varias partes de este fragmento: Jn 15,9-17, recogido asimismo en forma breve con el pasaje Jn 15,9-12 y Jn 15,12-16. Nuestro texto ofrece un único comentario.

¹³ Forma breve: Jn 17,20-23.